



MANUEL MURILLO

¿Qué es el acto analítico?
Deseo y técnica en psicoanálisis

PRÓLOGO
Tomas San Miguel


Brueghel

¿Qué es el acto analítico?

Deseo y técnica en psicoanálisis

¿Qué es el acto analítico?

Deseo y técnica en psicoanálisis

Manuel Murillo

Prólogo

Tomasa San Miguel

Murillo, Manuel Alejandro

¿Qué es el acto analítico? Deseo y técnica en psicoanálisis/
Manuel Alejandro Murillo; prólogo de Tomasa San Miguel. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Manuel Alejandro
Murillo, 2018.

286 p. ; 22 x 13 cm.

ISBN 978-987-42-9341-1

1. Psicoanálisis. I. San Miguel, Tomasa, prolog. II. Título.
CDD 150.195

© 2018, Editorial Brueghel
www.editorialbrueghel.com
e-mail: editorialbrueghel@gmail.com

© 2018, Manuel Murillo
e-mail: manuelmurillo@psi.uba.ar

Imágen de cubierta: Fragmento de *Los proverbios flamencos*,
Pieter Brueghel el Viejo (1559)

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.
ISBN 978-987-42-9341-1
Impreso en Argentina en el mes de septiembre de 2018.

Derechos reservados.
Prohibida su reproducción total o parcial.

¿Qué es el acto? Deseo y técnica en psicoanálisis es una investigación desarrollada durante los años 2014-2017, en el marco del Doctorado en Psicología de la Universidad de Buenos Aires; y una Beca de investigación destinada para tal fin por la misma Universidad.

Agradezco a los Profesores, colegas y amigos que han aportado formal y sustancialmente a cada aspecto del trabajo. De manera particular a Tomasa San Miguel, por su valiosa transmisión en *acto*; a Clara Azaretto, Directora y Consejera de la investigación, de quien aprendimos a poner en diálogo el psicoanálisis con esa aventura apasionante que es *investigar*; a Pablo Tajman, con quien compartimos la inquietud por la *técnica* y el amor por los post-freudianos.

La imagen de cubierta –*Los proverbios flamencos* de Pieter Brueghel– nos pareció oportuna para introducir la temática. En el fragmento ofrecido se pueden ver –entre otros– estos proverbios: lo que una hila, la otra lo tuerce (pasar chismes, murmurar); confesarse con el diablo (revelar secretos al enemigo); le pone a su marido la capa azul (lo engaña); tapar el pozo cuando se ha ahogado el ternero (acudir con el agua cuando ha ardidado la casa); uno esquila ovejas, otro cerdos (uno vive en la abundancia, otro en la pobreza); paciente como un cordero; echar margaritas a los chanchos (desperdiciar cosas buenas o útiles en algo que no lo merece); mear la luna (esforzarse por lograr algo imposible).

Habría que mostrar que, al menos en una de sus dimensiones, es una práctica discursiva que toma cuerpo en unas técnicas y en unos efectos.

M. Foucault, *La arqueología del saber*

Índice

Prólogo. Tomasa San Miguel	17
--------------------------------------	----

PARTE I. INTRODUCCIÓN AL PROBLEMA DEL ACTO

Capítulo 1. ¿Qué es el *acto analítico*?

Introducción y problema de investigación	25
Antecedentes	26
Enfoque teórico del trabajo	30
Hipótesis	38

Capítulo 2. ¿Qué es la *técnica*?

Definición y situación actual de la técnica	41
Filosofía, técnica y psicoanálisis	44
Historia de la técnica en psicoanálisis	48
Los conceptos técnicos	54

PARTE II. APROXIMACIONES AL CONCEPTO EN LA OBRA FREUDIANA Y POST-FREUDIANA

Capítulo 3. La neurosis de transferencia

Cura por la palabra – <i>deshollinar la chimenea</i>	63
<i>Manejo</i> de la transferencia y <i>dominio</i> de la contratransferencia	64
Contratransferencia, neurosis y acto del analista	68
Interpretar y actuar	72
Salidas de la contratransferencia	77

Capítulo 4. La técnica activa

Los escritos técnicos de Ferenczi	81
Presentación del concepto de técnica activa	86
Formalización y precisión del concepto	89
Contraindicaciones de la técnica activa e indicaciones sobre su uso	93
Síntesis del concepto y comentario sobre el acto y la actividad del analista	98

Capítulo 5. El carácter

La técnica y el carácter	101
Los errores en la técnica de interpretación	103
La interpretación y la transferencia	106
El <i>yo</i> , el carácter y la coraza narcisista	111
Actuar con el carácter	115

Capítulo 6. El juego

El juego y el acto	117
El análisis es un juego	119
La capacidad de jugar, la interpretación y el trabajo del paciente	121
El espacio transicional o la zona intermedia	125

Neurosis, acatamiento y vida	128
Los dos juegan	131

**PARTE III. EL CONCEPTO DE ACTO ANALÍTICO
EN LA OBRA DE LACAN**

**Capítulo 7. La eficacia simbólica.
Breve historia del estructuralismo**

Una relación de la palabra con la acción	135
La <i>Poética</i> de Aristóteles	136
La <i>Morfología del cuento</i> de V. Propp	139
La <i>eficacia simbólica</i> de C. Lévi-Strauss	142
Un acto que opera en el marco de un lenguaje	144

Capítulo 8. Antecedentes del acto

¿Qué es un antecedente del acto?	147
Actuar – no actuar	148
El analista tiene que pagar	152
La presencia del analista	156
De los antecedentes al acto	169

Capítulo 9. El acto analítico en los Seminarios 14, 15 y 16

El acto, ¿es la interpretación?	171
El fantasma y el acto analítico	173
El acto es la causa del análisis	178
Entre la tontería y el horror	185
Paradojas del <i>acto analítico</i>	190
El analista es el actor	196
Síntesis del concepto	200

Capítulo 10. Desarrollos posteriores

¿En qué lugar quedó el acto?	203
Semblante del objeto <i>a</i>	206
Chorlito del inconsciente	209
Perturbar la defensa	211
El cuerpo del psicoanalista	213

Capítulo 11. La técnica analítica y la técnica Zen

Un modelo no ideal	215
Las referencias de Lacan	217
No actuar, para que el proceso pueda ocurrir	200
Vacío, pero no falta	225
Deshollar la chimenea	228

PARTE IV. DISCUSIONES Y COMENTARIOS FINALES

Capítulo 12. Cómo actuar con el propio ser

Discusiones y conclusiones	233
Breve historia de la formalización del acto	233
Hablar o sentir	235
Hablar o actuar	237
Un sujeto pero dos cuerpos	238
La chimenea analítica	240

Capítulo 13. Deseo, técnica y acto

Síntesis de las ideas principales	245
Acto analítico, acto del analista, acto del sujeto	246
Deseo del analista, acto analítico, discurso analítico	247
Acto analítico, transferencia, interpretación	248
Escena, significante, semblante	250
Deseo, técnica y acto: actuar y no-actuar, para no hacer nada	251

**Anexo. El concepto de fin de análisis
y el problema de la puerta**

¿Qué es el fin de análisis?	253
El fin de análisis es un concepto espacial, y no temporal . . .	253
Referencias al problema de la puerta y la salida	259
Para concluir	266
Preguntas y objeciones	268
Bibliografía	271

Prólogo

Tenía razón: la criatura poseía esa forma superior de inteligencia que deberíamos denominar “sentido del otro”. La inteligencia clásica rara vez incluye esta virtud, comparable a la facilidad para los idiomas: los que la tienen saben que cada persona constituye un lenguaje específico y que es posible aprenderlo a condición de asimilarlo con la más extrema meticulosidad del corazón y de los sentidos. Ésa es también la razón por la cual proviene de la inteligencia: se trata de comprender y conocer. Los inteligentes que no desarrollen este acceso al prójimo se convertirán, en el sentido etimológico del término, en idiotas: seres centrados en sí mismos. La época actual rebosa de idiotas inteligentes y la sociedad consigue que echemos de menos a los entrañables imbéciles de antaño.

Amélie Nothomb, *Riquete el del Copete*

Comparto con algunos escritores la idea de que los prólogos quizás se hacen para no ser leídos. O, en todo caso, volver allí una vez que hemos terminado de leer “el libro”. Hay libros que dan ganas de zambullirse en ellos con premura, mezcla de entusiasmo y curiosidad. Éste es uno.

Pese a ello, e intentando hacer honor a la invitación de Manuel Murillo, me dispongo a escribir algunas líneas sobre lo que su trabajo me causó, al modo de una bienvenida, un umbral que marca la entrada a otra cosa.

Lo que ahora tiene forma de libro se basa en lo que ha sido la tesis de doctorado de Manuel, defendida hace poco tiempo. Es en principio un acto político. Verificamos que, en el marco de la Universidad (a la que algunos suponen completamente habitada por el discurso universitario) se genera trabajo, conversaciones, preguntas que no se cierran, lazos alegres y entusiastas. Se filtra un deseo que produce movimientos en el discurso analítico.

En ese sentido, retomo la cita de Lacan, subrayada en el libro, que dice: “Sería necesario que exista un acto que no sea dé-

bil mental. Ese acto, intento producirlo en mi enseñanza. Pero es a pesar de todo un balbuceo. Confinamos aquí con la magia”.

Que no cese de escribirse un acto fuera de la debilidad mental, fuera del sentido coagulado. Que sea poético, loco, despier-to. Lacan enlaza el intento de ese acto, lo que se produce, con su enseñanza.

Acto que es un balbuceo: mezcla de sonido, voz, invocación, cuerpo, efecto de afectación lingüajera, dando razones con la poesía, el *Witz*, lo que deletrea lo indecible a la vez que lo demuestra. Magia, truco, saber-hacer cuyas razones se formalizan de a retazos. Lo que se transmite por resonancia mientras se aprende-enseña en la Universidad.

Este trabajo consta de cuatro apartados. No necesita que hagamos aquí un recorrido por ellos, ya que se enlazan con notable lucidez. Lo que sí quiero señalar y celebrar es que en cada uno se elabora una pregunta y un recorrido que, no necesariamente, se propone como respuesta.

Es la oportunidad de formalizar sobre un tema que sostiene la práctica. Como se deja claramente planteado en este libro el acto soporta la transferencia y la interpretación, o sea el oficio, y de allí su importancia.

Pero además la lectura de las elaboraciones del autor sobre este tema son la ocasión de trabajar la cuestión del método y el acontecimiento.

En un movimiento binario uno diría que hay allí dos extremos que, según los fanatismos de cada quien en cada momento, hacen que la balanza se incline para un lado o el otro: método, automatón, discurso vs. *tyché*, acontecimiento, decir.

Recuerdo aquí a Carlos Ruiz que en tantas de sus clases (me) subrayaba: el encuentro se genera... no sin un “método adecuado”. Justamente este libro tiene la virtud de salir del binarismo y ofrecer a muchas de las duplas que circulan en psicoanálisis una terceridad a partir de instalar un espacio, una distancia entre un concepto y otro, y animarlo a partir de allí: el cuerpo para la representación-afecto, el encuentro para la transferencia-contratransferencia, no hacer nada para acto-interpretación.

Es una investigación sobre lo que hacemos (en este no hacer) cuando estamos analistas. Preguntarse qué es el acto es preguntarse ¿cómo se fundamenta nuestra práctica? ¿Cómo opera? ¿Dónde reside su eficacia?

Es, en el fondo, preguntarse ¿qué es la palabra? ¿Cuáles son

las palabras que ayudan? ¿Por qué la cura es por la palabra? ¿Qué palabras? Si se trata, en el horizonte, de un discurso sin palabras... pero no sin cuerpos, escribe Manuel. Y en ese espiral que el autor va construyendo nos vemos llevados, amablemente, de una cuestión sobre la técnica a un ejercicio sobre la ética.

En algunos tratamientos la pregunta que se va tejiendo alrededor de un caso es sobre la dificultad que presenta un paciente que no habla, o habla poco o habla de pavadas, o habla raro, o habla incoherente o sobre ese tiempo donde habría que esperar que la medicación haga efecto para darle lugar a la palabra y entonces ahí apareceríamos los analistas.

Decir que hay que esperar a la palabra y a una palabra verdadera para intervenir es reducir el ámbito de intervención a un grupo muy pequeño. Los que más nos necesitan no hablan; silenciados por el trauma, por lo social que los acalla, por la urgencia, por la falta de costumbre...

Manuel apuesta a que nuestra operación se soporta de una presencia. De un deseo vacío pero no puro, encarnado. Esa presencia a veces quieta, a veces callada, expectante, no muda, no ajena, hace sin hacer a las condiciones para que el sujeto advenga porque lo supone, lo inventa aún perplejo, mudo, acallado. Luego también están los que piden, hablan, relatan, historizan, novelan, se hacen preguntas... ¿qué palabras valen allí? ¿Qué tipo de acto es la palabra?

En ese sentido, el autor dice con Lacan, pero no sólo con él, que el hacer queda del lado del analizante, de allí la idea de trabajo, y el analista no hace, su posición es la del acto analítico: no se trata de inmovilidad sino de advenir en el encuentro, en el "entre", a lo imposible de decir.

F. Jullien, en su *Conferencia sobre la eficacia* dice: "Llegamos aquí al punto más relevante de la distancia entre las dos posiciones: cómo el pensamiento del proceso (de maduración) que ha desarrollado China se diferencia de la dramatización del efecto, de un efecto aparente pero forzado –aparente porque forzado (es en tanto que forzado que aparece) y que, por eso, sólo es un efecto ficticio: un pseudo-efecto. Para ilustrarlo [...] tomaré una anécdota extraída de Mencio, que es un gran texto de la tradición llamada confuciana, del siglo IV antes de nuestra era, la época de los estrategas. Mencio relata la siguiente historia. Al llegar a su casa al anochecer, un campesino le dice a sus hijos: 'hoy he trabajado mucho, estiré los brotes de mi campo'. Estirar

¿Qué es el acto analítico?

los brotes de un campo entero, uno tras otro, tallo por tallo, es, evidentemente, agotador. Cuando los niños van a ver el campo, se encuentran con que todo está seco. Éste es el ejemplo de lo que no hay que hacer, nos dice Mencio. El hombre quiere que las plantas afloren y tira de los brotes. Quiere llegar más rápido al efecto, en función del objetivo fijado, y al hacerlo arruina el efecto, porque lo ha forzado. Con la intención de acelerar el brote, actúo directamente sobre él y voy en contra del proceso que está en marcha: he contrarrestado, he impedido la posibilidad de que el efecto suceda *sponte sua*, puesto que, obviamente, el desarrollo del brote estaba implicado en la situación: estaba en el grano que se encontraba en la tierra. En lugar de pretender intervenir y fatigarme, sólo bastaba explotar el potencial: dejar madurar. Entonces, hay que evitar dos escollos, nos dice Mencio. O bien estiro el tallo para obtener ‘directamente’ el brote y por mi intervención no respeto el proceso espontáneo del crecimiento, es decir que no dejo madurar el efecto, o bien me quedo en el borde del campo mirando crecer las plantas: espero que broten. Ahora bien, ¿qué hay que hacer? Respondo: lo que cualquier campesino sabe, ni estirar los brotes, ni mirarlos crecer; sino dejar que las cosas sucedan (el proceso) sin por ello descuidarlas. Mencio dice: se debe preparar la tierra, escardar alrededor del brote; cuando se trabaja la tierra, cuando se la airea, se favorece el brote. Hay que cuidarse tanto de la impaciencia como de la inercia. Ni voluntarismo, ni pasividad: cuando se secunda el proceso del crecimiento, se saca provecho de las propensiones de la obra y se las lleva a su plenitud. [...] El pensamiento chino ha aprendido a no construir un modelo heroico, retórico, que, por su fuerza de invención, se impondría al mundo, sino a contar con el proceso infinitamente gradual y silencioso del crecimiento, que es conveniente acompañar”.

Es también la oportunidad de leer con el autor a grandes clínicos del psicoanálisis en su investigación sobre el acto: Reich, Ferenczi, Winnicott. Manuel se aventura en los autores sin prejuicios, sin forzar su similitud o diferencia con Lacan, y con precisión investigativa causa un deseo de leer y repensar. Amor al saber que además transmite amorosamente, se trata de una lectura que acompaña un razonamiento propio, el de él, a la vez que preserva los vericuetos donde otras lecturas, de cada uno, son posibles. Se trata del trabajo de alguien que animado por el deseo del analista, investiga: le interesa sobre todo plantear

preguntas más que encontrar respuestas.

Me interesa tomar el sesgo donde la elaboración de Manuel permite pensar el *hacer - no hacer* del analista, su pregunta sobre la técnica. Y si ella es libre, y anudada a un deseo, ¿cómo formalizarla?

Y cómo estas cuestiones llevaron a subrayar que el analista no hace, y en contraposición lo que Manuel llama la “imaginización del acto analítico” cuando la teatralización toma la escena. Aquello también fue una decisión política.

Tomaré entonces los conceptos de lugar del muerto, el no actuar positivo, la “maldición” de la contratransferencia¹ y la neutralidad. Ellos se articulan, a partir de la lectura del libro, en el concepto de contratransferencia. En su contrapunto con la transferencia, el autor deslinda de la lectura de Freud que si a la transferencia le corresponde la *maniobra*, se trata de “tener mano” para algo, en cambio el *dominio* es lo que prevalece para la contratransferencia. Concepto controversial dentro del psicoanálisis que este trabajo se anima a desbrozar.

Luego de un pasaje por lo que los postfreudianos aportan sobre el tema en tanto herramienta u obstáculo, Manuel, al articularlo al acto, distingue las intervenciones que decantan de las características de cada analista, como las marcas singulares que ha vaciado para “estar analista”, de la contratransferencia como fantasma, *yo* y moral desde la que no convendría intervenir. El dominio o la neutralidad se refieren a esto último y no se trata allí de reprimir la afectación de quien escucha. Se espera que el que se ubica allí haya vaciado lo suficiente estas cuestiones. El dominio, propuesto por Freud, no implica borramiento, ni frialdad ni supuesta objetividad. Justamente el acto opera como bisagra en esta dupla, si es lo que sostiene la transferencia, lo es en tanto vacío, como una posición, de afectación en-cuerpo, que habilita un deseo y una lectura a partir de la afectación que el acto analítico supone². Y Manuel muestra las paradojas de este concepto y también lo que llama su salida: el deseo del analista.

Concepto asociado a la neutralidad del analista. Al decir de Ulloa³, no se trata de una “neutralidad indolente” sino absti-

¹ *La contratransferencia: concepto maldito*. Algaze, D., Caamaño, V., San Miguel, T. Inédito. Presentado para las Jornadas Facultad, 2018.

² San Miguel, T. *Los afectos como efecto de la lengua*. En *Huellas. Psicoanálisis y territorio #1*.

³ Ulloa, F. *Salud Ele Mental*. Libros del Zorzal.

nente. Dominar la contratransferencia apuntaba en algunas ocasiones a sostener la neutralidad, no actuar desde y a partir de los prejuicios del analista. No se trata de eso. Lacan en el *Seminario 21* zanja la cuestión cuando dice que no hay más que una transferencia, la del analista, él es el que ama al inconsciente, dejándose afectar por la verdad en ese encuentro.⁴

De hecho, en acto, Freud postula la creación del psicoanálisis a causa de la histérica. Alcanza con recordar el sueño de la inyección de Irma y cómo Freud fecha la creación del psicoanálisis a partir de encuentro entre ambos. “Ambos” quiere decir aquí un deseo decidido de un hombre con agallas y una marca hecha fórmula, letra.

Manuel toma la definición de Anna O. cuando quiere precisar qué es el psicoanálisis. Una cura por la palabra. Y a partir de ella, desarrolla su tesis. Resaltando lo que en palabras de Anna es “deshollinar la chimenea”. Esto lleva a una de las definiciones, entre otras, que el autor precisa sobre el acto analítico: desobturar, despejar el camino. En el caso de las chimeneas, se trataría de limpiar el “tiraje”, dispositivo por el cual el humo causado por el fuego se orienta adecuadamente y salga por el lugar correcto. La chimenea “tira” mal cuando el humo ingresa a la casa y no se dirige por el hueco creado para tal fin, hacia afuera, lo cual permite que eso, el humo, se lea como signo de una presencia.

El acto analítico, sostén del dispositivo, enmarca la técnica para que ella propicie un signo, signo del sujeto que puede causar el deseo.⁵

Entusiasma esta publicación. Es un libro que no es religioso. Es clínico. No trata de predicar una teoría sino de tensarla, respetarla, demostrando saber que ella no es Uno, ni Todo.

Tomasa San Miguel

⁴ Lacan, J. (1973-1974) *El Seminario, Libro 21: Les Non-Dupes Errent, Los no incautos yerran o Les Noms Du Père, Los Nombres del Padre*. Inédito.

⁵ Lacan, J. (1972-1973): *El Seminario, Libro 20: Aun.* Buenos Aires, Paidós, 1998.

**PARTE I. INTRODUCCIÓN AL
PROBLEMA DEL ACTO**

Capítulo 1. ¿Qué es el *acto analítico*?

¿Es acaso la interpretación? ¿Es la transferencia, a la cual somos así llevados? ¿Cuál es la esencia de lo que, del psicoanalista en tanto que operante es acto? ¿Cuál es su parte en el juego?

J. Lacan, *El acto psicoanalítico*

Introducción y problema de investigación

El concepto de acto analítico fue introducido y desarrollado en la teoría psicoanalítica por Jacques Lacan. Encontramos un tratamiento específico del mismo en el *Seminario 14: La lógica del fantasma*, el *Seminario 15: El acto psicoanalítico* y el *Seminario 16: De un Otro al otro*. Este grupo de textos constituye la primera fuente a considerar para su estudio.

La segunda está dada por referencias previas y posteriores de la obra de Lacan, referidas al mismo concepto, no necesariamente bajo el mismo nombre –acto analítico– pero sí en referencia directa a la materia u objeto a la cual el concepto se refiere. Ejemplo de esto es el concepto de *presencia del analista*, o el de *semblante*.

Aun cuando Lacan haya sido quien teorizó el concepto de acto¹, no podemos decir que haya sido quien lo inventó. Esa

¹ De aquí en adelante utilizaremos el término “acto” para referirnos siempre al “acto analítico”, que constituye nuestro objeto de estudio. Cuando debamos establecer alguna diferencia con el “acto del analista” o el “acto del sujeto”, lo aclararemos oportunamente.

¿Qué es el acto analítico?

invención se puede atribuir a S. Freud y al legado que transmitió. Seguimos aquí la advertencia lacaniana: el analista debe ser al menos dos, aquel que tiene efectos, y aquel que esos efectos los teoriza. En este sentido, creemos necesario considerar una tercera fuente de referencias, provenientes de otros teóricos del psicoanálisis, Freud y los psicoanalistas post-freudianos, cuyos desarrollos pueden considerarse antecedentes, aproximaciones, y avances en la conceptualización del acto analítico: el concepto de *neurosis de transferencia*, y sus consideraciones a partir del *manejo de la transferencia* y la *contratransferencia*, elaboradas por Freud y diversos psicoanalistas post-freudianos, el concepto de *técnica activa* de S. Ferenczi, el concepto de *carácter* de W. Reich y el concepto de *juego* de D. Winnicott.

Esto no significa necesariamente que Lacan haya abrevado en ellos para la elaboración de su concepto, pero sí que debemos hacerlo nosotros si nos proponemos dar cuenta del tratamiento del concepto en psicoanálisis. La consideración de estas referencias cumple una doble función: por un lado constituyen antecedentes, aproximaciones, avances, en la conceptualización del acto analítico, desde diferentes marcos teóricos, pero referidos a un mismo fenómeno, objeto y campo de problemas; por otro lado no se trata de una mera referencia o exploración histórica, al contrario, estos conceptos-antecedentes se proponen también como conceptos-*analizadores* del acto analítico. Seguimos aquí una indicación de Lacan: para pensar se requiere de un punto de apoyo, pensar es pensar contra un significante (1975-1976: p. 153). De acuerdo a esto formularemos los siguientes problemas: ¿Qué es el *acto analítico* en psicoanálisis? ¿Qué conceptualización del *acto analítico* se deriva de la obra de Lacan? ¿Qué aportes a esta conceptualización se deriva de otros teóricos del psicoanálisis, a partir de sus aproximaciones en la temática —en particular los conceptos de *neurosis de transferencia*, *técnica activa*, *carácter*, y *juego*?

Antecedentes

Lo que vuelve relevante la pregunta por el acto analítico, y lo que hace de esta un problema de investigación, lo designaremos en términos de la *especificidad* y la *vacilación* del concepto. Existe tanto para el psicoanálisis como para la obra de Lacan

un problema de especificidad y de vacilación del concepto. Esto significa que no está claro cuál es la *especificidad* del mismo y que su lugar *vacila* al lado de otros conceptos lindantes en la teoría. Una referencia tomada del último período de la obra de Lacan sugiere que el problema subsiste abierto:

Sería necesario que exista un acto que no sea débil mental. Ese acto, intento producirlo en mi enseñanza. Pero es a pesar de todo un balbuceo. Confinamos aquí con la magia (1977-1978, clase 11/04/78).

El abordaje de los antecedentes en la literatura existente sobre el tema revela esta situación. En primer lugar debemos decir que el *Seminario 15* resulta en proporción un seminario menos leído, menos estudiado y menos investigado por la comunidad psicoanalítica, en contraste con otros cuyo tratamiento resulta más frecuente. Esta sola situación se presenta como una paradoja dado que el concepto de acto analítico es sin duda un concepto decisivo para la formación del analista.

Sin embargo este descuido no es azaroso, responde a razones de estructura, que se hayan contenidas en el mismo concepto de acto. Lacan señala a lo largo del *Seminario 15*, de diferentes maneras, lo que él llama una “elusión” del acto: el psicoanalista rechaza el acto (clase 15/2/67), se resiste al acto (clase 8/3/67 y 24/1/68), se olvida del acto (clase 8/3/67), incluso reprime el acto (clase 8/3/67).

Esta elusión del acto se registra en los antecedentes sobre el tema de dos maneras: a. existen en términos generales pocos trabajos dedicados a abordar sistemáticamente el concepto; b. los trabajos que desde su título y su introducción se plantean como dirigidos a un abordaje del tema, rápidamente se desvían hacia otros conceptos relacionados al acto, quedando en cuestión la especificidad del mismo.

De acuerdo a este último punto (b) la literatura analítica sobre el tema puede ordenarse a partir de la pregunta *de qué se habla cuando se habla de acto analítico*, razón a partir de lo cual referimos anteriormente un problema de especificidad y vacilación del concepto en la teoría.

Existen en primer lugar antecedentes que se refieren al acto analítico en el sentido general de psicoanálisis o la clínica psicoanalítica, resultando como nociones equivalentes los térmi-

¿Qué es el acto analítico?

nos “acto analítico” y “análisis”, donde queda en suspenso la especificidad o precisión del concepto lacaniano (Aramburu, 1988; Maeso, 1993; Ritvo y Kuri, 1997; Laurent, 2006; Soler, 2004).

En segundo lugar, y ubicado en un sentido extremo opuesto al grupo anterior, existen antecedentes que al hablar del acto analítico se refieren al grupo de Klein (Vegh, 1993; Harari, 2000; Brodsky, 2002; Miller, 2011), modelo elaborado por Lacan en el *Seminario 14* para dar cuenta de “la lógica del fantasma” y retomado en el *Seminario 15* a propósito del acto, articulado a las operaciones de alienación, verdad y transferencia. Si bien Lacan se sirve del grupo de Klein para elaborar el concepto, el concepto en sí mismo no se reduce a las formulaciones sobre el grupo de Klein.

En tercer lugar existen referencias que al hablar del acto analítico se refieren al acto de un sujeto en análisis (Maeso, 1983; Miller, 1984, 1999; Aramburu, 1988; Vegh, 1993; Lombardi, 1993, 1993b; Harari, 2000; Brodsky, 2002), aquel que Lacan llamó “acto a secas” (1967-1968: clase 20/3/68).

Y de manera correlativa al acto del sujeto, un grupo de antecedentes al tratar sobre el acto se refieren a las patologías del acto: acting out y pasaje al acto, o acto fallido y acto sintomático (Aramburu, 1988; Miller, 1993, 1999; Vegh, 1993; Greenacre, 1993; Lombardi, 1993b; Miller, 1999; Harari, 2000; Zack, 2005).

En un extremo opuesto al acto concebido como el acto del sujeto, existe otro grupo de antecedentes que trata al acto como el acto del analista, su intervención, la relación con la transferencia y la interpretación (Maeso, 1983; Rabinovich e Indart, 1984; Miller, 1984; Aramburu, 1988; Soler, 1988; Lombardi, 1993; Safouan, 1997; Ritvo y Kuri, 1997; Aramburu, 2000; Schejtman, 2004, 2013; Zack, 2005; Ruiz, 2010).

Otro grupo de antecedentes, al referirse al acto analítico trata los conceptos de deseo del analista y de discurso analítico (Vegh, 1980; Rabinovich, 1994, 1999; Aramburu, 1988, 2000; T. San Miguel, 2015; Zack, 2005; Schejtman, 2014).

Finalmente existe otro grupo de antecedentes que corresponde al punto (a) arriba señalado, es decir que se refiere al acto analítico tal como Lacan lo define en el *Seminario 15*, tomando referencias parciales de diferentes aspectos o fórmulas del seminario (Vegh, 1980; Chamorro, 1983; Aramburu, 1988; Soler, 1988; Lombardi, 1993b; Rabinovich, 1999; Harari, 2000;

Brodsky, 2002; Cosenza, 2003; Schejtman, 2004; Zack, 2005).

En estas fuentes sólo hallamos tres estudios específicos dedicados al concepto de acto analítico: el libro de J. Aramburu *El acto psicoanalítico* (1988), el libro de R. Harari *¿Qué sucede en el acto analítico?* (2000) y el libro de G. Brodsky *El acto psicoanalítico y otros textos* (2002). Aun así, tal como hemos incluido estas fuentes en los grupos antes señalados, en algunos aspectos estos estudios se refieren al contenido específico del concepto lacaniano, pero en muchos otros se deslizan hacia otros conceptos o ejes conceptuales donde se diluye la especificidad del mismo y su lugar vacila en el *corpus* teórico. Lo que queremos decir es que ninguna de estas fuentes ofrece un recorrido sistemático por el concepto de acto desarrollado en los seminarios 14, 15 y 16, ni plantea una articulación con los conceptos previos y posteriores de la misma obra.

Si consideramos finalmente los antecedentes referidos a una articulación entre el concepto de acto analítico y los conceptos de neurosis de transferencia, técnica activa, carácter y juego, son escasas y fragmentarias las investigaciones en esa dirección. Cabe destacar aquí el Seminario dictado por D. Rabinovich *El acto psicoanalítico* (2014) donde se articula el concepto de acto analítico a la neurosis de transferencia freudiana; el artículo de H. López *Sándor Ferenczi está de vuelta* (s/f), donde el autor sugiere una relación entre el concepto de técnica activa y el concepto de acto; el apartado dedicado al *Acto analítico* que D. Cosenza desarrolla dentro del libro *Jacques Lacan y el problema de la técnica en psicoanálisis* (2003), donde señala no sólo el elogio que Lacan hace de los aportes técnicos de Ferenczi sino que además establece una relación de antecedente entre sus aportes y la conceptualización del acto en Lacan; el artículo de C. Glasman *El juego del psicoanálisis* (1993), y el artículo de D. Rabinovich *El deseo del psicoanalista: una propuesta ética* (1994) donde los autores se refieren al análisis en términos de un juego, retomando la articulación lacaniana sobre el tema (Lacan, 1965-1966); o el artículo de C. Marrone *Psicoanálisis con niños: el juego* (2012) donde la autora sugiere una relación entre el concepto de juego y el de acto.

¿Qué es el acto analítico?

Enfoque teórico del trabajo

El problema formulado toma como punto de partida el concepto de acto analítico. Esto significa que no trataremos directamente con el acto analítico, sino con su concepto. En este sentido tomamos como punto de partida la formulación que hace Lacan en su *Seminario 22: RSI*:

...es indispensable que el analista sea al menos dos: el analista que tiene efectos, y el analista que, a esos efectos, los teoriza (1974-1975: clase 10/12/74).

La referencia de Lacan a estos “dos” analistas debe servirnos para no confundir el acto analítico con su concepto. Si bien ya es el concepto lo que nos permite referirnos al acto, y este sólo es aprehensible a través del concepto, debemos advertir la distancia irreductible entre uno y otro, a saber: el concepto no es el acto.

Desde esta perspectiva el acto es algo primario y el concepto es algo secundario. Pero debemos considerar además la situación inversa, a propósito de lo que Lacan llama los “conceptos fundamentales” del psicoanálisis en su *Seminario 11*. Si bien el concepto de acto no se cuenta entre los cuatro conceptos fundamentales –inconsciente, pulsión, transferencia, repetición– nada impide pensar en él como otro concepto fundamental, o como un concepto estrechamente articulado al de transferencia, al que Lacan define como “la puesta en acto de la realidad del inconsciente” (1964, p. 152).

¿cuáles son los fundamentos, en el sentido lato del término, del psicoanálisis? Lo cual quiere decir: ¿qué lo funda como praxis? (Lacan, 1964: p. 14).

La expresión “conceptos fundamentales del psicoanálisis” no se refiere a los conceptos importantes o sobresalientes de su teoría, sino específicamente a aquellos que irreductiblemente lo fundan como *praxis*, es decir, que permiten instaurar la experiencia analítica en cuanto tal. En ese sentido es que Lacan entendió que sin los conceptos de inconsciente, pulsión, transferencia y repetición no podría fundarse ninguna experiencia susceptible de llamarse psicoanalítica.

Vemos así invertida la relación anterior: los conceptos son algo primario –fundamental– y la *praxis* es algo secundario –instaurado a partir de ellos. De esta manera figura la doble relación Lacan en este mismo seminario:

Este concepto [transferencia] está determinado por la función que tiene en una *praxis*. Este concepto rige la manera de tratar a los pacientes. A la inversa, la manera de tratarlos rige al concepto (1964, p. 130).

Luego de haber definido el marco específico en que será considerado el concepto de acto en un sentido psicoanalítico, vamos a tomar aportes que realizan en la temática G. Deleuze y F. Guattari en el libro *¿Qué es la filosofía?* (1991). En el capítulo *¿Qué es un concepto?* los autores analizan a través de varias dimensiones lo que entienden por concepto. Extraeremos cinco dimensiones que se ajustan al enfoque que queremos ofrecer para tratar el problema planteado:

1. *Todo concepto se define a partir de sus componentes*: “No hay concepto simple. Todo concepto tiene componentes, y se define por ellos.” (1991, p. 21)
2. *Todo concepto tiene una consistencia interna –endoconsistencia– y una consistencia externa –exoconsistencia–* (1991, p. 25). La endoconsistencia remite a las relaciones de los componentes del concepto y la exoconsistencia a las relaciones del concepto con otros conceptos próximos en la teoría.
3. *Todo concepto involucra cuerpos*: “El concepto es incorpóreo, aunque se encarne o se efectúe en los cuerpos.” (1991, p. 26)
4. *Todo concepto remite a un problema*: “Todo concepto remite a un problema, a unos problemas sin los cuales carecería de sentido...” (1991, p. 22)
5. *Todo concepto tiene una historia*: “...decimos de todo concepto que siempre tiene una *historia* [...] En un concepto hay, las más de las veces, trozos o componentes procedentes de otros conceptos... [...] Un concepto no sólo exige un problema bajo el cual modifica o sustituye conceptos anteriores, sino una encrucijada de problemas donde se junta con otros conceptos coexistentes.” (1991, p. 23 y 24)

¿Qué es el acto analítico?

A partir de estas dimensiones podemos considerar las siguientes preguntas que, a modo de procedimiento metodológico, orientarán el trabajo por realizar.

1. ¿Cuáles son los componentes que definen al concepto de acto analítico?
2. ¿Cómo se articulan estos componentes al interior del concepto y con qué otros conceptos del *corpus* teórico se articula este concepto?
3. ¿En qué cuerpos, materialidades o terrenos se pone en juego?
4. ¿A qué problema o problemas responde este concepto?
5. ¿Qué relación histórica existe entre los componentes de los conceptos *neurosis de transferencia*, *técnica activa*, *carácter*, *juego* y *acto analítico*? ¿Qué componentes comparten o se desplazan entre estos conceptos? ¿Qué relaciones de modificación o sustitución se efectúa entre ellos?

Dado que el problema a tratar se centra sobre el concepto de acto analítico, el cual debe ser explorado y analizado en los tres grupos de fuentes señalados más arriba, debemos necesariamente establecer una definición del concepto que nos pueda servir como punto de partida para el trabajo a realizar. Adoptaremos como definición central o nuclear aquella que Lacan ofrece en la clase 3 del *Seminario 15*, que citamos en toda su extensión aquí:

El acto analítico esencial del psicoanalista implica algo que yo no nombro, que he esbozado bajo el título de ficción y que se vuelve grave si se convierte en olvido: fingir olvidar que su acto es ser causa de ese proceso.

Que se trate de un acto, se acentúa con una distinción que es esencial hacer aquí.

El analista, por supuesto, no sin necesidad, diría incluso, de justificarse a sí mismo en cuanto a lo que se hace en un análisis... Se hace algo y se trata precisamente de esta diferencia, del hacer a un acto.

¿En qué banco colocamos al psicoanalizante? En el banco del hacer. Él hace algo. Llámennlo como quieran, poesía o manejo... él hace, y es bien claro que justamente, una parte de la indicación de la técnica analítica consiste en un cierto dejar hacer.

Pero, ¿es esto suficiente para caracterizar la posición del analista cuando este dejar hacer implica hasta un cierto punto el mantenimiento intacto en él de este sujeto supuesto saber, a pesar de que este sujeto él conoce por experiencia la caída [o destitución] y la exclusión y lo que de ello resulta del lado del psicoanalista? (1967-1968, clase 29/11/67).

A partir de esta definición establezcamos los ejes o niveles de análisis del concepto que deberemos considerar a lo largo de la exploración:

1. El acto analítico es la causa del proceso del análisis.
2. El analista no debe olvidar esto, porque toca a su función como analista, es decir a la posibilidad misma de que el análisis se instaure.
3. El analista finge olvidar esto, de allí y entre otras razones, que el análisis implique una ficción.
4. Al analista le toca el acto y al paciente el hacer o el trabajo, de allí que Lacan lo llame *analizante*, cuando su trabajo analítico así lo implique.
5. El acto analítico no puede dejar intacto el mantenimiento del sujeto supuesto saber, es decir la entidad misma del análisis como dicha ficción.

Luego de haber definido el término “concepto” y el término “acto analítico” debemos establecer el significado de los conceptos que hemos elegido para analizar el acto analítico: neurosis de transferencia, técnica activa, carácter y juego. Esto supone una doble tarea: en primer lugar definir el concepto, y en segundo lugar fundamentar la pertinencia de esta articulación propuesta para el análisis del acto.

Existe en la obra de Freud dos sentidos que asume el concepto de neurosis de transferencia. En primer lugar un sentido nosográfico, en la medida que permite diferenciar las neurosis de transferencia (histeria y neurosis obsesiva) de las neurosis narcisistas. En segundo lugar, un sentido técnico, referido a la enfermedad artificial que se produce en análisis, entre el paciente y el analista. En *Recuerdo, repetición y elaboración* (1914) lo define de esta manera:

¿Qué es el acto analítico?

Cuando el paciente nos presta la mínima cooperación, consistente en respetar las condiciones de existencia del tratamiento, conseguimos siempre dar a todos los síntomas de la enfermedad una nueva significación basada en la transferencia y sustituir su neurosis vulgar por una neurosis de transferencia, de la cual puede ser curado por la labor terapéutica. La transferencia crea así una zona intermedia entre la enfermedad y la vida, y a través de esta zona va teniendo efecto la transición desde la primera a la segunda. El nuevo estado ha acogido todos los caracteres de la enfermedad, pero constituye una enfermedad artificial, asequible por todos lados a nuestra intervención (1914, p. 1687).

En este sentido, “neurosis de transferencia” es un concepto técnico que designa la enfermedad artificial que se produce en el análisis y que irreductiblemente involucra al paciente y al analista. Por otro lado, los análisis que a partir de este concepto han derivado tanto Freud como otros psicoanalistas post-freudianos bajo el nombre de *manejo de la transferencia* y *contratransferencia*, resultan decisivos para considerar el lugar del analista y el acto que concierne a su función. Dado que para Lacan el acto analítico es el verdadero soporte de la transferencia y su manejo, el concepto de neurosis de transferencia se figura como un analizador claro del lugar que asume el analista en la neurosis del paciente, y la función que tiene el acto en dicha producción del análisis.

El concepto de técnica activa atravesó en la obra de Ferenczi formulaciones y reformulaciones a lo largo de 11 años. Adoptaremos aquí una definición representativa de toda esta elaboración, extrayendo el componente central de la definición. En primer lugar debemos decir que la expresión “técnica activa” se diferencia para él de la técnica clásica a la cual califica de “pasiva”:

El psicoanálisis tal como lo utilizamos actualmente es una práctica cuyo carácter más saliente es la pasividad. Pedimos al paciente que se deje guiar sin ninguna crítica por 'lo que le venga a la mente'; sólo hay que comunicar estas ideas sin reservas, superando la resistencia que se encuentre. En cuanto al médico, no debe concentrar su atención con una intención cualquiera (por ejemplo, el deseo de curar o de comprender), sino que se abandona-

rá -también de modo pasivo a su imaginación y jugará con las ideas del paciente (Ferenczi, 1920: p.2).

En este sentido define a la técnica activa como un recurso auxiliar o complementario de la técnica clásica -pasiva-, cuando por diversas razones, el trabajo analítico se ve impedido u obstaculizado. Llama a esto último los “puntos muertos” del análisis o los momentos de “estancamiento”. Es sobre ellos donde excepcionalmente recae la técnica activa motorizando el trabajo del paciente:

La actividad moderada, pero enérgica si es preciso, que exige el análisis reside en el hecho de que el médico acepta en cierta medida realizar el papel que le es prescrito por el inconsciente del paciente y su tendencia a la huida (Ferenczi, 1924a: p. 9-10).

Acto analítico y técnica activa revelan entonces un componente conceptual común a explorar que se refiere al acto o la actividad que involucra al analista y la transferencia, en especial sus momentos resistenciales o de estancamiento. Y lo que esta función puede tener de efecto sobre el trabajo del analizante.

El concepto de carácter elaborado por Reich en su obra *El análisis del carácter* (1949) no es en sí mismo un concepto técnico. Sin embargo no fue sino por los obstáculos técnicos en el análisis que se vio forzado a hablar del carácter, y del análisis del carácter.

Si desde el comienzo del tratamiento nuestros pacientes siguiesen la regla fundamental, así fuera en un grado razonable, no habría motivo para escribir un libro sobre análisis del carácter. Por desgracia, sólo muy pocos de nuestros pacientes son accesibles al análisis desde un comienzo; son incapaces de seguir la regla fundamental hasta el momento de lograr un aflojamiento de sus resistencias (Reich, 1949: p. 34).

En tal sentido es sugerente el hecho de que para hablar del carácter en su libro se haya visto forzado a introducir un gran capítulo dedicado a la “técnica” psicoanalítica, a su criterio muy descuidada por la literatura de su época:

¿Qué es el acto analítico?

La interpretación extrema –y por cierto la más errónea– afirmaba que el analista debía limitarse a guardar silencio, y el resto vendría por sí solo. En cuanto al papel del analista en el tratamiento, existían –y existen– los conceptos más confusos. Es cierto, uno sabe generalmente que debe disolver las resistencias y debe ‘manejar’ la transferencia. Pero cómo y cuándo ha de producirse ello, cómo han de diferir sus actos conforme a los diferentes casos y situaciones, eso nunca fue discutido en forma sistemática (Reich, 1949: p. 31).

No siendo en sí mismo un concepto técnico, el carácter es un concepto que ha llevado al psicoanalista a revisar e interrogar la técnica, dada la rigidez con la que se presenta lo que Reich definió como una “coraza” caracterológica:

El carácter consiste en una alteración *crónica* del yo, a la que podríamos calificar de rigidez. Es la base de la cronicidad del modo de reacción característico de una persona. Su significado es la protección del yo contra peligros exteriores e interiores. Como mecanismos de protección que se ha hecho crónico, puede denominarse con todo derecho una *coraza*. Esta coraza significa inevitablemente una disminución de la movilidad psíquica total, disminución mitigada por relaciones con el mundo exterior, no condicionadas por el carácter y, por ello, atípicas (Reich, 1949: p. 167).

De la misma manera que articulamos el concepto de técnica activa al concepto de acto analítico, articularemos la revisión técnica que hace Reich a propósito del análisis del carácter, donde también observamos la necesidad de que el analista realice alguna operación o maniobra sobre la transferencia, que no se reduce a las condiciones clásicas del dispositivo analítico. Sólo que aquí lo que promueve la interrogación técnica no son los puntos muertos o momentos de estancamiento de la transferencia sino el carácter y la estructura del yo, que se revela así como otro componente necesario para analizar el concepto de acto analítico.

El concepto de juego tiene un lugar central y protagónico a lo largo de toda la obra de Winnicott. Define al análisis mismo como un juego, y su definición de juego no es separable de su

concepto de análisis. Adoptaremos entonces esta definición, del capítulo 3 de *Realidad y juego*:

La psicoterapia se realiza en la superposición de las dos zonas de juego, la del paciente y la del terapeuta. Si este último no sabe jugar, no está capacitado para la tarea. Si el que no sabe jugar es el paciente, hay que hacer algo para que pueda lograrlo... (Winnicott, 1971: p. 80).

Esto significa que no trataremos con este autor de un concepto de juego en general, ni siquiera de un concepto psicoanalítico de juego, sino de un juego muy específico y puntual que es aquel que ocurre entre paciente y analista en la transferencia. Al extremo de definir al juego como aquello que ocurre entre el paciente y el analista.

Por otro lado no nos referiremos al juego tal como se lo entiende en la clínica de niños, de la cual el mismo Winnicott es un exponente clásico en la teoría psicoanalítica. Sin embargo es él mismo quien se encarga de precisar que cuando habla de juego no se está limitando a la clínica con niños sino que se está refiriendo expresamente a la clínica de adultos o a la clínica en general.

Cuatro formulaciones de Winnicott sobre el juego ocuparán un lugar central en la exploración:

1. "Jugar es hacer" (Winnicott, 1971: p. 64). Considerando que en la transferencia el analista cuenta como un segundo jugador, existe un hacer también que corresponde a su función.
2. El juego es el soporte de la transferencia. En tanto que el análisis en sí mismo es la instauración y el despliegue de un juego, es inconcebible la transferencia sin la referencia al juego. Esta idea de Winnicott coincide con la función que señala Lacan respecto del acto como aquello que sostiene la transferencia.
3. La capacidad de jugar es solidaria de la capacidad de usar un objeto, "se trata, pues de la aptitud del paciente para usar al analista..." (Winnicott, 1971: p. 118). Hallamos aquí un componente común al acto lacaniano, donde el analista funciona como el objeto parcial que causa el proceso analítico, siendo aquello de lo cual se sirve el paciente para analizarse.

¿Qué es el acto analítico?

4. "Es axiomático que el trabajo del análisis debe ser realizado por el paciente..." (Winnicott, 1962: p. 218)

Hipótesis

Acto analítico, acto del analista, acto del sujeto. Sostendremos como primer hipótesis particular que es posible extraer de la obra de Lacan, y de la literatura analítica sobre el tema, tres sentidos sobre el acto, que no se confunden entre sí: el acto como acto del sujeto, que Lacan llama "acto a secas" (Lacan, 1967-1968: clase 20/3/68); el acto como acto del analista, que a veces se confunde con la interpretación, el manejo de la transferencia, o la noción más general de intervención; el acto como acto analítico, aquello a lo que se refiere Lacan más específicamente en el *Seminario 15*, como soporte y fundamento del análisis, y por lo tanto del quehacer analítico y el acto del sujeto². El acto analítico no es *algo que el analista hace*, lo cual es el tratamiento más imaginario del concepto. Para Lacan incluso en muchas ocasiones es *no hacer o no actuar*: "Aun si el analista no hace nada, hay que dar sin embargo algún peso a la presencia del acto." (Lacan, 1967-1968: clase 17/1/68)

Deseo del analista, acto analítico, discurso analítico. Lacan formaliza en primer término el concepto de *deseo del analista*, entre cuyas primeras formulaciones debemos citar *La dirección de la cura y los principios de su poder*. Trata explícitamente el concepto de acto analítico en el *Seminario 15* y hacia los seminarios 16 y 17 formaliza explícitamente el concepto de discurso, los cuatro discursos, y entre ellos el *discurso analítico*. Los tres conceptos no se confunden entre sí. Lacan especifica en el *Seminario 18* que el discurso formaliza la lógica del acto (Lacan, 1971: p. 57). Respecto de la segunda articulación, propondremos que el acto analítico supone la *puesta en juego* del deseo del analista, tal como Lacan entiende este concepto. Para que el acto analítico adquiriera valor de tal, el deseo del analista debe operar como

² Agradecemos una observación de G. Lombardi sobre este punto, que permite aclarar la formulación: la expresión "acto del sujeto" no debe indicar que el acto como atributo o acontecimiento pertenece al sujeto a título de sustancia o agente.

función. Por otro lado, no es una función que opere en el vacío, sino que adquiere cuerpo o se corporiza en el acto analítico.

Acto, transferencia, interpretación. Los conceptos de transferencia e interpretación tienen una larga historia dentro de la formalización analítica, desde Freud hasta Lacan. La formalización del acto en Lacan supone re-interrogar las tres nociones y analizar sus articulaciones. El acto no es la transferencia ni la interpretación y sin embargo es soporte tanto de la primera como de la segunda. Como así también es soporte de los momentos de entrada en análisis y fin de análisis. En este sentido creemos que el antecedente freudiano privilegiado para analizar el concepto de acto analítico en Lacan no es el acto fallido, el acto sintomático, el acto psíquico o cualquier otro concepto que remita al acto como acto del sujeto, sino el concepto de *neurosis de transferencia*, que involucra tanto al paciente como al analista en el acto.

Escena, significante, semblante: La noción de acto analítico es ya una definición del análisis: *el análisis es un acto*, implica o supone un acto. Lacan se refirió a esto como un “encuentro de cuerpos” (Lacan, 1971-1972, clase 21/6/72), un “lazo de a dos” (Lacan, 1974: p. 86), incluso un “autismo de a dos” (Lacan, 1976-1977: clase 19/4/77). Aun cuando en el plano de la transferencia y la interpretación haya un solo sujeto (Lacan, 1960-1961), en el acto analítico nunca hay un solo cuerpo en juego. Y esto no es indiferente a la posición del analista. El acto analítico supone por estructura: una escena, que Lacan llamó escena del fantasma, soporte tanto del síntoma como de las identificaciones imaginarias del sujeto (Lacan, 1960). Supone al significante, al inconsciente en su estructura de lenguaje (Lacan, 1957-1958), y a *lalengua* como aquel enjambre de significantes amo que marco al sujeto (Lacan, 1972-1973). Supone al semblante, la estructura imaginaria y real del *yo*, sus identificaciones narcisistas y su particular economía de goce (Lacan, 1971).

Comenzaremos entonces el recorrido de este estudio, partiendo de un marco introductorio, a partir del análisis del concepto de acto analítico en tanto concepto técnico. Para ello, deberemos partir de la pregunta por la técnica en psicoanálisis.

Capítulo 2. ¿Qué es la *técnica*?

Ustedes son técnicos. Pero técnicos que existen en el seno de este descubrimiento. Puesto que esta técnica se desenvuelve a través de la palabra...

J. Lacan, *Las psicosis*

Definición y situación actual de la técnica

Para comenzar, quisiéramos contextualizar esta investigación en el marco de lo que la tradición psicoanalítica ha llamado *la técnica*; y establecer cómo se relaciona con ella el concepto de *acto analítico*. La palabra “técnica” proviene del griego *téchnē*, entre cuyas traducciones y significados hallamos *la técnica, el arte, el oficio, la habilidad, incluso la ciencia*. Freud definió al psicoanálisis mismo como una técnica, además de un método de investigación y una teoría: “un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas” (Freud, 1923: p. 231) *Método y técnica* son términos usados indistintamente por Freud y aún en la actualidad hallamos publicaciones donde no se distinguen.

La cuestión de la técnica en psicoanálisis ha sido objeto de duras críticas, provenientes tanto del exterior como del interior de la disciplina. Foucault, por ejemplo, se refirió a los psicoanalistas como “los lamentables técnicos del deseo” (Foucault, 1988: p. 72). Y Winnicott subrayó que el psicoanálisis “no es solamente un ejercicio técnico” (Winnicott, 1954: p. 1).

Aun así, vale la pena ahondar en el tema. En *Standards no standars* C. Soler y col. (1984) observan que la técnica remite, por un lado al *cómo-hacer*, y por otro lado a las reglas –individuales o institucionales– del *quehacer* psicoanalítico. Existe en tal sen-

¿Qué es el acto analítico?

tido una disimetría:

...el analizante tiene su 'regla fundamental', el analista no. El primero no deja de saber lo que tiene que hacer, puesto que la asociación libre es la exigencia, podemos decir, standard, que define su tarea. Nada semejante existe del lado del analista (Soler y col., 1984: p. 100-101).

Si bien Lacan no rechaza la idea de "reglas técnicas", su enseñanza desplaza la atención hacia los fundamentos de la experiencia analítica, en los cuales se diluye o adquiere un valor secundario la dimensión técnica (Soler y col, 1984: p. 102). En la *Introducción al método psicoanalítico* J-A. Miller (1987) vuelve sobre este punto, advirtiendo la diferencia entre los patrones y los principios:

...el rasgo propio de nuestra práctica es no tener patrones. Entonces, debemos indicar que, si en la práctica no tenemos patrones, tenemos principios. Y es necesario tratar de formalizar esos principios (Miller, 1987: p. 5).

Asimismo, organiza la discusión sobre un plano ético:

...las cuestiones técnicas son siempre cuestiones éticas, y esto por una razón muy precisa: porque nos dirigimos al sujeto. La categoría de sujeto no es una categoría técnica. La categoría de sujeto, como tal, no puede ser colocada sino en la dimensión ética (Miller, 1987: p. 4).

D. Cosenza dedicó un estudio sistemático y específico al problema de la técnica en el psicoanálisis de orientación lacaniano: *Jacques Lacan y el problema de la técnica en psicoanálisis* (2003). Sitúa su propia obra en la tradición del estudio histórico realizado por H. Etchegoyen, *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica* (1986). Cosenza advierte que no había sido escrito antes ningún tratado de técnica lacaniana, fenómeno que no le parece casual, dada la insistencia de Lacan en despegar la técnica de los preceptos. Para el autor, sin embargo, hablar de técnica no significa hablar de standards sino de los fundamentos de la clínica, los cuales remite a la palabra, el sujeto y la ética. De esta manera, intenta hacer una revalorización del término y de la discusión "técnica":

...la crítica lacaniana a las derivas tecnicistas del psicoanálisis posfreudiano en absoluto se resuelve en una desvalorización de la técnica, sino, por el contrario, en el intento de refundarla en la estela de la enseñanza de Freud [...] ...se corre el riesgo de confundir la orientación problemática de Lacan respecto a la técnica con un rechazo o una desvalorización de su ámbito. Tal vez a este malentendido se deba también a la tendencia de los analistas lacanianos a escribir poco acerca de cuestiones inherentes a la técnica del tratamiento (Cosenza, 2003: p. 11-12).

En la organización de su tratado, reserva un lugar fundamental al deseo del analista y al acto analítico, advirtiendo que se trata de dos puntos de difícil tratamiento conceptual:

Dado que se trata de dos de las nociones del discurso de Lacan más difíciles de aprehender conceptualmente, y no sólo por parte de aquellos que no provienen de una formación lacaniana, mi esfuerzo por intentar esclarecerlo se resiente inevitablemente de esta dificultad intrínseca a su definición. Dificultad que [...] se vincula al hecho de que, a través de las nociones de acto analítico y de deseo del analista, Lacan intenta designar aquello que es más difícil de decir en psicoanálisis: el núcleo mismo del ser analista, su punto de enunciación, aquello que se encuentra en el corazón de la función analítica y del trabajo del análisis (Cosenza, 2003: p. 15).

En el artículo *Al rescate de la técnica psicoanalítica*, A. Vainer (2001)¹ analiza la técnica como un factor decisivo en la transmisión del psicoanálisis, de analistas con mayor experiencia y estudio, a analistas jóvenes que se inician en la práctica. Observa por un lado la relevancia que tiene en la formación teórica del analista el estudio de las clásicas obras técnicas de la disciplina,

¹ En el campo de la filosofía hallamos una actitud análoga respecto de la técnica en la obra de G. Simondon, reunida recientemente en castellano bajo el título *Sobre la técnica* (2017). En la entrevista *Salvar el objeto técnico* refiere: "...el objeto técnico debe ser *salvado*. Debe ser salvado de su estatuto actual, que es miserable e injusto [...] Es necesario entonces modificar las condiciones en las cuales se encuentra, en las cuales es producido y en las cuales es principalmente utilizado, pues él es utilizado de manera degradante." (Simondon, 1983)

y por otro lado dos efectos de desvío. El primero, que llama un “desvío teorístico”, donde se interviene con el paciente *desde la teoría*, ignorando la profunda y constante relación entre la teoría y la técnica, de la cual la invención de la clínica freudiana sigue siendo un ejemplo paradigmático. El segundo, un “desvío practístico”, donde como correlato del des-anudamiento de la teoría a la técnica, con el paciente se interviene *aplicando “recetas”*.

Desde otro sesgo de la temática, en algunas obras psicoanalíticas el término técnica es tratado directamente en otro sentido, que podríamos llamar el sentido filosófico, o la reflexión filosófica sobre la técnica. El trabajo de N. Braunstein, *El inconsciente, la técnica y el discurso capitalista* (2011) por ejemplo, analiza la historia humana, la historia de las técnicas, y la relación del psicoanálisis con la técnica, pero no en tanto técnica, sino en tanto discurso o teoría. En tal sentido, creemos necesario interrogar la relación del psicoanálisis con el sentido filosófico de la técnica, y ver en qué medida se inserta en la discusión sobre el tema, pero no como un discurso o una teoría, sino como una práctica y una técnica.

Filosofía, técnica y psicoanálisis

Tomemos en primer lugar el curso de J. Ortega y Gasset *Meditación sobre la técnica* (1933). Frente a la pregunta *qué es la técnica* Ortega y Gasset responde que *es el hombre*, aquello que es esencialmente algo técnico, donde la técnica es para el hombre un instrumento y procedimiento consustancial de transformación del medio: “La técnica es lo contrario de la adaptación del sujeto al medio, puesto que es la adaptación del medio al sujeto” (Ortega y Gasset, 1933: p. 559). Distingue tres estadios en la evolución de la técnica:

1. La técnica del azar. Constituye para el hombre primitivo el encuentro con un efecto nuevo y útil, que se produce azarosamente, y aun desconociendo la técnica, es este el comienzo de su dominio, por la vía del ensayo y el error.
2. La técnica del artesano. Asociada al hombre antiguo y al hombre de la edad media, se trata de la especialización de las artes, las técnicas y los oficios, que se transmiten de maestros a aprendices, en forma de escuelas, donde la tradi-

ción se conserva a la vez que se desarrolla.²

3. La técnica del técnico. Asociada al hombre moderno, y al desarrollo de la máquina y el tecnicismo. En este último estadio, a diferencia de los dos anteriores, no es la técnica un auxiliar del hombre y su deseo, sino el hombre, y su deseo, un auxiliar de la máquina. Máquina que, más allá del hombre, funciona y fabrica por sí misma.

Dado que las necesidades del hombre no son naturales, Ortega y Gasset articula la técnica al deseo humano, y a lo que el hombre define –individual y colectivamente– como *el programa de su pretensión de existencia*. En tal sentido observa el carácter histórico de la técnica y la necesidad de valorar su vigencia o alcance:

...para ser ingeniero no basta con ser ingeniero [...] Es preciso estar alerta y salir del propio oficio: otear bien el paisaje de la vida, que es siempre total. La facultad suprema no la da ningún oficio ni ninguna ciencia: es la sinopsis de todos los oficios y todas las ciencias y muchas otras cosas más. Es la integral cautela. La vida humana y todo en ella es un constante y absoluto riesgo. La media toda se va por el punto menos previsible: una cultura se vacía entera por el más imperceptible agujero (Ortega y Gasset, 1933: p. 564).³

El autor interpreta la enfermedad de su siglo como una “crisis de los deseos”, efecto de lo cual, la técnica de que dispone el hombre se le presenta como si no sirviera, en una actitud donde pretende responder la pregunta por el deseo por la vía de la téc-

² En *El mito individual del neurótico* Lacan definió al psicoanálisis como un arte, en este mismo sentido: “El psicoanálisis, debo recordarlo como preámbulo, es una disciplina que, dentro del conjunto de las ciencias, se nos aparece con una posición verdaderamente particular. Se dice a menudo que ella no es una ciencia hablando estrictamente, lo que parece implicar por contraste que ella es simplemente un arte. Este es un error, si se entiende por arte que ella no es más que una técnica, un método operacional, un conjunto de recetas. Pero no lo es si se emplea esa palabra, un *arte*, en el sentido en que se la empleaba en la Edad Media cuando se hablaba de las artes liberales.” (Lacan, 1953a: p. 37-28)

³ Lacan sugiere algo similar en el *Seminario 24* al advertir que *una técnica es algo muy frágil* (1976-1977, clase 8/03/77)

¿Qué es el acto analítico?

nica: "Por eso estos años en que vivimos, los más intensamente técnicos que ha habido en la historia humana, son de los más vacíos." (Ortega y Gasset, 1933: p. 596)

En 1953 M. Heidegger vuelve sobre este tema en *La pregunta por la técnica*. Define en primer lugar el sentido instrumental y antropológico del término, como "un medio para un fin" y "un hacer del hombre". Sin embargo advierte que *la esencia de la técnica no es la técnica*: "la técnica es un modo de salir de lo oculto [...] Es la región del desocultamiento, es decir, de la verdad." (Heidegger, 1953: p. 15) A diferencia de su sentido moderno, la *téchnē* era para los griegos no sólo la herramienta y el procedimiento sino también el arte y la producción, en el sentido poético de la *poiesis*. La poesía como un modo de desocultar la verdad, de encontrarse el hombre consigo mismo, esto es, con su esencia.⁴ Para el hombre moderno la *téchnē*, como herramienta y procedimiento, adopta la forma de *estructuras de emplazamiento (das Gestell)*, montajes sobre la naturaleza, a partir de los cuales se extrae de ella lo que el hombre procura por su técnica. A partir de esto Heidegger observa que "Lo peligroso no es la técnica. No hay nada demoníaco en la técnica, lo que hay es el misterio de su esencia." (Heidegger, 1953: p. 29)

Lo que amenaza al hombre no viene en primer lugar de los efectos posiblemente mortales de las máquinas y los aparatos de la técnica. La auténtica amenaza ha abordado ya al hombre en su esencia. El dominio de la estructura de emplazamiento amenaza con la posibilidad de que al hombre le pueda ser negado entrar en un hacer salir lo oculto más originario, y que de este modo le sea negado experimentar la exhortación de una verdad más inicial (Heidegger, 1953: p. 30).

En su obra *¿Qué es un dispositivo?* G. Agamben (1978) analiza el concepto de dispositivo de Foucault, reconociendo en su genealogía la *estructura de emplazamiento* heideggeriana. Nos interesa por otro lado este desarrollo, porque a los fines de nuestra

⁴ Este sentido recupera Lacan en su *Seminario 24* al referirse a la técnica y la interpretación: "No hay más que la poesía, se los he dicho, que permita la interpretación. Es por eso que yo no llego más, en mi técnica, a lo que ella sostiene. Yo no soy bastante poeta." (Lacan, 1976-1977: clase 17/5/77)

temática, la cuestión de la técnica en psicoanálisis remite muchas veces a la noción de *dispositivo analítico*. Para Foucault un dispositivo es un conjunto heterogéneo de elementos discursivos y no-discursivos, dichos y no-dichos, la red que por ellos se forma, que constituye relaciones de saber y relaciones de poder, cumpliendo una función determinada en cierto momento histórico (Agamben, 1978). Existen dispositivos de todo tipo, pero cuando se refiere a ciertos dispositivos de la modernidad, introduce los términos *biopoder* y *biopolítica*, designando con ellos las relaciones de poder y los dispositivos que se ciernen sobre la vida y la legislación de la vida. Agamben retoma estas categorías figurando a un lado los *seres vivientes* y al otro los dispositivos:

...llamaré dispositivo literalmente a cualquier cosa que de algún modo tenga la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivientes. Por lo tanto, no sólo las prisiones, los manicomios, el Panóptico, las escuelas, la confesión, las fábricas, las disciplinas, las medidas jurídicas, etc., cuya conexión con el poder de algún modo es evidente, sino también la pluma, la escritura, la literatura, la filosofía, la agricultura, el cigarrillo, la navegación, las computadoras, los teléfonos celulares y –por qué no– el lenguaje mismo que, es el más antiguo de los dispositivos, en el que miles y miles de años atrás –probablemente sin darse cuenta de las consecuencias a las que se enfrentaba– un primate tuvo la inocencia de hacerse capturar (Agamben, 1978: p. 18).

Entre ambos términos –vivientes y dispositivos– sitúa a los sujetos: “Llamo sujeto a lo que resulta de las relaciones, y por así decir, del cuerpo a cuerpo entre los vivientes y los dispositivos.” (Agamben, 1978: p. 18) Si los dispositivos constituyen por definición dispositivos de producción de un sujeto, los dispositivos capitalistas son para Agamben dispositivos de *desubjetivación*: “Las sociedades contemporáneas se presentan así como cuerpos inertes atravesados por gigantescos procesos de desubjetivación a los que no corresponde ninguna subjetivación real.” (Agamben, 1978: p. 24-25)

B-C. Han retoma el concepto de *biopolítica* en su obra *Psi-*

¿Qué es el acto analítico?

copolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder (2014), acentuando con esta sustitución metafórica la diferencia entre las técnicas de poder de las sociedades disciplinarias y las técnicas de poder de las sociedades de control –descriptas por Foucault. Las relaciones de poder no sólo actuando de manera coactiva al sujeto sino al interior mismo de los resortes de su constitución como sujeto. Han llama *psico-políticas* a estas técnicas, que describe como la forma de gobierno propia del neoliberalismo. Allí donde el poder coactivo se opone a la libertad, la psicopolítica encuentra su estrategia privilegiada de explotación: “La presente crisis de libertad consiste en que estamos ante una técnica de poder que no niega o somete la libertad, sino que la explota.” (Han, 2014: p. 29) El poder entonces no es algo a lo que el sujeto se resiste, sino al contrario, algo deseado y defendido.

El sujeto del rendimiento neoliberal, ese ‘empresario de sí mismo’, se explota de forma voluntaria y apasionada. El yo como obra de arte es una apariencia hermosa, engañosa, que el régimen neoliberal mantiene para poderlo explotar totalmente.

La técnica de poder del régimen neoliberal adopta una forma sutil. No se apodera directamente del individuo. Por el contrario, se ocupa de que el individuo actúe de tal modo que reproduzca por sí mismo el entramado de dominación que es interpretado por él como libertad. La propia optimización y el sometimiento, la libertad y la explotación coinciden aquí plenamente (Han, 2014: p. 45-46).

En una aparente paradoja entonces la situación de dominación adopta la forma de una lucha por la libertad. Recordamos aquí la descripción que Lacan hace de esto al definir al superyó como un *imperativo de goce* (Lacan, 1972-1973).

Historia de la técnica en psicoanálisis

Existe al interior del psicoanálisis y su historia, algo que podemos llamar *la historia de la técnica en psicoanálisis*. Tal vez la única obra que se haya escrito en esa dirección sea el libro de Etchego-

yen, *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*⁵, publicado en su primera edición en 1986.⁶ El resto de las obras⁷ sólo parcialmente tratan la historia del tema, y en cambio avanzan directamente sobre cuestiones de técnica. No es nuestro propósito aquí trazar esa historia, pero sí preguntarnos *qué sería una historia de la técnica en psicoanálisis, y qué aspectos debería tratar*. Etchegoyen realiza un trabajo histórico excepcional pero no toma como problema la pregunta por la historia. No se trata sólo de ver cómo cada psicoanalista o escuela define la técnica, sino de preguntar por la técnica. ¿Qué es una obra sobre técnica? ¿Quiénes hablan sobre técnica? ¿De qué manera se habla cuando se habla de técnica? No es necesario que se diga la palabra “técnica” para estar hablando de técnica. Aún autores que se mantienen a distancia de la técnica han realizado grandes aportes a ella.⁸ A la inversa, no siempre que aparece la palabra se está de hecho hablando de técnica. Y finalmente: ¿Qué se dice cuando se habla de técnica?

La historia de la técnica en psicoanálisis no es sólo la historia de la técnica de Freud, aquella que va desde la hipnosis hasta la asociación libre, y de esta última hacia la transferencia y las resistencias. Incluye además los problemas y las discusiones de *los psicoanalistas que acompañaron y sucedieron a Freud*, y lo

⁵ A diferencia de otras obras o tratados de técnica, el libro de Etchegoyen no tiene como objetivo poner en forma la orientación técnica de una escuela específica, sino el de reunir el conjunto de técnicas, historias y discusiones, de las principales escuelas psicoanalíticas de Europa, América del Norte y América del Sur.

⁶ En el *Prólogo a la segunda edición* el autor señala que en un artículo sobre su libro, G. Lombardi aporta una mirada crítica señalando que no incluyó el concepto de *acto psicoanalítico* de Lacan. En el próximo capítulo volveremos sobre este punto para señalar, de acuerdo a nuestra hipótesis en el tema, por qué esta omisión no resulta casual, sino que encuentra una determinación en la historia de la técnica psicoanalítica.

⁷ Debe destacarse también aquí el artículo de Soler y col. *Standards no standards* (1984), donde reseña algunos aspectos de la dimensión institucional de la historia de la técnica. Y entre ellos, la fijación institucional de reglas técnicas por parte de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

⁸ Por ejemplo Winnicott, quien no se reconoce en general entre los grandes teóricos de la técnica, y sin embargo ha forjado verdaderos conceptos técnicos, como por ejemplo el concepto de *falla del analista*, o el concepto de *juego*, al cual dedicaremos un capítulo específico en este trabajo.

que hicieron con su herencia teórica y práctica, incluso hasta llegar al límite de lo que ya no es psicoanalítico. Cada escuela u orientación psicoanalítica, o no-psicoanalítica, pero derivada del psicoanálisis, ha engendrado sus propias obras y conceptos técnicos, y ha situado la cuestión de la técnica sobre *diferentes fundamentos teóricos, e incluso ideológicos o políticos*. Diferenciamos por otro lado lo que puede ser un tratado de técnica, que tiene la vocación de reunir cierto conjunto de cuestiones técnicas a tratar, de artículos o aún libros que abordan problemas técnicos específicos de diversa índole.

De entre los primeros psicoanalistas freudianos destacamos el libro de E. Glover, *La técnica del psicoanálisis* (1928) y el de O. Fenichel, *Problemas de técnica psicoanalítica* (1941). Pero reconocemos por otro lado un conjunto de artículos y libros que tratan aspectos o problemas técnicos específicos, entre los cuales se cuentan los trabajos de S. Ferenczi, T. Reik, W. Reich, W. Stekel, entre muchos otros. En 1946 se publica *Terapéutica psicoanalítica*, de F. Alexander y T. French, representantes de la escuela de Chicago. La escuela kleiniana ha sido tal vez la más prolífica en obras técnicas: en Argentina H. Racker escribe *Estudios sobre técnica psicoanalítica* (1960), y en Inglaterra D. Meltzer escribe *El proceso psicoanalítico* (1967). Ese mismo año aparece una obra representante de la psicología del *yo*, *Técnica y práctica del psicoanálisis* (1967), de R. Greenson, psicoanalista de Los Ángeles. El psicoanálisis winnicotiano no ha producido ningún tratado sobre el tema, pero sí muchos artículos y libros sobre problemas diversos, donde podemos citar a M. Little, además del mismo Winnicott. En el psicoanálisis lacaniano tal vez el único tratado de técnica sea el de D. Cosenza, *Jacques Lacan y el problema de la técnica en psicoanálisis* (2003).

Al margen de estas obras específicas, que podemos calificar de tratados sobre el tema, y de estos pocos autores mencionados, señalemos que la lista de artículos y autores que ha aportado a la discusión técnica es extensísima, y contiene representantes de casi todas las escuelas psicoanalíticas.⁹ Aun así, los psicoanalistas se han lamentado siempre que se escribe muy poco sobre técnica. Lo dijo Ferenczi en 1923, Fenichel en 1941,

⁹ Una lista más extensa y completa sobre el tema, pero que aún tampoco abarca la totalidad de autores y aportes, se halla en el libro de Etchegoyen, cuya lectura recomendamos.

Etchegoyen en 1986, y Cosenza en el 2003. Lo cual nos lleva a pensar que la cuestión de la técnica está siempre presente en la discusión psicoanalítica, de manera más o menos latente o descuidada, pero nunca siendo del todo abandonada.

Quisiéramos observar algunos términos a los cuales ha sido asociada la técnica. En primer lugar a una cuestión de *método*, de *reglas*, *consejos* y *escritos*. De esta manera se configura la cuestión de la técnica en la obra freudiana. Freud reconoce al psicoanálisis mismo como un método, el cual contiene una técnica o una parte de técnica. Y cuando habla sobre el tema lo expresa siempre en términos de “reglas”, “consejos”, dentro de lo que ha sido llamado por la tradición analítica “los escritos técnicos” de Freud. Es ilustrativo a este efecto lo que dice en *Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico*:

Las reglas técnicas a continuación propuestas son el resultado de una larga experiencia. Se observará fácilmente que muchas de ellas concluyen en un único progreso. Espero que su observancia ahorrará a muchos analistas inútiles esfuerzos y los preservará de incurrir en peligrosas negligencias; pero también quiero hacer constar que si la técnica aquí aconsejada ha demostrado ser la única adecuada a mi personalidad individual, no es imposible que otra personalidad médica, distintamente constituida, se vea impulsada a adoptar una actitud diferente ante los enfermos y ante la labor que los mismos plantean (Freud, 1912: p. 1654).

Aun cuando el psicoanálisis define y se define por un método, o por algunos conceptos que fundamentan su *praxis* (Lacan, 1964), la dimensión artesanal del tratamiento de cada caso como un caso particular, y la dimensión del *estilo* o la manera de cada analista, impugna la idea de una técnica fija. De allí que Freud hable de reglas técnicas, pero también de consejos, a rever de acuerdo a cada analista, paciente y situación clínica. Uno de los efectos que tuvieron los consejos freudianos fue precisamente la recepción rígida y fija de sus reglas, en lo cual se obvió la idea de consejos y se endureció la idea de reglas. Este punto quedó registrado en la literatura sobre el tema a partir de un escrito de Ferenczi, llamado la *Elasticidad de la técnica psicoanalítica* (1928), a partir del cual la cuestión de la técnica ya circula plenamente en la dialéctica de *lo rígido* y *lo flexible*. Cuando Ferenczi le envió

¿Qué es el acto analítico?

a Freud su escrito, Freud respondió con estas palabras:

El título es excelente y merece ser aplicado a más. Ya que las recomendaciones sobre técnica que di entonces eran esencialmente negativas. Consideré como lo más importante a enfatizar lo que uno no debe hacer, para demostrar las tentaciones [resistencias] que operan contra el análisis. Casi todo lo positivo que uno debe hacer lo dejé librado al ‘tacto’, que ha sido introducido por usted. Pero lo que conseguí con eso fue que los obedientes no se dieron cuenta de la elasticidad de estas disuasiones y se sujetaron a ellas como si se tratara de tabúes. Esto tenía que ser revisado algún día, sin, por supuesto, dejar de lado las obligaciones (Freud y Ferenczi, 1920-1933: p. 332).

Es de destacar que por alguna razón –necesidad de transmitir el psicoanálisis, y/o necesidad de institucionalizarlo como disciplina– la cuestión sobrepasa cierto umbral, tal que la técnica se vuelve objeto de un tratado, con una vocación de abordar sistemáticamente y exhaustivamente el tema. Las obras pioneras en ese sentido fueron *La técnica del psicoanálisis*, de Smith Ely Jelliffe (1914), *La técnica del psicoanálisis*, de David Forsyth (1922), *La técnica del psicoanálisis*, de Edward Glover (1928), y *La técnica del psicoanálisis*, de Ella Sharpe (1930). Fue Fenichel quien rompió con la insistencia o repetición de este nombre, con su obra *Problemas de técnica psicoanalítica* (1941), y sancionando que la cuestión de la técnica envuelve “problemas”. Quisiéramos referir aquí uno de estos problemas, que de alguna manera ocupa un lugar central en su libro, pero también respecto al problema de este capítulo, a saber: *qué actitud tiene el psicoanalista respecto de la técnica*.

Ya en 1940, donde la reflexión sobre la técnica cuenta con apenas tres décadas, hallamos las siguientes posiciones en tensión: 1. un esfuerzo de formalización de la técnica psicoanalítica, como otro capítulo de la teoría; 2. una pendiente de rigidización e institucionalización de la técnica; 3. un consecuente rechazo de la técnica, como algo contrario al espíritu psicoanalítico; 4. una defensa y reivindicación de la técnica, como un capítulo necesario de la teoría, no reducible a reglas fijas o institucionalizadas por las escuelas. Fenichel interpreta que se trata de un fenómeno de escape o huida de la técnica: *huída hacia los*

conceptos, o huida hacia la experiencia.

La psicología de la neurosis compulsiva nos ha enseñado que puede haber una huida de la vivacidad del mundo de los instintos hacia el sombreado mundo de las palabras y los conceptos. Es una forma de defensa en la que los instintos aislados generalmente reaparecen transformando, verbigracia, un conflicto instintivo en una manía dubitativa. También estamos familiarizados con una huida hacia la dirección opuesta: un escape, de los conocimientos desagradables, hacia la oscura penumbra de la intuición vaga, ajena al intelecto, con las posibilidades de usos mágicos. En un método terapéutico basado en la ciencia, no tiene cabida ninguno de estos dos tipos de huida (Fenichel, 1941: p. 9-10).

La huida hacia los conceptos recuerda la advertencia que Lacan realiza en el *Seminario 7*, a saber, que ninguno de sus conceptos servirá como “amuleto intelectual” (Lacan, 1959-1960: p. 303), es decir, no ahorrarán al analista el encuentro, incluso la “confrontación” (Lacan, 1971-1972: p. 224) con el paciente. De cualquier manera, por la vía de una teoría sin técnica, o de una experiencia sin técnica, se trata, observa Fenichel, de *un psicoanálisis sin técnica*.

Es una mera suposición el que cualquier esfuerzo para hacer más sistemática la técnica analítica, signifique reemplazar con sofisticada la dinámica de fuerzas; o que en un análisis, el esfuerzo por comprender la labor de la técnica en cada momento, desde el punto de vista dinámico-económico, es un intento de reemplazar la ‘atención flotante libre’ por una reflexión continua sobre lo que en ese caso sería ‘lo que se debe hacer’ (Fenichel, 1941: p. 11).

Señala dos efectos de este abandono de la técnica: respecto de los analistas que huyen hacia los conceptos, advierte que en sus intervenciones “juegan intelectualmente con sus pacientes” (Fenichel, 1941: p. 11), mientras que aquellos que huyen hacia la experiencia y la intuición libre, más que “atención flotante”, “flotan” ellos mismos en la situación analítica (Fenichel, 1941: p. 12). Cuestión, esta última, que asocia a la actitud mágica y profética del analista:

¿Qué es el acto analítico?

...esa magia es una enemiga permanente del análisis. 'La sorpresa efectúa la curación'. Esta fórmula es mal usada por las esperanzas de magia, derivadas de la resistencia, en muchos pacientes. Algo peligroso en el psicoanálisis del analista coopera en esa tendencia hacia la magia: la tentación de desempeñar el papel de profeta siempre es muy fuerte (Fenichel, 1941: p. 21-22).

Para Fenichel, si hay algo irracional en juego, ello no está puesto en el método del psicoanálisis sino en el objeto que trata¹⁰ (Fenichel, 1941: p. 24). Con una metáfora médica, concluye de qué manera para él son igualmente necesarios el estudio de la teoría y de la técnica, como dos elementos, si bien diferentes, indivisibles:

Una persona que tiene un gran conocimiento de anatomía topográfica, pero que ignora la técnica quirúrgica, no puede operar; ni tampoco puede hacerlo con éxito un cirujano innato que desconoce la anatomía topográfica (Fenichel, 1941: p. 25).

Existe un último término que quisiéramos destacar, asociado a la técnica y que se recoge en la literatura sobre el tema: lo técnico aprehendido como un concepto, en la expresión "conceptos técnicos".

Los conceptos técnicos

Existe en cierta literatura post-freudiana sobre el tema la expresión "concepto técnico" (por ejemplo en Fenichel, 1941: p. 7; y en Etchegoyen, 1986: p. 176). Sin embargo no se trata de algo interrogado en sí mismo, ni desarrollado o tratado conceptualmente. En la obra de Lacan ocurre una situación inversa: si bien no hallamos esta expresión –concepto técnico– sí hallamos un conjunto de conceptos a partir de los cuales esto podría interrogarse y tratarse. Nos referimos a lo que llamó los *conceptos fundamentales* del psicoanálisis (Lacan, 1964). Fundamentales no por tratarse de conceptos centrales o importantes de la teoría,

¹⁰ Sobre esto nos ocuparemos en el capítulo que sigue, a propósito de la transferencia y la contratransferencia.

sino porque a partir de ellos se funda su *praxis*. Pero antes de desarrollar este punto contextualicemos brevemente la referencia de la técnica en la obra de Lacan.¹¹

Lacan comenzó su enseñanza refiriéndose a cuestiones de técnica. La primera clase de su *Seminario 1: Los escritos técnicos de Freud* (1953-1954) inicia asociando la técnica al sentido: "... estamos siempre de lleno en el sentido [...] ...producimos sentido, contra-sentido, sin-sentido... [...] Vamos a seguir la técnica de un arte del diálogo" (Lacan, 1953-1954: p. 12-14). Con el nombre de "escritos técnicos" se refiere a un conjunto de escritos freudianos que tratan cuestiones de técnica.

La formalización de las reglas técnicas es tratada así en estos escritos con una libertad que por sí sola es enseñanza suficiente, y que brinda ya en una primera lectura su fruto y recompensa. Nada más saludable y liberador. Nada muestra mejor que la verdadera cuestión se halla en otro lado.

La técnica no vale, no puede valer sino en la medida en que comprendemos dónde está la cuestión fundamental para el analista que la adopta (Lacan, 1953-1954: p. 23 y 31).

El desplazamiento de atención que Lacan realiza desde la técnica hasta sus fundamentos en la palabra, no interroga *a priori* la cuestión de la técnica en sí misma, sino la de aquello que se sitúa en su fundamento. En el *Seminario 2: El yo en la teoría freudiana y en la técnica psicoanalítica* (1954-1955) cuestiona precisamente al *yo* como fundamento. El debate se tensa sobre una escuela específica que es la psicología del *yo*:

El hombre contemporáneo cultiva cierta idea de sí mismo, idea que se sitúa en un nivel semi-ingenuo, semi-elaborado. Su creencia de estar constituido de tal o cual modo participa de un registro de nociones difusas, culturalmente admitidas. Puede este hombre imaginar que ella surgió de una inclinación natural, cuando de hecho, en el estado actual de la civilización, le es enseñada por doquier. Mi tesis es que la técnica de Freud,

¹¹ Para un tratamiento específico sobre el tema recomendamos el libro de Cosenza ya citado.

¿Qué es el acto analítico?

en su origen, trasciende esta ilusión, ilusión que ejerce concretamente una influencia decisiva en la subjetividad de los individuos. El problema entonces es saber si el psicoanálisis se dejará llevar poco a poco a abandonar lo que por un momento fue vislumbrado o si, por el contrario, manifestará otra vez, dándole nueva vida, su relieve (Lacan, 1954-1955: p. 13).

La técnica del psicoanálisis es para Lacan, por definición, algo que remite al orden de la palabra y el lenguaje. Es “una técnica de la palabra” (Lacan, 1953-1954: p. 380), la palabra es el único “medium” o instrumento (Lacan, 1953b: p. 237). Y el psicoanálisis es incluso definido como “una práctica del charloteo” (Lacan, 1977-1978: clase 15/11/77). Pero no debe pensarse por ello que el registro simbólico en que se juega la palabra es sólo el “bla-bla-bla”. La palabra es un nudo de cuerpo y sexualidad (Lacan, 1974-1975: clase 11/2/75) y el psicoanálisis es “una técnica cuya pretensión es que el discurso tenga allí consecuencias” (Lacan, 1968-1969: p. 30). Lo cual quiere decir “tratar lo real mediante lo simbólico” (Lacan, 1964: p. 14). En este aspecto se reconoce la tradición freudiana de Lacan, recuperando las primeras definiciones del psicoanálisis dadas por Freud. El psicoanálisis es una “cura por la palabra” (Freud y Breuer, 1893: p. 55) y la palabra es el “instrumento esencial del tratamiento” (Freud, 1890: p. 115).

En este sentido queda claro para Lacan que el psicoanálisis es un dispositivo –en el sentido de Agamben– de la palabra. Donde se articula alguien que habla, alguien que escucha, y la producción de un sujeto como efecto de dicho juego. Pero *hablar* puede ser una práctica tanto en el registro de la infatuación del *yo*, como en el registro de la división del sujeto. El *Esquema L* que presenta hacia el final de su *Seminario 2* es un gran esquema técnico que refleja con claridad esta disyunción de posiciones (Lacan, 1954-1955).

El estudio de las características de un dispositivo así Lacan lo piensa a través de lo que llama conceptos fundamentales, aquellos en los que se fundamenta la *praxis* analítica. Una referencia tomada del *Seminario 1* resulta adecuada para introducir este aspecto:

Con el psicoanálisis sucede como con el arte del buen cocinero que sabe cómo trinchar el animal, cómo separar la articulación con la menor resistencia. Se sabe que existe, para cada estructura, un modo de conceptualización que le es propio [...] Es preciso entender que no disecamos con un cuchillo, sino con conceptos (Lacan, 1953-1954: p. 12).

Efectivamente, no es sino a partir de cierto concepto de sujeto, que se habilita en el dispositivo analítico la condición de posibilidad para que ese sujeto se produzca o no. Pero en este punto Lacan sitúa una dependencia de determinación recíproca entre los conceptos y los pacientes:

Este concepto [transferencia] está determinado por la función que tiene en una praxis. Este concepto rige la manera de tratar a los pacientes. A la inversa, la manera de tratarlos rige al concepto (Lacan, 1964: p. 130).

Llamaremos *formalización* a la vía de determinación que va desde el modo de tratar a los pacientes hacia el modo de tratar a los conceptos. Y *técnica* a la vía de determinación que va desde el modo de tratar a los conceptos hacia el modo de tratar a los pacientes, es decir, el modo como un concepto se *instrumentaliza* como herramienta clínica. En la obra de Lacan, lo que constituye el principio de determinación exterior –inmediatamente más próximo– a este círculo cerrado de determinaciones –conceptos y pacientes–, es el *deseo del analista* (Lacan, 1964). Este deseo rige sin duda el modo de tratar a los pacientes, a la vez que rige también, directa e indirectamente, el modo de tratar a los conceptos. En este punto quisiéramos retomar hasta aquí todas las referencias al deseo y la ética reseñadas en los apartados anteriores –Soler, Miller, Cosenza, Vainer– para observar que *la técnica es siempre algo orientado por el deseo del analista*.¹²

Retomemos ahora la referencia a los conceptos técnicos. La idea de conceptos técnicos nace en la literatura post-freudiana a partir de identificar un conjunto de conceptos tratados por

¹² Por otro lazo la técnica nunca es un fin en sí mismo, sino que siempre responde a diversas necesidades: necesidades de estructura, según cada caso; necesidades históricas, según las marcas de cada época; necesidades de estilo, de acuerdo a cada analista.

Freud –asociación libre, atención flotante, interpretación, transferencia, etc. En este sentido, cabría pensar que existen algunos conceptos que son teóricos, por ejemplo lo “inconsciente”, y algunos conceptos que son técnicos, por ejemplo la “asociación libre”. Pero también podríamos pensar que todo concepto es técnico, o tiene un potencial técnico o de instrumentalización¹³. En ese sentido, la expresión “concepto técnico” sería redundante. En la dirección de pensar que todo concepto es técnico, debemos señalar que en una disciplina como el psicoanálisis, que no se define sino por referencia a su *praxis*, todo concepto envuelve una dimensión teórica o sintética, y una dimensión práctica o analítica. La vía de formalizar supone necesariamente establecer síntesis y abstracciones teóricas. Y a la inversa, la vía técnica supone necesariamente *partir* los conceptos, hallar siempre sus dimensiones prácticas. De otra manera, la clínica no podría tratar cada caso como un caso particular, y el psicoanálisis se volvería una aplicación de recetas. Un ejemplo paradigmático de esto lo ofrece Freud, en su conferencia la *Diseción de la personalidad psíquica*. Luego de haber presentado su modelo del aparato psíquico, sus tres instancias, sus múltiples relaciones genéticas y estructurales, incluso luego de haber presentado un esquema gráfico de todo esto, advierte:

En esta diferenciación de la personalidad en *yo*, *super-yo* y *ello*, no debéis imaginaros fronteras precisas como las que han sido artificialmente trazadas en la geografía política. A la peculiar condición de lo psíquico no corresponden contornos lineales, como en el dibujo, o en la pintura de los primitivos, sino esfumaciones análogas a las de la pintura moderna. Después de haber efectuado la separación, tenemos que dejar confluír de nuevo lo separado. No juzguéis demasiado severamente esta primera tentativa de hacer visible lo psíquico, tan difícilmente aprehensible. Es muy probable que el desarrollo de estas diferenciaciones presente en distintas personas grandes variaciones, y también que en el curso de la función cambien e involucionen temporalmente (Freud, 1933: p. 3145-3146).

¹³ Lacan advierte en su *Seminario 1* que Freud no sólo habla de técnica en sus llamados escritos técnicos sino a lo largo de toda su obra, incluso en los llamados escritos metapsicológicos (Lacan, 1954-1954: p. 21).

Lo que queremos decir con esto, es que es una necesidad de la teoría el hecho de tener que realizar abstracciones para establecer sus formalizaciones; así como es también una necesidad de la técnica, el hecho de tener que *partir, romper* los conceptos, para poder usarlos o disponer de ellos en el tratamiento de cada caso, cuadro o situación.¹⁴ La expresión “concepto técnico” se vuelve entonces antinómica, si la miramos desde el sesgo teórico del concepto, y redundante, si la miramos desde su sesgo práctico.

Aún con esta característica de antinomia y redundancia, es posible diferenciar los conceptos técnicos, las reglas o consejos técnicos, y el *estilo del analista*. Los conceptos preexisten al estilo del analista y si existe en cada analista un estilo o una manera propia de trabajar, es precisamente porque los conceptos no fijan en su totalidad o integridad ningún procedimiento analítico. De lo contrario la técnica sería un procedimiento fijo y el analista una máquina. Las reglas o los consejos técnicos, adoptados rígidamente, coartan el estilo del analista, lo cual lo inhabilita para su función. Las reglas fijan, negativa o positivamente algo. Los conceptos, en cambio, no fijan nada de manera ya cerrada, establecen las condiciones de posibilidad de las reglas, los consejos y el estilo.

Volviendo sobre la referencia filosófica a la técnica, y a modo de introducción del trabajo que sigue, podemos observar lo siguiente: *en un mundo donde –de manera predominante pero no absoluta– el sujeto intenta responder la pregunta de su deseo por la vía de la técnica, el psicoanálisis es el ejercicio inverso: intentar plantear la pregunta de la técnica por la vía del deseo*. En ese sentido el análisis parte del deseo del analista. Tiene algo de *azar*, por la contingencia del encuentro y desencuentro entre paciente y analista. Algo de *arte*, en el sentido de los oficios. Algo de *poesía*, por el efecto de producción subjetiva. Y algo de *ciencia*, en el sentido moderno del término formalización. Queda claro entonces que no todo es técnica en psicoanálisis, pero el hecho de que el análisis no se reduzca a una técnica no significa necesariamente que la técnica se reduzca del análisis. Analizar de qué se trata la cuestión de la técnica en el psicoanálisis, y cómo se articulan en él los aspectos técnicos y los aspectos no-técnicos constituye también algo que el psicoanálisis mismo debe estudiar. El tra-

¹⁴ Agradezco a Clara Azaretto por sus aportes en esta reflexión.

¿Qué es el acto analítico?

bajo que sigue no será un estudio de técnica, ni sobre la práctica analítica en general, sino sobre *un concepto técnico específico que es el acto analítico*. Entendiendo por esto último lo que pueda haber de reflexión técnica en este concepto.

**PARTE II. APROXIMACIONES AL CON-
CEPTO EN LA OBRA FREUDIANA Y
POST-FREUDIANA**

Capítulo 3. La neurosis de transferencia

Se trata en realidad de una curación mediante el amor. Es en la transferencia donde reside también la demostración más firme, la única inatacable, de la dependencia de las neurosis con respecto a la vida amorosa.

S. Freud, *Correspondencia con Jung*

Cura por la palabra – *deshollinar la chimenea*

En el capítulo anterior hemos dicho que el psicoanálisis es una cura por *la palabra*, y una técnica –una parte de técnica– de la palabra. Por contraste con esta idea, quisiéramos tratar en este capítulo de qué manera el psicoanálisis es una cura por *los afectos*, lo cual remite a la *transferencia*. Y cómo se articula con esta el acto analítico, a partir de la observación de Lacan: “Por fuera de lo que llamé manipulación de la transferencia no hay acto analítico.” (Lacan, 1967-1968: clase 29/11/67)

La expresión *cura por la palabra* ha sido erigida por la historia del psicoanálisis como una definición del mismo. Se trata de una de las dos definiciones que Anna O. sugirió a Freud y a J. Breuer, en las primeras experiencias del naciente psicoanálisis con la histeria. La transcripción del siguiente fragmento de los *Estudios sobre la histeria* corresponde a Breuer, en su comunicación del caso de Anna O.

En el campo, donde yo no podía visitar a la enferma diariamente, el asunto se desarrolló del siguiente modo: Yo acudía al anochecer, cuando la sabía dentro de su hipnosis, y le quitaba todo el acopio de fantasmas que ella había acumulado desde mi última visita. Esto debía

¿Qué es el acto analítico?

ser exhaustivo si se quería obtener éxito. Entonces ella quedaba completamente tranquila, y, al día siguiente, amable, dócil, laboriosa, hasta alegre; pero el día subsiguiente, cada vez más caprichosa, terca, desagradable, lo cual tomaba incremento el tercer día. En este talante, ni siquiera en la hipnosis era fácil moverla a declarar, procedimiento para el cual ella había inventado el nombre serio y acertado de '*talking cure*' y el humorístico de '*chimney-sweeping*' (Breuer y Freud, 1893: p. 55).

Cura por la palabra y deshollinar la chimenea nombran dos dimensiones de la práctica y la teoría psicoanalítica: el aparato psíquico –incluso la estructura– y el cuerpo, la representación y el monto de afecto, la palabra y el afecto.

En este capítulo quisiéramos referirnos a la segunda definición –deshollinar la chimenea– para tratar esta dimensión afectiva o erótica que se pone en juego en un análisis. Y algunas discusiones o controversias que a propósito de la temática se han suscitado, relativas al concepto de *contratransferencia*.

Manejo de la transferencia y dominio de la contratransferencia

Partiendo de manera general del concepto freudiano de transferencia (Freud, 1912, 1917) quisiéramos detenernos en un concepto específico, el de *neurosis de transferencia*. Y dos conceptos derivados de este último: el *manejo de la transferencia*, y la *contratransferencia*.

El concepto de neurosis de transferencia reúne en su construcción a otros dos –el de neurosis y el de transferencia–, sin embargo no se reduce a ninguno de ellos, siendo una construcción específica a la que Freud se vio necesitado recurrir para dar cuenta de su experiencia con el paciente. El concepto tiene a lo largo de la obra freudiana dos acepciones o sentidos. El primero es un *sentido psicopatológico*, donde Freud se refiere a *las* neurosis de transferencia –en plural– para designar los principales tipos clínicos por él estudiados y tratados, a saber, la histeria, la neurosis obsesiva y la fobia. Contrapone así estas tres entidades, con la demencia precoz y la paranoia, por un lado, y por otro, con las neurosis actuales –neurosis de angustia, neurastenia, hipocondría.

El segundo sentido del concepto, que podríamos llamar un *sentido técnico* se refiere a la neurosis de transferencia –en singular– que el paciente desarrolla en la cura. En *Recordar, repetir y reelaborar* lo define como sigue:

Con tal que el paciente nos muestre al menos la solicitud de respetar las condiciones de existencia del tratamiento, conseguimos, casi siempre, dar a todos los síntomas de la enfermedad un nuevo significado transferencial, sustituir su neurosis ordinaria por una neurosis de transferencia, de la que puede ser curado en virtud del trabajo terapéutico. La transferencia crea así un reino intermedio entre la enfermedad y la vida, en virtud del cual se cumple el tránsito de aquella a esta. El nuevo estado ha asumido todos los caracteres de la enfermedad, pero constituye una enfermedad artificial asequible por doquiera a nuestra intervención (Freud, 1914: p. 156).

La neurosis de transferencia es así aquella neurosis artificial, que involucra ahora al analista, y a través de la cual la cura se dirige desde la “enfermedad” a la “vida”. Estrictamente hablando, no hay cura de la neurosis, sino cura de la neurosis de transferencia. Dicho de otra manera: no hay cura de la neurosis en la cual el analista no esté involucrado de alguna u otra manera. En su conferencia sobre *La transferencia* Freud precisó que el analista está situado, como un *objeto*, en el centro de la *transferencia* del paciente:

A esta versión nueva de la afección antigua se la ha seguido desde el comienzo, se la ha visto nacer y crecer, y uno se encuentra en su interior en posición particularmente ventajosa, porque es uno mismo el que, en calidad de objeto, está situado en su centro. Todos los síntomas del enfermo han abandonado su significado originario y se han incorporado a un sentido nuevo, que consiste en un vínculo con la transferencia (Freud, 1917: p. 404).

El analista se sitúa así en el centro de la transferencia, como un objeto, siendo la transferencia para Freud, a la vez, el principal motor y el principal obstáculo de la cura. En su carácter de “motor”, vemos que la transferencia contiene *un aspecto* de lo que será posteriormente el concepto de acto para Lacan, una

¿Qué es el acto analítico?

causa, algo que mueve. Pero dejando de lado ahora el carácter de motor o el aspecto positivo de la transferencia, veamos qué ocurre con su carácter negativo y resistencial. En *Más allá del principio del placer*, a propósito de los conceptos de repetición, compulsión y dolor, Freud vuelve sobre el tema:

Después, empero, se hizo cada vez más claro que la meta propuesta, el devenir-consciente de lo inconsciente, tampoco podía alcanzarse plenamente por este camino. El enfermo puede no recordar todo lo que hay en él de reprimido, acaso justamente lo esencial [...] Más bien se ve forzado a *repetir* lo reprimido como vivencia presente, en vez de *recordarlo*, como el médico preferiría, en calidad de fragmento del pasado. Esta reproducción, que emerge con fidelidad no deseada, tiene siempre por contenido un fragmento de la vida sexual infantil y, por tanto, del complejo de Edipo y sus ramificaciones; y regularmente se juega en el terreno de la transferencia, es, de la relación con el médico (Freud, 1920: p. 18).

De esta manera, si la técnica psicoanalítica fue primero concebida como un “arte de la interpretación” (Freud, 1920: p. 18), Freud advirtió a partir de la resistencia, la repetición y la neurosis de transferencia otro concepto técnico: el manejo de la transferencia (Freud, 1914, 1915, 1926). Cuando el paciente habla o recuerda Freud se refiere a la interpretación, pero cuando habla o recuerda, sino que repite o *actúa* (*agiert*), entonces se refiere al manejo de la transferencia. Incluso utilizó una metáfora química –la temperatura de la transferencia– para referirse a esta cuestión, como si la neurosis no pudiera tratarse sino a cierta temperatura:

Los síntomas, que para tomar un símil de la química son los precipitados de tempranas vivencias amorosas (en el sentido más lato), sólo pueden solucionarse y trasportarse a otros productos psíquicos en la elevada temperatura de la vivencia de transferencia (Freud, 1909a: p. 47).

“Manejo de la transferencia” es la traducción española para la construcción alemana de Freud “Handhabung die Übertragung”. *Handhabung* a su vez se compone de *Hand* –mano–, *haben* –tener– y la terminación de la forma sustantiva –*ung*. Una

construcción similar se encuentra en la traducción inglesa *handling of transference*. El término parte en ambos casos de la palabra “mano”. Sólo que en inglés no hallamos el verbo *tener*. Las traducciones al francés y al español no contienen directamente la palabra “mano”: *manejo, maniobra o manipulación de la transferencia* –en español– y *manipulation du transfert* –en francés. En el origen de la expresión freudiana –*tener mano*– hallamos entonces una alusión al *tacto* y al *cuidado*. La transferencia y su manejo es una cuestión de *Handhabung*. En nuestra lengua castellana la expresión *tener mano en algo* significa “intervenir en ello” y *tener muñeca*, “poseer la habilidad y sutileza para manejar situaciones diversas”.

Dado que la neurosis de transferencia alcanza cierta “temperatura” entre paciente y analista, y dado que involucra al analista como un objeto en el centro de la transferencia del paciente, no es de extrañar que estos fenómenos alcancen al analista. Para esta situación Freud acuñó el concepto de *contratransferencia* –*Gegenübertragung*. Y si para la transferencia del paciente se expresó en términos de manejo –*Handhabung*–, para la transferencia del analista utilizó la expresión *bewältigen*: *dominar, vencer, superar, hacer frente*. En *Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica* lo expresa de esta manera:

Otras innovaciones de la técnica atañen a la persona del propio médico. Nos hemos visto llevados a prestar atención a la ‘contratransferencia’ que se instala en el médico por el influjo que el paciente ejerce sobre su sentir inconsciente, y no estamos lejos de exigirle que la discierna dentro de sí y la domine (Freud, 1910: p. 136).

Lo que ocurre entonces en el campo de la transferencia y aún de la neurosis de transferencia es, para el analista, algo que de cara al paciente debe poder *manejar*, y de cara a sí mismo, debe poder *dominar* –en aquellos aspectos relativos a su contratransferencia.

El término *actuación* referido más arriba no se refiere aquí al analista o al análisis, sino al paciente. Ya en su comunicación del tratamiento de Dora, y luego en *Recordar, repetir, reelaborar*, Freud había advertido hasta qué punto el paciente no recuerda un fragmento de lo olvidado o reprimido, o no habla de ello, pero en cambio se comporta con el analista de esa manera, ac-

tuando ese fragmento de su neurosis (Freud, 1905, 1914). Es precisamente en esa instancia donde Freud habla de *manejo y dominio de la transferencia y la contratransferencia*. Volveremos más adelante en este mismo capítulo sobre lo que ocurre con el acto del lado del analista, a propósito de su contratransferencia. Veamos entonces en la literatura post-freudiana qué destinos tuvieron estos conceptos.

Contratransferencia, neurosis y acto del analista

Si bien Freud introdujo el concepto de contratransferencia, no le dio en su propia obra ningún desarrollo particular. Sí hallamos en cambio en la obra post-freudiana múltiples desarrollos, lecturas y miradas sobre el tema. Para un recorrido de la historia del concepto se puede recurrir al capítulo que Etchegoyen le dedica en su tratado. Aquí nos limitaremos a hacer una breve contextualización histórica del concepto para tratar la lectura de dos autores específicos: Fenichel y Racker. Elegimos estos dos autores porque además de ser referentes clásicos y autorizados en la temática, sus posiciones son representativas de la época, en cuanto al tema que queremos tratar: la relación de la contratransferencia con el acto del analista.

Luego de la introducción freudiana del concepto en 1910, no fue sino hasta la década de 1930, con algunos trabajos de Reik y Reich que el tema resurgió como una cuestión técnica de relevancia, y no fue sino hasta la década de 1950, a partir de las publicaciones de Racker y P. Heimann, que se convirtió en una verdadera controversia disciplinar, como un problema técnico y teórico.

El punto específico donde el concepto traspasa el umbral de controversia disciplinar no es porque el analista pueda estar atravesado por contratransferencias, ni siquiera incluso porque acaso no pueda dominarlas del todo, sino cuando los autores plantean que la contratransferencia es un *instrumento de la cura*. Deja de pensarse como un obstáculo –más o menos ineliminable– para pensarse como una herramienta. Aquí la discusión sobre el tema puso de relieve dos grandes polos de la labor analítica. Etchegoyen los llama el “polo sensorial” y el “polo motor” (Etchegoyen, 1986: p. 314). Es decir: el hecho básico de que el analista por un lado siente, recibe, escucha las

comunicaciones del paciente, pero por otro dice, da, interviene o comunica cosas al paciente. Si bien esto ocurre al margen de la contratransferencia, fue a través de su discusión que se puso de relieve, siendo la contratransferencia por un lado una herramienta para escuchar lo que el paciente está diciendo, pero además para intervenir en la cura.

Cabe señalar dos referencias freudianas de los *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico* a la que todos estos autores han dado mucha atención en el tratamiento del tema. La primera es la idea del *analista como un espejo*:

El médico no debe ser transparente para el analizado, sino, como la luna de un espejo, mostrar sólo lo que le es mostrado (Freud, 1912: p. 117).

Y la segunda, que acaso parezca contradictoria con la primera, la idea de una comunicación de inconsciente a inconsciente entre paciente y analista:

[El médico] debe volver hacia el inconsciente emisor del enfermo su propio inconsciente como órgano receptor, acomodarse al analizado como el auricular del teléfono se acomoda al micrófono. De la misma manera en que el receptor vuelve a mudar en ondas sonoras las oscilaciones eléctricas de la línea incitadas por ondas sonoras, lo inconsciente del médico se habilita para restablecer, desde los retoños a él comunicados de lo inconsciente, esto inconsciente mismo que ha determinado las ocurrencias del enfermo (Freud, 1912: p. 115).

Veamos algunas referencias del tratado de Fenichel sobre el tema. Para pensar en qué medida el análisis pone en juego diferentes dosis de palabras y afectos o recuerdos y repeticiones, Fenichel ofreció una metáfora mitológica. Asoció la palabra y el afecto, respectivamente, a dos monstruos marinos de la mitología griega: Escila y Caribdis. Situadas en las orillas opuestas del estrecho de Mesina, Escila amenazaba con devorar las tripulaciones acechando en el acantilado, mientras que Caribdis, desde el fondo del mar, amenazaba con devorar las tripulaciones generando un remolino de agua que las absorbe:

¿Qué es el acto analítico?

...una de las principales labores del analista es prevenir, mediante una técnica correcta, la divergencia de la labor analítica del paciente hacia la Escila del exceso de charla o hacia el Caribdis del exceso de sentimiento (Fenichel, 1941: p. 157-158).

Así, el desafío de la cura es alejarse de Caribdis pero sin acercarse demasiado a Escila, a la vez que alejarse de Escila sin acercarse demasiado a Caribdis, sabiendo que por lo estrecho del pasaje, será imposible no salir tocado por ambas: la palabra y el afecto. Ahora bien, *salir tocado por ambas* no es lo mismo que *ser devorado por una de ellas*. Dicho de otra manera: no sería indicado ni un exceso de charla, ni un exceso de sentimientos.

Tal vez sea lícito extender esta metáfora de Fenichel al analista, señalando otras dos pendientes: la Escila del exceso de interpretación y el Caribdis del exceso de manejo de la transferencia. Incluso también la Escila del exceso de espejo y el Caribdis del exceso de *presencia del analista*. Sobre el concepto de *presencia del analista* volveremos al tratar la cuestión en Lacan y Nacht más adelante, pero digamos aquí que se trata para el analista, no de ser un espejo vacío, sino de hacerse presente en la transferencia allí donde nada del analista aparecía para el paciente. Sobre la metáfora freudiana del espejo Fenichel observó:

La idea de que el analista es sólo un espejo no se ha comprendido bien, ya se ha insistido en que la personalidad del analista influencia la transferencia. Cada analista actúa de una manera propia y esa manera influye en la conducta de los pacientes (Fenichel, 1941: p. 124).

Ahora bien, no es lo mismo influir sobre la transferencia desde las características particulares de cada analista que desde su contratransferencia:

Se ha escrito muy poco sobre el importantísimo tema práctico de la *contratransferencia*. El analista como el paciente pueden luchar, tanto para obtener satisfacciones directas de la relación analítica, cuanto por hacer uso del paciente para algún *acting out* determinado por el pasado del analista (Fenichel, 1941: p. 125).

Hallamos aquí una idea que recorre la discusión de la época: cuando el analista, atravesado por una contratransferencia que no puede discernir y dominar, pone en juego este componente de su propia neurosis en el análisis del paciente. La tradición post-freudiana llamó a esto *el acto, la actuación, incluso el acting out*¹ del analista.² Desde la tradición freudiana quedaba claro que no debíamos sorprendernos si el paciente actuaba en lugar de recordar, pero en ningún momento ocurría la situación inversa: *que el analista actúe en lugar de interpretar*. Por eso Freud no hablaba de acto sino del manejo de la transferencia. Esta cuestión llevó al extremo opuesto del *acting out* del analista, que es la inhibición del analista. Fenichel llama a esto el *miedo a la contratransferencia*:

Hay otro peligro relacionado con la contratransferencia: el miedo a la contratransferencia puede llevar a un analista a suprimir toda la libertad humana en sus reacciones a los pacientes.

A menudo me he sorprendido la frecuencia con la que oigo decir a pacientes que ya habían estado en análisis con otros analistas, que estaban asombrados con mi 'libertad' y 'naturalidad' en análisis. ¡Habían creído que un analista es una creación especial, y que no se le permite ser humano! (Fenichel, 1941: p. 126-127).

Que el analista debe dominar su contratransferencia y no actuar, queda claro a partir de dos conceptos: el manejo de la transferencia y la interpretación:

¹ No debe confundirse este término con la posterior diferencia hecha por Lacan entre *acting out* y *pasaje al acto*, no establecida aún para estos autores.

² En el capítulo anterior señalamos la observación crítica que Lombardi realizó sobre el tratado de técnica de Etchegoyen, a saber, que no incluyó en su tratamiento de Lacan el concepto de acto psicoanalítico, a pesar de haber incluido la crítica de Lacan hacia el concepto de contratransferencia y el concepto de deseo del analista. Si bien existen múltiples razones históricas que dan cuenta de esta omisión, creemos que la indicación post-freudiana *el analista no debe actuar con el paciente* se cuenta entre ellas, favoreciendo este olvido. A la inversa, si Etchegoyen hubiera incluido en su tratado el concepto, se hubiera visto obligado a tratar este problema.

¿Qué es el acto analítico?

En lo que se llama 'manejo de la transferencia', lo principal de la tarea es 'no participar en el juego'. Sólo así es posible hacer interpretaciones posteriormente.

En todo esto, la actividad del analista es siempre esencialmente la misma: la interpretación. La inclusión en el total de la personalidad, de los componentes reprimidos, adviene por un tipo especial de interpretación llamada 'elaboración' (Fenichel, 1941: p. 124 y 131).³

Adviértase hasta qué punto el significado que se da al concepto de manejo de la transferencia es decisivo. Si la contratransferencia dio pie a una controversia, el manejo de la transferencia en cambio siempre fue un concepto fundamental pero que sin embargo logró pasar desapercibido en muchos escritos técnicos freudianos y post-freudianos. En efecto, si bien puede aparecer mencionado por muchos autores, no fue nunca objeto de un estudio específico. Sin embargo pareciera ya desde Freud un concepto técnico decisivo para el analista. Aquí por ejemplo Fenichel observa que el manejo de la transferencia es "no participar en el juego". Más adelante, en cambio, trataremos la definición de la cura en Winnicott precisamente como *el juego entre analista y paciente*. Lacan, por su parte, asoció el acto analítico al manejo de la transferencia. Se trata sin duda entonces de un concepto también controversial, del cual resulta difícil decir que es una evidencia lo que significa.

Interpretar y actuar

Racker utiliza el término *contratransferencia* para referirse a *lo que el analista siente en la transferencia*, y al hecho práctico y básico de que *el analista en la transferencia siente cosas*, o su posición está abierta a la posibilidad de estar afectado. En primer lugar observa que el analista no es sólo intérprete del material incons-

³ Un psicoanalista como Reich, por ejemplo, que desarrolló un gran estudio técnico partiendo de las resistencias del carácter, asentó una perspectiva semejante: el manejo de la transferencia consiste en todas sus referencias al tema y en diferentes ejemplos clínicos, interpretaciones de la transferencia, en el sentido de exteriorizaciones verbales sobre la misma (Reich, 1949: p. 141-147).

ciente del paciente, sino además, y como ya lo había señalado Freud: es objeto de este material. De allí que la contratransferencia pueda ayudar, dificultar o falsear la percepción que el analista tiene de su paciente. Pero además, aun cuando pueda ayudar a su percepción, la misma contratransferencia puede hacerlo reaccionar neuróticamente a ésta, perturbando así su capacidad de interpretación (Racker, 1960: p. 128).

En este sentido lo que Racker procura hacer es separar por un lado "lo transferido en la contratransferencia" de "lo neurótico en la contratransferencia", incluso "la contratransferencia" a secas, de la "neurosis de contratransferencia" (Racker, 1960: p. 160), concepto elaborado por él. Dicho de otra manera: Racker interroga la idea de que contratransferencia sea equivalente de neurosis del analista. Pero sabe que en el terreno de la contratransferencia está trabajando sobre un material subjetivo, que es el sentimiento del analista, incluso su cuerpo:

Por un lado, el analista debe abrirse en su sensibilidad y en su intuición psicológica frente al material del analizado; identificándose con él, debe hacer de su inconsciente un 'cuerpo de resonancia' para el inconsciente de aquél (Racker, 1960: p. 130).

Por otro lado, advertía que no se trata de depositar en los sentimientos o percepciones contratransferenciales la confianza de un oráculo:

...sería realmente un error ver en las reacciones contratransferenciales un oráculo, esperando de ellas con fe ciega la verdad pura sobre las situaciones psicológicas del analizado. Es evidente que nuestro inconsciente es una 'receptora' y 'emisora' muy personal y que debemos contar con falsificaciones frecuentes de la realidad objetiva (Racker, 1960: p. 199).

Por la misma vía, vuelve sobre la idea del analista como un espejo:

También el consejo de Freud de que el analista debe ser sólo 'espejo' ha sido a veces, creo, llevado a un extremo. Freud da este consejo en oposición a la costumbre de algunos analistas de aquella época del comienzo, de

¿Qué es el acto analítico?

contar hechos de su propia vida a los analizados. ‘Sea espejo’ significaba pues: háblele al analizado sólo de él. Pero no significaba: deja de ser de carne y hueso y convertite en vidrio, cubierto de nitrato de plata (Racker, 1960: p. 41).

Como sea, y controversia mediante, la obra de Racker como la de muchos referentes en la temática de la época hizo un corrimiento histórico de ejes. Si el psicoanálisis freudiano hacía sostener y gravitar el análisis sobre *la transferencia y la resistencia*, ahora todo el peso del análisis, su centro de gravedad mismo, está constituido por la relación de *la transferencia y la contratransferencia* donde –insistimos en esto– el analista no debe actuar... pero tampoco debe quedarse solamente interpretando:

...en la actualidad, nos hemos dado más y más cuenta de que el análisis es una interrelación entre dos individuos –del analizado con el analista y del analista con el analizado– y hemos dirigido nuestra atención a la *transferencia y a la contratransferencia y su relación mutua*. En este sentido, algunos (o muchos) analistas de hoy obtienen el contenido de muchas de sus interpretaciones principales de la percepción de su contratransferencia, es decir, de lo que sienten y ven en ellos mismos como *objeto de la transferencia* de sus analizados (Racker, 1960: p. 52).

Ahora bien, otro aporte de Racker en la temática, además de la función receptora de la contratransferencia, es su función emisora, tanto del lado del paciente como del lado del analista. Es decir, los sentimientos, los afectos o las pasiones como una manera de emitir un mensaje, de transmitir algo.

Racker observa que en la transferencia el paciente “induce en el analista” determinado papel o rol, en el cual lo encierra (Racker, 1960: p. 28). Advierte hasta qué punto es importante aquí no responder “taliónicamente”, es decir, no actuar este papel, lo que significaría entrar en un “círculo vicioso neurótico” (Racker, 1960: p. 39) o para decirlo en términos freudianos, un triunfo de la enfermedad. ¿Qué debe hacer entonces? No se refiere al manejo de la transferencia sino que en este lugar precisamente es donde desarrollada su concepto de contratransferencia. En el siguiente pasaje, donde critica la manera de inter-

vención de Reik vía el silencio del analista, observamos algunas de estas posiciones de la época sobre la temática:

...el silencio del analista es un *actuar*. También el interpretar lo es; sin embargo, en cuanto consideramos la interpretación como instrumento de curación por excelencia, debemos considerar aquel silencio en *oposición* al interpretar, es decir, como 'actuar' y no-interpretar, existiendo por otra parte un acuerdo más o menos general de que el analista no debe recurrir a la 'actuación' (como exigir o prohibir, presionar fijando fecha de terminación⁴, y agregó: o silencio prolongado), a menos que todos sus esfuerzos interpretativos no hayan llevado al resultado deseado (Racker, 1960: p 46).

Si se advierte, en este pasaje como en otros que citaremos, Racker comienza a matizar e interrogar *qué es actuar y qué es no actuar*. Señala que el paciente mismo a veces, a pesar de estar hablando, está actuando:

En grado creciente nos hemos dado cuenta también de que el analizado *actúa* asociando, por lo que –para comprender la transferencia– nos interesa siempre más, no sólo lo que dice el analizado, por qué lo dice y cómo lo dice, sino también cuándo y para qué lo dice (Racker, 1960: p. 65).

Es decir que la oposición freudiana *recordar-repetir* o *hablar-actuar* se especifica en otra forma de presentación donde no es necesario que el paciente deje de recordar o hablar para estar repitiendo o actuando. Aún más: el hecho mismo de hablar y recordar puede ser la vía regia para repetir y actuar en la transferencia. En el siguiente pasaje veremos cómo esto sucede del lado del analista. No se trata de actuar el papel que el paciente le induce, pero tampoco lo contrario, he ahí el estrecho pasaje de la transferencia, también entre Escila y Caribdis:

A lo que aquí me refiero es un actuar distinto: no es exigir o prohibir, sino que es realizar, muy *pasajeramente*, el papel inducido por el analizado, para analizar luego lo

⁴ En estos puntos se trata de una crítica a la técnica activa de Ferenczi, sobre la cual trataremos en el próximo capítulo.

¿Qué es el acto analítico?

sucedido y actuado. De esta manera se logra, en primer lugar, mostrar mejor (o más vívidamente) al analizado cuál es el 'rol' al que desea realizado por el analista y por qué lo desea. Pero hay en esto algo más importante. Pues se obtiene a veces la impresión de que estos analizados utilizan inconscientemente los tabús que nosotros nos imponemos (por ejemplo, el de no hacer nada que no sea interpretar) para sus métodos inconscientes de control y manejo del objeto-analista. Al romper con el tabú, el analista irrumpe en estos mismos métodos defensivos. En otras palabras: Normalmente, el análisis obra como terapia justamente porque el analista no actúa, es decir porque no entra en el círculo vicioso del analizado sino que sólo interpreta. Pero en ciertos casos los mecanismos defensivos del analizado se sirven justamente de este hecho para sus fines, y paralizan al mismo tiempo la influencia de la interpretación. Más que analizados que actúan, son analizados que buscan 'ser actuados', y el 'entrar' del analista en el papel sugerido por el analizado... [...] En tales casos, la actuación misma del analista puede obrar ya como primera interpretación, puesto que en el fondo lo es. Sólo toma la *forma* de actuación. Sin embargo, creo que tales actuaciones del analista constituyen una muleta, hasta que podamos caminar sin ella. Pero mientras tanto, es mejor caminar con muleta que no caminar nada, como en ciertos casos sucede (Racker, 1960: p. 77-78).

Si antes observamos que el paciente puede *actuar hablando*, aquí debemos observar que el analista bien puede *interpretar actuando*, allí donde la interpretación se presenta como un exceso sin efecto. De manera que se matiza o especifica también la oposición *interpretar-actuar*. Pero adviértase hasta qué punto la indicación de la época *el analista no debe actuar* es tan importante, que para decir esto Racker debe incluir esta acción bajo la égida de la interpretación. Es una interpretación, que sólo toma la forma de la actuación. Incluso llama a este tipo de interpretación la "interpretación transferencial" (Racker, 1960: p. 69).

Como conclusión del recorrido hasta aquí hecho en este capítulo podemos observar lo siguiente: allí donde Freud hizo girar el análisis sobre el eje *interpretación-manejo de la transferencia*, el psicoanálisis post-freudiano profundizó el estudio, a la vez, de dos polos que son antagónicos. El primero es un relativo

abandono o descuido del manejo de la transferencia, y una sobrevaloración del arte de la interpretación y la labor de hacer consciente lo inconsciente. El segundo es una profundización del estudio de la contratransferencia, es decir, precisamente la dimensión afectiva que se pone en juego, pero no del lado del paciente, sino del lado del analista. La situación es al menos en apariencia paradójica: mientras se estudia cada vez más lo que el analista siente, se reduce su función en la transferencia a una labor intelectual o interpretativa, cortocircuitando la posibilidad de poner en juego en ella alguna dimensión del acto o la actuación. El estudio de Racker sobre el tema muestra a este respecto una solución compleja e interesante, al matizar los pares de opuestos *hablar-actuar* e *interpretar-actuar*, a la vez que muestra los rodeos teóricos que tuvo que hacer para sostener esta posición al menos en apariencia paradójica: *el analista no debe actuar, pero en algunas ocasiones debe hacerlo como una manera de interpretar el material inconsciente del paciente.*

Salidas de la contratransferencia

Para finalizar este capítulo quisiéramos decir algunas palabras sobre lo que creemos es el significado histórico del concepto de contratransferencia y su controversia disciplinar. Lo que la literatura post-freudiana, en su mayor parte de tradición kleiniana, realizó vía una discusión sobre la contratransferencia fue *incluir en la transferencia al analista*. Freud ya había advertido que el analista se sitúa como un objeto en el centro de la transferencia del paciente, y que debe dominar su contratransferencia y hacer su análisis personal. Sin embargo un aspecto no estudiado y sobre el cual la tradición psicoanalítica posterior hizo un aporte es lo que significa para la transferencia por un lado la neurosis del analista, y por otro los afectos, incluso el cuerpo, del analista. Todo esto fue estudiado y discutido bajo el nombre de contratransferencia. Acaso por esto Racker haya dicho que *la contratransferencia es la Cenicienta del psicoanálisis* (Racker, 1960: p. 10).

Si bien algunas líneas actuales del psicoanálisis siguen organizando su clínica a partir del eje transferencia-contratransferencia, debemos reconocer también, en la historia y en la actualidad, lo que podríamos llamar las *diferentes salidas que se han hallado de la contratransferencia*. Es decir las diferentes res-

puestas, los temas o los nombres por los que algunas corrientes de psicoanálisis han continuado el estudio y tratamiento de la neurosis del analista y el lugar de su cuerpo y sus afectos en la transferencia.

Establezcamos en primer lugar cuál es la posición de Lacan en el tema, dado que su concepto de acto analítico constituye nuestro objeto de estudio. Lacan adoptó una posición que podríamos calificar de freudiana, en la medida que reconoció en su estatuto al concepto de contratransferencia, y al hecho de que al analista le ocurren cosas durante el análisis, que bien pueden tener que ver con su neurosis, con su propio análisis, incluso con las salidas que su análisis le ha permitido producir a su neurosis (Lacan, 1960-1961). Pero para pensar la cuestión de la neurosis del analista, su cuerpo, sus afectos, no se sirvió de este concepto sino de un concepto forjado por él mismo para tal fin: *el deseo del analista*. El deseo del analista es por un lado el soporte de la transferencia, del manejo de la transferencia, y por otro de toda labor interpretativa posible (Lacan, 1958, 1964). Asimismo es a partir del deseo del analista que el acto analítico se pone en juego.⁵

Pero no es la única salida de la contratransferencia. Tomando la metáfora de Racker, pareciera que toda escuela de psicoanálisis que al hablar de la transferencia no habla de la contratransferencia, debe poder medir el zapato que dejó esta Cenicienta con algún otro concepto, para ver sus efectos. Caben en esta lista los siguientes conceptos, pero sin duda la lista es más larga. Se trata en todos los casos de estructuras prácticas a partir de las cuales el analista se comporta como receptor o emisor respecto de su función como analista: la *contraidentificación proyectiva*, desarrollada por L. Grinberg; la *empatía*, desarrollada por K. Jaspers y O. Kernberg, entre otros; la *falla y el insight del analista*, desarrollada por Winnicott; la *respuesta emocional*, desarrollado por M. Little; el *rapport* y la *relación*, desarrollados por F. Alexander y J. Coderch; la *experiencia emocional correctiva*, desarrollado también por Alexander; la *alianza terapéutica*,

⁵ En el cuadrángulo de Klein, elaborado por Lacan en el *Seminario 15*, vemos que el vector de la transferencia –al igual que todos los otros– tiene una direccionalidad en sentido único, y no en ambos, como lo podría hacer pensar el concepto de contratransferencia, concebido como un eje de la dirección de la cura.

desarrollada por la escuela del *yo*; la *actitud interna del analista*, desarrollado entre otros autores por Racker y Nacht; la *presencia del analista*, desarrollado por Nacht.

Veamos ahora en el próximo capítulo el concepto de *técnica activa* de Ferenczi. Habiendo tratado aquí un conjunto de autores que subraya la idea de *no actuar del analista*, analizaremos precisamente la idea de que *el analista debe actuar en el análisis*, siendo esto algo no accesorio o secundario sino fundamental.

Capítulo 4. La técnica activa

¿Es la resistencia del paciente quien provoca el fracaso, o se trata mas bien de que nuestra comodidad se resiste a adaptarse a las particularidades de la persona, en el plano de la aplicación del método?

S. Ferenczi, *Análisis de niños con adultos*

Los escritos técnicos de Ferenczi

Habiendo tratado en el capítulo anterior la cuestión técnica en torno al *interpretar-actuar* del analista, incluso la pregunta de si el analista debe o no actuar en la transferencia, veamos ahora un concepto de Ferenczi cuyo principio mismo indica la necesidad del analista de actuar, como una función no accesoria sino inherente a la transferencia: su instauración, despliegue y su destitución. Para contextualizar las referencias que trataremos, digamos que se centran sobre el psicoanálisis freudiano practicado sobre el eje *transferencia-resistencia*. Allí donde los autores post-freudianos tratados en el capítulo anterior se referían al manejo de la transferencia y a la contratransferencia o la acción del analista, aquí Ferenczi introducirá el concepto de técnica activa, como una manera de tratar el problema de la resistencia, la repetición y la actuación del paciente.

Cuando Ferenczi introdujo su concepto, este fue recibido positivamente por Freud. Sin embargo, casi todas las tradiciones post-freudianas que han estudiado técnicamente la función del analista y su participación en la transferencia, han rechazado la propuesta de Ferenczi (cfr. por ejemplo Fenichel, 1941; Nacht,

1963; o Etchegoyen, 1986). Tal vez esto se deba a la posición crítica que Ferenczi adoptó hacia el final de su obra respecto del psicoanálisis. Si bien nunca se distanció de Freud, y aun cuando fueron hasta sus últimos días amigos y colegas, lo cierto es que Ferenczi desarrolló hacia el final de su obra un conjunto de posiciones críticas respecto del psicoanálisis de su época, de las cuales dejó un testimonio en su *Diario clínico* (Ferenczi, 1932). Acaso por ello haya sido nombrado como el *niño terrible* del psicoanálisis. Daremos cuenta en este capítulo de algunas de estas posiciones, como una manera de enmarcar el sentido que da al concepto de técnica activa. Por otro lado, veremos hasta qué punto la reflexión de Ferenczi sobre la técnica y los obstáculos clínicos estuvo siempre articulada a una reflexión más general de la relación del psicoanálisis mismo con la técnica.

La literatura actual sobre la temática enseña diversas posiciones en discusión. Para algunos autores la técnica activa, concebida como un concepto o como un artificio técnico, resulta una experiencia frustrada, abandonada incluso por el mismo Ferenczi en sus escritos¹ (cfr. por ejemplo los trabajos de Nocera, 2004 y Tausk, 2015). Otro autores valoran la técnica activa como una experiencia valiosa que forma parte de la historia del psicoanálisis, y que se articula con desarrollos posteriores del mismo, resultando su herencia no descartada, sino más bien recuperada y re-interrogada a la luz de nuevos marcos teóricos. Así, por ejemplo, el trabajo de H. López Sándor *Ferenczi está de vuelta*, llega a sugerir una relación conceptual entre la técnica activa de Ferenczi y el acto en Lacan. Por otro lado, la obra de D. Cosenza *Jacques Lacan y el problema de la técnica en psicoanálisis* (2003), sitúa el elogio que Lacan hace de los escritos técnicos de Ferenczi y establece una relación de antecedente entre sus aportes y la conceptualización del acto en su propia obra.

Ferenczi ha hecho una de las contribuciones técnicas más importantes que registra la historia del psicoanálisis. Su extensa obra contiene una serie de escritos técnicos cuyo estudio y

¹ Se trata de la hipótesis de lectura según la cual Ferenczi abandona la "técnica activa" cuando propone el "principio de relajación" y el "análisis mutuo". Tal como desarrollaremos en este capítulo creemos que Ferenczi no abandona este concepto sino que lo integra y articula a los otros. Sus últimos escritos en la temática dan cuenta de manera explícita de esa articulación.

discusión constituyen un aporte valioso para la formación del psicoanalista. Podemos establecer, de manera aproximada, cuál es este conjunto de escritos que podríamos llamar “los escritos técnicos de Ferenczi” o la “obra técnica de Ferenczi”:

- (1919a) *Dificultades técnicas en un análisis de histeria*
- (1919b) *La técnica psicoanalítica*
- (1919c) *La influencia ejercida sobre el paciente en el análisis*
- (1920) *Prolongaciones de la “técnica activa” en psicoanálisis*
- (1924a) *Perspectivas del psicoanálisis*
- (1924b) *Las fantasías provocadas*
- (1926) *Contraindicaciones de la técnica activa*
- (1928) *Elasticidad de la técnica psicoanalítica*
- (1930) *Principios de relajación y neocatarsis*
- (1931) *Análisis de niños con adultos*
- (1932) *Diario clínico*

La manera en que Ferenczi trató la cuestión de la técnica en psicoanálisis tuvo siempre un carácter crítico de la técnica clásica o la técnica freudiana. No sólo la técnica que Freud desarrolló y transmitió en sus escritos sino la manera como esta fue interpretada, practicada y reproducida por sus primeros discípulos. De manera que Ferenczi no tomó una actitud crítica directamente o solamente dirigida a Freud, sino sobre todo al *freudismo*, que resulta constituido por la *relación de recepción* que los primeros discípulos de Freud tuvieron con su obra.

Pero aún al margen de esto, para Ferenczi por definición misma hablar de la técnica analítica tiene el valor de interrogar la técnica. Extraigamos un conjunto aproximado de las críticas que realizó sobre la técnica a lo largo de su obra. Adviértase en ellas cómo se pone en cuestión y en tensión la definición del psicoanálisis como un arte de la interpretación y/o como una experiencia afectiva, marcada por el fenómeno de la transferencia. De acuerdo a Ferenczi:

a) El psicoanálisis sabe, por experiencia y por definición, que los *factores afectivos* tienen para la vida del paciente y para la relación transferencial, un alcance de mayor determinación que los factores representacionales. A pesar de ello no es poco frecuente que se comporte en un sentido inverso, como si los factores representacionales fueran los determinantes (Ferenczi, 1932: p. 89).

¿Qué es el acto analítico?

b) El efecto terapéutico no es el resultado de una explicación dada al paciente sino de una *experiencia vivida* en la transferencia. El análisis no opera por una convicción intelectual sino por una *vivencia afectiva* (Ferenczi, 1924a: p. 11; 1926, p. 7).

c) Solidario de una sobre-estimación de los factores representacionales en el análisis, se desarrolla un “*fanatismo de la interpretación*”:

Hay muchas cosas en el análisis que dependen de pequeños detalles, de hechos aparentemente anodinos, como la entonación, los gestos o la mímica; muchas cosas dependen de una interpolación acertada, de un encadenamiento significativo, del *sentido* que toman las palabras del paciente a la luz de su comentario consciente con ayuda de nuestra interpretación. La técnica de la traducción ha olvidado en provecho de la traducción «justa» del detalle que el todo, es decir, la *situación analítica del paciente en cuanto tal*, posee también una significación e incluso la más importante (Ferenczi, 1924a: p. 3-4).

d) La literatura psicoanalítica ha descuidado y sub-estimado el factor técnico-terapéutico, en provecho de escritos teóricos. Efecto de esto, los resultados teóricos repercuten mecánicamente sobre la técnica, obstaculizando los análisis:

La *importancia científica de un desarrollo correcto de la técnica* ha sido descuidada hasta el presente y es ya tiempo de estimarla en su justo valor. Los resultados teóricos no deben repercutir sobre la técnica de forma tan mecánica como lo han hecho hasta ahora; y además es preciso realizar una *corrección constante de la teoría* mediante los nuevos conocimientos aportados por la *práctica* (Ferenczi: 1924a: p. 10).

e) La propensión a la especulación es una manera defensiva de evitar las dificultades técnicas:

Resultaba además desconcertante ver simples datos clínicos unidos enseguida a *especulaciones* sobre el porvenir, el ser y la nada, y éstas introducidas en la práctica analítica a título de reglas definitivas, mientras que el propio Freud no ha dejado de indicar su carácter hipoté-

tico en sus últimos trabajos de síntesis. Esta, propensión a la especulación parece que no fue sino un medio de esquivar dificultades técnicas penosas (Ferenczi: 1924a: p. 6).

f) Los analistas se han aferrado rígidamente a los escritos técnicos de Freud, incluso en contra de la misma indicación freudiana de sugerir para cada analista la necesidad de una adecuación de la técnica a su propio carácter singular:

También se explica que la mayoría de estos analistas, reducidos al estudio de la literatura, se hayan aferrado con excesiva rigidez a estas reglas técnicas y hayan sido incapaces de articularlas con los progresos conseguidos mientras tanto por la ciencia psicoanalítica (Ferenczi, 1924a: p. 2).

Cuando Ferenczi le envió a Freud su escrito *Elasticidad de la técnica psicoanalítica*, Freud respondió en la carta del 4 de enero de 1928:

El título es excelente y merece ser aplicado a más. Ya que las recomendaciones sobre técnica que di entonces eran esencialmente negativas. Consideré como lo más importante a enfatizar lo que uno no debe hacer, para demostrar las tentaciones [resistencias] que operan contra el análisis. Casi todo lo positivo que uno debe hacer lo dejé librado al 'tacto', que ha sido introducido por usted. Pero lo que conseguí con eso fue que los obedientes no se dieron cuenta de la elasticidad de estas disuasiones y se sujetaron a ellas como si se tratara de tabúes. Esto tenía que ser revisado algún día, sin, por supuesto, dejar de lado las obligaciones (Freud y Ferenczi, 1920-1933: p. 332)

g) "No es un azar el que los errores técnicos se produzcan precisamente a propósito de las manifestaciones de transferencia y de resistencia." (Ferenczi, 1924a: p. 8)

h) La técnica analítica no debe ser algo rígido, sino elástico o flexible, de acuerdo a cada situación particular de la transferencia:

¿Qué es el acto analítico?

Acepto como mía la expresión «elasticidad de la técnica analítica» forjada por un paciente. Hay que ceder a las tendencias del paciente, como si se tratara de un hilo extensible, pero sin abandonar la atracción en la dirección de las propias opiniones, mientras la ausencia de consistencia de una u otra de estas posiciones no quede plenamente demostrada (Ferenczi, 1928: p. 5).

En el marco de esta visión crítica de la técnica psicoanalítica de su época es que Ferenczi elabora tres grandes conceptos y experiencias como aportes propios: el primero es el concepto de *técnica activa*, sobre cuyo desarrollo encontramos escritos que recorren 11 años de experiencias; en segundo lugar la elaboración del *principio de relajación* o de dejar-hacer, sobre el cual encontramos un escrito dedicado al tema; y en tercer lugar la experiencia del *psicoanálisis mutuo*, que cubre el último tramo de la vida de Ferenczi, tanto personal como psicoanalítica, en el año 1932. Este doble marco que hemos señalado, el de la visión de Ferenczi sobre la técnica y el de las experiencias y propuestas técnicas que elaboró, resulta necesario para establecer en su justa medida cuál es el alcance del concepto de técnica activa que a continuación trataremos.

Presentación del concepto de técnica activa

Antes de presentar el concepto de Ferenczi cabe referir cuál fue la recepción que Freud hizo del mismo. En *Los caminos de la terapia psicoanalítica* se refirió expresamente a él:

...el desarrollo de nuestra terapia emprenderá quizá otros caminos, ante todo aquellos a los que Ferenczi ha dado el nombre de *psicoanálisis activo* en su reciente trabajo sobre 'Las dificultades técnicas del análisis de una histeria'. Veamos, rápidamente, en qué puede consistir esta conducta *activa* del analista [...] ¿debemos acaso abandonar por completo al enfermo la empresa de vencer las resistencias que le hemos revelado? ¿No podemos prestarle en ella más ayuda que la emanada por la transferencia? ¿No será más natural continuar nuestro apoyo colocándolo en la situación psíquica más favora-

ble a la solución deseada del conflicto? Su afición depende también de múltiples circunstancias exteriores. ¿Habremos de reparar en modificar esta constelación, interviniendo en ella de un modo adecuado? A mi juicio, semejante *actividad* del médico analítico está más que suficientemente justificada (Freud, 1918: p. 2459).

¿En qué consiste esta *actividad* del analista? Tratemos ahora la presentación que Ferenczi hace del concepto a lo largo de sus diversos escritos sobre el tema. En el escrito *Dificultades técnicas en un análisis de histeria* (1919) hallamos una primera presentación. Se refiere al tratamiento de un caso de histeria donde el estancamiento de la transferencia y de la cura le sugirió dos intervenciones. La primera consistió en poner una fecha límite para el tratamiento. Esto funcionó, sólo parcialmente. Llegada la fecha en cuestión, el tratamiento había avanzado pero no estaba concluido, y Ferenczi despidió a la paciente, quien deja el análisis satisfecha con los resultados obtenidos. Pero al cabo de unos meses la paciente sufrió un decaimiento y volvió a consultar, debiendo reemprenderse la cura. La segunda intervención consistió en indicar a la paciente que no cruzara sus piernas, mientras estaba recostada en el diván. Ferenczi había notado que la paciente se refería a “sensaciones eróticas genitales” y que durante toda la sesión mantenía sus piernas cruzadas. Explicó luego a la paciente que esto podría tratarse de una manera inconsciente de masturbación:

He de calificar de fulminante el efecto producido por esta medida. La paciente, a quien se prohibió este modo habitual de descarga sobre el plano genital, comenzó a sufrir durante las sesiones una agitación física y psíquica casi intolerable; no podía permanecer tranquilamente acostada y tenía que cambiar de posición constantemente (Ferenczi, 1919: p. 1).

De esta manera se explica Ferenczi lo ocurrido:

[En el caso referido]...me vi obligado a abandonar el papel pasivo que habitualmente desempeña el psicoanalista en la cura y que se limita a escuchar e interpretar las asociaciones del paciente, y tuve que ayudar a la enferma a superar los puntos muertos del trabajo analítico,

¿Qué es el acto analítico?

interviniendo activamente en sus mecanismos psíquicos (Ferenczi, 1919: p. 3).

Con los años, el concepto de Ferenczi fue tomando popularidad, y con ello recibiendo críticas, alabanzas y distorsiones, frente a las cuales el mismo autor fue respondiendo en escritos posteriores. Una vez un colega le dijo: "Ya sé qué es la técnica activa: consiste en retrotraer el prepucio al paciente" (Ferenczi, 1926: p. 6). En efecto, Ferenczi había indicado a un paciente que tuviera durante todo el día el "prepucio retraído". Y en muchas referencias del autor vemos que los ejemplos de técnica activa consisten en sugerir al paciente que se masturbe, o al contrario, que deje de hacerlo. Creemos que un gran signo de la psicopatología de la época, y más aún de la población de pacientes con las que trabajaban Freud o Ferenczi, estaba marcada por una censura de la sexualidad. En este sentido no nos sorprende que Ferenczi se encontrara ante la necesidad de autorizar al paciente a una experiencia no censurada de masturbación, y en otros casos a prohibirla deliberadamente. Pero estos ejemplos no agotan en absoluto el concepto de técnica activa. Veamos el siguiente ejemplo comentado por el autor:

He tenido ocasión de recurrir a estas medidas en muchos casos en los que se trataba no sólo de estimular y dirigir tendencias eróticas -como en el presente-, sino también actividades muy sublimadas. A la vista de ciertas señales, incité a una paciente, que, aparte de ingenuas tentativas en la pubertad, nunca había compuesto versos, a expresar por escrito las ideas poéticas que se le ocurrieran (Ferenczi, 1920: p. 5).

En otro caso se refiere a una joven cantante que padecía de fobias y temores obsesivos, efecto de lo cual se veía impedida de cantar en público. Ferenczi le pidió que cante en la sesión misma. Vale la pena citarlo extensamente:

...fueron necesarias casi dos sesiones antes de que se decidiera a cantar la canción tal como se la imaginaba. Se interrumpió muchas veces en medio de las estrofas porque se sentía molesta, cantó inicialmente con voz débil e insegura hasta que, animada por mis palabras, se decidió a cantar más fuerte, y terminó por desplegar

su voz progresivamente denotando ser una excelente soprano. La resistencia no cedió, sin embargo: me confesó, no sin reticencia, que su hermana acostumbraba a cantar la cancioncilla acompañándola con gestos expresivos e inequívocos, y ejecutó algunos movimientos torpes con los brazos para ilustrar el comportamiento de su hermana. Por último, le pedí que se levantara y repitiera la canción exactamente como la ejecutaba su hermana. Tras numerosas tentativas fracasadas por accesos de desánimo, demostró ser una perfecta cantante, con la misma coquetería en la mímica y el gesto que había observado en su hermana. En adelante pareció que la complacía realizar estas exhibiciones y trató de consagrar a ellas las sesiones de análisis. En cuanto me apercibí le dije que ya conocíamos su talento y que tras su modestia se ocultaba un notable deseo de complacer, ahora se trataba de trabajar y había que dejar la danza. Resulta sorprendente cómo favoreció el trabajo este pequeño intermedio: le sobrevinieron recuerdos que hasta entonces nunca había evocado y que se referían a su primera infancia, a la época en que nació un hermanito que ejerció sobre su desarrollo psíquico un efecto verdaderamente funesto y la había convertido en una niña tímida y ansiosa, al mismo tiempo que excesivamente osada (Ferenczi, 1920: p. 4).

Luego de haber introducido el concepto e ilustrado él mismo su utilización a través de diferentes viñetas clínicas, veamos la formalización ulterior que realizó del mismo.

Formalización y precisión del concepto

El concepto debe analizarse por confrontación con lo que Ferenczi llama *técnica pasiva*, calificando la técnica analítica freudiana clásica como una técnica esencialmente pasiva, aun cuando podamos pensar que escuchar las asociaciones del paciente y realizar interpretaciones supone una gran cuota de actividad:

El psicoanálisis tal como lo utilizamos actualmente es una práctica cuyo carácter más saliente es la pasividad. Pedimos al paciente que se deje guiar sin ninguna crítica por ‘lo que le venga a la mente’; sólo hay que comunicar

¿Qué es el acto analítico?

estas ideas sin reservas, superando la resistencia que se encuentre. En cuanto al médico, no debe concentrar su atención con una intención cualquiera (por ejemplo, el deseo de curar o de comprender), sino que se abandonará -también de modo pasivo- a su imaginación y jugará con las ideas del paciente (Ferenczi, 1920: p. 2).

No se trata para el autor de pensar en la "pasividad" como algo peyorativo ni en la "actividad" como algo laudatorio en sí mismo. Pero sí de analizar las instancias o las cuotas de pasividad y actividad que refiere a la técnica del analista. Uno de los grandes indicadores que ofrece al analista la necesidad de abandonar la técnica pasiva y adoptar una técnica activa son los momentos de "estancamiento" del análisis. Ferenczi lo llama "la tranquilidad confortable aunque engañosa de un análisis estancado." (Ferenczi, 1920: p. 10) Tal vez sea más cómoda para el analista la técnica pasiva, pero allí donde el análisis está estancado, ya sea porque no se produce ninguna entrada al análisis, porque el análisis se detiene en algún aspecto o momento de la transferencia, o porque se vuelve interminable... es una función del analista adoptar una técnica activa.

Y si bien se trata de una función que se inscribe del lado del analista, en otros pasajes Ferenczi se ha encargado de señalar un matiz sobre este punto: no se trata sólo de la actividad del analista sino también la del paciente (Ferenczi, 1920: p. 3), y aún más, no se trata en absoluto de la actividad del analista, sino de su función para "animar" una actividad en el paciente, de modo que es el paciente el que debe volverse nuevamente activo o salir de la pasividad (Ferenczi, 1926: p. 4).

Esta "actividad" consistió en una primera experiencia para Ferenczi en dar "órdenes" y "prohibiciones" (Ferenczi, 1920: p. 5), por ejemplo: deje de cruzar las piernas, escriba poemas, cante la canción, etc. Pero debido al fracaso de algunas experiencias del propio Ferenczi, y al modo como esto fue interpretado por algunos analistas, re-definió la idea original de "órdenes" y "prohibiciones" en consignas más bien elásticas que rígidas, y en todo caso sujetas a una evaluación conjunta con el paciente, incluso experimental, de los efectos que esa actividad podría producir:

...estas consignas representan un peligro; conducen al médico a imponer su voluntad al paciente en una repetición efectivamente parecida a la situación padre-hijo, o a permitirse actitudes más bien sádicas propias de un maestro de escuela. Finalmente he renunciado a imponer o prohibir determinadas cosas a los pacientes y he tratado más bien de obtener su consenso intelectual para las medidas proyectadas, dejando a continuación que sean ellos mismos quienes las ejecuten. De este modo presento las medidas de forma que no me siento vinculado hasta el punto de no poder desaprobárlas provisionalmente o incluso de forma definitiva cuando surgen dificultades insuperables por parte del paciente. Nuestras consignas activas no deben ser por tanto, según la expresión de un colega al que he analizado, de una estricta intransigencia, sino de clara elasticidad. Si se actúa de otro modo, se empuja al paciente al abuso de estas medidas técnicas. Los pacientes, en particular los obsesivos, no desaprovecharán la ocasión de rumiar interminablemente las directrices dadas por el médico y de prolongar su realización (Ferenczi, 1926: p. 2).

Desde un punto de vista teórico describe la actividad como la estimulación de lo que está inhibido, y la inhibición de lo que no lo está, con la intención de provocar “una nueva repartición de la energía psíquica” del paciente (Ferenczi, 1920: p. 10). En este sentido la técnica activa recae por definición sobre los factores libidinales y afectivos de la transferencia, con el propósito de animar el análisis:

La actividad, en el sentido aquí definido, provoca esencialmente un aumento de las resistencias irritando la sensibilidad del Ego. Supone un crecimiento de la exacerbación de los síntomas al aumentar la violencia del conflicto interno. Las intervenciones activas recuerdan así a los tratamientos reactivantes a los que se recurre en medicina cuando existen determinados procesos crónicos o reincidentes; un catarro de las mucosas hecho crónico es refractario a cualquier tratamiento, y la exacerbación agudizada por la reactivación artificial no sólo conduce al descubrimiento de los focos latentes de la enfermedad sino que despierta también fuerzas de defensa en el organismo que pueden ser utilizadas en el proceso de curación (Ferenczi, 1920: p. 10).

¿Qué es el acto analítico?

Si la técnica activa involucra por momentos irritar la sensibilidad del paciente, se entiende que sea más cómoda para el analista la situación de la técnica pasiva:

Pero ello conduce fácilmente en la práctica a querer ahorrar al paciente el dolor de intervenciones necesarias y abandonar en exceso la dirección de sus asociaciones y la interpretación de sus ideas. La *actividad* moderada, pero enérgica si es preciso, que exige el análisis reside en el hecho de que el médico acepta en cierta medida realizar el papel que le es prescrito por el inconsciente del paciente y su tendencia a la huida (Ferenczi, 1924a: p. 9-10).

Por otro lado señala la posición de algunos pacientes que explotan hábilmente la técnica pasiva para desplegar su neurosis en la transferencia. En este caso no diríamos que se trata de un punto muerto del análisis lo que requiere la actividad del analista, pero sí de un sesgo de la transferencia a la que el analista deberá considerar, en cada caso, en qué medida va a consentir o no, y por cuánto tiempo:

Algunos pacientes de tendencia fuertemente “masoquista” explotan hábilmente esta ‘técnica pasiva’ para hacer ellos mismos interpretaciones a ‘nivel subjetivo’, gracias a lo cual pueden satisfacer a la vez sus tendencias a torturarse y oponer una increíble resistencia a la interpretación profunda (Ferenczi, 1924a: p. 10).

En *Las fantasías provocadas* (1924b) trató otro modo de la técnica activa que no consiste en ninguna consigna puntual, sino en animar o disuadir algunos pensamientos o fantasías del paciente (Ferenczi, 1920: p. 6). Y en algunos momentos donde el paciente no se le ocurre nada, ofrecer él mismo una producción acerca de lo que habría pensado, dicho, o sentido, en tal o cual situación (Ferenczi, 1924b: p. 2), con el efecto de re-animar al paciente en sus asociaciones y producciones, las cuales naturalmente deben tomarse por el verdadero objeto del análisis.

Así definida, la técnica activa no es en sí misma una técnica, u otra técnica que reemplaza a la técnica clásica freudiana. Se trata de un “artificio”, un recurso “auxiliar”, o un “complemente” de la técnica clásica:

...mi propósito era y sigue siendo el situar a los pacientes en un estado en el que puedan seguir la regla de la libre asociación con ayuda de determinados artificios y llegar de este modo a provocar o a acelerar la investigación del material psíquico inconsciente. Por lo demás, estos artificios no son necesarios más que en casos excepcionales. La mayoría de los enfermos pueden desarrollar su cura sin 'actividad particular' por parte del médico o del paciente, y cuando sea preciso mostrarse más activo, la intervención debe limitarse a lo estrictamente necesario. En cuanto se supera el estancamiento del análisis que es la justificación propiamente dicha y la razón de ser de la modificación en cuestión, el especialista retornará lo más rápidamente posible a la actitud de receptividad pasiva que crea para el inconsciente del médico las condiciones más favorables para una colaboración eficaz (Ferenczi, 1920: p.1).

Veamos ahora lo que Ferenczi llamó las contraindicaciones y precisiones sobre el uso de esta técnica o recurso.

Contraindicaciones de la técnica activa e indicaciones sobre su uso

Si bien observa que no existe ningún tipo de neurosis para cuyo tratamiento no deba aplicarse eventualmente la técnica activa (Ferenczi, 1920: p. 2), también señala que no debe utilizarse sino hasta haber agotado previamente todos los recursos que ofrece la técnica clásica:

De momento no puedo dar más que una formulación negativa diciendo que no puede recurrirse a la actividad si no se está en posición de afirmar con alguna certeza que todos los medios existentes de la técnica no activa, o sea, más pasiva, ya han sido empleados (Ferenczi, 1926: p. 2).

La técnica activa o lo que ella persigue no es un fin en sí mismo del análisis, sino apenas un medio o un principio. En este sentido Ferenczi se encarga expresamente de observar que la técnica activa no debe comprenderse en el sentido de dar consejos o tratar sugestivamente al paciente:

¿Qué es el acto analítico?

...lo único que no conviene perder nunca de vista es que esta técnica no puede ser calificada de psicoanalítica más que en la medida en que no se utiliza como un fin en sí, sirviendo sólo como medio de investigación en profundidad (Ferenczi, 1920: p. 7).

...este procedimiento sirve únicamente como ayuda para precipitar la aparición de un nuevo material cuya *interpretación* es la principal tarea del análisis (Ferenczi, 1926: p. 4).

Por otro lado, no recae sobre problemas morales sino sobre situaciones muy concretas relativas a la transferencia:

Las directrices que propongo dar al paciente -y esto, según hemos dicho, sólo en casos excepcionales- no afectan en absoluto a la conducta espiritual o práctica de la vida en general, sino que se refieren tan sólo a determinadas acciones particulares. No están orientadas *a priori* hacia la moral, sino sólo *contra el principio de placer*; no frenan el erotismo (lo "inmoral") más que en la medida en que confían en apartar de este modo un obstáculo para la práctica del análisis. Pero puede suceder también que se permita e incluso se estimule una tendencia erótica que el paciente rechaza (Ferenczi, 1920: p. 9).

Es una mala interpretación de la técnica activa creer que con ella se resolverán a partir de una única intervención los síntomas o los obstáculos del análisis. La técnica activa no ahorra en absoluto el trabajo analítico por hacer, tanto el que le toca al paciente como aquel que lo toca al analista:

Las críticas no han sido, sin embargo, menos desagradables que las alabanzas excesivas de algunos jóvenes psicoanalistas que han querido ver en la actividad la aparición de una especie de libertad psicoanalítica en la que claramente se trataba para ellos nada menos que de suprimir la necesidad de mantenerse en la áspera vía de la teoría psicoanalítica, siempre muy compleja; un valiente corte activo llegaría incluso a romper de un solo golpe los nudos terapéuticos más embarullados (Ferenczi, 1926: p. 1).

Bajo el título de *Contraindicaciones de la técnica activa* (1926) Ferenczi se encargó de reunir algunas aclaraciones respecto de la misma.

a) La técnica activa, en tanto se dirige contra el principio del placer y requiere de una transferencia positiva con el analista, nunca debe utilizarse al comienzo de un análisis, de otro modo se impediría la manifestación espontánea de la transferencia y se perturbaría la relación analítica (Ferenczi, 1920: p. 6; 1926, p. 1).

b) Sólo debe utilizarse cuando se está en perfecto dominio de la técnica clásica (Ferenczi, 1920: p. 10), de modo que los jóvenes analistas deben abstenerse de su uso hasta alcanzar dominio y experiencia sobre la técnica no activa (Ferenczi, 1924b: p. 5), de otro modo se corre el riesgo de realizar intervenciones pre-analíticas, sugestivas o autoritarias (Ferenczi, 1926: p. 1 y 2).

c) Se requiere “una gran experiencia para evaluar lo que puede imponerse al paciente” (Ferenczi, 1926: p.1). Si no se está seguro de lo que ocurre en la transferencia, será mejor escuchar, no tomar ninguna medida activa específica, hasta que no se tenga en claro de qué se trata la situación. La técnica activa, si bien no es una intervención que opere mecánicamente, tampoco es un ensayo que funcione a la manera de prueba y error. Resulta de una lectura y un cálculo del analista a partir de la situación transferencial.

d) Se requiere esperar bastante tiempo antes de poder realizar “de manera positiva y plausible, una indicación de actividad para cada tipo de neurosis” (Ferenczi, 1926: p. 2). Y en cada análisis deberán considerarse de manera singular cuáles serán las actividades necesarias, y en qué momentos estas deberán intervenir.

Ferenczi se refiere metafóricamente a la transferencia en términos de temperatura, volviendo sobre la metáfora freudiana que tratamos en el capítulo anterior. De manera tal que la técnica activa puede intervenir tanto para “calentar” la transferencia, si es necesario, como para “enfriarla”:

Si no se consigue llevar al paciente a lo que Freud llama la ‘temperatura de ebullición del amor de transferencia’, en la que se basan incluso los rasgos de carácter más difíciles, puede hacerse una última tentativa y recurrir al método opuesto asignando al paciente tareas que le

¿Qué es el acto analítico?

resulten desagradables, es decir, exacerbar por el método activo y desarrollar plenamente llevándolos hasta el absurdo los rasgos de carácter que a menudo sólo existen en estado embrionario. Es inútil subrayar que tal exacerbación puede suponer fácilmente la ruptura del análisis: pero si el paciente resiste esta prueba, nuestro esfuerzo técnico puede verse compensado por un rápido progreso (Ferenczi, 1920: p. 8).

En relación con la duración del análisis, la preocupación de Ferenczi es menos apurar el análisis que mantenerlo en movimiento. Y en este sentido es cierto que a partir de la técnica activa se consiguen efectos analíticos con mayor velocidad que con la sola técnica pasiva, señala el autor (Ferenczi, 1920: p. 11). Sobre la intervención de fijar una fecha límite para el fin del análisis señala que en algunos casos eso ha funcionado y en otros no (Ferenczi, 1926: p. 3), razón por la cual no se sigue de esto una regla, y no se trata de una ejemplificación paradigmática del concepto en cuestión.

Y en los análisis conducidos por Ferenczi, donde él señala que analista y paciente alcanzaron el final del análisis, señala también que interviene la técnica activa (Ferenczi, 1924b: p. 5). En un sentido muy general el texto de Ferenczi sugiere que en tanto es el analista el que dirige la cura, ningún momento importante de la misma se produce sin la intervención activa: ya sea la entrada en el análisis, los movimientos del análisis y el final del análisis.

A partir de los escritos *Contraindicaciones de la técnica activa* (1926) y *Elasticidad de la técnica psicoanalítica* (1928) Ferenczi interroga al extremo de *casi* de-construir el concepto:

Volvamos una vez más a mi 'actividad' tan alabada y tan criticada. Creo estar ya en disposición de dar indicaciones precisas, pedidas por muchos, sobre el momento actual de esta medida técnica. Ustedes saben que al principio me inclinaba por prescribir, junto a la asociación libre, determinadas reglas de comportamiento, en cuanto la resistencia permitía esta sobrecarga. Más adelante la experiencia me enseñó que no debía dar órdenes ni plantear prohibiciones, sino todo a lo más aconsejar algunas modificaciones en la manera de comportarse, quedando siempre dispuesto a retiradas si se conver-

tían en un obstáculo o si provocaban resistencias. La opinión que mantuve al principio, es decir que siempre era el paciente, y nunca el médico, quien podía ser 'activo', me ha llevado finalmente a la constatación de que debemos contentarnos con interpretar las tendencias a la actuación, ocultadas por el paciente, para apoyar las débiles tentativas de superar las inhibiciones neuróticas que subsisten aún, *sin* insistir primero sobre la aplicación de medidas coercitivas, *ni siquiera aconsejándolas*. Si somos suficientemente pacientes, el enfermo acabará por preguntar si puede aventurarse a tal o cual tentativa (por ejemplo rebasar una construcción fóbica), evidentemente no hemos de rehusarle entonces ni nuestro apoyo ni nuestro ánimo, y de esta manera obtendremos todos los progresos esperados de la actividad sin irritar al paciente y sin enturbiar las relaciones entre nosotros. En otros términos: le corresponde al paciente determinar, o al menos indicar sin posible malentendido, el momento de la actividad. Pero ya se sabe que tales tentativas provocan variaciones de tensión en los sistemas psíquicos, y que se demuestra que son un instrumento de la técnica analítica al lado de las asociaciones (Ferenczi, 1928: p. 6).

Creemos que no se trata en absoluto de un abandono del concepto de técnica activa, sino del establecimiento de un matiz en su formulación, y del intento de precisar su verdadero estatuto y alcance en la técnica analítica. Y esto, debido a tres grandes razones que podemos considerar: la primera, la propia experiencia de Ferenczi en su exploración práctica y teórica del concepto, que elaboró a lo largo de 11 años; la segunda, la mal-interpretación que recibió por parte de sus lectores, y los abusos que estas interpretaciones habilitaron en los analistas de la época; la tercera, el comienzo de la exploración, por parte de Ferenczi, de otros recurso técnico, el principio de relajación y el análisis mutuo, que se integrará a partir de entonces, a la técnica activa. No profundizaremos sobre esta articulación porque excede los objetivos de esta investigación.

Síntesis del concepto y comentario sobre el acto y la actividad del analista

Ofrezcamos para concluir en breves fórmulas el establecimiento de este concepto. Ordenaremos ahora las definiciones, no en el sentido cronológico de aparición de los textos, sino de acuerdo a un criterio conceptual:

a) La técnica activa es un recurso auxiliar o complementario de la técnica clásica freudiana, de manera tal que: para que se instauren las condiciones de posibilidad de escucha e interpretación analíticas se requiere que el analista haga algo.

b) Interviene sobre los puntos muertos o de estancamiento en un análisis, ya sea que esto ocurra como un obstáculo para el inicio del análisis, para el transcurso del análisis, o para el final del mismo.

c) Consiste en hacer algo o en indicar al paciente que haga algo (ya sea en un sentido positivo –hacer– o negativo –no hacer–).

d) No recae sobre problemas morales sino sobre situaciones o consignas concretas de la situación transferencial.

e) No interviene sobre factores representacionales o cognitivos sino sobre factores afectivos o libidinales, y en un sentido contrario al principio del placer, ya sea estimulando lo que está inhibido o inhibiendo lo que no lo está.

f) No debe utilizarse de manera rígida sino elástica, al modo de una experiencia que espera medirse por sus resultados o efectos.

g) No debe utilizarse sino hasta haber agotado todos los recursos que ofrece la técnica clásica.

h) No es un fin en sí misma sino un medio para el análisis. En este sentido no consiste en la resolución de nada sino meramente en la instauración de posibilidad del trabajo analítico.

i) No debe utilizarse al comienzo de un análisis. A menos que la posibilidad misma del comienzo del análisis se vea severamente obstaculizada por alguna razón.

j) Sólo debe utilizarse cuando se está en perfecto dominio de la técnica clásica.

k) Se requiere esperar bastante tiempo hasta saber qué tipo de actividad conviene poner a funcionar en cada caso particular.

Por último, quisiéramos observar un fenómeno que se aso-

cia con una conclusión extraída en el capítulo anterior. A saber, que hemos hallado en las descripciones que Ferenczi hace de este concepto en la década de 1920 la misma precaución y salvedad que Racker hace entre 1940 y 1960. Esta consiste en advertir y aclarar que el hecho de que el analista pueda actuar en la transferencia, de manera siempre pasajera y circunstancial, o el hecho de que el analista pueda por momentos adoptar una técnica en algún sentido más activa que pasiva, no significa en ningún caso que esto sea más que un medio para la verdadera tarea analítica que es la interpretación. Así, tanto el acto como la actividad del analista no se definen como un elemento esencial a la cura sino más bien como un recurso auxiliar a ella.

Por otro lado, quisiéramos subrayar un aspecto decisivo de la técnica activa, en favor de su articulación con el concepto de acto analítico de Lacan: en ambos casos se trata de pensar en una función relativa a “animar”, “mover” al paciente, en su trabajo de análisis. Lo “activo” de la técnica remite aquí, no tanto al analista, ni al paciente, sino al análisis mismo: la necesidad de animar un proceso que si bien se mueve de acuerdo a una necesidad que le es inmanente, puede atravesar diferentes circunstancias de detención o estancamiento.

Los conceptos que hasta aquí hemos desarrollado, en el capítulo anterior y en este, nos han sugerido que la técnica clásica freudiana del análisis de las neurosis de transferencia puede hallar un obstáculo en situaciones transferenciales o tipos clínicos diversos. Uno de los primeros psicoanalistas post-freudianos en haber desarrollado un estudio sistemático sobre esta última cuestión fue Reich, en su estudio sobre el *carácter*, sobre el cual trataremos en el próximo capítulo.

Capítulo 5. El carácter

Si desde el comienzo del tratamiento nuestros pacientes siguiesen la regla fundamental, así fuera en un grado razonable, no habría motivo para escribir un libro sobre análisis del carácter.

W. Reich, *Análisis del carácter*

La técnica y el carácter

La cuestión del carácter no fue objeto exclusivo de investigación de Reich. En primer lugar fue Freud quien se dedicó al tema, articulando los rasgos de carácter del *yo* a determinados componentes de la pulsión. Por otro lado diferenciando las neurosis sintomáticas –también llamadas neurosis de transferencia– de las neurosis de carácter, donde se ponen en juego otras dinámicas de fenómenos transferenciales. Reich reconoce estos antecedentes, entre otros más, en su obra *Análisis del carácter*. Se trata de un estudio sistemático –en varios aspectos– sobre el tema, que apareció en 1949, pero que recoge publicaciones e ideas que se remontan a la década de 1920. La obra consta de tres grandes partes: la primera sobre técnica, la segunda sobre el concepto de carácter, y la tercera sobre la conexión del carácter con lo que Reich llama la biofísica orgónica. Por otro lado existe un cuarto aspecto no especificado en el índice de la obra, y tampoco desarrollado en ella, pero sí en otras obras del autor: la relación del carácter con factores sociales e históricos.

A lo largo de este capítulo nos centraremos en las ideas de Reich sobre la técnica y el carácter, cuyo tratamiento puede aislarse sin perjuicio del resto de la obra, dado el ordenamiento y

la relativa independencia con que el mismo autor trató el tema. Para una articulación del tema con los factores socio-históricos del carácter el lector podrá profundizar en obras específicas de Reich, como *Materialismo dialéctico y psicoanálisis* (1929). Y para una articulación con la derivación biofísica del tema, se puede profundizar en la lectura de la tercera parte del mismo libro *Análisis del carácter*, que constituye, en palabras del autor, una derivación desde el psicoanálisis hacia la física. En lo que respecta a este capítulo procuraremos hacer un foco en la discusión psicoanalítica, de carácter técnico, en torno a los conceptos de carácter, interpretación, transferencia y resistencia.

Lacan valora críticamente el estudio del carácter de Reich reconociendo la relevancia de su trabajo (Lacan, 1955). Y referencias actuales en la temática coinciden y profundizan en esta valoración (cfr. por ejemplo Rabinovich, 1985; Miller, 1998; Schejtman y Godoy, 2009). No hallamos en estas fuentes ninguna articulación específica entre el carácter y el acto analítico, incluso podemos reconocer que entre la serie de conceptos que hemos escogido como aproximaciones y antecedentes del acto lacaniano, el concepto de carácter es el único que no se articula directamente con el acto, pero sí guarda sin embargo una importante articulación indirecta, toda vez que el carácter puede desplegarse como una gran resistencia del análisis y de la puesta en juego del acto analítico. Por ello, o no azarosamente, Lacan analizó en su *Seminario 14 y 15*, a partir del grupo de Klein, dos posiciones del sujeto en análisis: *o yo no soy, pienso* – *o yo no pienso, soy*. La segunda posición expresa al menos parcialmente algunas de las ideas de Reich a propósito del carácter y su relación con la identidad del sujeto.

En su libro *Una clínica de la pulsión: las impulsiones* Rabinovich (1985) analiza y articula ambas cuestiones: las posiciones del grupo de Klein y la caracteropatía. Pero además otro aspecto en que puede tratarse el concepto de carácter desde la obra de Lacan, a saber, las posiciones del fantasma y el *yo* en el grafo del deseo, expresadas en el matema lacaniano $i(a)$: el *yo* en su carácter de imagen, que reviste al objeto del deseo y la pulsión, fijado por el fantasma; el núcleo real del *yo* (Rabinovich, 1983, 1985).

Los errores en la técnica de interpretación

El libro de Reich *Análisis del carácter*, y el tratamiento que hace del tema, comienza por una crítica a lo que llama la “técnica de la interpretación” y sus “errores” típicos o frecuentes. La cuestión de los errores del analista o del análisis constituye un tema de discusión en sí mismo. Winnicott y Lacan han ofrecido algunas reformulaciones de perspectivas al referirse por ejemplo a las *fallas del analista* y al *errar o errancia del análisis*. El título mismo del *Seminario 21* de Lacan constituye una idea sobre el tema: *Los no incautos yerran*. Por el contrario, lo que la idea de error podría sugerir es que existe una manera no-errónea de proceder con el paciente. A pesar de esto conservaremos la palabra “error” porque es Reich quien la usa, procurando contextualizar sus ideas en el lenguaje con que está abordando la temática. Para Reich, así como para otros colegas de su época, lo que llamaban un error era una oportunidad para problematizar cuestiones teóricas y técnicas; algo de lo cual aprender:

Esto no es motivo de desesperación; como dijera una vez Ferenczi, toda nueva experiencia nos cuesta un caso. Todo lo que importa es apreciar el error y aprender algo de él. No sucede cosa distinta en otras ramas de la medicina; dejaremos a los demás el tratar de encubrir sus fracasos con el silencio y el tratar de explicarlos mediante excusas más o menos bien pensadas (Reich, 1949: p. 47).¹

Reich parte de los escritos técnicos freudianos y de las discusiones posteriores suscitadas entre los primeros trabajos post-freudianos sobre la temática. Como veremos la perspectiva de Reich es freudiana, en el sentido de trabajar a partir de la transferencia y la resistencia, y la interpretación y el manejo de la transferencia. Donde señalará una colaboración específica o una diferencia, como veremos, es en la relación de la interpretación con la transferencia. También asume una perspectiva freudiana en cuanto a no partir de la oposición *actividad-pasividad* del análisis

¹ Dado que excede los objetivos de este trabajo, creemos oportuno retomar en otra ocasión una discusión sobre el tema que recoja las diversas perspectivas en la temática, intentando pensar qué aspectos técnicos resultan tratados a partir de estos diferentes conceptos: errores, equivocaciones, fallas, errancias.

¿Qué es el acto analítico?

ta, así como tampoco de la oposición *recordar-actuar* del paciente, las cuales asume como sin sentido (Reich, 1949: p. 46 y 62):

La muy discutida cuestión de qué es más importante, si el re-vivir afectivo (*acting out*) o el recordar, carece de significado para nosotros. La experiencia clínica confirma las demandas de Freud en el sentido de que el paciente que tiende a repetir sus experiencias por *acting out* debe, a fin de resolver realmente sus conflictos, no sólo comprender lo que está sometiendo al *acting out*, sino también recordar con afecto (Reich, 1949: p. 46).

Oponer recuerdo a afecto, o acto, en algún sentido disocia la cuestión. No se trata de un afecto disociado del recuerdo, ni un recuerdo disociado del afecto. A esto llama Reich "recordar con afecto". No olvidemos que para Freud la separación entre uno y otro elemento es el efecto mismo de la represión. Respecto de la oposición *actividad-pasividad*, si bien se muestra crítico, en varios pasajes indica que el análisis cursa por diferentes momentos donde el analista asume roles más activos o más pasivos. En general asocia la actividad a momentos donde emergen resistencias que obstaculizan o ponen en cuestión el análisis, y la pasividad a momentos donde el paciente produce su trabajo de análisis (Reich, 1949: p. 61).

Partiendo de la preocupación por la técnica, propia de su época, lo que le interesa subrayar es que el analista se encuentra en su práctica cotidiana con diversas situaciones que podrían calificarse algunas de atípicas pero otras de típicas, frente a las cuales no sabe cómo manejarse (Reich, 1949: p. 29). De allí la necesidad de profundizar en el estudio técnico de estas cuestiones, observa:

La interpretación extrema –y por cierto las más errónea– afirmaba que el analista debía limitarse a guardar silencio, y el resto vendría por sí solo. En cuanto al papel del analista en el tratamiento, existían –y existen– los conceptos más confusos. Es cierto, uno sabe generalmente que debe disolver resistencias y debe 'manejar' la transferencia. Pero cómo y cuándo ha de producirse ello, cómo han de diferir sus actos conforme a los diferentes casos y situaciones, eso nunca fue discutido en forma sistemática (Reich, 1949: p. 31).

Reich advierte que la situación donde el paciente comienza su análisis en la posición de seguir la regla fundamental, es decir, asociar libremente, recordar, aportar material analítico a partir de su síntoma, rara vez se observa, o no es en absoluto la más frecuente. Por el contrario, el paciente puede llegar al análisis dominado por diversos afectos, actos o una actitud de silencio, cuestiones que pueden tener ya en diferentes grados relaciones con la presencia del analista:

Raras veces son nuestros pacientes accesibles de inmediato al análisis, capaces de seguir la regla fundamental y de abrirse realmente al analista. No pueden sentir de inmediato absoluta confianza en una persona extraña; lo que es más importante aún, años de enfermedad, influencia constante de un ambiente neurótico, malas experiencias con médicos, en pocas palabras, toda la deformación secundaria de la personalidad, han creado una situación desfavorable para el análisis (Reich, 1949: p. 64).

El error más típico, observa Reich, es que el analista comienza a hacer interpretaciones de esta situación –afecto, acto o silencio. El ensamble que así se produce entre paciente y analista produce un efecto de “situación caótica” (Reich, 1949: p. 46) inconsecuente para el comienzo del análisis, y para el tratamiento del malestar del paciente, aquel que lo llevó a consultar. En estas situaciones precisa dos aspectos fundamentales: 1. la regla técnica debe derivarse de cada situación particular, 2. debemos pensar de qué manera funciona la interpretación del analista, para qué utilizarla, pero no ensayar “interpretaciones al azar” (Reich, 1949: p. 33). Ya sea que se interprete sobre la base de un material más o menos confuso, o sobre la ausencia de él, Reich identifica lo que llama cuatro errores frecuentes en la técnica de interpretación:

1. Realizar interpretaciones demasiado aprisa;
2. Realizar interpretaciones del material en el mismo orden en que el paciente lo ofrece;
3. Realizar interpretaciones sin considerar las resistencias;
4. La interpretación de las resistencias transferenciales se realiza de manera asistemática y sin efecto: “Las resistencias transferenciales latentes se pasan en su mayor parte por

¿Qué es el acto analítico?

alto o bien el analista teme permitirles su pleno desarrollo, o traerlas a la luz cuando están escondidas en una u otra forma.” (Reich, 1949: p. 50)

Recuperando la metáfora freudiana de la neurosis como un ser vivo (Freud, 1918), Reich entiende que la vida psíquica es un ser viviente y por tanto en movimiento. Lo que genera la interpretación apresurada es un efecto de rigidización del material analítico (Reich, 1949: p. 51), de *asfixia en estructuras apresuradas*. Por eso compara la interpretación con una “droga” muy valiosa que, por tanto, “debe usarse en dosis muy pequeñas para no perder su eficacia” (Reich, 1949: p. 61). Y cuya principal brújula es la transferencia. Como veremos, las tesis de Reich se enmarcan en lo que se constituyó como una controversia técnica post-freudiana clásica, de la cual podemos recoger un testimonio en el tratado de Fenichel (1941: p. 77), a saber: si se puede analizar el “contenido” sin miramientos por las “resistencias”, o si se debe analizar primero las “resistencias” para luego analizar los “contenidos”. Dicho de otra manera: si se puede analizar directamente las pulsiones o el ello sin miramientos por las defensas, o si se debe analizar primero las defensas y el *yo*, para luego analizar aquello de lo cual el *yo* se defiende. Contextualizados en este debate, veamos a continuación cuál es la posición de Reich.

La interpretación y la transferencia

Partiendo del concepto freudiano, Reich orienta la interpretación a partir de la transferencia. Recordemos las dos indicaciones freudianas a este respecto:

Ahora bien, mientras las comunicaciones y ocurrencias del paciente afluyan sin detención, no hay que tocar el tema de la transferencia. Es preciso aguardar para este, el más espinoso de todos los procedimientos, hasta que la transferencia haya devenido resistencia.

La siguiente pregunta que se nos planteará es de principio. Hela aquí: ¿Cuándo debemos empezar a hacer comunicaciones al analizado? ¿Cuándo es oportuno revelarle el significado secreto de sus ocurrencias, iniciarlo en las premisas y procedimientos técnicos del

análisis? La respuesta sólo puede ser esta: No antes de que se haya establecido en el paciente una transferencia operativa, un *rapport* en regla. La primera meta del tratamiento sigue siendo allegarlo a este y a la persona del médico. Para ello no hace falta más que darle tiempo (Freud, 1913: p. 140).

En algún sentido pareciera que en su consideración de la temática Reich invierte todas las relaciones sugeridas por Freud. En primer lugar porque se está refiriendo a pacientes que desde el inicio del tratamiento no parten ni de un síntoma ni de asociaciones libres sobre el mismo. En segundo lugar porque antepone a las interpretaciones no una transferencia operativa sino negativa o resistencial. Dicho de otra manera: no interpreta hasta que no emerja la transferencia en su carácter de resistencia.

En desacuerdo con muchos de mis colegas, debo mantener mi afirmación de que todos y cada uno de los casos, sin excepción, comienza el análisis con una actitud más o menos explícita de desconfianza y crítica que, por regla general, *permanece escondida*. A fin de convencerse de esto, es necesario hacer que el paciente discuta, antes que nada, todos los factores inherentes a la situación que hacen a la desconfianza y a la crítica (nuevo tipo de situación, persona desconocida, opinión pública acerca del psicoanálisis, etc.); sólo a través de esta sinceridad por parte del analista puede conquistarse la confianza del paciente (Reich, 1949: p. 55).

Esta actitud puede dar lugar a dos lecturas: la primera, más radical, *no interpretar hasta que se presente la resistencia*, lo cual podría parecer una paradoja; y la segunda, más flexible, *no interpretar hasta no tener en la resistencia una orientación para la interpretación*. De cualquier manera, este manejo supone un procedimiento inverso al freudiano: procurar una transferencia operativa y realizar interpretaciones, y cuando la transferencia se vuelva un obstáculo realizar las maniobras adecuadas a su manejo y reconducir los afectos, las repeticiones y los actos al terreno de la palabra y el recuerdo. Lo que Reich hace es no interpretar hasta advertir la transferencia negativa del paciente, sus resistencias al análisis, siendo precisamente este punto donde hace recaer la primera interpretación. Llama a esto último

¿Qué es el acto analítico?

“la primera *resistencia* transferencial”. (Reich, 1949: p. 33)

Para contextualizar esta diferencia técnica con Freud recordemos que este último se está refiriendo en general a neurosis sintomáticas y a pacientes que comienzan el análisis en una posición de transferencia positiva, aprendiendo la regla fundamental y produciendo asociaciones a partir de los síntomas. Reich en cambio se está refiriendo a pacientes cuyo motivo de consulta no es en principio un síntoma delimitable como tal en las primeras entrevistas y cuya transferencia hacia el analista, e incluso el psicoanálisis, puede ser desde un inicio negativa:

Fue precisamente el deseo de establecer una transferencia positiva intensa lo que me incitó a prestar tanta atención a la transferencia negativa. El hecho de hacer conscientes en forma temprana y cabal las actitudes negativas, críticas o despreciativas hacia el analista, no intensifica la transferencia negativa, sino que la disuelve y hace cristalizar las actitudes positivas. Lo que podría dar la impresión de que yo ‘trabajo con la transferencia negativa’ es el hecho de que la disolución analítica del aparato de defensa narcisista trae a la luz las transferencias, negativas latentes, de suerte que los análisis se caracterizan a menudo por manifestaciones de defensa que duran meses enteros. Después de todo, nada pongo en el paciente que no esté en él con anterioridad. Traigo a la luz, simplemente, lo que antes estaba oculto en el modo de comportarse del paciente (tal como la cortesía exagerada, la indiferencia, etc.) y que no era sino una defensa latente contra la posible influencia del analista (Reich, 1949: p. 143).

En algún sentido podemos pensar que Reich sugiere otro procedimiento técnico, que no parte desde la transferencia positiva para encontrarse con la transferencia negativa, sino que llega a la transferencia positiva a partir de la transferencia negativa, como principio de trabajo. Pero en otro sentido podemos pensar también que se está refiriendo a un momento del análisis previo a la consideración freudiana, como si dijéramos de introducción al análisis, o de entrevistas preliminares. Reich mismo se refiere por momentos a esto explícitamente:

Nos ocuparemos, por consiguiente, de la fase introductoria del análisis, hasta llegar a ese punto en que el curso

del análisis puede dejarse sin peligro alguno en manos del paciente; el primer problema es la 'educación analítica para el análisis' (Reich, 1949: p. 34).

Entre los "pormenores" de las comunicaciones o exteriorizaciones del paciente que multiplican los focos de interpretación, Reich se detiene en la transferencia negativa como una brújula para señalar el camino de la cura (Reich, 1949: p. 61). Y aun en casos donde el analista pueda haber advertido de manera clara una posición inconsciente del paciente, sigue siendo la transferencia negativa la brújula y el camino por el cual llegar a ella:

Una determinada posición inconsciente que se manifiesta en un sueño o en una asociación puede tener una significación central para la neurosis y aun así en un momento dado carecer de importancia con respecto a su significación técnica (Reich, 1949: p. 87).

Lo que procura de esta manera es evitar realizar interpretaciones cuando existe entre paciente y analista cualquier signo de transferencia negativa, o lo que llama una aparente transferencia positiva que encubre una "transferencia negativa latente" (Reich, 1949: p. 55). Precisa tres formas frecuentes en que esta situación puede darse, entre muchas otras que se verifican en cada caso particular:

1. El desarrollo de una transferencia positiva reactiva, cuyo sentido latente son fenómenos de odio al analista;
2. El sometimiento al analista, efecto del sentimiento de culpa y del masoquismo moral del paciente;
3. Deseos narcisistas, en los cuales el paciente espera que el analista lo ame y admire. (Reich, 1949: p. 143)

Por el contrario, ignorar o descuidar la transferencia negativa e interpretar la posición inconsciente del paciente rápidamente advertida por el analista, constituye para Reich el error más frecuente:

El error cometido por lo común es el de atacar el punto patogénico central de la neurosis, que por lo general se manifiesta de alguna manera en el comienzo mismo del tratamiento. Lo que debe atacarse en cambio son las

¿Qué es el acto analítico?

respectivas posiciones importantes actuales que, con un trabajo sistemático, una tras otra, conducen por *necesidad* a la situación patogénica central. Es importante por lo tanto, y en muchos casos decisivo, *cómo, cuándo*, y de qué lado nos adelantamos hacia el punto central de la neurosis (Reich, 1949: p. 87).

Correlativamente a esto, observa que cuanto mayor sea el material ofrecido por el paciente a analizar, sin haber manifestado ningún signo de transferencia negativa, tanto más debe estar el analista advertido de qué maniobra conviene hacer con este material (Reich, 1949: p. 52). De esta forma sitúa en la transferencia negativa y su carácter resistencial el principio del análisis. En el doble sentido de *punto de partida* y de *orientación del camino* en cualquier situación o momento de la cura. A la vez es este mismo punto lo que ordena y da sentido al material analítico que, como veremos en el próximo apartado, circunscribe, a partir de las defensas, la pulsión.

Si sólo interpretamos el impulso del ello, dejaremos intacto el carácter. En cambio, si siempre encaramos las resistencias desde el lado de la defensa, desde el lado del yo, incluiremos en el análisis el carácter neurótico. En el primer caso, enunciamos de inmediato *lo que* el paciente esquivaba. En el segundo, primero le aclaramos *el hecho de que* esquivaba 'algo'; luego *cómo* lo hace, cuáles son los medios de la defensa (análisis del carácter); sólo al final, cuando el análisis de la resistencia ha progresado lo suficiente, se le dice –o lo descubre por sí solo– qué es lo que esquivaba. En este largo desvío hacia la interpretación de los impulsos del ello, se han analizado todas las actitudes, correspondientes del yo. Esto elimina el peligro de que el paciente aprenda algo demasiado temprano, o que continúe sin afecto y sin participación (Reich, 1949: p. 88).

Hasta aquí hemos tratado algunas cuestiones de técnica relativas a la interpretación y la transferencia. Veremos en el próximo apartado cómo define el carácter como una de las formas más frecuentes en que se presenta la resistencia en la transferencia, signando una particular manera de comenzar el análisis.

El *yo*, el carácter y la coraza narcisista

Siguiendo la tradición freudiana y post-freudiana de la época, Reich parte en su reflexión técnica de la segunda tópica freudiana –*ello, yo y superyó*– y de la neurosis definida como un conflicto entre el *yo* y el *ello*, debido a las exigencias que el *yo* recibe del *superyó* y del *mundo exterior*. Y donde tanto el *superyó* como el *yo* conectan económicamente con las pulsiones del *ello*. El conflicto neurótico, así definido, comporta prohibiciones provenientes del *mundo exterior*, tanto como exigencias pulsionales provenientes del *mundo interior*; y se expresa de manera típica en el síntoma neurótico, como una formación de compromiso que expresa estas relaciones en tensión, pero también o alternativamente como un rasgo neurótico del carácter (Reich, 1949: p. 29). Así, para Reich el carácter resulta también, y de acuerdo con Freud, determinado por imperativos sociales y exigencias pulsionales (Reich, 1949: p. 168). Veamos su definición:

El carácter consiste en una alteración *crónica* del yo, a la que podríamos calificar de rigidez. Es la base de la cronicidad del modo de reacción característico de una persona. Su significado es la protección del yo contra peligros exteriores e interiores. Como mecanismo de protección que se ha hecho crónico, puede denominarse con todo derecho una *coraza*. Esta coraza significa inevitablemente una disminución de la movilidad psíquica total, disminución mitigada por relaciones con el mundo exterior, no condicionadas por el carácter y, por ello, atípicas (Reich, 1949: p. 167).

La rigidez y el carácter de coraza constituyen para Reich una propiedad inherente y constitutiva del *yo*. Sin embargo existe para el autor un grado de flexibilidad y movimiento que diferencia el carácter como tal, del carácter neurótico o patológico:

...debe concebirse la coraza como algo móvil. Opera conforme al principio del placer-displacer. En situaciones poco placenteras, la coraza aumenta; en situaciones placenteras, disminuye. El grado de movilidad caracterológica, la capacidad de abrirse a una situación o de cerrarse ante ella, constituye la diferencia entre la estructura de carácter sana y la neurótica (Reich, 1949: p. 168).

¿Qué es el acto analítico?

Constituyendo la coraza narcisista un mecanismo de proyección del *yo*, se sitúa precisamente en el límite del *yo*, entre el mundo interior y el mundo exterior (Reich, 1949: p. 168 y 181). Reich prolonga la metáfora freudiana del *yo* concebido como una ameba que emite y retrae sus pseudópodos –las investiduras de objeto– ubicando entre la ameba y el mundo a la coraza, que protege a la vez que restringe las posibilidades de movimiento:

Entre estas necesidades primitivas por una parte y el mundo exterior por la otra, el *yo* se desarrolla gradualmente por diferenciación de parte del organismo psíquico. Esto nos recuerda ciertos protozoarios. Existen entre ellos muchos que se protegen del mundo exterior mediante una coraza o concha de material inorgánico. La motilidad de estos protozoarios acorazados se ve considerablemente restringida por comparación con la simple ameba; el contacto con el medio exterior se limita a los pseudopodios que pueden emitir y volver a través de pequeñas aperturas existentes en la concha. En la misma forma, el carácter del *yo* puede concebirse como la armadura que protege al ello de la acción del mundo exterior (Reich, 1949: p. 183).

Considerando esta definición del carácter como una función estructural del *yo* –más allá de su condición más o menos neurótica– Reich advierte que la neurosis de carácter no es sólo una forma en que se pueda especificar la neurosis, además del síntoma. Sino que constituye la base de toda neurosis sintomática. De esta manera, indica que todo síntoma neurótico tiene en su base un carácter neurótico, así como todo análisis supone ser más tarde o más temprano un análisis del carácter (Reich, 1949: p. 65-66).²

Sin embargo es importante advertir de qué manera se comporta, diferencialmente, síntoma y carácter en la transferencia. Mientras el síntoma significa para el paciente un cuerpo extra-

² De una manera análoga a como Freud sitúa las fantasías en la base de los síntomas y Lacan el fantasma. Por otro lado, como ya advertimos más arriba, Lacan sitúa en el grafo del deseo al *yo* y al fantasma en una posición homóloga. Siendo el objeto del fantasma el núcleo real del *yo*, y el *yo* la construcción imaginaria que reviste al objeto *a*.

ño, acompañado de la sensación de estar enfermo, el carácter se experimenta como algo natural y propio:

El síntoma aparece como carente de significado, mientras que el carácter neurótico se racionaliza en medida suficiente como para no aparecer falto de sentido o patológico. A menudo se da para los rasgos neuróticos de carácter una razón que sería rechazada de inmediato como absurda si se la expusiera para los síntomas: 'él es así'. Eso implica que el individuo nació así, que ese 'es' su carácter. El análisis muestra que esta interpretación es errónea: demuestra que el carácter debió ser así y no de otra forma por motivos definidos; que, en principio, pueden ser analizados tal como el síntoma, y que se lo puede modificar (Reich, 1949: p. 67).

En el análisis del carácter Reich procede señalando al paciente el rasgo de carácter en cuestión, aislándolo, despertando su interés por él, dejando lugar a que el paciente utilice este conocimiento de acuerdo a su inclinación. Así, es posible que el paciente comience a ver esta característica, que antes le parecía natural, como un cuerpo extraño, algo sintomático o doloroso (Reich, 1949: p. 74).

Si el análisis del síntoma tomo como punto de partida las asociaciones del paciente y la interpretación, el análisis del carácter toma como punto de partida la manera, la forma y la actitud en que el paciente habla, permanece en silencio, actúa o se halla dominado por algún afecto:

A menudo oímos a los analistas lamentarse de que el análisis no marcha bien, de que el paciente no aporta 'material' alguno. Con ello por lo general se hace referencia al contenido de las asociaciones y comunicaciones. Pero la manera en que el paciente, pongamos por caso, se mantiene callado, o sus repeticiones estériles, constituyen también 'material' que debe y puede usarse. Difícilmente exista situación alguna en la cual el paciente 'no aporte material'; nuestra es la falla si somos incapaces de utilizar su conducta como 'material' (Reich, 1949: p. 69).

Tanto si el paciente está en silencio o habla sin parar, duda de lo que dice, llega tarde a la sesión, habla de manera altanera o

¿Qué es el acto analítico?

confusa, incluso si critica el análisis o al analista, lo que interesa al análisis del carácter es preguntarse *por qué está haciendo esto* (Reich, 1949: p. 64-65). Incluso si el paciente ofrece un sueño, un acto fallido o produce una asociación, estos materiales no cuentan sólo por su contenido sino también por su forma: *de qué manera lo cuenta o trae el análisis* (Reich, 1949: p. 69). Reich llama a esto la “forma funcional” del material (Reich, 1949: p. 183):

La resistencia caracterológica no se expresa en el contenido del material sino en los aspectos formales del comportamiento general, en la manera de hablar, de caminar, en la expresión facial y las actitudes típicas tales como sonrisa, burla, altanería, excesiva corrección, la *modalidad* de la cortesía o de la agresión, etc.

Lo específico de la resistencia caracterológica no es *lo que* el paciente dice o hace sino *cómo* habla y obra, no *lo que* denuncia en un sueño sino *cómo* censura, distorsiona, etc. (Reich, 1949: p. 71).

Finalmente, señalemos algunas dificultades y contraindicaciones del análisis del carácter, observadas por Reich. En primer lugar debemos diferenciar lo que significa la superación de determinada resistencia caracterológica del análisis del carácter. La modificación del carácter, si bien es posible, “rara vez se logra con facilidad” (Reich, 1949: p. 89). Lo cual no resulta sorprendente si tenemos en cuenta que se trata de una modificación de la relación de la pulsión con el *yo*, siendo esta una formación histórica que se remonta a la neurosis infantil y al pasaje del autoerotismo al narcisismo.

Otra dificultad consiste en la necesidad de señalar continuamente o repetidamente al paciente el rasgo de carácter cuando se presenta, a diferencia del síntoma que es el paciente mismo quien lo identifica como tal y transmite al analista (Reich, 1949: p. 89). De todas maneras, esto no significa que el analista confronte compulsivamente al paciente frente a su carácter. Al igual que todo trabajo analítico esta no es una labor que se lleve a cabo sin el consentimiento del paciente. En efecto, él es quien hará algo con este rasgo o no.

Dado que el análisis del carácter involucra la difícil manobra de tratar con el narcisismo del paciente, y con materiales que sin ser asociaciones son muchas veces actos, afectos, silencios, Reich sugiere que los jóvenes psicoanalistas no comiencen

su experiencia con este tipo de análisis. Y en cambio lo hagan con el análisis de neurosis sintomáticas (Reich, 1949: p. 135). Y más allá de la experiencia del practicante, observa que el análisis del carácter es muy difícil en pacientes que presentan un tipo clínico que nos resulta desconocido o sobre el cual no tenemos experiencia. En ese caso sugiere avanzar de manera muy gradual hasta comprender la estructura del caso en juego (Reich, 1949: p. 138). En estos casos sugiere que el camino más lento será siempre el más directo.

Respecto de la posibilidad de llevarse a cabo realmente un análisis del carácter, es decir alcanzar una modificación del mismo, advierte que los cambios que pueden lograrse son siempre cuantitativos, y sobrepasando cierto grado, constituyen para el paciente cambios cualitativos o significativos (Reich, 1949: p. 139).

Actuar con el carácter

Reich le da al concepto de carácter el estatuto de una base no sólo de la neurosis y los síntomas del paciente, sino de la estructura del *yo* y la personalidad. De esa manera concibe que el carácter puede ser un obstáculo para el análisis, ya sea al inicio del mismo o durante algún momento de su curso, pero además concibe por ello mismo que es una suerte de meta del análisis: siendo todo análisis en último término un análisis del carácter.

La lectura de esto que podemos hacer considerando nuestro objeto de estudio y nuestro marco teórico nos indica las posiciones del fantasma y del *yo* en el grafo del deseo lacaniano. Desde esta perspectiva podemos observar que algunas precisiones de Reich sobre el carácter se inclinan hacia el fantasma y lo real, y otras hacia el *yo* y lo imaginario. Esta diferencia de registros es precisamente algo que deberemos retomar con el concepto de acto de Lacan, el cual involucra una dimensión signifiante, pero también una dimensión de escena y de semblante.

Así, el concepto de carácter de Reich nos indica otro aspecto del acto analítico, en esta ocasión no concierne al analista sino al paciente. Si bien desestimó la oposición *recordar-actuar* para señalar que en el análisis no se trata de un aspecto disociado del otro, en algún sentido subrayó y señaló con precisión *la dimensión de acto que tiene para el paciente la puesta en juego de su*

¿Qué es el acto analítico?

carácter en el análisis: maneras de hablar, de callar, de mostrar, de hacer, etc., que si bien no son separables o independientes de los contenidos que las acompañan, resultan ser un foco específico de atención para el análisis el carácter. Podemos llamar a esto *actuar con el carácter*. Lo cual nos indica hasta qué punto se trata de la puesta en juego de *un personaje en la escena trans-ferencial*.

Capítulo 6. El juego

La psicoterapia se realiza en la superposición de las dos zonas de juego, la del paciente y la del terapeuta.

D. Winnicott, *Realidad y juego*

El juego y el acto

El *juego* de Winnicott es tal vez el único concepto psicoanalítico que podría considerarse equiparable, o al menos comparable, al *acto* de Lacan. Lo que queremos decir con esto es que las definiciones de ambos conceptos habilitan y permiten el desarrollo de un estudio comparativo. Ambos autores, por ejemplo, indicaron que el análisis se sostiene y se ordena por referencia a este concepto: el juego en el caso de Winnicott y el acto en el caso de Lacan. Por otro lado ambos autores han subrayado la función que tiene en esto el analista, en tanto un objeto a ser usado, o con un valor instrumental, para el paciente. Finalmente, ambos autores coinciden en toda su obra en una crítica general a la teoría de la relación de objeto, y a la dialéctica de lo interior y lo exterior en la relación analítica. Winnicott a partir de su concepto de lo transicional, y Lacan a partir de su concepto de significativo y del objeto *a*. El primero en una posición tercera respecto de la relación paciente-analista. Y el segundo en una posición éxtima, no estando adentro, ni afuera, y no siendo exclusivamente del sujeto ni del Otro.

Existen muchos otros términos de comparación importantes entre ambos conceptos. Sin embargo esto no significa ne-

¿Qué es el acto analítico?

cesariamente que sus perspectivas confluyan. Por el contrario, es posible pensar que tanto Winnicott como Lacan imprimen a sus conceptos de juego y acto en el contexto de ambas obras sesgos teóricos y técnicos propios, específicos, incluso en muchos aspectos divergentes. Pero lo que queremos decir es que si analizamos epistemológicamente o metodológicamente la obra teórica de cada autor, advertimos que cada uno sitúa en un lugar semejante y con una función semejante a un concepto específico: el juego y el acto. Aun cuando los desarrollos de cada uno puedan llevar luego a perspectivas convergentes y divergentes en grados diversos. Lo que acabamos de decir significa también que no hallamos en ningún otro psicoanalista la precisión o especificación de un concepto análogo al de juego y al de acto. Sin embargo, no es nuestro objetivo aquí desarrollar un estudio comparativo entre ambos conceptos. Nuestro foco de investigación es el acto, y en todo caso el juego tiene el sentido de una aproximación o un antecedente del mismo.

Respecto de la relación entre el juego y el acto en la obra de Lacan no hayamos ninguna referencia específica donde el autor articule ambos conceptos, como sí lo hizo por ejemplo con su *objeto a* y el *objeto transicional* de Winnicott. Desde otro sesgo podemos observar que se refirió a los juegos en el sentido de la teoría de juegos, y específicamente entre los *Seminarios 12 y 15* hallamos referencias explícitas a algo que llama *el juego del análisis* o el *juego entre paciente y analista*. Veamos esta cita del *Seminario 15* donde además sugiere una relación con el acto.

...no hay ninguna experiencia edípica en el psicoanálisis. El Edipo es el marco dentro del cual podemos reglar el juego –digo *juego* intencionalmente. Se trata de saber, es por eso que trato acá de introducir cierta lógica, a qué juego jugamos (Lacan, 1967-1968: clase 21/02/68).

La literatura actual sobre la temática ha retomado esta referencia lacaniana. Caben destacarse los trabajos de Glasman, *El juego del psicoanálisis* (1993) y Rabinovich, *El deseo del psicoanalista. El juego del psicoanálisis* (1994). Por otro lado, Marrone en *Psicoanálisis con niños: el juego* (2012), sugiere una relación explícita entre el concepto de juego y el de acto en Lacan.

Respecto del lugar del juego en nuestro estudio sobre el acto, recordemos que en el *Capítulo 3*, a propósito del manejo

de la transferencia y el dominio de la contratransferencia, observamos que el analista *no debe actuar* o *no debe entrar en el juego* del paciente. La cuestión resulta por lo menos contrastante porque precisamente para Winnicott se trata de poder jugar, como veremos a continuación.

Una diferencia importante que cabe destacar es que el juego tiene un lugar protagónico y fundamental a lo largo de toda la obra de Winnicott. En el caso de Lacan si bien podemos pensar que el concepto de acto tiene siempre un lugar fundamental respecto de la transferencia y la interpretación por ejemplo, debemos también observar que asume un lugar protagónico específico en los seminarios 14, 15 y 16.

El análisis es un juego

Winnicott asumió como punto de partida de su pensamiento la tradición freudiana y kleiniana y reelaboró las ideas que hasta aquí hemos tratado a partir de su concepto de juego: *analista y paciente son dos jugadores, y el análisis es un juego*. Veamos cómo lo define en *Realidad y juego*:

La psicoterapia se da en la superposición de dos zonas de juego: la del paciente y la del terapeuta. Está relacionada con dos personas que juegan juntas. El corolario de ello es que cuando el juego no es posible, la labor del terapeuta se orienta a llevar al paciente, de un estado en que no puede jugar a uno en que le es posible hacerlo.

...la psicoterapia se realiza en la superposición de las dos zonas de juego, la del paciente y la del terapeuta. Si este último no sabe jugar, no está capacitado para la tarea. Si el que no sabe jugar es el paciente, hay que hacer algo para que pueda lograrlo. El motivo de que el juego sea tan esencial consiste en que en él el paciente se muestra creador (Winnicott, 1971: p. 61 y 80).

Dado que el término *juego* se presta a muchos usos de sentido común, precisar el alcance de esta definición significa una labor de análisis positiva y negativa a la vez. Es decir, indicar lo que el juego *es*, despejando lo que no es. En primer lugar digamos que si el análisis es un juego eso no significa que se trate de algo

¿Qué es el acto analítico?

falto de seriedad o de consecuencias. Por el contrario precisó que el jugar es algo que tiene un espacio y un tiempo propios, que significa *hacer algo*, y que involucra siempre al cuerpo y la pulsión (Winnicott, 1971: p. 77):

- El juego compromete al cuerpo:
i) debido a la manipulación de objetos;
ii) porque ciertos tipos de interés intenso se vinculan con algunos aspectos de la excitación corporal (Winnicott, 1971: p. 77).

Si bien existe una relación esencial entre el juego y el placer, advierte que no es el único afecto que puede acompañar al juego, y que ciertos montos de afectos pueden volverlo insoportable o destruirlo (Winnicott, 1971: p. 77). Lo que queremos decir con esto es que el “juego” no es entonces para el autor sinónimo de “diversión”. De la misma manera que Lacan en su *Seminario 24* cuando articula la interpretación al chiste y la poesía, aclara que no tenemos nada lindo para decir. Es decir que si se trata de chiste, poesía o juego, no se trata necesariamente de ningún ideal afectivo, estético o lúdico.

Por otro lado, no se refiere a ningún juego específico, a la “caja de juegos” o al sentido en que nos referimos a la técnica de juego kleiniana. Para Winnicott la clínica de niños no supone un cambio de técnica, simplemente porque concibe el análisis mismo de los adultos a partir del juego. Dicho de otra manera: cuando define el análisis como un juego no se está refiriendo a la clínica de niños, sino a la clínica en general. En el artículo *El juego en la situación analítica* hace un énfasis especial en señalar que está hablando *del juego en la clínica con adultos*. Ofrece el siguiente ejemplo:

En cierta ocasión una de mis pacientes, que siempre tomaba un café antes de entrar a la sesión, no pudo hacerlo y cayó presa del nerviosismo que le provocaba la idea de querer ese café y de que por este motivo desperdiciaría toda la sesión. Estoy seguro de que habría dos o más caminos diferentes para manejar esta situación. En esta oportunidad yo le hice un café, y luego vimos la enorme diferencia existente entre la relación suya con el café, la taza y el platillo, la bandeja y el azúcar, y su relación con la idea de querer café, respecto del sueño, que po-

dría haber surgido allí mismo, de que yo le sirviera un café. Pasó a ser un juego, y un ejemplo de introducción de material lúdico en el análisis con adultos (Winnicott, 1954: p. 44).

Que Winnicott le haya hecho un café a esta paciente, ¿se trata de un *acting out* contratransferencial? ¿Una interpretación en forma de acción? ¿Una maniobra de la transferencia? ¿La técnica activa? ¿Un gesto sin mayor trascendencia o consecuencia para el análisis? Más allá de lo que podamos considerar nosotros, Winnicott interpreta esta acción como un juego. Significa que involucra de alguna u otra manera al cuerpo, la pulsión y la relación del paciente con el analista. Advertimos, por otro lado, que el juego en este sentido no es nunca algo dado o definible *a priori*. Por el contrario es algo siempre a producirse –o no– en el encuentro entre paciente y analista.

Finalmente cabe aclarar que la definición del análisis como un juego no es metafórica. No se trata de que el análisis sea como un juego. Es una definición literal y conceptual, en el sentido que definimos los conceptos técnicos en el *Capítulo 1*: el modo como Winnicott define el juego rige la manera que tiene de tratar a sus pacientes. No es una metáfora sino una herramienta clínica.

Arribamos así a una definición positiva del concepto, que no es otra cosa que una inversión de los términos con que Winnicott define al análisis: *el juego es algo que ocurre entre paciente y analista, en un espacio transicional o en una zona intermedia*. De manera –ahora sí– metafórica podemos decir que no se trata de jugar ni en la zona del analista, ni en la zona del paciente, ni de “local”, ni de “visitante”. Esta definición general incluye dos ideas básicas sobre el análisis y el juego: 1. se trata de una práctica, un hacer o una experiencia; 2. se trata de algo que involucra necesariamente a otro.

La capacidad de jugar, la interpretación y el trabajo del paciente

Habiendo ya definido el análisis como un juego entre paciente y analista, digamos ahora algunas palabras acerca de las características de este juego. Sin duda, no es un juego simétrico de

roles. Son más bien las características de su asimetría lo que lo definen. Winnicott explora en las primeras entrevistas, como una de las primeras consideraciones diagnósticas, si el paciente tiene *capacidad para jugar*. Entendiendo que si no es así, el análisis no podrá tener lugar y entonces el primer objetivo será que el paciente pueda jugar. Lo cual no es sencillo, no siempre ocurre, y a veces toma mucho tiempo. Que el paciente aprenda a jugar significa aquí que sea capaz de tener experiencias, pero además, de tener una experiencia con un otro, en una zona común a los dos.

La *capacidad de jugar* es solidaria en Winnicott de otra competencia, la *capacidad de usar un objeto*: “Se trata, pues de la aptitud del paciente para usar al analista...” (Winnicott, 1971: p. 118). Donde el analista se ofrece como un objeto de uso para el paciente, aquel objeto necesario para que pueda analizarse. De manera correlativa a la capacidad de usar un objeto, el analista debe ser capaz de ofrecerse como un objeto a ser usado. Winnicott incluso hace gravitar sobre esto la posibilidad de que un análisis puede ser llevado a término, y no constituirse como un análisis interminable:

Como analistas, sabemos qué es ser usado, lo cual significa que podemos visualizar el final del tratamiento, aunque todavía falten varios años para ello. Muchos de nuestros pacientes se presentan con este problema ya resuelto: pueden usar los objetos, a nosotros y el análisis, tal como usaron a sus padres y hermanos en el hogar. Pero existen muchos que necesitan que sepamos darles la capacidad de usarnos. Para ellos, esa es la tarea analítica. Para satisfacer esa necesidad tendremos que conocer lo que digo aquí sobre nuestra supervivencia a su destructividad. Se ha levantado un telón de fondo para la destrucción inconsciente del analista, y nosotros sobrevivimos a ella o de lo contrario nos hallamos ante otro análisis interminable (Winnicott, 1971: p. 126).

En *Realidad y juego* ofrece el comentario de un caso que ilustra estas ideas, y que es además ilustrativo de desarrollos que hemos hecho a propósito de la neurosis de contratransferencia y los sentimientos contratransferenciales, que Winnicott llama los *insights* del analista (Winnicott, 1962: p. 219). Y también del carácter. Se trata de un hombre adulto de mediana edad, que

tiene experiencias previas de análisis y se analiza con Winnicott desde hace tiempo ya. Cada análisis hecho ha producido avances importantes, según lo siente el paciente y lo entiende Winnicott. Pero sin embargo el paciente refiere que sigue habiendo algo que “le hace imposible detenerse”. Como si algo no hubiera sido analizado aún. Winnicott narra en su mismo ejemplo lo que sintió y lo que le dijo al paciente. Vale la pena citar extensamente los fragmentos de esta comunicación:

En esa ocasión le dije: ‘Estoy escuchando a una mujer. Sé muy bien que usted es un hombre, pero yo escucho a una mujer, y hablo con ella.’ Y le digo: ‘Usted está hablando sobre la envidia del pene’.

En esa oportunidad se produjo un efecto inmediato en forma de aceptación intelectual, y de alivio, y luego hubo efectos más remotos. Al cabo de una pausa el paciente dijo: ‘Si le hablase a alguien sobre esa mujer, me dirán que estoy loco’.

Las cosas habrían podido quedar así, pero en vista de los sucesos posteriores me alegro de haber ido más lejos. Mi observación siguiente me sorprendió, y remachó el argumento: ‘No se trata de que *usted* –continué– le haya dicho eso a nadie; *soy yo* quien ve a la mujer y oye hablar a una mujer, cuando lo cierto es que en mi sofá hay un hombre. El loco soy *yo mismo*.’

No tuve que seguir desarrollando este punto, porque dio en la tecla. El paciente dijo entonces que en ese momento se sentía cuerdo en un ambiente demente.

Este complejo estado de cosas posee una realidad especial para este hombre porque él y yo llegamos a la conclusión (aunque no podamos demostrarla) de que su madre (que ya no vive) vio a una niñita cuando lo vio a él, recién nacido, antes de poder pensar que era un niño (Winnicott, 1971: p. 102-104).

El caso comentado resulta paradigmático en varios aspectos, pero lo que quisiéramos subrayar aquí es hasta qué punto Winnicott funciona para el paciente como un objeto que está siendo usado. Incluso al extremo de sentirse un loco. El paciente está tratando a Winnicott como si él mismo –el paciente– fuera una mujer. Podríamos decir: el paciente lo está usando, incluso a

¿Qué es el acto analítico?

su consultorio, para crear un ambiente demente donde poder entender su cordura. Cabe aquí recordar la expresión popular, cuando dos personas discuten: *vos estas jugando conmigo, ¿a qué estas jugando?* En algún sentido es también la pregunta que se hace Winnicott: *¿a qué estamos jugando? ¿qué juego es este?* Y que se hace también Lacan, de manera metafórica, cuando habla del acto: "...a qué juego jugamos." (Lacan, 1967-1968: clase 21/02/68) Por otro lado es posible también que no haya ningún juego. La pregunta que cabe allí es otra: ¿por qué no es posible jugar? *¿qué obstaculiza el juego?*

Podemos ahora definir la interpretación. Para Winnicott el juego y la interpretación no son algo dissociado, pero tampoco la misma cosa: la interpretación es una función que se soporta en el juego entre paciente y analista. De otra manera no tiene ningún sentido o, peor aún, cristaliza resistencias. Veamos cómo lo expresa en *Realidad y juego*:

La interpretación fuera de la madurez del material es adoctrinamiento, y produce acatamiento. Un corolario es el de que la resistencia surge de la interpretación ofrecida fuera de la zona de superposición entre el paciente y el analista que juegan juntos. Cuando aquel carece de capacidad para jugar, la interpretación es inútil o provoca confusión. Cuando hay juego mutuo, la interpretación realizada según principios psicoanalíticos aceptados, puede llevar adelante la labor terapéutica. *Ese juego tiene que ser espontáneo, no de acatamiento o aquiescencia, si se desea avanzar en la psicoterapia* (Winnicott, 1971: p. 76).

Respecto de la interpretación en sí misma precisa dos ideas:

La mayor parte de lo que hago tiene la índole de una verbalización de lo que el paciente me trae para usarlo el día de la sesión. Hago interpretaciones por dos razones: (1) Si no interpreto, el paciente tiene la impresión de que lo comprendo todo. En otras palabras, al interpretar logro conservar una cierta cualidad externa por no dar totalmente en el blanco, o incluso por equivocarme.¹

¹ En algún sentido esta manera de pensar la interpretación se articula con una definición que Lacan dio de ella en su *Seminario 11*: "El objetivo de la interpretación no es tanto el sentido, sino identificar, reducir

(2) La verbalización en el momento oportuno moviliza las fuerzas intelectuales. Movilizar los procesos intelectuales sólo es malo cuando ellos se han vuelto seriamente disociados del ser psicossomático (Winnicott, 1962: p. 218).

Por otro lado, destaca el trabajo que corresponde a cada uno de los jugadores:

Es axiomático que el trabajo del análisis debe ser realizado por el paciente, y que esto es lo que se denomina 'operación inconsciente'.

En el análisis uno se pregunta *cuánto* puede permitirse hacer. Y, en contraste, en mi clínica el lema es hacer lo *mínimo* necesario (Winnicott, 1962: p. 217-218).

Esto último es una manera curiosa de invertir el problema del acto del analista: si el analista debe actuar o sólo debe interpretar. Para Winnicott está claro que el analista, en tanto que debe ser capaz de jugar y de ser usado, *tiene que hacer algo, pero ese hacer se reduce siempre al mínimo necesario para que sea el paciente quien pueda hacer su análisis*. Y debe *jugar para interpretar*, o para que *la interpretación se ponga a jugar*.²

El espacio transicional o la zona intermedia

Nos hemos referido desde la definición misma del análisis como un juego, a un concepto específico del aporte winnicottiano: el espacio transicional o la zona intermedia. Comprender el sentido de este concepto resulta crucial para dar su pleno alcance a la expresión "superposición de dos zonas de juego". Winnicott observa que la tradición freudiana y kleiniana desarrolló sus conceptos como si todo se situara en una relación *interior-exterior*, un espacio definido por lo psíquico o el mundo interno, y

los significantes a su sin-sentido..." (Lacan, 1964: p. 219). Y en su *Seminario 14*: "...todo lo que hagamos para que se parezca a esta S(A), y que se escuche bien, no responde a nada menos que a la función de la interpretación." (Lacan, 1966-1967: clase 14/12/66)

² *To play*, en inglés, remite tanto a jugar como a interpretar, en sentido musical.

el mundo exterior o la realidad. El espacio transicional o la zona intermedia es precisamente aquel espacio o zona que se sitúa entre lo interior y lo exterior.³ Allí sitúa al juego.

Su obra fundamental, *Realidad y juego*, contrapone o confronta un concepto al otro, pero no al modo del juego como mundo interno y la realidad como realidad externa. Más bien es la confrontación ambas realidades, interna y externa, con el juego. El título extendido podríamos figurarlo entonces como *Realidad –interna y externa– y juego*. Es un libro que surge del trabajo publicado en 1951 *Objetos transicionales y fenómenos transicionales*. Este es el gran problema que Winnicott formula a la metapsicología freudiana en general, y a la teoría de la relación de objeto: “He aquí, entonces, dos lugares, el interior y el exterior del individuo. ¿Pero eso es todo?” (Winnicott, 1971: p. 139). Plantea que es inadecuado o reducido el modo como así se entiende al sujeto:

De cada individuo que ha llegado a ser una unidad, con una membrana limitante, y un exterior y un interior, puede decirse que posee una *realidad interna*, un mundo interior que puede ser rico o pobre, encontrarse en paz o en estado de guerra. Esto es una ayuda, ¿pero es suficiente? Yo afirmo que así como hace falta esta doble exposición, también es necesaria una triple: la tercera parte de la vida de un ser humano, una parte de la cual no podemos hacer caso omiso, es una zona intermedia de *experiencia* a la cual contribuyen la realidad interior y la vida exterior (Winnicott, 1971: p. 19).

En ese campo se configuran e instalan lo que Winnicott llama *objetos transicionales*. El objeto transicional es aquella primera posesión *no-yo*, no es estrictamente hablando un objeto interno, en el sentido de Klein, pero tampoco es un objeto del mundo exterior, se ubica en esa zona intermedia: “Mi enfoque tiene que ver con la primera posesión, y con la zona intermedia entre lo subjetivo y lo que se percibe en forma objetiva.” (Winnicott,

³ La idea del espacio transicional de Winnicott converge con lo que Lacan llamará el dominio de lo éxtimo, aquello que no es interior al sujeto, pero tampoco exterior. Lacan ubicó de manera privilegiada en ese campo al significante y al objeto *a*. En una línea semejante de hipótesis en la que Winnicott ubica al simbolismo y al objeto transicional.

1971: p. 19) Es un objeto relacionado con el simbolismo en la medida que simboliza el pecho materno, y el momento constitutivo de separación del niño con la madre (Winnicott, 1971: p. 131). Es por ello mismo la primera experiencia de juego del niño:

He indicado que cuando presenciamos el empleo, por un niño, de un objeto transicional, la primera posesión no-yo, vemos al mismo tiempo la primera utilización de un símbolo por aquel y su primera experiencia de juego (Winnicott, 1971: p. 130).

En el campo de los fenómenos transicionales Winnicott sitúa al juego y a la experiencia cultural misma, no como meros fenómenos que ocurren en dicho campo, sino como lo que funda y en lo que consiste ese campo mismo: “Me di cuenta, empero, de que *en rigor el juego no es una cuestión de realidad psíquica interna ni de realidad exterior [...] ... si el juego no está adentro ni afuera, ¿dónde está?*” (Winnicott, 1971: p. 130). Encuentra su lugar en un terreno común en la relación del niño con el otro. Señala a propósito de esto un problema en la metapsicología freudiana para ubicar a la experiencia cultural:

En su topografía de la mente, Freud no reservó un lugar para la experiencia de las cosas culturales. Asignó un nuevo valor a la realidad psíquica interna, y de ello nació un nuevo valor para cosas real y verdaderamente exteriores. Usó la palabra ‘sublimación’ para indicar el camino hacia un lugar en que la experiencia cultural adquiere sentido, pero quizá no llegó tan lejos como para decirnos en qué parte de la mente se encuentra esa experiencia (Winnicott, 1971: p. 129).

El objeto transicional “cede gradualmente su lugar a una gama cada vez más amplia de objetos, y a toda la vida cultural.” (Winnicott, 1950: p. 62). Es el primer símbolo y como tal el campo de los fenómenos transicionales está en la base misma del simbolismo, es decir de lo cultural como tal:

He usado la expresión experiencia cultural como una ampliación de la idea de los fenómenos transicionales y del juego, sin estar seguro de poder definir la palabra

¿Qué es el acto analítico?

‘cultura’. Por cierto que el acento recae en la experiencia. Al utilizar el vocablo cultura pienso en la tradición heredada. Pienso en lo que está en el acervo común de la humanidad, a lo cual pueden contribuir los individuos y los grupos de personas, y que todos podemos usar *si tenemos algún lugar en que poner lo que encontramos* (Winnicott, 1971: p. 133).

En el siguiente pasaje ofrece un ejemplo donde se conjugan a la vez experiencia cultural, juego y vida:

Cuando asisto a un concierto y me encuentro allí con un colega psicoanalista, a veces me pregunto si sabemos tanto como quisiéramos sobre la experiencia que ambos estamos compartiendo [...] Nos hallamos en una experiencia viva que tiene derecho a ser considerada una cosa en sí. Esta observación puede hacerse extensiva a la siguiente pregunta: ¿Para qué vivimos? ¿Cuál es la motivación básica?

Para mi sorpresa, he comprobado que el juego y el jugar y los fenómenos transicionales forman la base de la experiencia cultural en general, y por ende lo que indagaba concierne a la mayor parte de nuestras vidas [...] Lo que es válido para el juego, lo es asimismo para la *Pasión según San Mateo* que dentro de unas semanas presentarán en el Festival Hall, donde estoy casi seguro de que me encontraré con colegas (Winnicott, 1968: p. 247 y 249).

Concebir al análisis como un juego, o una situación en la que dos están jugando, significa para Winnicott la construcción o el despliegue de un espacio transicional entre ellos, el cual se va poblando o fundando a partir de determinados fenómenos y objetos transicionales. En este sentido es que diferencia dos posiciones del sujeto que aplican tanto a su vida como a la transferencia: el acatamiento y la creatividad.

Neurosis, acatamiento y vida

Otro modo de entender el título *Realidad y juego* podría ser *Acatamiento y vida*. Siguiendo la lógica del carácter espacial de su

concepto de lo transicional Winnicott se pregunta *dónde vivimos: en proporción, en qué zona desplegamos nuestra vida*. Existe un primer mundo que es el mundo interno, aquel de la realidad psíquica inconsciente y consciente. Existe un segundo mundo, la realidad exterior, que puede estar más o menos atravesado por mandatos, rutinas, responsabilidades. Si en el primer mundo podemos hablar de neurosis, en el segundo podemos hablar de adaptación o salud psíquica. Tomamos la expresión de Winnicott, quien señala: *tener salud psíquica no significa necesariamente estar vivo*.⁴ A partir de esto sitúa entonces una tercera zona:

A través del juego el niño se ocupa en forma creativa de la realidad externa. A la postre esto produce un vivir creador y lleva a la capacidad de sentirse real, y de sentir que la vida puede ser usada y enriquecida. Sin el juego, el niño es incapaz de ver creativamente el mundo, y en consecuencia se ve arrojado de vuelta al sometimiento y a un sentimiento de futilidad, o bien a la explotación de las satisfacciones instintivas directas (Winnicott, s/f: p. 79).

Por esta razón la situación del juego, en el espacio transicional, es esencial al análisis: es el único lugar o la única condición en la cual el sujeto puede ser creativo. Por el contrario, si el análisis no toma como soporte el espacio de juego sino el espacio de la realidad, nada garantiza que se desarrolle una dialéctica entre las representaciones y afectos del mundo interno y las exigencias o demandas de la realidad. Para Winnicott el espacio que ofrece la realidad antes que ser creador es siempre adaptativo. Donde se corre el riesgo de inclinar el análisis hacia un terreno donde el paciente adapte su realidad interior a la exterior.

Ahora bien, el desarrollo de esa zona intermedia de experiencia con otro no significa que la realidad psíquica o lo inconsciente desaparecen como función. O que el sujeto se deshace de los miramientos por la realidad exterior. Es un asunto de proporción: *en qué medida destina montos de libido a cada uno de estos espacios*. Una estadía demasiado prolongada en la realidad, tanto psíquica como exterior, conduce a la neurosis, la depre-

⁴ "Tiene suma importancia para nosotros reconocer con franqueza que la falta de enfermedad psiconeurótica puede ser salud, pero no es vida." (Winnicott, 1971: p. 134)

¿Qué es el acto analítico?

sión, o la salud psíquica. Tres formas en que Winnicott reconoce el acatamiento a la realidad:

Lo que hace que el individuo sienta que la vida vale la pena de vivirse es, más que ningún otra cosa, la percepción creadora. Frente a esto existe una relación con la realidad externa que es relación de acatamiento; se reconoce el mundo y sus detalles pero solo como algo en que es preciso encajar o que exige adaptación. El acatamiento implica un sentimiento de inutilidad en el individuo, y se vincula con la idea de que nada importa y que la vida no es digna de ser vivida. En forma atormentadora, muchos individuos han experimentado una proporción suficiente de vida creadora como para reconocer que la mayor parte del tiempo viven de manera no creadora, como atrapados en la creatividad de algún otro, o de una máquina (Winnicott, 1971: p. 93).

El contraste entre *el acatamiento y el vivir creativo* nos permite una aproximación al concepto de juego en Winnicott. Ni la realidad, ni la vida, ni el análisis mismo es algo frente a lo cual el paciente deba tener necesariamente una relación de acatamiento, algo a lo cual acomodarse, adaptarse. Por el contrario, el vivir creativo lo sumerge a una realidad compartida con otros, que da sentidos a su vida. Por último, destaquemos una observación sobre el juego y el fin del análisis:

Si el psicoanálisis fuese un modo de vida podría decirse que ese tratamiento hizo lo que se suponía que debía hacer. Pero no es un modo de vida. Todos abrigamos la esperanza de que nuestros pacientes terminen con nosotros y nos olviden, y de que descubran que el vivir mismo es la terapia que tiene sentido (Winnicott, 1971: p. 119).

En la medida que *vivir es la terapia que tiene sentido*, lo que empuja a la neurosis es la realidad. Para Winnicott parte de la tarea analítica es acompañar al sujeto desde la realidad al juego. Cuánto o qué deberá jugar el analista en favor de esto es algo que se verifica singularmente en cada caso.

Los dos juegan

A partir de concebir el análisis como un juego, Winnicott hace gravitar la interpretación y toda la labor analítica sobre esta base o espacio. Si el juego resulta constitutivo y solidario de la creatividad, la experiencia cultural, y la vida en general, es por ello mismo que Winnicott lo sitúa en la base del análisis.

Si la realidad –en sus relaciones interiores y exteriores– constituye un empuje hacia la neurosis, el juego constituye en el sentido inverso un camino hacia algo, singular en cada caso, que constituye la *vida del paciente*. Sólo que no se trata de un empuje sino de algo espontáneo o relativo al deseo.

Si el paciente no es capaz de jugar, la promoción de esa capacidad es la primera tarea del análisis. Si es el analista el que no es capaz de jugar, no está entonces capacitado para su labor. Aun cuando se trata de un juego marcadamente asimétrico, queda claro que ambos juegan. El juego del analista es ofrecer o instaurar las condiciones de posibilidad para el juego del paciente. De allí que su hacer deba reducirse a un mínimo, *aquel mínimo necesario para que el paciente despliegue su juego y el analista pueda ser usado por él*. Este último es un rasgo importante que el concepto de juego comparte con el concepto de acto en Lacan, el cual, como veremos en los próximos capítulos, se trata de una acto que se dirige a otro acto, el del sujeto.

Hasta aquí hemos tratado cuatro conceptos –la neurosis de transferencia, la técnica activa, el carácter y el juego– en calidad de aproximaciones o antecedentes al concepto de acto analítico. Cada uno de ellos reconoce diferentes tradiciones psicoanalíticas de origen, diferentes lenguajes teóricos y diferentes problemas o cuestiones técnicas, que conducen a la pregunta por el acto analítico. Veremos entonces a partir de ahora de qué manera plantea Lacan esta pregunta y qué desarrollos realiza para su tratamiento.

**PARTE III. EL CONCEPTO DE *ACTO*
ANALÍTICO EN LA OBRA DE LACAN**

Capítulo 7. La eficacia simbólica. Breve historia del estructuralismo

Por qué cantáis a la rosa, ¡oh poetas!
hacedla florecer en el poema.

V. Huidobro, *Arte poética*

Una relación de la palabra con la acción

Antes de comenzar con el desarrollo del concepto de acto en la obra de Lacan, nos detendremos en algunos aspectos introductorios, para pensar lo que significa este concepto en términos de una relación de la palabra con la acción. Arribaremos para eso al escrito de C. Lévi-Strauss *La eficacia simbólica*, comenzando antes por *La poética* de Aristóteles, y pasando por la *Morfología del cuento* de V. Propp.

Podríamos llamar a esto una *breve historia del estructuralismo*. No se trata de una historia en sentido estricto, ni siquiera de una parte de ella. Pero sí de recoger fuentes que pertenecen a esta tradición, y que resultan fundamentales a los efectos de nuestro estudio sobre el acto.

En el *Capítulo 1*, dedicado a la cuestión general de la técnica, señalamos que el psicoanálisis se trata de *una técnica de la palabra*. En *Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis* Lacan observó que la palabra es el único medio del analista (Lacan, 1953). En el *Seminario 11: que es un tratamiento de lo real por lo simbólico* (Lacan, 1964). En el *Seminario 21*:

¿Qué es el acto analítico?

...no hay más que un efecto, esa especie... de olor a verdad en el análisis, un efecto de que éste no emplee otro medio que la palabra. Estrictamente no.

Que no se me venga a contar que el análisis emplea la transferencia. Porque la transferencia no es un medio, es un resultado (Lacan, 1973-1974: clase 11/12/73).

Dado el lugar privilegiado que el psicoanálisis otorga a la palabra, y aún después de haber señalado el lugar irreductible que tiene en un análisis cuestiones como la transferencia, la actividad del analista, el carácter, el juego... cabe preguntarse entonces: ¿Cómo se articula en el análisis la palabra con el acto? ¿Qué lugar tiene la palabra en el acto analítico y el acto analítico en la palabra?

La Poética de Aristóteles

La *Poética* de Aristóteles puede considerarse como un escrito fundacional de la tradición estructuralista. Su referencia decisiva en la filosofía antigua. Extraeremos del mismo algunas ideas centrales del escrito pero que además se articulan con nuestra temática.

La tragedia y la actividad artística en general constituye para Aristóteles una *mímēsis* (Aristóteles, *Poética*: 1447a15). El verbo *mimēisthai* significa hacer *mímēsis de...* Alude tanto a la actividad del actor, del artista como a la producción poética como tal. *Mímēsis* podría traducirse aproximadamente como *imitación, representación y ficción*. Por otro lado, se refiere al término *mýthos*, traducido en el contexto de *La poética* como *trama*:

...llamo 'trama' [*mýthos*], en este contexto, a la composición de los actos, mientras llamo 'carácter' [*êthos*] a lo que nos permite decir que los que actúan poseen determinada cualidad; y 'pensamiento' todo aquello mediante lo cual los personajes, al hablar, demuestran alguna cosa o formulan una afirmación general (Aristóteles, *Poética*: 1450a 5).

De entre todos los elementos que componen la tragedia, el más importante es precisamente la trama, el *mýthos*:

El más importante de estos elementos es la combinación de los actos. Pues la tragedia no es imitación de hombre, sino de la acción, esto es de la existencia. Y la dicha y la desdicha están en la acción, y el fin es una forma de acción, no una cualidad. Son de determinada cualidad según sus caracteres, pero según sus acciones son dichosos o lo contrario. Por tanto, no actúan a fin de imitar los caracteres, sino que adquieren los caracteres por añadidura, a causa de las acciones (Aristóteles, *Poética*: 1450a 15).

De esta manera define al poeta como un *poeta de tramas* (Aristóteles, *Poética*: 1415b 30), y no un poeta de versos, es decir alguien sensible a considerar no hechos aislados sino entramados de hechos, ilaciones de acciones. Consecuentemente define a la tragedia como una acción que llama “completa”, esto es, que tiene principio, medio y fin:

...la tragedia es imitación de una acción completa, es decir, entera, y que tiene cierta medida. Pues una cosa puede ser entera y no tener medida alguna. Es entero lo que tiene principio, medio y fin. Principio es lo que, de por sí, no se da por necesidad después de otra cosa, aunque después de ello se da naturalmente o se produce otra cosa; fin, por el contrario, es lo que, de por sí, se da naturalmente después de otra cosa –o por necesidad o como ocurre en la mayoría de los casos–, en tanto que después de ello no se produce ninguna otra cosa. Medio es lo que, de por sí, se da después de una cosa, y después de lo cual, otra cosa (Aristóteles, *Poética*: 1450b 25).

A la vez, esta estructura de principio, medio y fin, contiene lo que llama un *nudo* y un *desenlace*:

Toda tragedia tiene una cosa que es el nudo [*désis*] y otra que es el desenlace [*lýsis*]. Los hechos de fuera [de la pieza] y muchas veces algunos de los que están dentro [de ella] son el nudo, y lo restante, el desenlace. Quiero decir que el nudo va desde el principio hasta la parte desde la que pasa inmediatamente a la dicha o la desdicha, y el desenlace, desde el principio del cambio hasta el fin (Aristóteles, *Poética*: 1455b 25).

¿Qué es el acto analítico?

Los hechos de afuera de la pieza son aquellos que forman parte de la trama pero que no se representan en la escena, sino que se los narra. *Nudo*, del griego *désis*, es la acción de atar, complicar. También usa para esto el término *plokē*, acción de tejer. Y *desenlace*, del griego *lýsis*, significa resolución, el cual incluye el componente de transformación de la tragedia.

Por otro lado define tramas simples y tramas complejas. Esta últimas son aquellas que incluyen lo que Aristóteles llama peripecia [*peripéteia*] y reconocimiento [*anagnórisis*], o ambas. La peripecia son las acciones que llevan a un resultado opuesto a la intención con que se emprendió, un cambio inesperado:

La peripecia es la transformación de las acciones en el sentido contrario, como queda dicho, y también ello, como decimos, de acuerdo con la verosimilitud o la necesidad. Así, en *Edipo*, [el Mensajero] llega para alegrar a Edipo y apartarlo del temor referente a su madre, y, al poner de manifiesto quién era [en realidad Edipo], produce lo contrario (Aristóteles, *Poética*: 1452a 25).

El reconocimiento es el descubrimiento por parte de un personaje de datos ocultos hasta ese momento para él. Nuevamente ofrece como ejemplo aquí a *Edipo*:

El reconocimiento es, como la palabra lo indica, la transformación de la ignorancia en conocimiento, para la amistad o para la enemistad, entre quienes estaban destinados o a la dicha o a la desdicha. El reconocimiento más bello es el que se produce al mismo tiempo que la peripecia, como el de *Edipo* (Aristóteles, *Poética*: 1452a 30).

Extraigamos de este breve comentario de la *Poética* de Aristóteles algunas categorías o rudimentos que re-encontraremos a propósito del concepto de acto:

- a) La poética concierne a una actividad de imitación, representación o ficción –*mímēsis*;
- b) Aquello que resulta imitado, representado o ficcionalizado es cierto *mýthos*, una determinada trama o secuencia de acciones, siendo decisivas las acciones y no los caracteres de los personajes;

- c) El *mýthos* se define por una acción completa, compuesta de principio, medio y fin; pero también de un nudo y un desenlace;
- d) El *mýthos* en su forma compleja involucra peripecias y reconocimientos.

La Morfología del cuento de V. Propp

En la *Morfología del cuento* (1928) Propp elaboró un método de análisis de cuentos maravillosos. Nos interesa porque encontramos en él una matriz de análisis semejante a la que Aristóteles aplica a la tragedia. Lo que Aristóteles llamaba las acciones, Propp llamará aquí las *funciones* de los personajes, señalando en ellas el componente decisivo o estructurante de una narración, dejando en un lugar secundario a las características individuales de estos mismos personajes.

En sus trabajos pueden encontrarse comparaciones y metáforas de su método con la botánica, la zoología, la biología, la astronomía; desde estas disciplinas parte para formular su estudio. Y fundamentalmente de la obra de Goethe, tal como él mismo lo afirma: el término *morfología* ha sido extraído “de las obras de Goethe, que reunió bajo ese título escritos sobre botánica y osteología.” (Propp, s/f: p. 93, en Propp y Lévi-Strauss, 1972) Incluso recomienda enfáticamente esa obra a los estructuralistas. Cada capítulo de su *Morfología del cuento* tiene como epígrafe un fragmento de los escritos de Goethe.

Interesa para estudiar el conjunto de tesis de Propp situar la principal obra que tomamos como referencia, *Morfología del cuento*, en el contexto general de la producción científica del autor. Están son sus principales obras en la temática, en sentido cronológico: *Morfología del cuento*, 1928; *Edipo a la luz del folklore*, 1944; *Las raíces históricas de los cuentos maravillosos*, 1946; *El epos heroico ruso*, 1958; *Las fiestas agrarias rusas*, 1963.

Vale la pena citar al mismo autor en un pasaje donde comenta cómo descubrió su método de análisis:

En una serie de cuentos cuyo tema común era la persecución de la hijastra, observé un hecho interesante: en el cuento *Hielo* (el 95° según la numeración de las ediciones soviéticas) la madrastra envía a su hijastra al

¿Qué es el acto analítico?

bosque, donde [estaba] Hielo. Este intenta helarla, pero le responde [sic] con tanta dulzura y paciencia que no lo hace, la recompensa y le deja marchar. En el cuento siguiente la hijastra no encuentra a Hielo sino al genio de los bosques, y en la siguiente al oso. ¡Pero entonces es el mismo cuento! Hielo, el genio de los bosques y el oso ponen a prueba y recompensan a la hijastra cada uno a su modo, pero el desarrollo de la acción es idéntico. Lo extraño es que nadie se había dado cuenta y que Afanasiev y los demás pensaban que se trataba de cuentos distintos (Propp, s/f: p. 95, en Propp y Lévi-Strauss, 1972).

Nos detenemos en esta exposición porque de alguna manera la relación que establece Freud entre la conflictiva neurótica y la dramática del mito de Edipo supone una construcción análoga. Más allá de las características de los personajes, de lo que dicen, de la manera como llevan a cabo determinada acción, lo que resulta decisivo para la estructuración dramática de cierta trama son las acciones o las funciones que desenvuelven los personajes al interior de ella: *amar a la madre, matar al padre*, por ejemplo. Volvamos ahora sobre el comentario de Propp, para ver de qué manera lleva a cabo este análisis en los cuentos maravillosos:

En todos los casos [cuentos] citados hay valores constantes y valores variables. Lo que cambian son los nombres (y al mismo tiempo los atributos) de los personajes; lo que permanece constante son sus acciones, o sus *funciones*. De donde se puede concluir que el cuento atribuye frecuentemente las mismas acciones a personajes diferentes. Esto nos permite estudiar los cuentos *a partir de las funciones de los personajes* [...] Las funciones de los personajes representan, pues, las partes fundamentales del cuento, y son estas funciones las que en principio debemos aislar (Propp, 1928a: p. 30-31).

Sinteticemos estas tesis: hay en los cuentos (o narraciones) valores constantes y valores variables. Entre esos valores constantes se cuentan las acciones de los personajes. Eso es a lo que Propp llama una *función*. Y las funciones de una narración son los elementos que la componen.

Luego de publicarse la *Morfología del cuento* Propp recibió críticas y aplausos. Llama la atención cuando se lee a sus críticos o seguidores que abundan en referencias a la *Morfología*

del cuento en desmedro del resto de investigaciones del autor. Aunque es cierto que Propp desarrolla su método de análisis en esa obra, resulta llamativo, por ejemplo, no oír referencias a *Las raíces históricas del cuento maravilloso* o *El epos heroico ruso*. Podemos tomar como ejemplo paradigmático de esto el artículo de Lévi-Strauss (1960) en que se hace un comentario y crítica a la *Morfología del cuento* y que llegó incluso a instalar un debate entre los investigadores, que fue recogido en una publicación que llevó por título *Polémica Lévi-Strauss & Vladimir Propp* (Gallego, 1982). El libro incluye el artículo de Lévi-Strauss y una respuesta que Propp escribe a propósito de su lectura de tal artículo.

Cabe subrayarse el núcleo del debate, dado que toca a la “herida” histórica del estructuralismo: se centra en torno al carácter de *formalismo vacío* que resulta de la metodología seguida por cada autor. De diferentes maneras y lenguajes, la acusación de cada uno de ellos al otro se dirige hacia ese lugar. Es probable que el debate se haya alimentado de una mutua ignorancia. La de Lévi-Strauss acerca de los trabajos históricos de Propp; y la de Propp acerca de los trabajos etnológicos de Lévi-Strauss. El debate se cierra con las siguientes palabras de Lévi-Strauss, en homenaje a los tempranos desarrollos de Propp:

No deseo iniciar con él una polémica al respecto. Es claro que, tratándose como a filósofo puro, muestra que no tiene la menor idea de mis trabajos etnológicos, cuando que un intercambio de puntos de vista que fuese provechoso hubiera debido fundarse en nuestras contribuciones respectivas al estudio y a la interpretación de las tradiciones orales.

Pero cualesquiera que sean las conclusiones que lectores mejor informados extraigan de esta confrontación, a sus ojos como a los míos la obra de Propp conservará el mérito imperecedero de haber sido la primera (Lévi-Strauss, 1960: p. 141).

No profundizaremos en este debate dado que nos aparta de nuestro tema, pero advirtamos que la acusación que lo avivó –el *formalismo vacío*– es algo que toca también, e históricamente, al psicoanálisis, bajo las oposiciones *representación-afecto*, *significante-objeto*, incluso podríamos decir *transferencia-contratransferencia*.

¿Qué es el acto analítico?

La eficacia simbólica de C. Lévi-Strauss

Continuemos ahora la cuestión por otra vía. En *La eficacia simbólica* (1949) Lévi-Strauss desarrolla un examen de la cura shamanística y realiza algunas observaciones comparativas de esta con la cura psicoanalítica. La cuestión tiene aquí para nosotros un múltiple interés, si recordamos que Lacan en el *Seminario* 25 señaló que a propósito del acto analítico y de lo que este podemos formalizar, *confinamos con la magia*. Lévi-Strauss parte del comentario de un escrito mágico-religioso, un shamán que asiste a una mujer en un parto difícil:

El canto se inicia con una descripción de la confusión de esta última, describe su visita al shamán, la partida de éste hacia la choza de la parturienta, su llegada, sus preparativos, consistentes en fumigaciones de granos de cacao quemados, invocaciones y la confección de imágenes sagradas o *nuchu* (Lévi-Strauss, 1949: p. 211).

Estas imágenes representan los espíritus protectores que el shamán invoca en calidad de asistentes. El parto se dificultó porque *Muu*, la potencia responsable de la formación del feto se ha sobrepasado en sus atribuciones y se apoderó del alma de la futura madre. El canto del shamán –traducción aproximada del término *nele*– consiste entonces en una búsqueda del alma perdida “que será restituida tras grandes peripecias”:

Vencida, *Muu* deja que se descubra y libere el *purba* de la enferma; el parto tiene lugar, y el canto concluye enunciando las precauciones tomadas para que *Muu* no escape en persecución de los visitantes. El combate no ha sido librado contra la misma *Muu*, indispensable para la procreación, sino tan sólo contra sus abusos; una vez corregidos éstos, las relaciones se vuelven amistosas, y el adiós de *Muu* al shamán equivale casi a una invitación: ‘Amigo *nele*, ¿cuándo volverás a verme?’ (Lévi-Strauss, 1949: p. 412).

Lévi-Strauss observa que el shamán no toca el cuerpo de la enferma, sino que más bien se vale de otros medios:

...el shamán no toca el cuerpo de la enferma y no le administra remedio; pero, al mismo tiempo, pone en discusión en forma explícita y directa el estado patológico y su localización: diríamos gustosos que el canto constituye una manipulación psicológica del órgano enfermo, y que de esta manipulación se espera la cura (Lévi-Strauss, 1949: p. 216).

Por otro lado, cabe precisar que *Muu* no es para el pensamiento indígena un personaje mítico sino algo que representa literalmente la vagina y el útero de la mujer embarazada (Lévi-Strauss, 1949: p. 213):

...la relación entre monstruo y enfermedad es interior a su espíritu, consciente o inconsciente: es una relación de símbolo a cosa simbolizada o, para emplear el vocabulario de los lingüistas, de significante a significado. El shamán proporciona a la enferma un lenguaje en el cual se pueden expresar inmediatamente estados informulados e informulables de otro modo (Lévi-Strauss, 1949: p. 221).

Partiendo de esta idea, sugiere una relación de equivalencia entre la cura del shamán y la cura psicoanalítica, la situación de *una experiencia que recurre a un mito que el enfermo vive o revive*:

La carga simbólica de tales actos les permite constituir un lenguaje: en realidad, el médico dialoga con su paciente no mediante la palabra, sino mediante operaciones concretas, verdaderos ritos que atraviesan la pantalla de la conciencia sin encontrar obstáculo, para aportar directamente su mensaje al inconsciente (Lévi-Strauss, 1949: p. 223).

Es por efecto de esta eficacia simbólica que los gestos, las operaciones del psicoanalista “resuenan en el espíritu inconsciente” del enfermo “como las representaciones evocadas por el shamán determinan una modificación de las funciones orgánicas de la parturienta.” (Lévi-Strauss, 1949: p. 224) En ambas curas se pone en juego a la vez un simbolismo y un conjunto de operaciones que obtienen su eficacia de dichos símbolos:

¿Qué es el acto analítico?

Es la eficacia simbólica la que garantiza la armonía del paralelismo entre mito y operaciones. Y mito y operaciones forman un par en el cual volvemos a encontrar otra vez el dualismo del enfermo y el médico (Lévi-Strauss, 1949: p. 224).

Entendemos a partir de esta idea algo que Lacan subrayará en su *Seminario 15* sobre la relación entre el acto y el mito edípico:

Si los psicoanalistas fueran más serios, en lugar de perder su tiempo hurgando en Agamenón o en Edipo para extraer no sé qué cosa, siempre lo mismo, hubieran empezado por observar que lo que hay que explicar es justamente que se haya convertido en una tragedia, pero que hay algo mucho más importante que explicar aún, por qué razón los psicoanalistas nunca han formulado expresamente que el Edipo no es más que un mito gracias al cual ellos ponen de algún modo en su lugar los límites de su operación. ¡Y es muy importante decirlo!

En consecuencia no hay ninguna experiencia edípica en el psicoanálisis. El Edipo es el marco dentro del cual podemos reglar el juego (Lacan, 1967-1968: clase 21/2/68).

Un acto que opera en el marco de un lenguaje

Para Aristóteles las características de los personajes son secundarias, siendo lo primario *sus acciones y la trama* que estas constituyen. Son incluso estas tramas las que determinan las características de los personajes. La estructura que considera entonces es una estructura de acciones.

Propp llama a estas acciones *funciones*, precisando que cada acción adquiere un significado por referencia a la estructura general de la narración. Nuevamente para él, los atributos de los personajes no son algo esencial a esta estructura. Se trata en algún sentido de separar lo que hay de *imaginario* en los personajes. Acaso lo que quede entonces sea *la eficacia de algo simbólico sobre algo real*. Pero advirtamos aquí, que el registro simbólico supone una estructura de acciones o funciones: *hablar con acciones*.

La idea de *eficacia simbólica* que Lévi-Strauss atribuye tanto a la cura shamánica como a la cura psicoanalítica involucra símbolos y acciones. Ni los símbolos, ni las acciones desinvestidas de ellos, curan por sí solos. Antes bien, se trata de una acción que obtiene su eficacia a partir de los símbolos, o de *un acto que opera en el marco de un lenguaje*, para decirlo en términos que nos aproximan al concepto lacaniano: una palabra que es eficaz porque se enmarca en un acto, y un acto que obtiene su eficacia de la palabra que lo instituye. De esta manera comprenderemos una idea que Lacan sugiere en su *Seminario 15*: “El acto dice algo” (Lacan, 1967-1968: clase 17/1/68).

Capítulo 8. Antecedentes del acto

Por eso una vacilación calculada de la ‘neutralidad’ del analista puede valer para una histérica más que todas las interpretaciones, a riesgo del alocamiento que puede resultar de ello.

Lacan, *Subversión del sujeto...*

¿Qué es un antecedente del acto?

Trataremos a partir de este capítulo y los siguientes el concepto de acto analítico en la obra de Lacan. Antes de abordar su surgimiento y desarrollo específico, veremos algunas referencias que pueden considerarse como antecedentes del concepto en su obra. Esta cuestión en sí misma constituye ya un problema, que se articula con el problema general de la investigación: *¿qué es el acto analítico?* Dado que en algún sentido el acto remite a la práctica analítica, hayamos referencias más o menos manifiestas o latentes al acto en cada seminario y escrito de Lacan. Por otro lado, dado que tanto la transferencia y la interpretación se soportan de este acto, casi todas las referencias a estos conceptos son también referencias al acto. Esto pareciera arrojarnos a una situación donde *o bien todo es acto o bien nada es acto*, es decir, no existe ningún antecedente específico de aquello que Lacan denomina acto analítico, en el *Seminario 15*. Sin embargo, partiendo de esa misma definición –ya citada en el *Capítulo 1–*, creemos poder hallar en su obra algunas referencias que sin ser nociones generales de la práctica analítica ni referencias a la transferencia o a la interpretación, son antecedentes específicos del concepto de acto.

Actuar – no actuar

En primer lugar quisiéramos tratar algunas referencias al acto provenientes de escritos de Lacan previos al inicio de su enseñanza en 1953. Se trata de los escritos *Más allá del 'principio de realidad'* (1936), *La agresividad en psicoanálisis* (1948), e *Intervenciones sobre la transferencia* (1951). Hemos escogido reunir estas referencias bajo el título *actuar – no actuar* porque no sólo remiten a la discusión post-freudiana del acto sino que además introducen en la obra de Lacan la pregunta por el acto. Como se advertirá, el lenguaje con que desarrolla estas ideas es, a medio camino, un lenguaje heredado de las tradiciones freudianas y post-freudianas, pero también ya un lenguaje propio.

a. Inmóvil pero no impasible

En el escrito *Más allá del 'principio de realidad'* Lacan realiza una descripción fenomenológica de la experiencia analítica, cuestión que atraviesa en muchos aspectos su mirada del psicoanálisis en la década de 1930 y 1940. Se trata de una *experiencia de lenguaje*, donde el analista ocupa un lugar de oyente y de interlocutor del paciente. Pero donde la dimensión del diálogo está atravesada por los fenómenos de la transferencia. Es decir que *no se trata sólo de hablar, o no se trata de que al hablar sólo se esté hablando*. El lugar del oyente deviene, del registro simbólico, al registro imaginario de la transferencia, acaso más real aún, dice Lacan (1936, p. 77):

[El paciente] Con su imploración, con sus imprecaciones, con sus insinuaciones, con sus provocaciones y sus ardidés, con las fluctuaciones de la intención que le dirige y que el analista registra, inmóvil, pero no impasible, comunica a éste el dibujo de su imagen (Lacan, 1936: p. 77).

La inmovilidad y la impasibilidad remiten respectivamente al movimiento y al sentimiento. Lo que hemos referido en el *Capítulo 3* como el polo motor y el polo receptor del analista. El hecho de no moverse, o de que no sea *su* movimiento aquello de lo cual se trate en el análisis, no significa que el analista sea o esté impasible. Es decir, que no sea capaz de padecer o sentir,

que sea indiferente o esté imperturbable. El paciente, dice Lacan, “termina por imponerle su papel” al analista, y es de allí de donde este último obtiene “su poder” en la cura (Lacan, 1936: p. 78):

En adelante, efectivamente, el analista actúa de tal modo que el sujeto toma conciencia de la unidad de la *imagen* que se refracta en él en efectos extraños, según la represente, la encarne o la conozca. No hemos de describir aquí de qué manera procede el analista en su intervención. Opera en los dos registros de la elucidación intelectual, por la *interpretación*, y de la maniobra afectiva, por la *transferencia*; pero fijar sus tiempos es asunto de la técnica, que los define en función de las reacciones del sujeto, y regular su velocidad es asunto del *tacto*, merced al cual el analista advierte el ritmo de estas reacciones (Lacan, 1936: p. 78).

Advertimos en esta referencia ya la presencia de los tres términos: *el acto*, *la transferencia* y *la interpretación*. Sólo que el acto no está presentado como un concepto. Por eso Lacan se refiere a “dos registros”: la elucidación intelectual de la interpretación, y la maniobra afectiva de la transferencia.

b. El ideal de impasibilidad y el fracaso de la dialéctica

Doce años más tarde, en *La agresividad en psicoanálisis*, Lacan analiza cómo procede la técnica del psicoanálisis en función del concepto que tiene de la agresividad:

El diálogo parece en sí mismo constituir una renuncia a la agresividad; la filosofía desde Sócrates ha puesto siempre en él su esperanza de hacer triunfar la vía racional. Y sin embargo desde los tiempos en que Trasímaco hizo su salida demente al principio del gran diálogo de *La república*, el fracaso de la dialéctica verbal no ha hecho sino demostrarse con harta frecuencia (Lacan, 1948: p. 99).

Lo que Trasímaco dijo a Sócrates en el diálogo de *La república* fue: “lo justo no es otra cosa que lo que conviene al más fuerte.” (Platón, *La república*: 338c) La cuestión remite a la metáfora

¿Qué es el acto analítico?

freudiana de *la transferencia* –en particular la transferencia negativa– como un campo de batalla, cuya aplicación tal vez pueda prolongarse en la idea de K. von Clausewitz: *la guerra es la prolongación de la política por otros medios* (Clausewitz, 1832). Y en la idea de M. Foucault, quien en su análisis del poder analiza una inversión de la fórmula anterior: *la política es la continuación de la guerra por otros medios* (Foucault, 1975-1976: p. 28).¹ Esta metáfora sirve para pensar hasta qué punto la transferencia no es sino la continuación de la palabra por otros medios y, a la inversa, la palabra es la continuación de la transferencia, también por otros medios. Dicho de otra manera: en ningún caso se trata de fenómenos disociados sino de *dimensiones*, diferentes pero indisociables. Advertido de esto, Lacan describe la actitud con la que el analista se comporta frente al paciente:

¿Qué preocupación condiciona pues, frente a él, la actitud del analista? La de ofrecer al diálogo un personaje tan despojado como sea posible de características individuales; nos borramos, salimos del campo donde podría percibirse este interés, esta simpatía, esta reacción que busca el que habla en el rostro del interlocutor, evitamos toda manifestación de nuestros gustos personales, ocultamos lo que puede delatarnos, nos despersonalizamos, y tendemos a esa meta que es representar para el otro un ideal de impasibilidad (Lacan, 1948: p. 99).

La referencia a un ideal de impasibilidad pareciera contradictoria con la fórmula tratada antes: *inmovilidad pero no impasibilidad*. ¿Hasta qué punto se trata de una contradicción o no? Veremos a propósito de la neutralidad y la vacilación de la neutralidad, en este mismo capítulo, cómo tampoco se trata aquí de fenómenos disociados: la *no impasibilidad* del analista extrae su fuerza de su *ideal de impasibilidad* a la vez que su *ideal de impasibilidad* extrae su fuerza de su *no impasibilidad*. Volveremos sobre esta dialéctica al referirnos entonces a la neutralidad.

A propósito de la agresividad, Lacan da en este escrito un lugar importante a la transferencia negativa, a la cual llama el “nudo inaugural del drama analítico”, y al lugar al cual el analista es inducido por esa transferencia: el paciente proyecta en

¹ Agradecemos a Julieta Medici por la sugerencia de explorar esta relación.

él sus “objetos internos malos”, esperando que el analista participe con él de “su mal” (Lacan, 1948: p. 100):

Queremos evitar una emboscada, que oculta ya esa llamada, marcada por el patetismo eterno de la fe, que el enfermo nos dirige. Implica un secreto. ‘Échate encima –nos dicen– este mal que pesa sobre mis hombros; pero tal como te veo, ahíto [*repu*], asentado y confortable, no puedes ser digno de llevarlo’ (Lacan, 1948: p. 99).

La cuestión recuerda lo que dijo una vez un paciente a Ferenczi:

¡No puedo admitir que permanezca ahí sentado, insensible e indiferente, mientras yo me esfuerzo en imaginarme algo trágico de mi infancia (Ferenczi, 1932: p. 23).

“Ahíto” es la traducción con que se llevó al español el adjetivo francés *repu*: repleto, lleno, harto, atiborrado. Debemos prestar atención a esta expresión porque más tarde Lacan definirá la posición del analista precisamente por referencia a un deseo, no lleno, sino vacío (Lacan, 1964). En español la palabra “ahíto” tiene además otra connotación: quieto, que no se mueve.

Lacan sigue aquí una actitud semejante a la indicada por Freud respecto del enamoramiento en la transferencia: no se trata de aceptarlo, pero tampoco de rechazarlo (Freud, 1915). Desde otro signo de la transferencia: no se trata de que el analista participe del mal del paciente, pero tampoco de rechazarlo. Cuando Lacan formalice su concepto de semblante y de objeto *a* podrá decir: se trata de encarnar –en el sentido de soportar con el cuerpo– o de ser un semblante, de *eso*. Es precisamente respecto de esta posición –donde fracasa la dialéctica, o continúa por otros medios–, de impassibilidad y no-impassibilidad, que situamos el manejo de la transferencia, el dominio de la contra-transferencia y el acto analítico.

c. Nuestro papel en la transferencia: un no actuar positivo

En *Intervención sobre la transferencia* se refiere al análisis como un proceso dialéctico, sostenido por la presencia del analista, y atravesado por inversiones dialécticas, momentos de detención

¿Qué es el acto analítico?

y relanzamiento. Hacia el final del escrito, en el párrafo final, precisa:

Creemos sin embargo que la transferencia tiene siempre el mismo sentido de indicar los momento de errancia y también de orientación del analista, el mismo valor para volvernos a llamar al orden de nuestro papel: un no actuar [*non-agir*] positivo con vistas a la ortodramatización de la subjetividad del paciente (Lacan, 1951: p. 215).

El verbo *agir* francés no significa literalmente “actuar”, como así fue traducido al español. Pero sin embargo remite a la cuestión: obrar, proceder, conducirse, causar efecto. Pero no se trata de no-actuar de cualquier manera, sino de un no-actuar *positivo*. No es el efecto de un actitud pasiva, sino activa. El hecho de que el analista no actúe no significa que no esté haciendo nada. Aún por el contrario, se requiere de hacer mucho para no-actuar. Caben aquí diferenciar dos aspectos de este *hacer para no-actuar*: el primero concerniente al análisis del analista. El analista deberá hacer su propio trabajo de análisis para no actuar con el paciente. El segundo aspecto concierne a la transferencia, y caben aquí los dos conceptos freudianos de *maniobra* –de la transferencia– y *dominio* –de la contratransferencia. Esto es también algo que el analista debe hacer para no actuar.

Y a la inversa, debemos observar: el hecho de que el analista haga algo, no significa que esté actuando. Se trata de una manera cómo Lacan está comenzando a pensar la indicación *el analista no debe actuar*: ¿qué significa que no debe actuar? ¿De qué actuar se trata? ¿Qué significa actuar? Son preguntas que forman parte de nuestro problema de investigación. La segunda parte de la fórmula, aquello que el analista se procura a partir de su *no-actuar positivo* es el despliegue de la transferencia y del deseo del paciente. Por otro lado, la fórmula de *un hacer para no actuar* guarda una relación con la filosofía taoísta, a la cual nos referiremos específicamente en el *Capítulo 11*.

El analista tiene que pagar

En segundo lugar abordaremos una referencia crucial que determina en muchos aspectos nuestro problema de investigación,

nuestro objeto de estudio y los ejes de análisis que tomamos. Se trata de la referencia al acto presente en el escrito *La dirección de la cura y los principios de su poder*. Desde el comienzo del escrito Lacan precisa que es del “lado del analista” por donde pretende abordar la cuestión:

Digamos que en el depósito de fondos de la empresa común, el paciente no es el único con sus dificultades que pone toda la cuota. El analista también debe pagar:

- pagar con palabras, sin duda, si la transmutación que sufren por la operación analítica las eleva a su efecto de interpretación;
- pero también paga con su persona, en cuanto que, diga lo que diga, la presta como soporte a los fenómenos singulares que el análisis ha descubierto en la transferencia;
- ¿olvidaremos que tiene que pagar con lo que hay de esencial en su juicio más íntimo, para mezclarse en una acción que va al corazón del ser (*Kern unseres Wesens*, escribe Freud): sería él el único allí que queda fuera del juego? (Lacan, 1958: p. 567).

Si bien Lacan se encargó a lo largo de toda su obra de señalar que en algún sentido el análisis no es una experiencia dual o intersubjetiva, también se encargó de señalar siempre, en otro sentido, que allí hay dos *personas*. Retomaremos el desarrollo de esta referencia en el *Capítulo 12*. Pero observemos en este escrito el acento que pone en subrayar el carácter de “empresa común” que tiene el análisis, donde el “depósito de fondos” en que se sostiene incluye no solamente aquello con lo que paga el paciente, sino también, y acaso en un sentido fundante, aquello con lo que paga el analista. Aun cuando en este mismo escrito Lacan haya señalado que *con oferta se crea demanda* pareciera que es una condición intrínseca a la función del analista el hecho de tener que pagar para poder ofertar. Dicho de otra manera, y continuando con la metáfora de la que parte Lacan: *la oferta de escucha no es algo que ocurra gratuitamente, ni para el paciente, ni para el analista*.

Aquello con lo que el analista tiene que pagar Lacan lo distribuye en tres puntos. Remitiendo el primero a la interpretación y el segundo a la transferencia, es de destacar que la existencia de un tercer punto sea introducida en principio no por ningún

nombre o concepto específico sino a través de una pregunta, que habla acerca de un olvido. En efecto, si recordamos la historia de la reflexión psicoanalítica freudiana y post-freudiana sobre la temática, la cuestión de la técnica se distribuye generalmente en términos duales o binarios: transferencia y resistencia, transferencia y contratransferencia, interpretación y manejo de la transferencia. El dualismo de esta perspectiva de la técnica deriva del dualismo metapsicológico freudiano: lo psíquico y lo somático, el aparato psíquico y el cuerpo, el inconsciente y la pulsión, la representación y el afecto. Hemos dedicado en otro lugar un estudio específico a este problema a través del psicoanálisis freudiano, post-freudiano y lacaniano.² En Lacan todos estos dualismos se re-distribuyen en sus tres registros: lo real, lo simbólico y lo imaginario. Y si bien no podemos establecer una relación lineal entre los tres registros y los tres puntos de *La dirección de la cura*, sí podemos pensar que es a partir de una matriz triple de registros que Lacan puede pensar en una distribución triple de fenómenos concernientes a la discusión de la técnica.

En *La dirección de la cura* dedica un apartado específico al tratamiento de cada uno de los puntos señalados. Asocia la interpretación al significante (Lacan, 1958: p. 573), la transferencia al objeto parcial³ (Lacan, 1958: p. 584), y el tercer eje lo asocia a algo difícil aún de nombrar en este escrito de manera puntual: la cuestión del ser del analista y la pregunta “cómo actuar con el propio ser” (Lacan, 1958: p. 592), y el deseo del analista (Lacan, 1958: p. 595), concepto específico que desarrollará para soportar el amor de transferencia, el arte de la interpretación, y el análisis en general. Debemos retomar la discusión sobre la relación entre el deseo del analista y el acto analítico en otro lugar (*Capítulo 13*) pero digamos aquí que es posible pensar estos tres puntos como siendo: deseo del analista, transferencia e interpretación; y acto analítico, transferencia e interpretación.

Volviendo sobre los dos primeros puntos: ¿significa esto que existe una relación específica entre la interpretación y el significante, y entre la transferencia y el objeto parcial? No. O

² *¿Qué son los tres registros? Genealogía de una hipótesis de J. Lacan* (Muriillo, 2017). En algunos aspectos esta investigación es una derivación de la anterior, no ya en el plano de la teoría, sino de la técnica.

³ Antecedente freudiano y post-freudiano del objeto *a*.

no más específica que la que existe entre la interpretación y el objeto, o la transferencia y el significante. En efecto, en diferentes momentos de su obra, y para pensar diferentes problemas relativos a la interpretación y la transferencia, Lacan se refirió a todas estas relaciones. Así, por ejemplo en el *Seminario 11* articuló el significante a la transferencia, a propósito de lo que llamó el *sujeto-supuesto-saber* (Lacan, 1964); y en *El atolondradicho* articuló la interpretación al objeto *a*, en lo que llamó la *interpretación apofántica* (Lacan, 1972).

Existe una referencia implícita en *La dirección de la cura* al arte de la guerra de Clausewitz, donde Lacan sugiere una relación entre sus tres puntos y la táctica, la estrategia y la política. La manera como Clausewitz entiende la relación entre táctica y estrategia, y a la vez la relación de ambas con la política, resulta de interés para tratar estas relaciones entre los tres puntos de Lacan. Para Clausewitz, en tanto la guerra es una continuación de la política por otros medios, es la política lo que define el sentido de la guerra, siendo esta última un instrumento de la primera (Clausewitz, 1832: p. 19). El arte de la guerra se divide en táctica y estrategia. Se trata de dos actividades que “se imbrican mutuamente” pero que son a su vez “esencialmente diferentes” (Clausewitz, 1832: p. 58).

La dirección de la guerra equivale, por lo tanto, a la preparación y la conducción del combate. Si éste fuera un acto único, no habría necesidad de ninguna otra subdivisión. Pero el combate está compuesto de un número más o menos grande de actos aislados, cada uno completo en sí mismo, que llamamos encuentros (como hemos señalado en el libro I, capítulo I) y que forman unas nuevas unidades. Se derivan de aquí dos actividades distintas: preparar y conducir individualmente estos encuentros aislados, y combinarlos unos con otros para alcanzar el objetivo de la guerra. La primera de estas actividades es llamada táctica, la segunda se denomina estrategia (Clausewitz, 1832: p. 54).

Siguiendo la metáfora propuesta: también el análisis, como un gran acto, se compone de sub-unidades constituidas por cada sesión, como un acto. Un aspecto de esta cuestión fue observada por la mayoría de los analistas post-freudianos que han reflexionado sobre la técnica. Racker por ejemplo se refirió a la

¿Qué es el acto analítico?

atención flotante freudiana como una atención capaz de sostener dos enfoques: uno “microscópico” y otro “macroscópico”, destacando la doble necesidad de atender a los *detalles* pero también a la *situación de conjunto*, de la relación del paciente con el analista, y de cada sesión con la cura (Racker, 1960: p. 39-40).

Antes de terminar este apartado, volvamos sobre aquello que el analista *hace*, a partir de pagar con su juicio más íntimo: “mezclarse en una acción que va al corazón del ser”, acción en la que no puede quedarse “fuera del juego”. El analista entra así al juego, pero el deseo a partir del cual hacer soportar la transferencia y la interpretación, no es sino un deseo vacío, capaz de alojar el deseo del paciente. Por eso Lacan destacó, a partir de otra metáfora, que es en el lugar del muerto en el juego del bridge, que el analista va a jugar, con el juego del paciente:

Pero lo que es seguro es que los sentimientos del analista sólo tienen un lugar posible en este juego, el del muerto; y que si se le reanima, el juego se prosigue sin que se sepa quién lo conduce (Lacan, 1958: p. 569).

Pero destaquemos nuevamente: el hecho de que entre en el juego en el lugar del muerto, no significa que no juegue, ni mucho menos, que no entre al juego. Precisamente es como muerto como juega, e incluso, como veremos, jugando con salir de ese lugar, sin salir de él. Es lo que trataremos en el próximo apartado a propósito de la *presencia del analista* y la *vacilación calculada de la neutralidad del analista*.

La presencia del analista

a. En la obra de S. Nacht: actitud inconsciente y presencia

Para desarrollar el concepto de presencia del analista y su relación con la neutralidad, partiremos de una conceptualización del mismo hecha por Nacht. Este rodeo se justifica en la medida que se trata en la obra de Lacan de un antecedente específico del acto analítico, y en la medida que hallamos en la obra de este autor un estudio sistemático y exhaustivo dedicado al mismo. Se trata de un conjunto de artículos reunidos en el libro *La presencia del psicoanalista* (Nacht, 1963).

Desde la introducción del libro Nacht precisa que la “presencia del analista”, la “realidad del analista”, la “calidad de presencia”, o la “actitud profunda del analista” es algo asociado a la neurosis de transferencia y al problema del análisis que se vuelve interminable:

Me parece que éstos [los psicoanalistas] asignan un justo valor a la transferencia, pero no siempre reducen el fracaso terapéutico a su verdadero origen, que con suma frecuencia es el de la imposibilidad de liquidar la neurosis de transferencia.

Cuando un análisis gira en redondo o se atasca, casi siempre es porque la neurosis de transferencia no ha podido ser liquidada (Nacht, 1958: p. 63-64).

El análisis se vuelve interminable y termina en muchas ocasiones por frustrarse. El “deseo de curar” del paciente resulta reemplazado por un “deseo de ser tratado” (Nacht, 1958: p. 62). De esta manera, el analista puede convertirse en “una máquina de interpretar hasta el infinito” (Nacht, 1957b: p. 76). Frente a este problema, Nacht señala que el psicoanálisis no parece haber desarrollado “medidas técnicas” que colaboren en la dirección de resolver la neurosis de transferencia (Nacht, 1958: p. 63), la cual analiza como un asunto que ocurre *entre* analista y paciente:

Querría insistir en el hecho de que la neurosis de transferencia tenaz no puede ser en caso alguno imputable únicamente al enfermo, ni, por lo demás, sólo al médico. Para mí, la neurosis de transferencia sería el resultado de una *relación inconsciente particular* que se habría establecido entre el analista y el paciente, constituida por intercambios y reacciones mutuas a las cuales uno y otro encuentran, inconscientemente, su ventaja. Sin este vínculo particular, que la alimenta y la hace vivir, la neurosis de transferencia no podría tener la tenacidad que se le conoce. Pero en esos análisis interminables, todo sucede, en efecto, como si los protagonistas del drama no llegasen a separarse. El analista no se decide a interrumpir una cura que sin embargo parece no tener solución, lo mismo que el enfermo no puede decidirse a irse (Nacht, 1958: p. 65).

¿Qué es el acto analítico?

Pero si bien se trata de los dos, observa que la responsabilidad recae sobre el analista, dada la función particular que le toca en la cura (Nacht, 1958: p. 65). En este punto introduce el concepto de *presencia del analista* como una variante técnica de la regla de *neutralidad* freudiana, observando hasta qué punto, aun siendo una regla fundante de la cura, puede devenir en ocasiones un obstáculo de la misma (Nacht, 1963c: p. 162). La actitud de neutralidad absoluta puede llegar a perder toda eficacia y convertirse en una rutina que sitúa al analista en una posición cómoda y al paciente en una relación sin salida (Nacht, 1958: p. 61):

...la 'neutralidad', demasiado supersticiosamente respetada, debe ser reemplazada por una actitud de 'presencia', la única capaz de poner un obstáculo al mundo cerrado e irreal en el cual arraiga la regresión. El psicoanalista no aceptará ya encarnar un mito. No será ya esa transparencia que deja pasar todas las fantasías, sino que deberá esforzarse en volver a convertirse para el enfermo en lo que es en realidad: un hombre como los demás, como el propio paciente, en un mundo de relaciones humanas evolucionadas (Nacht, 1959: p. 55).

Ofrece los siguientes ejemplos de presencia del analista:

[El psicoanalista] Establecerá relaciones menos fijas, menos artificiales entre el enfermo y él mismo. Ya no permitirá que se le considere un ser mítico: es un hombre, bien arraigado en la realidad, un adulto frente a otro adulto. En adelante reducirá –o inclusive suprimirá– las interpretaciones de las cuales el enfermo todavía puede hacer un abusivo empleo infantil o regresivo. Las reemplazará por intervenciones simples, directas, tan breves como sea posible, que expresen en pocas palabras lo esencial. Efectuadas con tacto y en el momento oportuno, separarán diestramente al enfermo del campo cerrado del análisis, en el cual en ocasiones quiere, temeroso, encontrar la seguridad pasada, y, por el contrario, llamarán constantemente su atención hacia esa vida real que en adelante debe encarar y en la cual debe encontrar con decisión su lugar.

El analista podrá trastornar útilmente el ritual de las se-

siones, modificar el ritmo de éstas, espaciarlas, quitarles su carácter inmutable, reemplazar a veces la posición acostada del enfermo por la posición sentada: el diálogo paciente-analista adquirirá de tal manera un carácter diferente (Nacht, 1958: p. 68-69).

Existe una segunda situación a la cual Nacht ha asociado este concepto, y es en el tratamiento de pacientes que han sufrido traumas a lo largo de su historia, en la infancia, pero también en la adolescencia o la vida adulta. Con esto no se refiere al carácter traumático de la sexualidad sino al sentido freudiano de vivencias realmente acontecidas de frustración o deprivación de diversas naturalezas.

El neurótico reacciona 'como si' su padre hubiese sido un mal padre, y 'como si' su analista sustituyese al 'mal padre'. Entonces es posible hacerle adquirir conciencia de ello. Pero en los casos en que hubo real y efectivamente un padre monstruoso o una madre abominable, no queda ya lugar para interpretaciones de este tipo. No tendrían alcance alguno, pues semejante enfermo lleva inconscientemente en sí la *presencia* de objetos odiosos y aterradores, sin ser, sin embargo, un sujeto delirante. En consecuencia, en la situación analítica el terapeuta no se limita a ser asimilado por el enfermo a un 'objeto malo': es para él una forma renovada del 'objeto malo'.

...no se trata de imágenes subjetivas que deforman en mayor o menor medida la realidad ambiente, sino de una realidad exterior que ejerce una terrible presión sobre la realidad interior (Nacht, 1957a: p. 38 y 40).

La actitud de estricta o absoluta neutralidad puede presentar un severo obstáculo en el tratamiento de estos pacientes. En algún sentido puede pensarse como un obstáculo inverso al anterior: allí donde se trataba de la imposibilidad de resolver la neurosis de transferencia, aquí se trata de la imposibilidad de su instalación como tal:

...estos enfermos sólo pueden llegar a la curación si, mientras siguen el desarrollo del análisis clásico, ven, en un momento en que esta incertidumbre les resulta indispensable, que el analista, más allá de la neutralidad

¿Qué es el acto analítico?

bondadosa que les manifiesta, *es*, además y auténticamente, el 'objeto bueno' del cual fueron privados otrora. Me resultó evidente que en este tipo de enfermos las situaciones traumatizantes habían engendrado una necesidad de recibir, en cierta forma, una 'entrega reparadora'. Esta necesidad, transferida al analista, se convertía en una exigencia indispensable para la curación (Nacht, 1957a: p. 36).

Por otro lado, aclara que no se trata de una suplencia emocional sino de un cuidado en la técnica:

Si hablo de la posible necesidad de recurrir, en semejantes casos, a una actitud de gratificación, se entiende que ésta no se manifestará por palabras de estímulo, ni por señales particulares de interés, ni por intercambios, sean cuales fueren, que se sitúen en un plano emocional, sino que se referirá únicamente a ciertos aspectos de la situación analítica. El terapeuta realizará, por ejemplo, intervenciones más frecuentes, menos breves, prolongará quizás el tiempo habitual de las sesiones, aumentará su número, cosa que dará al enfermo la impresión de 'recibir' más (Nacht, 1958: p. 70).

Por otro lado, señala que esta "actitud afectiva" debe ser "real": "Un fingimiento, una actitud voluntaria pero hueca, no puede tener resultados benéficos." (Nacht, 1958: p. 71)

A lo largo de su libro se refiere alternativamente a la presencia del analista y a la actitud inconsciente del analista, sin precisar una distinción entre ellas. Sin embargo podemos advertir que se trata de conceptos diferentes aunque estrechamente articulados: la actitud inconsciente del analista respecto del paciente puede ser en sí misma una forma de la presencia del analista, cuando por algún sesgo esta actitud se vuelve presente en el dispositivo. Pero cuando no tiene una presencia manifiesta, podemos pensar que se halla más bien latente en el análisis, siendo entonces la actitud un concepto más general y anterior, lógicamente, al de presencia:

...hablo, precisamente, de la persona del analista en tanto que éste representa y *encarna* cierta actitud interior profunda en la situación analítica. Esta actitud profunda es, en mi opinión, un factor decisivo, y por ello he afir-

mado a menudo que lo que *es* el analista importa mucho más que lo que *dice* (Nacht, 1963c: p. 157).

Retoma y aplica a esto la idea freudiana de una *comunicación de inconsciente a inconsciente*, “en los dos sentidos” (Nacht, 1963c: p. 163). La actitud inconsciente del analista y lo que el analista le comunica al paciente, no con interpretaciones sino con su actitud, constituye para Nacht el factor decisivo de la cura. Por otro lado sitúa que en la comunicación verbal el paciente se sirve de la palabra para vehicular su actitud inconsciente, expresar sus deseos, temores, busca ser escuchado, tranquilizado, entendido, reconocido y amado (Nacht, 1963d: p. 166). Y a la inversa, a partir de lo que ve en el analista y este le dice, el paciente toma una medida de su propia actitud inconsciente hacia él. En ambos sentidos entonces “la palabra es el vehículo de todos los afectos que subtienden la relación analítica.” (Nacht, 1963d: p. 166) En esta perspectiva Nacht observa que tiene mayor eficacia en la cura “una interpretación mediocre” en el contexto de una “buena transferencia”, y no lo contrario, una gran interpretación en el contexto de una relación transferencial ineficaz (Nacht, 1963c: p. 160). Así, llega a situar la actitud inconsciente del analista como un gran centro de gravedad de la relación analítica, por referencia a la cual se ordenan los efectos que allí se producen:

Colocada en el centro mismo del tratamiento por la situación analítica, ¿la persona del médico no es, en su modesta medida, comparable al famoso ‘motor inmóvil’ de Aristóteles? Pues en torno de él se ordenan y encadenan los diferentes procesos que llevan al enfermo hacia la curación (Nacht, 1963c: p.164).

Nacht contrapone la actitud de presencia a la *actitud de espejo*, como una forma de entender la regla de neutralidad (Nacht, 1957b: p. 75-76):

Es preciso que el analista se atenga a su papel de ‘espejo’. No se desea conceder demasiada atención al hecho de que esa obligación puede tornarse paralizante para el analista y privarlo de una *disponibilidad* emocional indispensable para la curación (Nacht, 1958: p. 61).

¿Qué es el acto analítico?

Es consciente de las objeciones que puede recibir al interrogar la regla clásica de neutralidad y no las desestima (Nacht, 1957a: p. 38). Pero se anticipa a aclarar dos puntos: en primer lugar la neutralidad es una regla ilusoria, dado que no se trata de una actitud consciente, y no siempre es neutro quien quiere serlo o cree serlo (Nacht, 1958: p. 64). Por otro lado, observa, abandonar al paciente a una actitud absoluta de neutralidad, equivale casi a un analista ausente, y lleva el análisis a un callejón sin salida (Nacht, 1963c: p. 158).

b. En la obra de Lacan: deseo del analista y vacilación de la neutralidad

Una de las primeras referencias del concepto en Lacan la hallamos en *Intervenciones sobre la transferencia*:

En un psicoanálisis, en efecto, el sujeto, hablando con propiedad, se constituye por un discurso donde la mera presencia del psicoanalista aporta, antes de toda intervención, la dimensión del diálogo (Lacan, 1951: p. 205).

En el *Seminario 1* volveremos a encontrar esta idea bajo el nombre de “presencia del oyente”, a saber, el analista en el lugar de un testigo, y de alguien cuya función es en primer término escuchar (Lacan, 1953-1954: p. 87). Pero hallamos además en el *Seminario 1* el primer desarrollo explícito que Lacan hace de este concepto, y tomando como referencia a Freud, analizando sus escritos técnicos:

En ciertos casos, en el momento en que [el paciente] parece dispuesto a formular algo más auténtico, más candente que lo que ha conseguido hasta entonces alcanzar, el sujeto se interrumpe y emite un enunciado que puede ser éste: *Súbitamente me doy cuenta de su presencia* (Lacan, 1953-1954: p. 70).

Se refiere a esto como el sentimiento de una presencia:

Vemos producirse, en cierto punto de esta resistencia, lo que Freud llama la transferencia, es decir la actualización de la persona del analista. Señalé antes, extrayéndolo de mi experiencia, que el sujeto experimenta, en el

punto más sensible –me parece–, más significativo del fenómeno, como la brusca percepción de algo que no es tan fácil de definir, la presencia. Es éste un sentimiento que no experimentamos constantemente (Lacan, 1953-1954: p. 73).

Freud y Lacan articulan el concepto a la transferencia manifestándose como una resistencia del paciente: “Captamos aquí la resistencia en estado puro, la que culmina en el sentimiento, frecuentemente teñido de angustia, de la presencia del analista.” (Lacan, 1953-1954: p. 87) La referencia freudiana que toma Lacan es *La dinámica de la transferencia*:

Podemos comprobar, cuantas veces queramos, que cuando cesan las asociaciones libres de un paciente, siempre puede vencerse tal agotamiento asegurándole que se halla bajo el dominio de una ocurrencia referente a la persona del médico.

Cuando en la materia del complejo (en el contenido del complejo) hay algo que se presta a ser transferido a la persona del médico, se establece en el acto esta transferencia, produciendo la asociación inmediata y anunciándose con los signos de una resistencia; por ejemplo con una detención de las asociaciones (Freud, 1912c: p. 1649-1650).

Así es como el analista ingresa en alguna “serie psíquica” del paciente, poniéndose en funcionamiento la transferencia al servicio de la resistencia. La referencia al espejo proveniente de Freud y Nacht adquiere en Lacan un valor propio dado que a lo largo de sus primeros seminarios, pero también a lo largo de toda su obra, formuló que el *yo* es un espejismo, o está sujeto a los fenómenos imaginarios propios del *estadio del espejo*. Así, el *yo* mismo comporta en sí una estructura especular. En el *Seminario 2* presenta el esquema *Lambda*, el cual puede considerarse un punto de conclusión de esta formalización hecha a lo largo de los *Seminarios 1 y 2*, donde se distingue el eje simbólico –la relación del sujeto al Otro–, y el eje imaginario –la relación del *yo* al semejante. Esta distinción de registros simbólico e imaginario, ausente como tal, o al menos de esta manera, en la obra de Freud y Nacht, permite a Lacan precisar el lugar de espejo

¿Qué es el acto analítico?

del analista. No se trata para él de un espejo liso o pulido, sino de un *espejo vacío*, formulación que podemos articular luego al deseo del analista.

Durante todo el tiempo del análisis, con la sola condición de que el yo del analista tenga a bien no estar ahí, con la sola condición de que el analista no sea un espejo viviente sino un espejo vacío, lo que pasa, pasa entre el yo del sujeto –en apariencia siempre habla el yo del sujeto– y los otros (Lacan, 1954-1955: p. 369).

No se trata de que el analista esté ausente entonces, sino de que su *yo* lo esté, o intente estarlo:

Si se forman analistas es para que haya sujetos tales que en ellos el yo esté ausente. Este es el ideal del análisis, que, desde luego, es siempre virtual. Nunca hay un sujeto sino yo, un sujeto plenamente realizado, pero es esto lo que hay que intentar obtener siempre del sujeto en análisis (Lacan, 1954-1955: p. 369).

Se advierte así que la distinción de registros permite hacer una aclaración sobre el concepto: la presencia del analista no es la presencia del *yo*, puesto que a nivel del *yo* más bien el ideal podría figurarse como una ausencia. Tal vez podamos pensar que se trata aquí, tomando la primera referencia de Lacan y Freud como una presencia simbólica, ordenada en el eje sujeto-Otro, donde el analista es enlazado por la vía de algún significante de la transferencia en alguna “serie psíquica” del paciente. Pero debemos retomar este punto para tratar a partir del *Seminario 11* otra dimensión de la presencia del analista que podremos calificar de *real*.

Antes de continuar con la referencia de Lacan quisiéramos destacar para contextualizar su desarrollo dos críticas que Lacan dirige a Nacht. La primera de ellas se haya en *La dirección de la cura y los principios de su poder*. Lacan se refiere a una obra en dos tomos que fue editada en 1956, bajo la dirección de Nacht: *El psicoanálisis, hoy*. La crítica que Lacan hace se dirige a la referencia de Nacht al *ser* del analista:

Porque es en el seno de su pretensión de contentarse con la eficacia donde se levanta una afirmación como ésta:

que el analista cura menos por lo que dice y hace que por lo que es. Y a todo esto nadie al parecer pide razón de semejante afirmación a su autor, como tampoco se le llama al pudor, cuando, con una sonrisa fatigada dirigida hacia el ridículo al que se expone, es a la bondad, a la suya (hay que ser bueno, ninguna trascendencia en el contexto), a la que se remite para poner un término a un debate sin salida sobre la neurosis de transferencia (Lacan, 1958: p. 567).

Lacan retoma esta cuestión del *ser* del analista observando que debe “pagar” con su ser, esto es, dejar en suspenso su juicio más íntimo (Lacan, 1958: p. 567). Y por otro lado se pregunta “cómo actuar con el propio ser” en el análisis, pregunta a la cual responde introduciendo su propio concepto sobre el tema, el *deseo del analista*: “Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista.” (Lacan, 1958: p. 595)

La segunda crítica que debemos señalar se dirige particularmente al libro de Nacht que hemos tratado, *La presencia del psicoanalista*. Editado en 1963, Lacan se refiere al mismo en su *Seminario 11* de 1964. Se trata de la clase X del seminario que lleva por título *La presencia del analista*:

Presencia del analista –hermoso término que sería un error reducir a esa especie de sermoneo lacrimoso, esa ampulosidad serosa, esa caricia algo pegajosa que la encarna en un libro publicado con ese título (Lacan, 1964: p. 131).

A partir de la formalización del objeto *a* en su carácter de real, que Lacan comienza a desarrollar entre los seminarios 7 y 10, todas las referencias posteriores a la presencia del analista serán asociadas a este objeto. Se trata entonces del analista en tanto encarna en el dispositivo la función de aquel objeto que causa o mueve el trabajo del analizante. Hallamos esta referencia en los seminarios 11, 15 y 16. En el *Seminario 11* asocia la presencia del analista al cierre del inconsciente:

La transferencia es el medio por el cual se interrumpe la comunicación del inconsciente, por el cual el inconsciente se vuelve a cerrar.

¿Qué es el acto analítico?

...la presencia del psicoanalista es irreductible, por ser testigo de esa pérdida (Lacan, 1964: p. 133 y 136).

Por otro lado hallamos en el mismo seminario una referencia al deseo del analista que se asocia a la función del objeto *a*:

...podemos decir que detrás del amor llamado de transferencia está la afirmación del vínculo del deseo del analista con el deseo del paciente. Es lo que Freud, con un rápido juego de manos, presentó como engañosos cuando dijo, a fin de reconfortar a los colegas: *después de todo, no es más que el deseo del paciente*. Sí, es el deseo del paciente, pero en su encuentro con el deseo del analista (Lacan, 1964: p. 262).

No se trata entonces de un deseo puro: ni un puro deseo del paciente, ni un deseo puro por parte del analista (Lacan, 1964: p. 284). Con esto retoma una idea formulada en *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano* (1960):

El Padre deseado por el neurótico es claramente, como se ve, el Padre muerto. Pero igualmente un Padre que fuese perfectamente dueño de su deseo, lo cual valdría otro tanto para el sujeto. Se ve aquí uno de los escollos que debe evitar el analista, y el principio de la transferencia en lo que tiene de interminable. Por eso una vacilación calculada de la 'neutralidad' del analista puede valer para una histérica más que todas las interpretaciones, a riesgo del alocamiento que puede resultar de ello (Lacan, 1960: p. 804).

Lacan articula así el amor de transferencia a partir del encuentro del deseo del paciente con el deseo del analista; no un deseo puro, sino más bien un deseo que por momentos puede hacerse presente, incluso al extremo de hacer vacilar la neutralidad. No con fines narcisistas, sino con fines analíticos. De allí que Lacan matice esta vacilación señalando que se trata de un *cálculo* del analista. Es decir, de algo que no puede hacerse sin estar advertido del propio inconsciente (Lacan, 1960-1961), y del inconsciente del analizante.

En el *Seminario 15* Lacan formaliza el acto analítico a partir del acto que concierne al analista y el trabajo que realiza el ana-

lizante, causado por dicho acto. Aún incluso cuando en apariencia pudiera parecer que el analista no hace nada: "Aún si el analista no hace nada, hay que dar sin embargo algún peso a la presencia del acto. Pues esta distribución del hacer y del acto es esencial al estatuto mismo del acto." (Lacan, 1967-1968: clase 6/12/67) Luego hallamos en la clase del 21/2/68 una articulación del acto a la presencia del analista como objeto *a*:

...el psicoanalizante, no vamos a decir que es todo sujeto porque precisamente no es todo, por estar dividido. Lo que ni siquiera quiere decir que podamos decir por ende que es dos, sino que es solamente sujeto y que ese sujeto dividido no es, no es sin –según la fórmula a cuyo uso he habituado a los que me escuchan desde la época del seminario de la angustia– que no es sin ese objeto finalmente arrojado al lugar preparado por la presencia del psicoanalista para que se sitúe en esa relación de causa de su división de sujeto (Lacan, 1967-1968: clase 21/2/68).

El analizante no es sujeto del trabajo analítico sin la presencia de aquel objeto, del cual el analista hace función de... pero además el analista no es objeto del todo, sin saber, sin estar advertido que por efecto del mismo acto en el cual está concernido, este objeto está destinado a caer como función al final del análisis. Este destino de la función del analista, forma para Lacan, parte del concepto mismo de acto analítico:

¿En qué banco colocamos al psicoanalizante? En el banco del hacer. Él hace algo. Llámelo como quieran, poesía o manejo... él hace, y es bien claro que justamente, una parte de la indicación de la técnica analítica consiste en un cierto dejar hacer. Pero, ¿es esto suficiente para caracterizar la posición del analista cuando este dejar hacer implica hasta un cierto punto el mantenimiento intacto en él de este sujeto supuesto saber, a pesar de que este sujeto él conoce por experiencia la caída [o destitución] y la exclusión y lo que de ello resulta del lado del psicoanalista? (Lacan, 1967-1968: 29/11/67).

Es desde el concepto mismo de acto analítico que Lacan plantea la necesidad de la presencia del analista en aquello que llama la caída, la equivocación, del sujeto supuesto saber. Sin

esto, el análisis se haría interminable, a partir de un proceso de desciframiento infinito.

Antes de finalizar el capítulo quisiéramos hacer una observación sobre la presencia del analista en Nacht y Lacan. Advertimos que existe entre los dos autores grandes “vasos comunicantes” entres sus ideas. Es explícito en los textos el concepto de presencia del analista que recorre las dos fuentes, pero además podemos pensar tres puntos de convergencia de ideas: 1. el concepto de “actitud inconsciente del analista” de Nacht y el concepto de “deseo del analista” de Lacan; 2. la revisión que hace Nacht de la regla de neutralidad y la idea de Lacan de un deseo no-puro, incluso de una vacilación de aquella neutralidad; 3. la intervención de esta presencia del analista o del acto analítico como una función necesaria para que el análisis no devenga un proceso interminable.

En otro sentido quisiéramos subrayar dos puntos de divergencia, que conviven con los tres anteriores: 1. Lacan, a diferencia de Nacht, cuenta con una herramienta que es la distinción que le ofrecen los tres registros –lo real, lo simbólico y lo imaginario. En ese sentido queda claro que la presencia del analista como una función de la transferencia al servicio de la resistencia puede operar en un registro imaginario y simbólico de la transferencia; y la presencia del analista como una instancia de cierre del inconsciente y como una función de causa del análisis puede operar en un registro real de la transferencia; 2. articulado al punto anterior, existe una única observación de Nacht sobre la pertinencia de la actitud de presencia del analista que no hallamos ni en Freud ni en Lacan, a saber, la actitud de gratificación real o auténtica por parte del analista, frente a pacientes que han sufrido traumas reales, frustraciones o deprivaciones reales en su historia. Tal vez podamos calificar de imaginaria esta dimensión del concepto. No en un sentido *a priori* peyorativo, sino en tanto la oferta de un soporte, incluso un semblante, necesario a la transferencia.

Pero también debemos destacar que esta distinción de una presencia real, otra simbólica y otra imaginaria es sólo un intento de reflexión. En la situación analítica, tal vez lo que con más firmeza podamos observar es que la función analítica opera oscilando o basculando entre la posición de la más estricta neutralidad, incluso donde pareciera que el analista está ausente –aunque no lo está... y por otro lado la posición de

presencia, incluso hasta el punto de vacilar la neutralidad que define al dispositivo. Volviendo sobre la idea de impasibilidad, podemos ahora decir: la función analítica bascula entre el ideal de impasibilidad y una posición de no-impasibilidad. Se trata también de una manera como opera lo que podemos llamar la *dialéctica de la neutralidad*. En algún sentido es la función del *corte* aquí lo que determina la eficacia tanto de la neutralidad como de su vacilación. Una posición absoluta o continua de neutralidad pierde su eficacia en el análisis. A la vez que una posición absoluta o continua de vacilación de la neutralidad desnaturaliza el sentido mismo del análisis.⁴ De allí que el analista extraiga de su silencio y de su impasibilidad la fuerza de su decir: ya sea que este opere en la dimensión de la interpretación, o en la dimensión del manejo de la transferencia, en las múltiples formas que cada una de las dos pueda intervenir en el triple registro de *la escena del análisis, los significantes y los semblantes*.

Por otro lado, lo que queremos decir es que ninguna maniobra o exteriorización del analista es *a priori* una interpretación o una maniobra de la transferencia. Como así tampoco parte *a priori* de ningún registro –real, simbólico o imaginario– y no se dirige a ningún registro de la estructura. Lo que en cambio sí puede analizarse, en cada caso de manera particular, *a posteriori* del acto es: en qué medida algo que el analista escuchó, dijo, hizo, mostró, sugirió, equivocó, cortó, etc., tuvo un efecto de interpretación o un efecto de maniobra transferencial, y por referencia a qué tipo de trabajo que está haciendo el analizante, o qué momento de su trabajo analítico está cursando. Asimismo: sobre qué registro o registros operó esa intervención.

De los antecedentes al acto

Para concluir este capítulo, destaquemos en los siguientes puntos una síntesis de las ideas desarrolladas, a manera de introducción del concepto de acto que trataremos en el próximo capítulo:

- a) El analista toma una posición inmóvil, pero no impasible.

⁴ Agradecemos a Fabián Allegro la observación de este aspecto de la neutralidad.

¿Qué es el acto analítico?

E incluso no siempre inmóvil, y muchas veces impasible, de acuerdo a una *dialéctica de la neutralidad*;

b) Actúa en los dos registros: el de la interpretación y el de la transferencia;

c) Su papel en la transferencia es un no-actuar positivo, y su función: la de un objeto del paciente;

d) La presencia del analista bascula en una posición de neutralidad y de vacilación de la neutralidad, como dos maneras en que el analista ocupa su lugar en la transferencia para el paciente;

e) Si no entra al juego, no hay posibilidad de ninguna oferta analítica. Con oferta se crea demanda, pero ofertar no es un acto gratuito.

Finalmente, extraigamos de *La dirección de la cura* una pregunta con que Lacan titula el apartado dedicado al tercer punto que señala: *¿cómo actuar con el propio ser?* Podemos llamar a esta pregunta *la doble pregunta del acto*, dada la ambigüedad con que se refiere por un lado a la neurosis y al análisis del propio analista: cómo actuar con aquello que es lo único a partir de lo cual el analista puede actuar como analista, el deseo del analista. Pero además se refiere a otro aspecto, no relativo a su deseo sino a su técnica: partiendo del deseo del analista, *¿cómo actuar con eso?* Continuaremos el tratamiento de estas preguntas en el próximo capítulo, dedicado al desarrollo específico del concepto lacaniano.

Capítulo 9. El *acto analítico* en los *Seminarios 14, 15 y 16*

Es en la medida en que el goce del cuerpo se evoca más allá del principio del placer, y no en otra parte, que el acto pone un agujero...

Lacan, *La lógica del fantasma*

El acto, ¿es la interpretación?

Comenzaremos a ver el tratamiento y definición específica que Lacan hace del concepto de acto analítico en los *Seminarios 14, 15 y 16*, a partir de la pregunta con que introduce el tema en la primera clase de su *Seminario 15*: ¿Qué es el acto psicoanalítico? Se hace esta pregunta en el sentido como se podría preguntar *qué es el acto médico, qué hace el médico de manera tal que ese hacer se define y lo define como médico*:

El acto psicoanalítico, ¿es la sesión, por ejemplo?

Podemos preguntarnos en qué consiste, en qué suerte de intervención, *puesto que, después de todo, no prescribimos una receta*.

Todo aquello que es hablando propiamente el acto psicoanalítico:

- *¿es la interpretación?*

- *¿es el silencio, o lo que sea que ustedes quisieran designar entre los instrumentos de la función?* (Lacan, 1967-1968: clase 15/11/67).

La pregunta fue, en su seminario, lo suficientemente compleja como para llevarlo a la formalización de un concepto original.

¿Qué es el acto analítico?

Pero antes de avanzar con el concepto, debemos contextualizar el sentido de esta pregunta, por referencia a los desarrollos que hemos hecho hasta aquí. Adviértase que Lacan está poniendo en juego, en tensión, en signo de interrogación, la relación entre el acto analítico y la interpretación, o su ausencia, el silencio del analista. Como vimos, la cuestión se remonta a la primera definición del psicoanálisis, *una cura por la palabra* y a uno de los grandes capítulos técnicos del psicoanálisis, el *arte de la interpretación*. Si bien queda claro en Freud que la cura atraviesa por momentos de interpretación y momentos de maniobra transferencial, de recuerdo y de repetición, también debemos observar que históricamente el manejo de la transferencia ha sido concebido como una maniobra de interpretación.

Fenichel, por ejemplo, señaló que el manejo de la transferencia es no entrar en el juego de la repetición del paciente. Reich por su parte se refirió, incluso para el análisis del carácter, al manejo de la transferencia en términos de interpretación, como si fuera ella misma otra forma de la interpretación. La cuestión devino en sí misma un debate entre dos posiciones. Tomemos una fuente de esto en el comentario que del tema hace Nacht en su libro ya citado:

...se admite en general que el analista dispone de un solo medio de acción: la interpretación. Pero aquí comprobamos ya un apartamiento notable entre la teoría y la observación.

Ya en 1936 Glover escribía: 'Debemos recordar que el efecto terapéutico no se debe sólo a la interpretación, sino a otros factores', en especial a '*la acción humana de la transferencia*'. Y luego: 'Una condición previa para la eficiencia de la interpretación es la actitud, la *verdadera actitud inconsciente del analista*' (Nacht, 1963: p. 156-157).

Desde otra fuente, F. Alexander y T. French señalaron una idea afín, en un apartado titulado *Escenario de la psicoterapia*:

Algunos analistas trabajan todavía sobre el supuesto de que el proceso curativo tiene lugar principalmente en el diván, realizando el médico –mediantes sus interpretaciones– un 'acto terapéutico' sobre el paciente. Aún no han comprendido a fondo el significado del hecho de que el tratamiento psicoanalítico es una parte del desa-

rollo del yo del paciente (Alexander y French, 1956: p. 36).

Hagamos una aclaración, para poder precisar lo que nos interesa subrayar. Lo que Nacht por un lado, y Alexander y French por otro, piensan a partir de la actitud inconsciente del analista y de un proceso de re-educación emocional, Lacan lo pensará desde otro punto de partida, y con otro efecto, a partir del deseo del analista. No profundizaremos en esta diferencia, que supone un estudio comparativo de conceptos y modelos, pero habiendo identificado estas diferencias de fundamento quisieramos subrayar lo que sí nos interesa, a saber: tanto Nacht como Alexander y French están observando que *en el acto psicoanalítico la interpretación tiene un lugar, pero no es lo único que ocurre ahí. Ni algo en lo que el proceso se agota o resume*. Y no es azaroso que Alexander y French destaquen como un límite a la interpretación al *yo*, a propósito de considerar el escenario de la cura.

Volviendo sobre la pregunta ¿qué es el acto analítico, es la interpretación?, no debemos pasar inadvertida otra pregunta, incluida pero no visible inmediatamente: ¿qué es la interpretación? En efecto, no es lo mismo pensar que la interpretación es la traducción de un contenido manifiesto a un contenido latente, a pensar que es cualquier cosa que produce el efecto de la castración, $S(A)$, tal como Lacan lo formula en el *Seminario 14*, por ejemplo. Si bien este estudio no es un trabajo específico sobre la interpretación, debemos partir del hecho que existen tanto en el psicoanálisis freudiano, post-freudiano como lacaniano diversas formas que adopta la interpretación. Más allá de esto, volveremos sobre la relación *acto-interpretación* en el *Capítulo 13*.

El fantasma y el acto analítico

El concepto de acto analítico surge como una exigencia del *Seminario 14* a partir del análisis de la lógica del fantasma. Por eso Lacan refiere que para “hablar de la lógica del fantasma es indispensable tener al menos alguna idea de dónde se sitúa el acto analítico.” (Lacan, 1966-1967: clase 8/3/67) Si el fantasma es cierta relación del sujeto al objeto ($\$ \diamond a$) constituida como una respuesta a la castración, la formulación del acto analítico

resulta de la inversión de estos términos ($a \rightarrow \$$).¹ Es decir que en algún sentido fantasma y acto analítico son posiciones en disyunción. El solo montaje de alguna forma de acto analítico opera en sí mismo una subversión, por lo menos, de algún aspecto del fantasma. Si el acto analítico es entonces por definición una subversión del fantasma, entendemos la observación de Lacan: “Tenemos, en un campo tan difícil, que avanzar como el rinoceronte en la porcelana.² Tenemos que avanzar lentamente [doucement].” (Lacan, 1966-1967: clase 8/3/67) Vale la pena aquí desplegar los sentidos de esta última palabra. *Doucement* significa también dulcemente, con suavidad, con buenas maneras, despacio, tranquilamente. Tal vez podamos incluso decir *amorosamente*. Es en muchos sentidos un adjetivo temporal. No significa que el analista deba ser dulce o amoroso³, sino que la relación del acto analítico al fantasma debe tener ese cuidado, ese *cálculo de tiempo*.

Si nos preguntamos por la especificidad del concepto debemos advertir que no es el único acto al que Lacan se refiere. Aparecen allí el acto sexual, que involucra la relación del sujeto con su partenaire, y para lo cual Lacan señala que *no hay acto*, y más tarde, *no hay relación sexual*; en segundo lugar el acto del sujeto, que involucra la relación del sujeto con el Otro, y la relación *repetición-acto*; finalmente el acto analítico, que involucra la relación del sujeto con el analista. De qué se trata esta relación, es precisamente la pregunta por el acto analítico.

Estos tres actos, distintos, pero articulados, tienen un punto en común: en los tres casos el concepto de acto supone lo que Lacan llama una “mutación del sujeto”, un “cambio de estructura”, un “cambio de superficie” (Lacan, 1966-1967: clase 15/2/67). Lo que en el *Seminario 15* llama “acontecimientos” que “impliquen consecuencias” (Lacan, 1967-1968: clase 24/1/68).

Otro punto que debemos tratar respecto del concepto es el

¹ Adoptamos esta escritura para figurar el concepto dado que responde directamente a la definición de acto y a la parte superior del discurso analítico.

² Esto nos recuerda la figura del elefante del *Seminario 1*: “Con toda seguridad no basta para que nuestro ego entre en juego, que tengamos una cierta concepción del ego, cual un elefante en el bazar de nuestra relación con el paciente.” (Lacan, 1953-1954: p. 34)

³ Esto involucraría al semblante del analista, pero aquí nos referimos a la dimensión del fantasma, más allá de cualquier semblante.

objeto al cual se dirige o refiere. Es decir, si el acto analítico es un acto, ¿de qué objeto este acto es el acto analítico? Ese objeto recibió históricamente diferentes nombres: la relación analítica, la situación analítica, la escena analítica, el dispositivo analítico, incluso la *aventura* analítica (Lacan, 1967-1967: clase 21/2/68). Lacan señaló expresamente que si se lo llama de estas maneras es para “eludir la cuestión del acto analítico” (1966-1967: 8/3/67).

El concepto implica una elusión, a la cual Lacan se refirió de diferentes maneras: rechazo del acto (1966-1967, clase 15/2/67), resistencia al acto (1966-1967, clase 8/3/67; 1967-1968, clase 24/1/68), olvido del acto (1966-1967, clase 8/3/67), incluso represión del acto:

El acto analítico tiene, diría de alguna manera, la estructura de la represión. Una suerte de posición al costado, un representante, si puedo expresarme así de su representación deficiente nos he dado bajo el nombre de acting out, es lo que introduciré hoy (Lacan, 1966-1967: clase 8/3/67).

Como ejemplo de esto recuerda su lectura hecha del caso de los sesos frescos, de Kris, en *La dirección de la cura*. Recupera el sentido del término inglés *acting out*: *to represent, to play a story*, representar, interpretar una historia. Efectivamente, en el acting out el sujeto lleva a cabo una puesta en escena de algo. De allí se deriva su relación con el acto analítico. Pero aclaremos que aquí, a diferencia de algunas tradiciones post-freudianas, Lacan se refiere al *acting out* del paciente, no del analista.

Hemos elegido el término *subversión* para tratar la relación entre el fantasma y el acto. En primer lugar porque es un término utilizado por Lacan en su escrito *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. Pero además porque refleja la situación de inversión de los términos del fantasma en el acto. Ahora bien, esta relación de subversión también aplica al analista, pero no en el tiempo de un *presente continuo* sino de un *pretérito perfecto del subjuntivo*: el acto analítico implica que el analista, por su propio análisis, haya atravesado por algún proceso de subversión de su propio fantasma, –incluso podríamos decir– de su deseo o neurosis.

Lacan observa en varios pasajes del *Seminario 15* que el ana-

¿Qué es el acto analítico?

lista sabe, por su propia experiencia de análisis, qué es lo que sucede con la transferencia, qué es lo que sucede con el *sujeto supuesto saber* en el análisis: el efecto de reducción del saber a la verdad (Lacan, 1967-1968: clase 29/11/67). Sobre este punto vuelve a referirse a un olvido. El analista no debe olvidar lo que él deviene al final de este proceso. Olvidarlo sería, nuevamente un efecto de la represión, por parte del analista (Lacan, 1967-1968: 29/11/67).

Cabe tener presente aquí tres referencias de Lacan respecto a la experiencia del análisis del propio analista. La primera es del *Seminario 8* donde se refiere a la contratransferencia y al deseo del analista. Dice que el analista, por su experiencia de análisis debe ser alguien *advertido*:

Debe admitirse que en nadie se da una elucidación exhaustiva del inconsciente, por lejos que se lleve un análisis. Una vez admitida esta reserva de inconsciente, es perfectamente concebible que el sujeto avisado [*averti*], precisamente por la experiencia del análisis didáctico, sepa, de alguna manera, jugar con ella como con un instrumento, como con la caja del violín cuyas cuerdas, por otra parte posee. De todas formas no se trata en su caso de un inconsciente en bruto, sino de un inconsciente suavizado, de un inconsciente más la experiencia de este inconsciente (Lacan, 1960-1961: p. 211).

La segunda referencia proviene del *Seminario 13*, donde a la cuestión de *estar advertido* añade la condición de *pensar*:

La relación del psicoanalista a la cuestión de su estatuto retoma aquí, bajo una forma de una agudeza duplicada aquella que está planteada desde siempre concerniente al estatuto de aquel que detenta el saber. Y el problema de la formación del psicoanalista no es, verdaderamente, otro que, mediante una experiencia privilegiada, el de permitir que venga al mundo, si puedo decirlo, sujetos para que esta división del sujeto no sea solamente algo que saben, sino algo en lo que piensan (Lacan, 1965-1966: clase 11/5/66).

La tercera referencia es precisamente del *Seminario 15*:

No olvidemos que el psicoanalista es supuesto haber alcanzado este punto donde, por reducido que sea, se ha producido para él esta terminación que comporta la evocación de la verdad.

...comenzar a ser psicoanalista, todo el mundo lo sabe, eso comienza al fin de un psicoanálisis (Lacan, 1967-1968: clase 6/12/67 y 10/1/68).

Ya se trate de estar advertido, de pensar acerca de la propia división, o de haber finalizado el análisis, Freud se refirió para esto a los *puntos ciegos* del analista: "...a cada una de las represiones no vencidas en el médico corresponde un punto ciego en su percepción analítica." (Freud, 1912a: p. 1381) Si extendemos la metáfora óptica en juego también podríamos llamarlos los *puntos anestesiados y paralizados* y los *puntos sordos* del analista, atendiendo no solamente a las condiciones de lo imaginario sino también a las del acto y de la escucha. Racker, por ejemplo, se refirió a la situación del *analista frígido*, cuando es incapaz de operar desde la atención flotante, frente al material del paciente (Racker, 1960: p. 39). A la inversa, Lacan precisó ya en su *Seminario 8* que:

...cuanto más analizado esté el analista, más posible será que esté francamente enamorado, o francamente en estado de aversión, o de repulsión, bajo las modalidades más elementales de la relación de los cuerpos entre ellos, respecto a su *partenaire* (Lacan, 1960-1961: p. 214).

Lo que queremos decir es que el deseo del analista, no vacío, sino marcado por su condición más o menos neurótica, o fantasmática, es el primer obstáculo del acto analítico. Por eso señalamos en el capítulo anterior que el analista tiene que pagar con su juicio íntimo, con su ser, para poder ofrecer la posibilidad de escuchar. De allí la exigencia de Lacan al fin de análisis o al menos a la necesidad de haber hallado algunas *salidas* respecto de algunas fantasías, estar advertido de algunas marcas de ese deseo, pensar acerca de aquello que es la propia división.

¿Qué es el acto analítico?

El acto es la causa del análisis

Veamos cómo Lacan introduce, presenta y define el concepto de acto analítico en el *Seminario 15*. En la primera clase señala expresamente que el acto no es algo del orden de la motricidad, no es un arco reflejo, y no es una descarga de tensión. Se trata por el contrario de algo del orden del significante: *el acto analítico es significante*, o debe analizarse por relación al concepto de *significante* (Lacan, 1967-1968: clase 15/11/67). Aquí interviene la relación *hablar-actuar*, cuya aparente contradicción Lacan señala:

...para introducir al acto psicoanalítico, remarcaremos que, en la teoría psicoanalítica se habla. Por otra parte no estamos todavía en condiciones de especificar este acto de una manera tal que podamos de alguna manera poner su límite con eso que se llama en términos generales, y a fe mía, usual en esta teoría analítica: la acción (Lacan, 1967-1968: clase 15/11/67).

En la clase 3 del seminario encontramos la definición del concepto:

El acto analítico esencial del psicoanalista implica algo que yo no nombro, que he esbozado bajo el título de ficción y que se vuelve grave si se convierte en olvido: fingir olvidar que su acto es ser causa de ese proceso.

Que se trate de un acto, se acentúa con una distinción que es esencial hacer aquí.

El analista, por supuesto, no sin necesidad, diría incluso, de justificarse a sí mismo en cuanto a lo que se hace en un análisis... Se hace algo y se trata precisamente de esta diferencia, del hacer a un acto.

¿En qué banco colocamos al psicoanalizante? En el banco del hacer. Él hace algo. Llámenlo como quieran, poesía o manejo... él hace, y es bien claro que justamente, una parte de la indicación de la técnica analítica consiste en un cierto dejar hacer.

Pero, ¿es esto suficiente para caracterizar la posición del analista cuando este dejar hacer implica hasta un cierto punto el mantenimiento intacto en él de este sujeto supuesto saber, a pesar de que este sujeto él conoce por experiencia la caída [o destitución] y la exclusión y lo

que de ello resulta del lado del psicoanalista? (Lacan, 1967-1968: clase 29/11/67).

La definición contiene muchos conceptos condensados o varias “capas” de conceptos planteados, que podemos desglosar, parcialmente, y a los fines de nuestra pregunta, como sigue:

- a) El acto analítico es la causa del proceso del análisis;
- b) El analista no debe olvidar esto, porque toca a su función como analista, es decir a la posibilidad misma de que el análisis se instaure;
- c) El analista finge olvidar esto, de allí y entre otras razones, que el análisis implique una ficción;
- d) Al analista le toca el acto y al paciente el *hacer* o el trabajo, de allí que Lacan lo llame *analizante*, cuando su trabajo analítico así lo implique;
- e) El acto analítico no puede dejar intacto el mantenimiento del sujeto supuesto saber, la entidad misma del análisis como dicha ficción.

Debemos ahora detenernos en cada uno de estos puntos y tratar el alcance que Lacan da a su tratamiento.

a. El acto analítico es la causa del análisis

Se trata de una articulación entre el acto analítico y el análisis, a partir de un concepto que Lacan definió en sus *Seminarios 10 y 11*: el objeto *a* en su función de causa del deseo (Lacan, 1963-1964, 1964). Así como Winnicott situó el análisis por referencia a la posición del juego y de la creatividad, pero no de la realidad y el acatamiento, de manera análoga pero con otro sesgo conceptual, Lacan sitúa que el análisis sólo puede ocurrir por referencia a la función de la causa del deseo.

El objeto *a* es un objeto que cae como un resto de la operación de la división subjetiva, que Lacan describió en su *Seminario 10* (Lacan, 1963-1964: p. 36). El sujeto, al constituirse en el campo del significante, en el Otro, se constituye como un sujeto dividido. Pero no se trata de una división sin resto. El objeto *a*, es precisamente el resto de la operación. A partir de esto Lacan formalizará diferentes funciones, posiciones, situaciones de este objeto.

¿Qué es el acto analítico?

Es decir: de lo que con este resto el sujeto hace. Se trata de una manera como piensa la castración freudiana: el objeto *a* puede funcionar –tal como se sirve de él el sujeto neurótico– para obturar la castración en el Otro –vía el fantasma–, o para volverse la causa del deseo. Dado que el análisis, por definición misma, no puede dirigirse en la dirección de una respuesta fantasmática a la castración, sino antes bien, por interrogar esta respuesta, es que el análisis se ordena por referencia a la función inversa: no obturar la castración sino partir de ella como algo que causa el deseo.

Podemos figurar esto a partir de la fórmula superior del discurso analítico, tomado del *Seminario 17*: $a \rightarrow \$$, que puede leerse como la función del objeto *a* en la causa del trabajo del analizante. Lacan utiliza otro término para referirse a la función del objeto *a* en esta fórmula: la de soporte. El analista, como objeto, soporta el análisis o es el soporte del análisis. El acto analítico es el soporte de la transferencia y de la interpretación (Lacan, 1967-1968: clases 29/11/67, 6/12/67, 17/1/68), es decir que el amor de transferencia, el odio en la transferencia, y lo que allí se dice, toma su función por referencia a este acto.

La idea de soporte implica también que existe algo insoportable en el análisis (Lacan, 1967-1968: clase 6/12/67), que toca precisamente a la función del objeto. El lugar que el analista toma en este acto es precisamente el lugar del objeto: “El psicoanalista se hace de objeto *a*. Se hace, entiéndase: se hace producir; de objeto *a*: con objeto *a*.” (Lacan, 1969: p. 53)

b. El analista no debe olvidar que su acto es la causa del análisis

Si Lacan subraya aquí *no debe olvidar* es precisamente porque lo olvida, incluso en el sentido de un olvido inconsciente. Es decir, puede ser que alguien, a quien llamamos analista, esté en silencio, diga algo, o haga algo, pero eso no implica *a priori* que esté actuando. Lacan observa que “acto analítico” significa que el analista debe situarse *en acto* (Lacan, 1967-1968: clase 28/2/68):

...ese psicoanálisis, precisamente, no podría instaurarse sin un acto, sin el acto de aquel que, si puede decir, autoriza la posibilidad, sin el acto del psicoanalista y que la tarea psicoanalítica se inscribe al interior de ese acto

que es el psicoanálisis (Lacan, 1967-1968: clase 21/2/68).

Si el analista olvida esto, o no está advertido de esto, nada garantiza la posibilidad de que se instaure el análisis. Dicho al revés: la única garantía que el analista tiene de abrir la opción del análisis, como una posibilidad, es su acto. Adviértase que en este punto Lacan nunca dice qué es lo que tiene que hacer el analista para que el análisis se instituya, comience, o simplemente sea posible. Porque no se pueden establecer reglas *a priori* sobre esto, sino que se trata del dominio de las expresiones singulares de cada caso. Pero lo que sí está advirtiendo, independientemente de cómo se dé o se haga, es lo siguiente: es una función del acto analítico ofrecer al sujeto las condiciones en las que el análisis pueda instituirse como tal. Queda luego a cuenta del sujeto la elección que sobre esto hace.

c. El analista finge olvidar que su acto es la causa del análisis

El acto que el analista no olvida, no es sin embargo algo a lo que se refiere en el análisis. Finge olvidar esto. Y sostiene por ello la ficción del análisis. *El análisis es una ficción* por varias razones. En primer lugar porque el saber que el sujeto puede suponer en algún momento al analista, es precisamente aquello de lo que el analista hace ejercicio de su ignorancia (Lacan, 1955: p. 336), como posibilidad de despliegue del saber no sabido del analizante. En este punto Lacan realiza una articulación original entre la posición de la *docta ignorancia* de N. de Cusa (Lacan, 1955) y el concepto de inconsciente freudiano.

En segundo lugar es una ficción porque opera sobre una enfermedad artificial –la neurosis de transferencia– que resulta del encuentro contingente del deseo del paciente con el deseo del analista. Dicho de otra manera: aquel saber inconsciente que se despliega en la transferencia, en parte pre-existe al análisis, y en parte no (Lacan, 1967-1968: clase 21/2/68). Es una obviedad que pre-existe al análisis porque la neurosis pre-existe al análisis. Pero así como hay una neurosis de transferencia, que no pre-existe al análisis, hay también un inconsciente, un lenguaje particular, de transferencia, que es el lenguaje propio de *cada* análisis, que bien vale llamar tomando la expresión de Lacan, “un autismo de a dos” (Lacan, 1976-1977: clase 19/4/77), para

¿Qué es el acto analítico?

referirse a los significantes de *esa* transferencia.

De aquí se desprende una definición crucial del acto analítico, que tomamos del *Seminario 16: el acto analítico no apunta a que el sujeto exprese sus pensamientos, sino a causarlos* (Lacan, 1968-1969: p. 13). Dicho de otra manera: no se trata solamente de que el sujeto diga lo que piensa –consciente o inconscientemente–, sino de que piense. Una situación frecuente de esto suele darse cuando ante una pregunta del analista el paciente responde “no sé” o “nunca lo pensé”, y entonces el analista lo invita a ello.⁴

Entonces, cuál será la enfermedad artificial –y de carácter ficticio– por la que el análisis transcurra, dependerá de marcas muy singulares del encuentro con el analista. Si bien el analista no cuenta como sujeto en el análisis, su presencia irreductible hace que esas marcas existan. Se puede hablar del estilo de un analista o del deseo del analista. *Aún cuando se trate de un deseo vacío, no es nunca un deseo matemático*, precisamente por ser un deseo. Y el modo como ese deseo se vacía para cada quien supone ya marcas muy singulares. En sus *Reseñas de enseñanzas* sobre el *Seminario 15* Lacan se refiere a esto:

Pero, una vez más, cómo no ver que ya se ha tomado del cuerpo la muestra con la que se va a hacer psicoanalista, y que a esto hay que conformar el acto psicoanalítico (Lacan, 1969: p. 53).

El acto analítico entonces es el acto que sostiene *aquella ficción por la cual el sujeto se analiza*. Incluso cuando miente al analista, es a través de la mentira que dice la verdad (Lacan, 1959-1960). Por ello define al acto analítico, a diferencia del acto del sujeto, como “un acto en falso” (Lacan, 1967-1968: clase 17/1/68), algo que quedará en la historia del sujeto como “una especie de episodio” (Lacan, 1967-1968: clase 24/1/68). Lacan hace intervenir aquí otro aspecto, la vida privada del analista. Se trata del lugar que el analista ocupa en la vida del paciente, pero no la idea inversa, que involucra la función del deseo del analista, de la

⁴ F. Ulloa se refirió a esto, también en términos semejantes: “El fundamento del propio análisis, cuando pretende superar los redondeles autoeróticos en que gira el autoanálisis, estriba en el reconocimiento y la referencia del otro, no necesariamente como interpretador, sino como presencia que promueve el preguntarse.” (Ulloa, 2012: p. 27)

pregunta, de su enigma:

Lo que hace el estatuto del analista es en efecto una vida que merece ser llamada vida privada, es decir el estatuto que se da es propiamente en el que mantendrá, está construido para eso, la autorización, la investidura del analista, su jerarquía, el ascenso de su gradus, de forma tal que al nivel en que, para él eso puede tener consecuencias, esta función, la suya, la más escabrosa de todas que es la de ocupar el lugar de ese objeto *a*, eso le permite conservar sin embargo estables y permanente todas las ficciones más incompatibles con lo que resulta de su experiencia... (Lacan, 1967-1968: clase 27/3/68).

d. El acto analítico implica un acto y un hacer

Lacan lo define como “la conjunción de un acto y un hacer” (Lacan, 1967-1968: clase 24/1/68). Instituye un hacer, pero “ese hacer no es el suyo” (Lacan, 1967-1968: clase 6/12/67), sino del analizante. “Analizante”, a diferencia de analizado o paciente, es un concepto activo: “...después de todo el que habla todo el tiempo es el ‘psicoanalizante’...” (Lacan, 1967-1968: clase 6/12/67). Es él el que habla porque es sobre él que deben experimentarse los efectos de la palabra (Lacan, 1967-1968: clase 7/2/68), lo que Lacan llama una elección, “la elección de probarse a los efectos del lenguaje”. (Lacan, 1967-1968: clase 7/2/68) El analista mismo no existe antes de esta elección y por ello es el analizante el que produce, literalmente, al analista (Lacan, 1967-1968: clase 7/2/68). Y lo produce con un valor instrumental: no es el analista quien analiza al paciente, sino el analizante el que se analiza “con”... ese analista (Lacan, 1967-1968: clase 13/3/68).

Ser un instrumento no es lo mismo que hacer un trabajo. Se trata de ser algo, indefinido *a priori*, a partir de lo que un sujeto pueda analizarse. ¿A partir de qué alguien se analizaría con otro? No es algo en sí mismo natural sino que por el contrario supone un encuentro muy singular. De acuerdo al proverbio chino, *enseñar a pescar en lugar de dar un pescado*, diríamos aquí que se trata menos de dar o enseñar que de *ser la caña*. Si el analista es eso, está abierta la posibilidad de que el analizante pueda hacer algo con eso.

¿Qué es el acto analítico?

En cuanto al analista, Lacan subraya que se niega al acto, se resiste al acto (Lacan, 1967-1968: clase 24/1/68). No en los términos referidos más arriba, sino precisamente porque sabe que no le corresponde a él hacer el trabajo. *Es analista porque no analiza*. Y por ello su acto es un acto que permite otro (Lacan, 1967-1968: clase 24/1/68), lleva a otro, el acto del sujeto o acto a secas.

En el *Seminario 7* aparece esta fórmula: *el análisis deja al sujeto en las puertas del acto* (Lacan, 1959-1960: p. 32).⁵ Este es el punto donde debemos diferenciar el acto analítico (acto y hacer) del acto del sujeto. El segundo es un acto relativo al sujeto, pero el primero es un acto relativo a ambos, por ello no es concebible el autoanálisis. Aun cuando ya hemos destacado que el papel del analista es un *no-actuar positivo*. Si el acto del analista es no-hacer, es precisamente porque su hacer obstruye el hacer del analizante.

e. El acto analítico no puede dejar intacto el mantenimiento del sujeto supuesto saber

Todo acto supone por definición para Lacan una “mutación del sujeto”, un “cambio de estructura”, un “cambio de superficie” (Lacan, 1966-1967: clase 15/2/67). Aplicado al acto analítico: *una mutación en la relación del sujeto con el analista*. Sin duda hay dos puntos coyunturales de esta mutación que el psicoanálisis históricamente ha reconocido: el inicio del análisis y el final del análisis. Ya hemos destacado que el inicio del análisis supone al acto. Lo que Lacan señala en el *Seminario 15* es que el acto analítico no puede incluir la idea de un análisis interminable. Volveremos sobre este punto en el *Anexo* final, pero debemos situar aquí cuál es la relación del acto con el fin de análisis: el análisis puede volverse interminable por diversas razones, que variarán en cada caso, pero *es una función del acto analítico conducir la cura hacia el terreno de un análisis terminable*. Independientemente de lo que haga el sujeto: abandone, continúe o concluya efectivamente su análisis.

La preocupación de Lacan aquí es menos fenomenológica

⁵ Textualmente dice: “...indico desde ya que la acción moral nos plantea problemas precisamente en tanto que, si el análisis nos prepara quizá para ella, a fin de cuentas, nos deja en su puerta.”

que estructural: lo plantea como un problema de la relación del *saber* con la *verdad*. En el acto analítico, el saber, las ficciones que se despliegan, son un *rodeo directo* –vale aquí el oxímoron– hacia la verdad. Lacan lo llama incluso “la hora de la verdad” (Lacan, 1966-1967: clase 21/6/67). El sujeto es consciente de esta verdad, aún bajo el modo de la represión. Es precisamente porque es consciente que esto resulta reprimido.

En el análisis terminable, el saber tiene como horizonte la verdad, independientemente de que eso coincida o no con una finalización del tratamiento. En este sentido, el acto del sujeto es un momento correlativo de la caída del acto analítico, de la caída del analista en su función de causa del deseo. O al menos es un momento donde el telón baja y vuelve a subir, las vueltas que sean necesarias.

Entre la tontería y el horror

Antes de continuar con la referencia al acto del *Seminario 16* quisiéramos destacar dos precisiones que Lacan hace del tema. La primera proviene del *Seminario 15*. En la segunda clase del seminario, asocia el acto, no al elogio de la locura, sino al elogio de la *connerie*, la tontería, la pavada, la boludez:

El elogio de la tontería [*connerie*] sería seguramente una operación mucho más sutil a realizar, porque, en realidad, ¿qué es la tontería? Si la introduzco en el momento de dar el paso esencial concerniente al acto analítico, es para hacerles remarcar que eso no es una noción...

Es difícil decir qué es. Es algo así como un nudo alrededor del cual se edifican muchas cosas y se delega todo tipo de poderes, que es seguramente algo estratificado. No se la puede considerar como simple (Lacan, 1967-1968: clase 22/11/67).

Articula la tontería al desconocimiento, como aquella función específica del narcisismo:

Lo importante es: ¿desconoce qué? Precisamente es eso por lo que se distingue la dimensión de la tontería. Aquello que es lo que desconoce, es algo que, en verdad, merece ser presentado por este término, a saber, llamar-

¿Qué es el acto analítico?

se la tontería. Es indispensable captar la verdadera dimensión de la tontería como siendo eso con lo que tiene que vérselas el acto psicoanalítico (Lacan, 1967-1968: clase 22/11/67).

Lacan lo remite a las formaciones del inconsciente, esos tropiezos del lenguaje que a veces el paciente califica de pavadas; lo remite por otro lado a cierta posición del paciente en el análisis, el hecho de que boludea o se hace el tonto; podemos añadir también otro sentido, el registro de lo que para el paciente es *lo importante* y lo que son las tonterías, cuando muchas veces toma por pavadas cosas que son muy importantes. En eso Lacan sugiere ver los modos en que la verdad del sujeto y las tonterías de su relato se separan y reúnen:

Para el psicoanalista, la ley es diferente. Ella es: 'Dad a la verdad lo que es de la verdad, y a la tontería lo que es de la tontería'. Y bien, esto no es tan simple, porque ellas se recubren y si hay una dimensión que es la propia del psicoanálisis, no es tanto la verdad de la tontería como la tontería de la verdad (Lacan, 1967-1968: clase 22/11/67).

En su tratado de técnica, Fenichel había hecho una observación semejante, aunque con otro lenguaje:

El análisis siempre debe funcionar en las capas accesibles en el momento para el Yo. Cuando una interpretación no surte efecto uno suele preguntarse: '¿Cómo podría haberlo interpretado más profundamente?'. La pregunta correcta debería ser: '¿Cómo podría haberlo interpretado más superficialmente?'. Los conflictos profundos también tienen sus representantes en las fruslerías de la vida diaria, y es allí donde el paciente puede enterarse de su efectividad (Fenichel, 1941: p. 76).

La segunda referencia a la que aludimos tiene su punto de partida en el *Seminario 15* también, donde Lacan observa que "hay algo bastante insoportable en este acto, insostenible para el que se compromete en él, por lo que teme aproximarse..." (Lacan, 1967-1968: clase 6/12/67). Hacerse soporte del objeto *a* no es algo que el analista realice sin estar atravesado por la dimensión de

lo insoportable. No sólo por el lugar al que él es asignado en la transferencia sino por el efecto de división que su acto causa en el trabajo del paciente. Lacan utilizó para esto la palabra *horror*, en la carta enviada al diario *Le monde* el 24 de enero de 1980:

Remito a *Le Monde* el texto de esta carta. Con mi seminario 15, si quisiera publicarlo entero. Para que se sepa que nadie aprendió nada al lado mío, nada de valor. Sí, el psicoanalista tiene *horror* de su acto. Hasta el punto que lo niega, lo deniega y lo reniega –y maldice al que se lo recuerda...

La tradición psicoanalítica se ha referido siempre a aspectos relativos a esto. Freud por ejemplo se refirió a propósito del hombre de las ratas al “doloroso camino” de la transferencia (Freud, 1909b: p. 164). Fenichel remitió la cuestión al aspecto económico de la metapsicología:

Al aspecto económico pertenece la *dosificación* de las interpretaciones. Es tarea del médico cuidar que el proceso terapéutico comprenda el mínimo de dolor para el paciente. La ruptura de una armadura narcisista es particularmente dolorosa (Fenichel, 1941: p. 84).

Ferenczi, a quien ya citamos en este punto, observó:

Pero ello conduce fácilmente en la práctica a querer ahorrar al paciente el dolor de intervenciones necesarias y abandonarle en exceso la dirección de sus asociaciones y la interpretación de sus ideas. La *actividad* moderada, pero enérgica si es preciso, que exige el análisis reside en el hecho de que el médico acepta en cierta medida realizar el papel que le es prescrito por el inconsciente del paciente y su tendencia a la huida (Ferenczi, 1924a: p. 9-10).

Reich observó, a propósito del análisis del carácter:

Muchas neurosis no pueden ser vencidas por medios tibios. Los medios del análisis del carácter, el hincapié consecuente sobre la resistencia caracterológica y la persistente interpretación de sus formas, maneras y moti-

¿Qué es el acto analítico?

vos, son tan potentes cuanto poco placenteros para el paciente. Esto en nada se relaciona con la educación; se trata más bien de un principio analítico estricto. Sin embargo, conviene señalar al paciente, desde un comienzo, las dificultades y displaceres previsibles (Reich, 1949: p. 99).

Meltzer señaló directamente que el psicoanálisis, para ser psicoanálisis, tiene que doler:

Un colega me contaba que al reprender a su hijo por las muchas magulladuras con que retornó de un partido de rugby, éste le respondió: "si no doliera no sería deporte". Me referí a la actividad psicoanalítica como una mezcla de esfuerzo artístico y atlético, tal vez a causa de este hecho central que nos dice que para que sea bien hecho tiene que 'doler' (Meltzer, 1967: p. 159).

Greenson calificó al trabajo analítico como una labor grave y dura:

En su conjunto, la labor analítica es grave. No siempre será sombría o lamentable, y no todas las horas analíticas son deprimentes o dolorosas, pero en general se trata por lo menos de una labor muy dura (Greenson, 1967: p. 79).

Etchegoyen recoge en su tratado la opinión de Ferenczi y Bion, en la misma dirección:

...Ferenczi, como habrá de decir Bion muchos años después, piensa que el psicoanálisis no puede darse sin dolor, y uno de sus objetivos es justamente aprender a tolerarlo (Etchegoyen, 1986: p. 313).

Más allá de la especificidad de lo que cada uno de estos autores está diciendo y cómo estas referencias se insertan en sus respectivas obras: ¿qué es lo que están señalando exactamente? La cuestión puede prestarse a muchos mal-entendidos imaginarios y derivar en formas sádicas del análisis, pensando que a través del dolor del paciente se garantiza el sello psicoanalítico de la práctica. No se trata en absoluto de eso.

El horror frente al acto y el dolor de la división subjetiva no son

fenómenos que ocurran a nivel del *yo*. Precisamente porque en el acto se articulan el objeto *a* y un sujeto dividido, ambas funciones en las antípodas del *yo*. El objeto *a* porque es un objeto parcial, no total. Y el sujeto dividido porque supone la fractura del *yo*, antes que su síntesis. Para transmitirlo a través de una metáfora simple podríamos decir que no se trata del dolor de una afección mórbida, sino del dolor de un trabajo de parto. El cual incluso puede asociarse a una forma singular de placer y alegría. En el *Seminario 11* Lacan se refiere a una metáfora semejante al hablar de la *separación*, operación que constituye uno de los antecedentes, no del acto analítico, sino del acto del sujeto. Aquel acto por el cual se separa del Otro, mutilándolo, y volviéndose causa de su deseo:

Separare, separar, acudiré de inmediato al equívoco del *se parare*, latín del *se parer*, con todos los sentidos fluctuantes que tiene en francés –tanto vestirse como defenderse, procurarse lo necesario para que los demás se cuiden de uno, y acudiré incluso, amparado por los latinistas, al *se parere*, el parirse de que se trata en este caso. ¿Cómo, desde este nivel, ha de procurarse el sujeto? (Lacan, 1964: p. 221-222).

Al igual que una partera asiste a la mujer en el trabajo de parto, el analista también se hace soporte de un trabajo que hace el paciente, no sin dolor. Si el horror lo lleva a rechazar el acto, el análisis no es posible. Dicho de otra manera: el análisis no es concebible allí donde el analista no se hace soporte del trabajo del analizante.

Por otro lado, el hecho de que el acto suponga una dimensión de dolor no significa que se emparente con ningún fantasma masoquista. Es claro que el analista está afectado por el *pathos* que supone la palabra del analizante, pero la división que supone a este último en el trabajo analítico no es efecto del goce sino del deseo. Y si el analista ocupa el lugar del objeto *a*, no es para gozar del dolor del analizante, ni mucho menos, sino para ocupar el lugar de aquello que de manera particular en cada caso, funciona como la causa del deseo. En el *Seminario 16* precisa de esta manera la diferencia entre al acto analítico y el acto masoquista:

¿Qué es el acto analítico?

Sería instructivo, seguramente no para confundirlos, confrontar el acto psicoanalítico con la práctica masoquista. Esto ya está señalado, y de alguna manera abierto, por lo que indicamos de la conjunción del sujeto perverso con el objeto *a*, que se despliega, literalmente en la práctica masoquista.

Digamos que, de cierta manera, tal lejos como él lo quiere, el masoquista es el verdadero amo. Es el amo del verdadero juego.

Evidentemente no pensamos un solo instante en imputar tal suceso al psicoanalista, ya que esto sería confiar en él para la búsqueda de su goce, algo que estamos lejos de concederle (Lacan, 1968-1969: p. 319).

Antes que ser el amo, el analista ocupa más bien un lugar de *chorlito del inconsciente*, como veremos en el próximo capítulo. Por otro lado, vale la pena aquí recordar la manera como Freud define la neurosis de transferencia como una formación artificial entre la enfermedad y la vida. No debe confundirse entonces de qué se habla y qué se está diciendo cuando se introduce el término *dolor* aquí: no es un dolor que se articule al goce, sino al deseo, y se trata de un dolor que se afirma en la “enfermedad” para dirigirse a la “vida”.

Paradojas del acto analítico

a. Un discurso sin palabras

Lacan da por concluido el seminario sobre el acto analítico y la primera referencia de apertura del *Seminario 16* es la idea de un *discurso sin palabras*. En la primera clase, antes de decir nada, escribe en el pizarrón (Lacan, 1968-1969: p. 11):

*La esencia de la teoría psicoanalítica
es un discurso sin palabras*

Y da apertura al seminario, de la siguiente manera:

Volvemos a encontrarnos para un seminario cuyo título *De un Otro al otro*, elegí con el propósito de indicarles las

grandes referencias en torno de las cuales deben girar mis palabras este año, palabras cruciales en la medida en que se trata de definir qué pasa con este discurso llamado el discurso analítico, cuya intervención en el momento actual conlleva tantas consecuencias (Lacan, 1968-1969: p. 11).

Adviértase el movimiento entre los seminarios 15 y 17 que va del concepto de acto analítico al concepto de discurso analítico. Ya hemos señalado que no se trata de conceptos equivalentes o reducibles entre sí. Lacan señala que el discurso formaliza la lógica del acto (Lacan, 1971: p. 57). Lo cual significa para nosotros que el concepto de discurso analítico es uno de los modos en que se continúa la formalización del concepto de acto, pero sin que el segundo se reduzca al primero.

Un punto de conexión muy importante entre el *Seminario 15* y el *Seminario 16* es el concepto de *trabajo*. Si en el *Seminario 15* Lacan destacó que el acto analítico supone la conjunción de un acto (analista) y un hacer (analizante), es el hacer del analizante definido como un trabajo una de las variables importantes que Lacan desarrolla en el *Seminario 16*.

¿Qué significa que la esencia de la teoría psicoanalítica sea un discurso sin palabras? Si bien Lacan se refiere aquí a la teoría y no al acto, resulta interesante extender la idea, de la teoría al acto, ensayando esta otra: *el acto analítico es un discurso sin palabras*. En su tratado de técnica Fenichel realizó una observación en la misma dirección que vale la pena citar:

Una situación transferencial, por ejemplo, se está comentando y simultáneamente ocurre por el modo en que el paciente se comporta *un duplicado de lo que se está hablando en una acción sin palabras en un nivel diferente* (Fenichel, 1941: p. 74).

La idea resulta por lo menos llamativa si recordamos que en *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis* (1953) Lacan señaló que el único medio del psicoanálisis es la palabra. Freud señaló desde los inicios del psicoanálisis que la palabra es el instrumento de la cura. Y el psicoanálisis recibió la denominación de *cura por la palabra*. Pero en la misma medida se refirió al valor de la transferencia en la curación, incluso a la *neurosis de transferencia* como aquella enfermedad artificial que

lleva a la curación. En este sentido es particularmente ilustrativo un pasaje de una carta de Freud a Jung: "Se trata en realidad de una curación mediante el amor." (Freud, 1906: p. 49) No creemos que se trate de lo mismo, si nos representamos que en el análisis el sujeto se cura porque habla, o que el sujeto se cura, que la cura transcurre, porque hay algo que sucede entre el analista y el paciente: el hecho de que al sujeto le pasan cosas con el analista. Donde debe subrayarse: que pasen cosas. Pero esto no es otra cosa que el concepto de transferencia.

¿Puede tener lugar un discurso sin palabras? Sí, es algo cuya evidencia no requiere la inmersión en el dispositivo analítico para ser constatada. Dos personas pueden mantener entre sí toda una conversación sin palabras. También puede suceder que utilicen ciertas palabras para hacerles decir otra cosa, a partir de juegos metafóricos y metonímicos. O que se sirvan de cualquier palabra, tomada al azar, pero utilizada con cierta impresión corporal o afectación particular. De allí que Lacan dijera entonces: "Yo me precio de hacerle decir en una frase a cualquier palabra cualquier sentido." (Lacan, 1974: p. 93)

Destaquemos entonces que *se trata de un discurso sin palabras pero no de un discurso sin cuerpo*. Si eventualmente puede prescindirse de la palabra es porque ahí está el cuerpo. De aquí proviene también la referencia de Lacan a la enseñanza del maestro en la técnica zen, referencia con la que abre el *Seminario 1*:

El maestro interrumpe el silencio con cualquier cosa, un sarcasmo, una patada. Así procede, en la técnica zen, el maestro budista en la búsqueda del sentido (Lacan, 1953-1954: p. 11).

La referencia a un *discurso sin palabras* indica que el análisis no se resuelve necesariamente en la dialéctica entre la palabra vacía y la palabra plena. Si entendemos por *discurso* la referencia a un lazo entre el sujeto y el analista (Lacan, 1969-1970), la atribución "sin palabras" indica que más allá de la palabra vacía, y aún cuando el sujeto no asume su lugar en la palabra plena, *cabe considerar cierta forma de lazo con el analista desde la perspectiva del acto*, y que eso tenga cierta valor operatorio en el análisis. En la constitución de la transferencia, en su maniobra y en la interpretación.

Si la idea de un discurso *con* palabras resulta problemáti-

ca, al menos por momentos, para el psicoanálisis, es porque la palabra lleva rápidamente al malentendido (Lacan, 1968-1969: p. 14), porque encuentra rápidamente resistencias. De allí que Lacan señale:

Se trata evidentemente de que cosas extraídas de su contexto pueden ser verdades, pero eso no quita que sean estupideces. Por esta razón prefiero un discurso sin palabras (Lacan, 1968-1969: p. 38).

b. Ganar el saber con el sudor de la verdad

Luego de veintiuna clases de *Seminario 16* puede pensarse que Lacan sacó del primer plano el concepto de acto analítico, pero aquí dedica una clase entera a este concepto. Puede tomarse como una re-lectura y puntualización original que hace de su propia elaboración. Al punto que hacia el final de la misma dirá: “Recién hoy llevé hasta este punto mi discurso sobre el acto psicoanalítico.” (Lacan, 1968-1969: p. 320) Resulta una afirmación significativa si tenemos presente que todo lo que Lacan dijo sobre el acto desde el *Seminario 14* en adelante estuvo modulado por ideas acerca de *lo que el acto es, lo que no es, lo que acaso sea, lo que no dice pero esboza y lo que en definitiva no debe decirse del acto* (Lacan, 1967-1968; 1968-1969). Es decir, no se trata de un concepto que haya definido positivamente en una sola vuelta y a partir de una única fórmula. Así lo recuerda:

Se trataba del acto psicoanalítico, que nadie había siquiera pensado nombrar como tal antes que yo, lo que es un signo preciso de que ni siquiera se había planteado la cuestión. Si no, si se habría pensado que en el psicoanálisis había en alguna parte un acto, lo más sencillo habría sido nombrarlo. Hay que suponer que esta verdad estaba velada. No creo que haya sido casual que se haya visto así truncado lo que tenía para enunciar sobre el acto ese año. Hay una relación que naturalmente no es casual entre estos acontecimientos y la ineptitud de los psicoanalistas sobre lo que atañe al acto, y especialmente al acto psicoanalítico (1968-1969, p. 309).

Sitúa en este seminario, y a propósito del acto, una paradoja. En

¿Qué es el acto analítico?

el hecho, ya señalado en el *Seminario 15*, de que el acto supone la institución de un saber, en la misma medida que su destitución, lo que abre camino a la verdad, de un *Otro* al *otro*:

El acto psicoanalítico se presenta como incitación al saber. La regla que se da al psicoanalizante implica que puede decir todo lo que se quiera. Sabe Dios lo que de buenas a primeras esto puede representar de insensato. Si se nos tomara la palabra, si aquellos a los que introducimos en esta práctica se pusieran verdaderamente a decir todo lo que se les pasa por la cabeza, lo que quiere decir verdaderamente cualquier cosa que tenga un sentido para ellos, ¿a dónde iríamos a parar? Si podemos confiarles esta empresa, es precisamente debido a que está implícito, aunque no sean capaces de decirlo, que, digan lo que digan, hay Otro, el Otro que sabe lo que eso quiere decir (Lacan, 1968-1969: p. 312-313).

Si recordamos el esquema *Lambda* que Lacan plantea en el *Seminario 2*, donde sitúa el análisis no por relación al *otro*, el *yo*, sino al *Otro*, la palabra, podemos hacer la siguiente esquematización: el análisis se dirige de un *otro* –imaginario–, a un *Otro*, y de este último, a un *otro* –real. Si aclaramos que es una esquematización es porque nada es tan lineal ni tan simple en el curso de un análisis. Pero puede tomarse este esquema a modo metafórico de lo que ocurre en un análisis respecto del *yo*, la *palabra* y el *objeto a*. El sujeto habla, asocia, piensa... el límite que ese hablar encuentra es la verdad:

La interpretación analítica se distingue porque, en lo que se articula en adelante como saber, por primitivo que sea, ella apunta a un efecto, efecto de saber por estar articulado allí, que vuelve sensible como su verdad. Como indicamos, esta verdad se encuentra del lado del deseo, es decir, de la división del sujeto (Lacan, 1968-1969: p. 313-314).

Se involucran en el acto analítico el desconocimiento que concierne al *yo*, el saber que concierne al sujeto, y la verdad que concierne al objeto. Sorteando la función de desconocimiento del *yo*, se instituye el saber inconsciente, incluso la transferencia como sujeto supuesto saber. Pero si esto se hace, es como un rodeo a la verdad:

El psicoanalista, pues, induce al sujeto, al neurótico en este caso, a comprometerse en un camino en el que él lo invita al encuentro de un sujeto supuesto saber, en la medida en que esta incitación al saber debe conducirlo a la verdad. Al término de la operación hay evacuación del objeto *a*, por cuanto este representa el hiato de esta verdad rechazada, y es este objeto evacuado lo que el analista mismo representará por su en-sí, si me permiten. En otras palabras, al volverse él mismo la ficción rechazada, el analista cae (Lacan, 1968-1969: p. 315).

Para decirlo con una fórmula del *Seminario 7*: si el análisis lleva al sujeto hasta las puertas del acto, en ese punto el analista cae como función y el sujeto pasa de aquel acto que es el acto analítico, a este otro acto que es el acto del sujeto o acto a secas.

En el esquema muy simplificado que ofrecimos más arriba, podemos situar que en la relación *de un otro al Otro* el analista ocupa un lugar de espejo vacío, de oyente, de no-actuar positivo, de relativa neutralidad... pero en la relación *de un Otro al otro* Lacan sitúa que el analista, en tanto se hace objeto *a* causa del análisis, y cae al final del proceso, es el *chivo expiatorio*:

El chivo expiatorio es el analista, que se hace cargo de este objeto *a*, que hace que este pueda quedar suspendido eternamente para el sujeto y que el fruto de un análisis terminado, como lo llamé el año pasado, sea una verdad de la que el sujeto es desde entonces incurable, precisamente porque se evacuó uno de los términos (Lacan, 1969-1969: p. 318).

La referencia al chivo expiatorio señala que el analista está ahí para ocupar un lugar que se requiere para el análisis, ya se trate en diferentes momentos de la cura de un objeto bueno o de un objeto malo, de un objeto amado o un objeto odiado. Cuando por ello el sujeto accede a una verdad de la que es incurable, la continuación del análisis *en ese punto*, la perpetuación del sujeto supuesto saber, *en lo que toca a ese punto del sujeto*, hace del análisis algo interminable. Y hace que el sujeto se refugie en el saber. La repetición se trata de eso y dependerá de cada análisis, y del deseo del analista, cuantas vueltas se requieran dar. Pero más allá que el sujeto *de vueltas*, toca al analista interrogar el saber, como única vía a la verdad. Por eso Lacan dice que el analista

¿Qué es el acto analítico?

saca “provecho de los que ganan este saber con el sudor de la verdad” (Lacan, 1968-1969: p. 321).

El analista es el actor

Lacan plantea en esta misma clase, *Paradojas del acto psicoanalítico*, una idea muy singular que vale la pena tratar: *hay algo que, en el acto analítico, no debe decirse*:

En otro sentido, no es por supuesto más que accidental que los acontecimientos [*del Mayo francés*] hayan interrumpido lo que tenía para decir del acto, lo que no deja tampoco de representar algo que, en lo que a mí respecta, considero como un encuentro. No lo lamento ya que esto me eximió de decir sobre el tema del acto psicoanalítico lo que, en suma, *no debe decirse* (Lacan, 1968-1969: p. 310).

¿Qué es lo que no debe decirse del acto analítico, cuando podemos pensar que se propone como un discurso sin palabras? Hay algo que no debe decirse, o que no debe hacerse pasar por el decir. Lacan mantiene la pregunta y no cierra la cuestión. Nosotros continuaremos aquí la referencia en un concepto sobre el cual vuelve en esta misma clase, *la presencia del analista*:

...la captura del propio analista en la oquedad del *a* constituye precisamente lo ininterpretable. Para decirlo todo, lo ininterpretable en el análisis es la presencia del analista. Por eso interpretar ésta, como se ha visto, como incluso se imprimió, es propiamente abrir la puerta, convocar a este lugar al *acting out* (Lacan, 1968-1969: p. 317).

En el mismo sentido se refirió en el *Seminario 15* cuando señala que en el acto analítico el analista *finje* olvidar que su acto es la causa del análisis, y por ello sostiene el análisis como una ficción, aquella a partir de la cual el sujeto se analiza. Hay una tercer referencia que vale mencionar, del *Seminario 19*, al cuerpo:

...ese cuerpo que los representa aquí y al cual, en tanto analista, me dirijo. Porque cuando alguien viene a ver-

me a mi consultorio por primera vez y yo escando nuestra entrada en el asunto mediante algunas entrevistas preliminares, lo importante es eso, la confrontación de cuerpos. Es justamente porque es de ahí que se parte, este encuentro de cuerpos, que a partir del momento en que se entra en el discurso analítico, eso ya no estará en cuestión (Lacan, 1971-1972: p. 224).

Pero dado que no se entra mecánicamente al discurso analítico de una vez y hasta el fin del análisis, sino que para Lacan se trata de *giros* de discursos (Lacan, 1972-1973), entonces debemos pensar que cada maniobra por la que algo *gira* al discurso analítico puede suponer en alguna medida la confrontación de cuerpos. Es decir, ciertos momentos muy puntuales del análisis donde los cuerpos se hacen particularmente presentes: ciertas apuestas analíticas y ciertas decisiones del sujeto.

En este sentido hablar del acto analítico, interpretar lo ininterpretable de la presencia del analista es dejar de fingir, y abandonar la ficción.⁶ Dicho al revés: dejar de fingir, o dejar la ficción, es salir del acto. El análisis de niños enseña esto con claridad, cuando el analista interviene, o interpreta, pero dejando de jugar. *Si deja de jugar, salió del juego*. Y el niño lo señala rápidamente, invitándolo nuevamente al juego. El adulto puede a veces hacer esto, otras un *acting out*, otras interrumpir el análisis, entre muchas más posibilidades.

Lacan refiere que el analista se sitúa respecto de la escena analítica en el lugar del actor, en la medida que es como actor que sostiene la escena, y que opera en el acto:

Para designar lo que ocurre exactamente con el lugar del analista y del sujeto en el análisis, en mi seminario del año pasado recordé, a propósito del mito de Edipo, la distinción que debe hacerse entre la puesta en escena heroica, que sirve de referencia mítica a nuestra práctica analítica, y lo que se articula detrás, el nudo del goce en el origen de todo saber. La división del sujeto se modela y se modula sobre la división del espectador y del coro en el espectáculo tradicional. En cuanto al analista, está

⁶ Es lo que ocurre en algunas tradiciones del análisis post-freudiano de la interpretación de la transferencia. El analista, por interpretar, renuncia al acto. Si en cambio soporta la interpretación en el acto, puede hallar múltiples maneras de maniobrar con la transferencia.

¿Qué es el acto analítico?

en el lugar de lo que se representaba en la escena trágica, no hace sino ubicarse en el lugar del actor, en la medida en que basta un actor para sostener la escena. Esto da su sentido al acto psicoanalítico, cuya otra paradoja sorprendente, como recordé el año pasado, es este actor que se borra evacuando el objeto *a*, cosa que se une a lo que indiqué hace un momento (Lacan, 1968-1969: p. 317-318).

Ahora bien, tal como señala, se trata de un actor que se borra, se evacúa al final del análisis. Es crucial señalar lo que significa la relación *actor-escena* en el fantasma y el acto. Si sólo basta un actor para sostener la escena, esto puede llevar la escena analítica a dos planos: basta al sujeto para que el analista se vea involucrado en la escena del fantasma, por la cual el análisis se dirige hacia un callejón sin salida; o basta con el analista para que el sujeto se vea involucrado en el acto analítico, es decir, donde el objeto deja de responder a la castración y se pone delante de la división del sujeto. Lo que abre las puertas al trabajo analítico.

Esta manera de pensar el acto por referencia al carácter de escena que involucra, reconoce algunos antecedentes en la tradición post-freudiana. En su tratado Etchegoyen se refiere, en un apartado llamado *Comprensión escénica*, a la perspectiva de A. Lorenzer sobre el tema:

La comprensión psicológica (revivencia) se alcanza a través de una serie de gestos que poseen carga afectiva y revelan su significado en el contexto de una acción dramática. Como en el teatro, la acción del analizado permite al analista aprehender su estado afectivo como una Gestalt anímica, es decir, comprenderla con evidencia. Así como en la comprensión lógica surge la evidencia cuando se cierra una Gestalt y sobreviene un momento de alivio y convicción, también en la comprensión psicológica (revivencia) se cierra una Gestalt cuando entendemos una sucesión de gestos hasta entonces incomprensibles. En otras palabras, la comprensión lógica es al enunciado como la comprensión psicológica (revivencia) es a la acción dramática (Etchegoyen, 1986: p. 409).

La cuestión remite a lo que ha sido llamado, desde diferentes enfoques, el polo receptivo del analista: la percepción contra-transferencial, la contraidentificación proyectiva, la empatía, el

insight. El paciente induce, proyecta, empuja al analista a tomar en la transferencia determinado papel, por referencia a la escena de su neurosis infantil. Lo que el analista registra así, “inmóvil pero no impasible”, no responde a fenómenos de telepatía, adivinación, magia, iluminación, o de comunicación de inconsciente a inconsciente. Responde al registro de los afectos con los cuales el analista paga en la transferencia, al prestar su cuerpo a la función de *soporte* que es hacer de objeto *a* en el análisis. Función que tiene dos grandes flechas, tomando como metáfora la flecha que Lacan traza en su esquema del discurso: una flecha lleva al objeto a *obturar la castración*, la otra lleva a *causar la división del sujeto*.

Caben decir algunas palabras también aquí sobre la relación y la diferencia del psicoanálisis con el psicodrama. Sin idealizar ni denostar ninguna práctica, quisiéramos precisar que se trata de la puesta en juego de diferentes técnicas, con diferentes enfoques y efectos. Si antes dijimos que basta un actor para la puesta en juego de una escena, razón por la cual en el acto analítico es el analista quien ocupa el lugar de actor, esto no quiere decir que el acto sea el desarrollo de un psicodrama. Existen un sinnúmero de diferencias entre ambas prácticas y no podemos desplegar aquí un estudio comparativo de las mismas, pero sí quisiéramos subrayar una que es relevante para precisar lo propio del concepto de acto: en el análisis, si podemos decir que el paciente actúa, no podemos decir que sea consciente de ello. Más bien al contrario, como decía Freud, actúa porque no recuerda, o no habla. Lo que queremos decir es que *si el análisis parte de un acto es por la existencia del inconsciente*. No sólo en el sentido de lo reprimido secundariamente sino también primariamente: los puntos de fijación del sujeto al objeto, del cuerpo al goce, de la palabra al deseo.

De esta manera, si el psicodrama llega a la palabra a partir de determinado recurso técnico de la actuación, el psicoanálisis se sostiene de un acto que supone una dialéctica entre la palabra y el acto, la representación y el afecto.

Veamos, para finalizar con esta referencia, de qué manera plantea Lacan la cuestión en esta clase del *Seminario 16*, donde precisa que se trata de *hacer de analista*.

Como señalé hace poco, a propósito del acto psicoanalítico se plantea la cuestión de ese acto decisivo que, del

¿Qué es el acto analítico?

analizante, hace surgir, inaugurarse, instaurarse el analista. Si el psicoanalista se confunde con la producción del hacer, del trabajo del psicoanalizante, bien puede decirse que el psicoanalizante *hace al* psicoanalista en el sentido fuerte del término. Pero también puede decirse que en el preciso momento en que surgió dicho psicoanalista, si cuesta tanto entender lo que puede empujarlo allí, es porque el acto se reduce a *hacer de* psicoanalista, en el sentido de la simulación, a *hacer de* aquel que garantiza el sujeto supuesto saber (Lacan, 1968-1969: p. 319-320).

Que sea el analizante el que produce al analista, es algo que Lacan planteó en varias ocasiones durante el *Seminario 15*. Lo que nos parece novedoso aquí es que el analista, en ese punto, *hace de analista*. *Acto analítico* quiere decir que el analista *hace de analista*, encuentra o produce un lugar desde donde puede actuar. Y si tiene que *hacer de analista*, es porque *no es* analista. Ser-analista sería allí un obstáculo para el acto. Vale aquí entonces la referencia al deseo del analista, como un deseo vacío, disponible para hacer, fingir, simular, sostener ficciones, actuar.

Síntesis del concepto

Extraigamos en los siguientes puntos las ideas que hemos explorado en el recorrido de estos tres seminarios de Lacan.

- a) El acto analítico se desprende de la lógica del fantasma y es por definición algo que “toca” al fantasma del analizante y al fantasma del analista;
- b) Requiere cierta experiencia del analista, por su propio análisis, respecto de su inconsciente, su división subjetiva y su fantasma;
- c) No es el acto sexual ni el acto del sujeto, aunque guarde relación con ellos;
- d) Implica una mutación en la relación del sujeto con el analista;
- e) Tiene la estructura de la represión, resulta rechazado por el analista, y el *acting out* es un representante de la representación deficiente que este tiene del acto;
- f) No es un acto motriz, no es un arco reflejo ni una descarga

- de tensión;
- g) Se define a partir del significante;
- h) Es un elogio a la tontería;
- i) No es ir al psicoanalista, la sesión, la interpretación u otra forma de intervención cualquiera;
- j) Es la causa del proceso de análisis;
- k) Es el soporte del análisis, de la transferencia y de la interpretación;
- l) Supone un punto insoportable e incluso de horror respecto del acto;
- m) Por su estructura de represión, es algo que el analista no debe olvidar, precisamente porque en el análisis él debe situarse en acto;
- n) Es lo que instauro la posibilidad del análisis;
- o) Sostiene la ficción del análisis y es por ello un acto en falso;
- p) Requiere que el analista tenga respecto del analizante una vida privada;
- q) Es la conjunción de un hacer y un acto;
- r) Es un no-actuar, donde el analista oficia de instrumento a través del cual es el sujeto quien se analiza;
- s) Supone que el análisis es un proceso terminable;
- t) Puede describirse como un discurso sin palabras;
- u) Es un rodeo del saber a la verdad;
- v) El analista *hace de* analista, situándose así en el lugar del actor.

Luego de haber tratado la definición específica que Lacan hace del concepto, veremos en el capítulo siguiente algunas referencias del mismo en su obra posterior.

Capítulo 10. Desarrollos posteriores

El soporte es el cuerpo.

Lacan, ...o peor

¿En qué lugar quedó el acto?

Luego de haber tratado la referencia específica al concepto de acto analítico en los *Seminarios 14, 15 y 16* debemos analizar qué sucedió con el concepto en la enseñanza posterior de Lacan, teniendo en cuenta que las referencias explícitas al mismo son casi nulas. ¿Significa esto que el concepto fue desestimado, relegado o reemplazado por otro? En absoluto. El lugar que Lacan dio al acto como un concepto articulador tanto de la transferencia, el inicio y el final del análisis, la interpretación, el trabajo del analizante, etc., constituye sin duda una referencia fundamental en su obra, independientemente que Lacan se refiera o no al tema en su obra posterior. Acordamos en este punto con Cosenza, quien en su tratado asigna un lugar fundamental para el psicoanálisis al deseo del analista y al acto analítico (Cosenza, 2003: p. 15).

Pero para tratar esta pregunta se requiere hacer una consideración previa. La obra de Lacan –tanto su enseñanza oral como escrita– no constituye en ningún aspecto el desarrollo de un sistema cerrado o que se totaliza de una u otra manera. Ni siquiera podemos ver esto en el último testimonio de su enseñanza, donde antes que cerrar o clausurar parece más bien inten-

¿Qué es el acto analítico?

tar de-construir sus propias ideas (Lacan, 1976-1977). Dicho de otra manera: la enseñanza de Lacan no constituye un desarrollo que progresa en la dirección de un sistema, sino un conjunto sostenido de intentos de formalización de la práctica analítica. Esta misma actitud es la que mantuvo Lacan respecto de la obra freudiana. Así lo deja ver en la apertura de su *Seminario 1*:

Esta enseñanza es un rechazo de todo sistema. Descubre un pensamiento en movimiento: que, sin embargo, se presta al sistema, ya que necesariamente presenta una faz dogmática. El pensamiento de Freud está abierto a revisión. Reducirlo a palabras gastadas sería un error. Cada noción posee en él vida propia (Lacan, 1953: p. 11).

Observamos la misma actitud en Lacan cuando, luego de publicados sus *Escritos*, le preguntaron cuál era el lazo entre ellos:

Debo decir que es una pregunta que no se me hubiera ocurrido, al menos no a mí solo.

...aquello que me parecía tener un lazo... pienso no solamente a mi enseñanza, sino en mis *Escritos*, tal como ellos se pueden presentar, a alguien que justamente lo va a abrir... y bien, es algo del orden de lo que se llama la 'identidad'. Cada uno tiene el derecho de remitirse, para ser aplicado a sí mismo.

Quiero decir que desde *El estadio del espejo* hasta las últimas anotaciones que pude inscribir bajo la rúbrica de la *Subversión del sujeto*, al final de cuentas, ese será el lazo (Lacan, 1966-1967, clase 14/12/66).

En consonancia con esto entonces, lo que procuraremos hacer no es tanto analizar si el acto se conservó o descartó como concepto en obra posterior de Lacan. Sino más bien considerar de qué maneras se continuó en ella la reflexión sobre el acto, a través de qué referencias o conceptos. Y considerando qué nuevas aportaciones realiza cada una de ellas.

Una referencia que parecería natural analizar es el concepto de *discurso analítico*, dado que podemos seguir un desarrollo que va desde el acto hasta el discurso. Sin embargo creemos que los discursos en Lacan remiten a otro campo de problemas e ideas, que se articulan y nutren el concepto de acto, pero que no

constituyen una referencia específica a él. En el *Seminario 18* Lacan sugirió que el discurso analítico formaliza la lógica del acto.

El discurso del analista, debo decírselos, porque en suma no lo han escuchado, el discurso del analista no es otra cosa que la lógica de la acción (Lacan, 1971: p.57).

Ahora bien, la lógica de la acción no es lo mismo que la acción. De hecho en el *Seminario 17* Lacan analiza la estructura de los discursos, los lugares que lo constituyen, las relaciones entre ellos, y entre cada discurso con los otros, etc. Todo esto supone al acto y lo enriquece conceptualmente en muchos aspectos, pero excede ya los límites de lo que es específicamente su consideración.

Luego de la referencia del *Seminario 16*, Lacan parece haber quedado con la idea de un desarrollo interrumpido. Algunas referencias del *Seminario 17* sugieren esa actitud:

Valía la pena señalarlo, puesto que por otra parte lo que ahora nos corresponde es preguntarnos de qué se trata en el acto psicoanalítico.

No lo voy a retomar en el mismo plano donde esperaba, hace dos años, poder cerrar el bucle, que permanece inconcluso, del acto en que se funda, se instituye como tal, el psicoanalista. Lo tomaré en el plano de las intervenciones del analista, una vez instaurada la experiencia en sus límites precisos (Lacan, 1969-1970: p. 33).

Y en una de sus últimas referencias, en el *Seminario 25* vuelve a referirse al tema con una actitud similar:

Sería necesario que exista un acto que no sea débil mental. Ese acto, intento producirlo en mi enseñanza. Pero es a pesar de todo un balbuceo. Confinamos aquí con la magia (Lacan, 1977-1978: clase 15/11/71).

No hallando una referencia específica en el discurso analítico, y no hallando otras referencias explícitas al concepto, trataremos tres referencias que propondremos analizar como aportes específicos a la reflexión sobre el acto: el concepto de *semblante*, la posición de *chorlito del inconsciente* y la función de *perturbar la defensa*. Para finalizar, nos referiremos a una perspectiva de

¿Qué es el acto analítico?

las investigaciones actuales en la temática: las investigaciones sobre *el cuerpo del psicoanalista*.

Semblante del objeto *a*

Lacan desarrolla el concepto de semblante a lo largo de los *Seminarios 18, 19 y 20*. Para situar su lugar debemos partir de lo que llama *discurso* en el *Seminario 17*. Formaliza cuatro discursos, entre ellos el discurso analítico, a partir de cuatro lugares – el agente, el otro, la verdad y la producción– y cuatro elementos que se distribuyen en estos lugares –el significante amo, el significante del saber, el sujeto dividido y el objeto *a*. En el discurso analítico el objeto *a* se sitúa en el lugar del agente, causando la división del sujeto, su trabajo como analizante, en el lugar del otro. En el lugar de la verdad se sitúa el significante del saber, y en el lugar de la producción el significante amo.

Articula la función del semblante al lugar del agente del discurso indicando que, por lo tanto, no hay discurso que no se sostenga sino a partir de un semblante. El semblante se articula a la verdad, dado que esta lo determina por su lugar debajo suyo. Y se articula con la economía de goce del discurso, en el lugar del otro y la producción. De manera que el semblante no debe pensarse como algo ajeno a la verdad y al goce sino, por el contrario, inherentemente ligado a ellos.

Ocupan el lugar del semblante el significante amo –en el discurso del amo–, el significante del saber –en el discurso universitario–, el sujeto dividido –en el discurso de la histeria– y el objeto *a* –en el discurso analítico. Esto último significa que el discurso analítico no escapa a la condición del semblante, partiendo de lo que Lacan llamó el semblante del objeto *a*. Si en el acto analítico situamos que el analista ocupa el lugar del objeto que causa el trabajo del analizante, debemos precisar aquí que se trata de un semblante de ese objeto.

Si bien Lacan analiza el semblante que supone cada uno de los cuatro discursos, trata de los semblantes en el reino animal, y de los semblantes que se ponen en juego entre los sexos, se detiene en el semblante de objeto en el discurso analítico y por extensión, en el acto analítico. El acto no se sostiene sino por el semblante. Y el acto que soporta el discurso analítico parte de un semblante:

¿Qué hay en el discurso analítico entre las funciones de discurso y el soporte corporal, que no es la significación del discurso, que no depende de nada de lo dicho? Todo lo dicho es semblante. Todo lo dicho es verdadero. Encima, todo lo dicho hace gozar (Lacan, 1971-1972: p. 225).

En el *Seminario 19* se sirve del signo de C. Peirce para transmitir de qué manera está pensando la función del semblante en la relación analítica. Recordemos que para Peirce, el signo, en su estructura ternaria, se compone de un *objeto*, aquello que es lo representado en el signo; un *signo o representamen*, aquello que representa al objeto o está en su lugar; y un *interpretante*, término medio que articula el signo al objeto:

El par *representamen-objeto* siempre debe ser reinterpretado, y de eso se trata en el análisis. El interpretante es el analizante.

El efecto de lo que está en juego en la cura analítica no tiene otro *representamen* que el objeto *a*, en cuyo *representamen* se constituye a su vez el analista mismo en el lugar del semblante (Lacan, 1971-1972: p. 228-229).

Se advierte que esta estructura del acto subvierte la primera imagen o la imagen de sentido común de la relación analítica: el paciente comunica su síntoma, enigmático, y el analista lo interpreta. Antes que la estructura del discurso analítico esta es la estructura del discurso de la histeria, que deja latente, sin tocar, en el lugar de la verdad, al objeto *a*. A la inversa, en el discurso analítico, es del lado del analista donde hallamos el enigma, y del lado del paciente el trabajo de interpretación. En ese sentido el analista ocupa el lugar del representamen y el analizante el lugar del interpretante. Un semblante de aquel objeto que representa para el analizante la causa de su deseo.

Dado que el objeto *a* es un objeto por definición relativo al cuerpo, un resto que cae del cuerpo en la división subjetiva (Lacan, 1962-1963), esta dimensión corporal del objeto aplica tanto al acto como al semblante. Y Lacan se encarga de precisar que en el semblante del objeto causa del análisis, debemos situar al cuerpo, no solo el del paciente, sino también del analista. El cuerpo del analista como siendo soporte del semblante:

¿Qué es el acto analítico?

Ahora bien, ¿de qué se trata en el análisis?

Si me creen al respecto, tienen que pensar que, según lo enunció, si existe algo denominado discurso analítico, se debe a que el analista *en cuerpo*, con toda la ambigüedad motivada por ese término, instala el objeto *a* en el sitio del semblante (Lacan, 1971-1972: p. 226).

El término *semblante* significa, tanto en francés como en español: *parecido, semejante, representación, cara o rostro, apariencia*. Es una noción corporal por definición. El cuerpo del analista, hecho de caras, tonos de voz, manos, posturas, etc., es algo del orden del semblante. Aun cuando procure la más estricta neutralidad en cada gesto de su cuerpo, ya está, y por ello mismo, de lleno en el dimensión del semblante. Vale recordar aquí la observación de Lacan: no hay discurso que no sea del semblante.

La cuestión nos remite a revisar algunas posiciones del freudismo y del post-freudismo. En el psicoanálisis post-freudiano, la indicación de *no actuar* del analista es correlativa de un semblante dominado por un ideal de *neutralidad*, incluso podríamos decir, tomando el término de Lacan, de *imposibilidad*. Un pasaje del libro de Racker revela algunos aspectos de la discusión en la temática:

Freud, al exponer los motivos de su costumbre de sentarse detrás del paciente, dice que no quería que las expresiones de su cara diesen material al paciente para hacer interpretaciones e influyesen en sus comunicaciones. Hoy agregaríamos muchos de nosotros que estas expresiones del analista reflejan por lo general la respuesta de un objeto interno del paciente al material de éste, y en última instancia, reflejan la respuesta de una parte del yo del analizado, 'colocada afuera', es decir, disociada y proyectada en el analista. Es importante que el analista perciba sus expresiones faciales, que las comprenda como respuesta contratransferencial a la transferencia y que –después de descontar el factor personal– reintegre en el paciente, mediante la interpretación, esta parte de su personalidad puesta en un objeto interno-externo, el analista (Racker, 1960: p. 37).

Aquí Racker se refiere a los gestos del rostro pero este análisis debe extenderse también al tono de voz, al comportamiento de las manos y del cuerpo en general, al consultorio mismo del

analista, que también ingresa aquí a título de cuerpo y semblante.

Lacan se refirió en este sentido a un “ideal de impasibilidad” y a la neutralidad. Pero también a un registro “no-impasible” y a una “vacilación calculada de la neutralidad del analista”. El semblante entonces, aquel por el cual el analista se hace objeto causa del análisis, está sujeto también a la condición de la neutralidad y la vacilación de la neutralidad.

Chorlito del inconsciente

En el *Seminario 21: Les non-dupes errent*, Lacan señala otra posición del analista que puede atribuirse a su lugar en el acto. Esto parte de una indicación del título mismo del seminario. Entre sus múltiples juegos de escritura y lectura se encuentra: los no incautos erran, o, los que no se dejan engañar se equivocan. Pero también: los que no son chorlitos erran o se equivocan. *Dupe* significa *engañado, inocentón, juguete de otra persona, y duper, engañar, burlar*. Pero también *la dupe, chorlito*, es un pájaro que puede atraparse con facilidad. Respecto de aquello de lo cual se trata de ser engañado, burlado o chorlito, Lacan se refiere a la estructura y al inconsciente:

Hace falta ser chorlito, es decir ajustarse [ceñirse], a la estructura.

Porque no hay necesidad de saberse enamorado de su inconsciente para no errar, hay que dejarse hacer, ser su chorlito (Lacan, 1973-1974: clase 13/11/73 y 11/6/74).

La observación de Lacan recuerda otra de Racker, que mencionamos en el *Capítulo 3*, a saber: el analista no solamente es intérprete del material inconsciente que aporta el paciente, sino que es también su objeto. Podríamos decir: el analista no ocupa solamente el lugar de oyente, sino también el lugar de objeto de esa palabra que se le dirige. Respecto de ese lugar, no se trata de mantenerse afuera, ser cauto, no dejarse engañar, o hacerse el listo. Más bien todo lo contrario. Lacan hace en este sentido una inversión semejante en su *Seminario 11*, cuando se refiere a la hipnosis: aquel que en verdad es el hipnotizado en la trans-

¿Qué es el acto analítico?

ferencia es el analista:

Para darles fórmulas que sirvan de referencia, diré –si la transferencia es aquello que de la pulsión aparta la demanda, el deseo del analista es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión. Y, por esta vía, aísla el objeto *a*, lo sitúa a la mayor distancia posible del I, que el analista es llamado por el sujeto a encarnar. El analista debe abandonar esa idealización para servir de soporte al objeto *a* separador, en la medida en que su deseo le permite, mediante una hipnosis a la inversa, encarnar al hipnotizado (Lacan, 1964: p. 281).

Es una función de su deseo entonces, aquella que determina la disponibilidad con la cual el analista podrá ser hipnotizado por el analizante, engañado, atrapado por la estructura, situándose en el lugar de objeto que soporta el acto. Respecto de ser engañado, chorlito... Lacan precisó tres aspectos que caben destacarse:

1. La posición de chorlito no es algo a lo que se llega por un esfuerzo, más bien por un dejarse hacer. En el acto analítico el analista no sólo deja a su paciente hacer, sino que en ese mismo movimiento él mismo se deja hacer por el hacer del paciente (Lacan, 1973-1974: clase 20/11/73).
2. Se trata de ser incauto, no de cualquier cosa, sino por el contrario de una coordenada muy precisa en lo que concierne a la práctica analítica, a saber, *lo real*. En tanto *lo imposible* o lo que *no cesa de no escribirse* de la relación sexual. En el análisis mismo se articula este real de la no-relación sexual entre analista y analizante, y por ello el análisis es también un acto en falso. En ello se articula la posición de chorlito con el objeto *a* en la causa del acto (Lacan, 1973-1974: clase 4/12/73).
3. Lacan hace un juego de palabras entre *dupe* y *pudes* para señalar que *los no púdicos erran*. Si bien el analista no tiene pelos en la lengua, observa: “choca, pero no viola el pudor.” (Lacan, 1973-1974: clase 12/3/74) Esta es otra manera de volver sobre la referencia al horror y al dolor del acto, por la vía del pudor: el hecho que el sujeto se divida en el análisis por efecto de su trabajo de analizante, no significa que sea el analista quien se dirija al sujeto, traspasando el límite del

pudor, para dividirlo. La división es en este sentido un efecto con el que el analizante se encuentra, pero no algo buscado o procurado por el analista.

Perturbar la defensa

En el *Seminario 24* Lacan describe la función del analista como algo que perturba, o perturbador. El término francés que utiliza, *déranger*, significa: desordenar, desarreglar, perturbar, colocar fuera de su lugar, molestar. Citemos extensamente la referencia para situar el alcance de su idea:

...lo inconsciente es que en suma se habla, si es que existe el ser-hablante. Que se habla solo, porque no se dice jamás que una sola y misma cosa. Excepto si uno se abre a dialogar con un psicoanalista. No hay otra manera que de recibir de un psicoanalista aquello que en suma perturba [*dérange*], de donde su defensa y todo eso que se elucubra sobre las pretendidas resistencias.

Es bastante sorprendente que la resistencia –lo he dicho– es algo que toma su punto de partida en el analista mismo y que la buena voluntad del analizante no encuentra jamás nada peor que la resistencia del analista (Lacan, 1976-1977: clase 11/1/77).

¿Es que el paciente se defiende porque el analista lo perturba? ¿Lo perturba porque se defiende? ¿Se trata incluso de perturbar la defensa del analista mismo? La ambigüedad del texto conviene en este punto para no situar en el acto analítico dos actores sustancializados, sino más bien la estructura en juego. La función del analista, allí donde en el diálogo analítico el paciente habla sólo y dice siempre lo mismo –a la vez que diferente– es perturbar, molestar. La función que en este punto se opone a molestar es lo que Lacan llama la *resistencia del analista*.

Lacan no ignora que el paciente pueda estar dominado por resistencias, desde ya que lo está, precisamente por eso está en análisis y trabajando duramente. Pero lo que socava la función analítica es la resistencia en el analista, dado que el analizante encuentra en ella lo que podríamos llamar aquí una verdadera “alianza terapéutica”, pero en un sentido opuesto al del acto analítico. Toda vez que el analista esté dominado por resisten-

¿Qué es el acto analítico?

cias, el analizante encuentra una oportunidad para refugiarse en ellas, y ambos abandonan la posición del objeto y del sujeto en el acto.

Dijimos que perturbar se opone aquí a la resistencia del analista: o bien el analista se resiste al acto, tal como Lacan lo señala en el *Seminario 15*, o bien ocupa su lugar en el mismo a partir de perturbar. Existe una idea de Winnicott que por su aparente contraste nos servirá para precisar el concepto. Winnicott dice en *Realidad y juego*:

La lentitud del proceso analítico es una manifestación de una defensa que el analista debe respetar, como respetamos todas las defensas (Winnicott, 1971: p. 101).

¿Podemos contraponer aquí *perturbar la defensa* y *respetar la defensa*? ¿Está sugiriendo Lacan que el analista debe ocupar su función de perturbar sin respetar las defensas del analizante, o incluso lo que podríamos llamar *sus tiempos*? No pareciera. Recordemos que en el *Seminario 21* advirtió: los que no son púdicos erran, es decir, se trata *chocar pero no de violar el pudor*. Lo que queremos decir es que no se trata de funciones opuestas. Por eso observamos que perturbar se opone a la resistencia al acto. Por el contrario, la posición del acto es por definición perturbadora, toda vez que se pone en juego el objeto en su función de causa del deseo y por ello de división del sujeto. Aquí es precisamente donde Lacan recomendó moverse con el cuidado de un rinoceronte adentro de una cristalería. Y dado que el acto analítico es un elogio de las pavadas o de las tonterías: se puede estar hablando de cualquier fruslería de la vida cotidiana y ponerse en juego ahí algo perturbador.

Si antes nos referimos a una *dialéctica de la neutralidad* para indicar que el deseo del analista no es neutral, pero tampoco lo contrario, sino que juega en su doble función de neutralidad y de vacilación de la neutralidad, aquí podemos establecer una posición semejante: se trata de una dialéctica entre *respetar la defensa* y *perturbar la defensa*. Incluso de perturbar sin dejar de respetar: el hecho mismo de que el paciente vaya a sesión autoriza al analista, aunque sea en un grado mínimo, a intervenir... como el rinoceronte en una cristalería. Perturbar sin respetar sería impúdico, y respetar sin perturbar sería abandonar el acto.

El cuerpo del psicoanalista

Para finalizar quisiéramos referirnos a un enfoque de las perspectivas actuales en que se desarrolla y continúa pensando la cuestión del acto analítico. Nos referimos a las investigaciones que podríamos enmarcar bajo el título *el cuerpo del psicoanalista*, referencia que tomamos de la investigación de T. San Miguel en la temática (San Miguel, 2013a, 2014, 2015).

El cuerpo del analista está presente bajo la forma de su *yo*, de sus resistencias, de su posición de oyente, en sus interpretaciones, en sus maniobras de la transferencia, en su deseo, en sus vacilaciones de la neutralidad, incluso en su neutralidad misma, en su semblante.

Si antes dijimos que en el acto analítico es el analista quien es el actor, y si el discurso analítico se organiza a partir de un semblante, el del analista, *en-cuerpo*, podemos concluir que *el cuerpo del analista es el soporte del psicoanálisis*.

Capítulo 11. La técnica analítica y la técnica Zen

Lo mejor del budismo es el zen, y el zen consiste en eso, en contestarte con un ladrido, amiguito. Es de lo mejor cuando uno quiere salirse naturalmente de este infernal asunto, como decía Freud.

Lacan, *Aún*

Un modelo no ideal

Existe aún una referencia a la técnica y al acto que recorre toda la enseñanza de Lacan, que no hemos tratado. Se refiere a lo que podríamos llamar en términos muy generales la “filosofía” y la “poesía” oriental. Un campo amplio del cual Lacan tomó múltiples recursos. En lo que respecta al estudio del acto nos centraremos en una referencia, destacada por él: el budismo zen. Una práctica que surge de la imbricación del budismo hindú con el taoísmo chino.

El interés de Lacan sobre ella no es general sino más bien puntual: la práctica del budismo zen es una búsqueda del sentido más allá del lenguaje, en una actitud de apartamiento y escepticismo respecto del lenguaje. Y más específicamente: el estudio de este fenómeno en los diálogos entre el maestro y el alumno que se inicia en la práctica.

Existen al respecto una gran variedad de fuentes. Incluso dentro del psicoanálisis mismo, y en diferentes escuelas de psicoanálisis, la referencia al budismo zen ha estado presente. Cabe destacarse por ejemplo el trabajo conjunto de D. T. Suzuki y E. Fromm *Budismo zen y psicoanálisis* (1960). El hecho mismo de que esta práctica oriental se haya vuelto un objeto de interés e investigación para occidente constituye en sí un fenómeno de

¿Qué es el acto analítico?

estudio. C. Jung hizo al respecto dos observaciones que merecen ser destacadas: 1. la exploración occidental de las prácticas orientales no es en absoluto un ejercicio moderno, más bien se remonta a la antigüedad. La pregunta para el historiador es *qué extrae occidente de esto*; 2. esta exploración expresa menos el descubrimiento o el retorno a algo descuidado, que una crisis de los propios símbolos occidentales:

¿Por qué entonces Occidente no habría de asimilar formas orientales? Los romanos iban a Eleusis, Samotracia y Egipto para hacerse iniciar. En Egipto hasta parece haber habido una verdadera corriente turística de ese tipo. Los dioses de Roma y de la Hélade murieron de la misma enfermedad que nuestros símbolos cristianos. Entonces como ahora, los hombres descubrieron que estaban ante meras palabras en cuyo significado nunca habían pensado. Pero los dioses foráneos todavía tenían un *mana* no gastado.

Si intentáramos cubrir el vacío que queda con aparatosos ropajes orientales, como hacen los teósofos, seríamos infieles a nuestra propia historia.

Hemos dejado que se desmoronara la casa que nuestros padres construyeron, y ahora intentamos irrumpir en palacios orientales que nuestras padres nunca conocieron (Jung, 1934: p. 22-23).

Quisiéramos enmarcar la referencia que sigue al budismo zen en una doble actitud de cuidado: tanto hacia el budismo como hacia el psicoanálisis. Expresemos esto a través de cuatro puntos:

1. La diferencia que nuestro lenguaje expresa cuando decimos “occidente y oriente” constituye una diferencia pero no una dualidad. En ese sentido no pretendemos anular ninguna diferencia en sentidos de historia, de prácticas, de creencias, de valores, pero tampoco dar consistencia a ninguna dualidad u oposición valorativa.
2. El psicoanálisis parte de separar el deseo de los ideales (Lacan, 1964), y no sólo no cultiva ideales sino que no hace de su misma práctica un ideal a tomar. En ese sentido la re-

ferencia a las prácticas orientales puede constituir modelos para pensar pero no a idealizar. Tal como el psicoanálisis lo sabe por experiencia propia, no hay discurso que no sea del semblante. Lo cual aplica tanto al budismo zen como a cualquier otra experiencia.

3. El recurso a un modelo cualquiera para formalizar los asuntos de una experiencia no es nunca masivo sino siempre parcial, y relativo a problemas o preguntas puntuales que, en este caso pueden ir desde la técnica zen y el acto hasta la poesía y la escritura, para pensar el lenguaje de la interpretación o de la formalización, entre muchas otras posibilidades.

4. Nuestra actitud en este sentido sigue siendo la misma que introducimos en el *Capítulo 2*: no procuramos responder la pregunta por el deseo a través de ninguna técnica, sino plantear una pregunta por la técnica a partir del deseo, tal como lo entiende el psicoanálisis.

Para lo que sigue tomaremos dos fuentes: en primer lugar el libro atribuido al nombre de Lao Tse, *Tao te ching*. Y en segundo lugar dos libros del sinólogo francés F. Jullien: el *Tratado de la eficacia* (1996), donde analiza la *acción* en el arte de la guerra; y *Cinco conceptos propuestos al psicoanálisis* (2012). Hemos escogido a este investigador y comentador de la filosofía oriental dado su reciente interés por el psicoanálisis. El autor parte de esta observación: el psicoanálisis lleva adelante una práctica en la que despliega elementos de los cuales aún no ha dado cuenta en su transmisión formal. De ahí que presenta a la filosofía oriental como un recurso de interés para la teorización de la práctica.

Las referencias de Lacan

Las referencias en la obra de Lacan al budismo zen son claras y explícitas, aunque debemos reconocer que no son algo explorado y desarrollado sistemáticamente por él. Cómo sí podemos reconocer que ha desarrollado otros recursos, tales como el *significante* de la lingüística o el *deseo* en la filosofía, por ejemplo. Por otro lado, debemos advertir que es una referencia que convive no sólo con referencias occidentales sino con el fenómeno de una gran multiplicidad de referencias: la lingüística, la

¿Qué es el acto analítico?

matemática, la filosofía, la antropología, la economía política, la poesía, etc.

La primera mención al tema sorprende por estar situada en la apertura de su *Seminario 1*, entre las primerísimas palabras de ese seminario dedicado a la técnica:

El maestro interrumpe el silencio con cualquier cosa, un sarcasmo, una patada. Así procede, en la técnica zen, el maestro budista en la búsqueda del sentido. A los alumnos les toca buscar la respuesta a sus propias preguntas. El maestro no enseña ex cathedra una ciencia ya constituida, da la respuesta cuando los alumnos están a punto de encontrarla.

Esta enseñanza es un rechazo de todo sistema. Descubre un pensamiento en movimiento: que, sin embargo, se presta al sistema, ya que necesariamente presenta una faz dogmática. El pensamiento de Freud está abierto a revisión. Reducirlo a palabras gastadas es un error. Cada noción posee en él vida propia. Esto precisamente es lo que se llama dialéctica (Lacan, 1953-1954: p. 11).

Adviértase cómo en una misma idea está enhebrando el budismo con la dialéctica. Sin embargo dado que a Lacan no le interesa directamente ni la filosofía ni la sinología, sino la práctica analítica, los recursos de los que puede disponer son herramientas para pensar, y no formas a las cuales ceñirse. En el mismo seminario hallamos una referencia a la resistencia que puede considerarse también emparentada a cierto enfoque taoísta de la cuestión:

Con el psicoanálisis sucede como con el arte del buen cocinero que sabe cómo trinchar el animal, cómo separar la articulación con la menor resistencia. Se sabe que existe, para cada estructura, un modo de conceptualización que le es propio. Mas como se entra así en el sendero de las complicaciones, hay quienes se atienen a la noción monista de una deducción del mundo. Así, uno se extravía (Lacan, 1953: p. 12).

Esto marca una posición original de la técnica lacaniana, que en cierto aspecto es compartida con la técnica winnicottiana. Recuérdese la observación de Winnicott: toda interpretación que se realiza fuera de la zona de juego despierta resistencias.

Lacan y Winnicott sugieren en ese sentido una operación que podríamos llamar *por debajo del umbral de las resistencias*. Porque naturalmente estas existen. Solamente que la técnica procura no darles mayor consistencia. Se trata de un enfoque diferente al establecido por la tradición post-freudiana del *análisis de las resistencias*. En parte la referencia a Reich que tratamos participa de esta tradición: *el análisis de las resistencias parte de dar consistencia a las resistencias*.

Otra referencia la hallamos en *La instancia de la letra en el inconsciente freudiano o la razón desde Freud*:

Lo escrito se distingue en efecto por una preeminencia del *texto*, en el sentido que se verá tomar aquí ese factor del discurso, lo cual permite ese apretamiento que a mi juicio no debe dejar al lector otra salida que la de su entrada, la cual yo prefiero difícil (Lacan, 1957: p. 473).

Más delante, al referirse a la obra de Saussure la presenta también bajo el modo de una figura taoísta:

Curso de lingüística general: publicación primordial para transmitir una enseñanza digna de ese nombre, es decir que no puede ser detenida sino sobre su propio movimiento (Lacan, 1957: p. 477).

En el *Seminario 11* existe otra referencia, proveniente de Picaso, que también responde a este enfoque: *yo no busco, encuentro* (Lacan, 1964: p. 15). Y más directamente articulado a la cuestión del acto, nos hemos referido ya la posición del analista: *un no actuar que deja al analizante hacer*, incluso hacer con el analista en la transferencia.

Todas las referencias que hemos citado se refieren y confluyen en una misma categoría relativa al acto, a saber, la categoría de *proceso*. Aquello de lo cual el acto es causa, es de un proceso, que es el proceso analítico. Un proceso es algo en movimiento, transcurre sin resistencias, no como algo forzado sino espontáneo. Es algo frente a lo cual no hay otra salida que la de su entrada, de otra manera no tendría lugar el análisis. Y es algo que no se detiene sino sobre su propio movimiento. Veamos en el siguiente apartado en qué consiste un proceso para la tradición taoísta.

¿Qué es el acto analítico?

No actuar, para que el proceso pueda ocurrir

En el libro de Lao Tse se destaca algo que llama “la eficacia de no actuar”:

Los contrarios se suceden.
Consecuencia: no actuar,
Dejar a las cosas seguir su curso natural.

Por eso, el hombre perfecto se aplica a la tarea de no hacer nada y de enseñar callando.
Hace los diez mil seres. Nada rehúsa. Los engendra sin adueñarse de ellos. Los hace y no se apoya en ellos.
Hecha su obra, no se queda con ella. No se queda con ella, pero tampoco se ausenta de ella (Lao Tse, s/f: p. 98-99).

El taoísmo entiende la categoría de proceso a la manera de una *transformación natural*. El paradigma de esta idea es el fluir de un río, y del tiempo:

Como en las modificaciones naturales, la transformación que efectúa es a la vez difusa y discreta, imperceptible en su curso pero manifiesta por sus efectos. Más que en la trascendencia de la acción, los chinos creen en la inmanencia de la transformación: uno no se ve envejecer, no se ve al río cavar su lecho y, sin embargo, a ese desarrollo imperceptible se le debe la realidad del paisaje y de la vida (Jullien, 1996: p. 75).

La realidad del paisaje y de la vida es el efecto de la inmanencia del proceso, no de una organización que le es trascendente. Para que dicho efecto se produzca no es necesario ir a buscarlo, sino dejar que ocurra. De esta manera, no encuentra ni produce resistencias: el desarrollo es natural.

Todo proceso contiene situaciones con diferentes *potenciales*. Saber servirse del potencial de cada situación es la manera de intervenir en él, a partir de él mismo. Si el curso de un río, por ejemplo, tiene un desnivel, allí el agua corre con mayor fuerza y arrastra las piedras. Pero la fuerza con que se arrastran las piedras no es una propiedad del agua sino un efecto de la situación. El potencial o los potenciales de situación son inhe-

rentes al proceso y es a partir de su observación específica que se los debe detectar para poder intervenir. E incluso saber esperar hasta que se produzcan, habilitándose una ocasión propicia para intervenir:

...los estrategias chinos dieron valor, por el contrario, al tiempo progresivo de la transformación durante el cual se acumula el potencial. Ese tiempo entre los enfriamientos no es un tiempo estéril, un tiempo muerto, como se dice, aun cuando parezca inactivo, pues ese desarrollo permite una evolución gracias a la cual la relación de fuerzas podría inclinarse finalmente hacia el lado propicio (Jullien, 1996: p. 65).

El efecto no surge como algo impuesto sino más bien como el resultado de un proceso de sedimentación progresiva:

Hacer que suceda (o más bien, dejar que suceda, pues hacerlo es demasiado determinante), no es buscar imponer el efecto, como cuando se actúa, sino dejar que el efecto se imponga por sí mismo, por sedimentación progresiva, tomando consistencia, solidificándose. De manera que ya no soy yo quien imperiosamente lo quiere, sino la situación la que progresivamente lo implica (Jullien, 1996: p. 72).

Así, la observación del proceso, de sus fenómenos inmanentes, sugiere una especie de línea de flujos, sedimentaciones, erosiones. Puede observarse un aspecto del proceso durante mucho tiempo hasta que se presente la ocasión oportuna para intervenir:

...ese potencial de la situación 'viene de lejos', aun cuando el momento del ataque es tan breve. En la óptica de la transformación, la ocasión pasa a ser el resultado de un desarrollo, y la duración la ha facilitado; de allí que lejos de ocurrir de improviso, es el fruto de una evolución que es preciso captar desde el principio, en cuanto aparece (Jullien, 1996: p. 81).

La intervención sobre el proceso no requiere grandes maniobras, y nunca es una acción directa o forzada. Más bien son gestos mínimos los que lo acompañan y orientan en determinadas

¿Qué es el acto analítico?

direcciones. Las figuras de lo redondo –lo móvil– y lo cuadrado –lo fijo– ofrecen una imagen de esta actitud. El proceso, su curso y su desarrollo puede exigir en diferentes situaciones que giremos desde lo redondo a lo cuadrado y viceversa:

...lo *redondo* y lo *cuadrado*: como nada ha tomado forma de manera visible, y esto ante todo desde la perspectiva del interlocutor, en la ‘redondez’ se conduce el curso de las cosas; luego, una vez que los signos hacen su aparición manejamos la situación de manera ‘cuadrada’. Dicho de otra manera, conviene ser ‘redondo’ antes de que la situación se actualice, y ‘cuadrado’ una vez que se ha actualizado. ‘Redondo’ significa que nos mantenemos móviles, abiertos a las posibles diferencias, sin estancarnos en ninguna posición, sin ofrecer aristas o ángulos; ‘cuadrado’ significa que, una vez que uno se ha fijado en una norma (una dirección), muestra seguridad y, bien ubicado en su posición, ya no se deja mover (Jullien, 1996: p. 147-148).

Advertimos entonces que estamos antes el curso natural de algo, al cual nos ceñimos, y frente al cual se interviene apenas apoyando una tendencia mínima, que inclina todo el proceso hacia un potencial de situación que queremos. El efecto que se sigue no surge de ninguna acción puntual o aislable, sino del proceso mismo y sus tendencias favorecidas. No es algo buscado, sino implicado en el proceso. Es la situación misma la que contiene ya el efecto, y aun cuando no sea evidente a simple vista, todo el curso de las cosas lo lleva hacia allí:

...a diferencia de la acción, que siempre es puntual, la transformación se produce en todos los puntos del conjunto implicado. Allí hay un aspecto de la realidad al que los chinos han sido extremadamente sensibles, y sobre el cual el antiguo *Clásico de las transformaciones* no ha dejado de insistir: la transformación no tiene ‘lugar propio’. No sólo no es local, como es la acción, sino que no es localizable; su despliegue es global. Su efecto, por consiguiente, es difuso, ambiental, jamás aislado (Jullien, 1996: p. 73).

El efecto, como un resultado contenido ya en el proceso mismo, pareciera surgir de una exigencia que le es intrínseca:

...la transformación por lo común pasa inadvertida. Al no ser atribuible (a una voluntad individual), ni tampoco localizable (en un lugar y en un momento dados), no es aislable; no se destaca, al alejarse no se la ve. A diferencia de la acción, que siempre es espectacular, es decir, cuyo aspecto es teatral, su efecto se disuelve en la situación (Jullien, 1996: p. 73).

Ahora bien, tal como hemos visto, no actuar, no forzar el proceso, no significa no hacer nada. Lo que se está haciendo es maniobrando sobre la situación, atmosféricamente, aprovechando potenciales de situación, produciéndolos, esperándolos:

Actuar sin actuar: no actúo (en función de un plan fijo, de manera puntual, forzando las cosas), pero sin embargo tampoco soy no actuante –no me quedo inactivo– porque acompaño a lo real durante todo su desarrollo (Jullien, 1996: p. 106).

Si bien todo esto aplica al arte de la guerra, los ejemplos paradigmáticos siguen siendo los fenómenos naturales. Por ejemplo el crecimiento de una planta. Si queremos que una planta crezca, no tenemos –nosotros– que hacer nada. Pero eso no significa abandonarla o retirarse, sino volverse sensible a su proceso de crecimiento y acompañarlo:

Como dice el *Mencio*, no hay que tirar de las plantas para hacerlas crecer más rápido (imagen de una acción ‘directa’), ni dejar de escardar el terreno para ayudarlas a crecer (por un condicionamiento favorable). No se puede forzar a la planta a que crezca, tampoco se la debe descuidar; pero, al liberarla de lo que podría entorpecer su desarrollo, hay que *dejarla crecer* (Jullien, 1996: p. 107-108).

De esta manera se trata siempre de un *no actuar que deja hacer*, o que el proceso ocurra, favoreciendo sus tendencias, quitando del camino lo que obstruye:

Su actuar-sin-actuar es un dejar ser (dejar ser, dejar pasar), pero que no implica no hacer nada en absoluto. Pues se trata de *hacer de manera que* eso pueda hacerse

¿Qué es el acto analítico?

solo. Aun cuando el hacer sea mínimo, se vuelva en extremo discreto, ese *dejar* es activo (Jullien, 1996: p. 108).

Dado que Jullien está haciendo un comentario de la noción general de eficacia para el taoísmo pero no establece ninguna articulación aquí con el psicoanálisis, hemos procurado exponer sus ideas para luego ensayar nosotros dicha articulación. Preferimos hacerlo aquí y no en las conclusiones de este capítulo dado que en el próximo apartado abordaremos otra noción, la de *vacío*, en donde sí hallaremos un comentario directo de Jullien dirigido al psicoanálisis. Hemos introducido la categoría de proceso situando que el acto analítico es la causa del proceso analítico. Podemos precisar ahora los siguientes puntos:

- a) El analista no actúa, para que el proceso analítico pueda ocurrir. Actuar equivaldría a forzar el proceso y chocarse con resistencias.
- b) Pero no actuar no significa no hacer nada. Por el contrario su hacer consiste en instaurar las condiciones de posibilidad del análisis y del acto del analizante.
- c) Existe un concepto analítico específico de Winnicott que nombra esto, el de *ambiente facilitador*: el dispositivo no consiste en ninguna intervención especial, más que facilitar las condiciones en que el proceso analítico pueda ocurrir.
- d) La intervención del analista –interpretación o manejo de la transferencia– no es tanto puntual o directa, sino más bien atmosférica y difusa. Razón por la cual no se trata de intervenir y esperar de ellos un efecto inmediato o visible.
- e) Los efectos que se producen no son puntuales sino atmosféricos, no provienen del analista sino del dispositivo.
- f) La intervención del analista, para decirlo metafóricamente, no opera arrastrando piedras sino produciendo desniveles. Localiza mínimas tendencias, potenciales de situación a favor del proceso analítico, a los cuales favorece o acompaña. Cabe aclarar aquí que *el analista no quiere nada*, no busca ningún efecto ni procura ningún resultado, excepto: *instaurar, habilitar, favorecer las condiciones de posibilidad del análisis*.
- g) Mientras no detecta ningún potencial de situación se mantiene redondo o móvil –noción equivalente a la *atención flotante* freudiana, y a la *posición de espera* descrita por Lacan–, y cuando lo localiza y acompaña adopta una actitud

cuadrada o fija, es decir, sostiene esa posición a favor del curso del proceso.

h) La tarea del analista no es tanto intervenir directamente sobre el proceso cuanto facilitar que el proceso se inicie, desarrolle y concluya.

i) En lo que respecta al proceso aquí, concierne al trabajo analítico que realiza el analizante. No se trata en absoluto de algo natural sino de una pregunta por su deseo. El analista no tiene respuesta para eso pero sí puede favorecer la situación del despliegue de la pregunta. En eso es que su acto es causa de un proceso.

Hasta aquí nos hemos referido al curso de un proceso como si se tratara de algo dado. Pero nada garantiza que ese proceso fluya. Así es que deberemos analizar cómo se articula para el taoísmo la categoría de proceso con la categoría de *vacío*.

Vacío, pero no falto

Para Lao Tse la eficacia de no actuar se articula con la eficacia del vacío. Lo expresa a través de las siguientes figuras:

Vacío inagotable.

Su vacío es para el *Tao* su eficacia. Nunca se colma.

El espacio entre el Cielo y la Tierra es como la bolsa (de aire) de la flauta; vacío, pero no falto; cuanto más se agita más se emite.

El vacío, más útil que lo sólido.

Treinta radios lleva el cubo de una rueda; lo útil para el carro es su *nada* (su hueco).

Con arcilla se fabrican las vasijas; en ellas lo útil es la *nada* (de su oquedad).

Se agujerean puertas y ventanas para hacer la casa, y la *nada* de ellas es lo más útil para ella.

Así, pues, en lo que tiene *ser* está el interés. Pero en el *no ser* está la utilidad (Lao Tse, *s/f*: p. 99-104).

En su libro *Cinco conceptos propuestos al psicoanálisis* Jullien se refiere a la categoría de vacío a partir de un concepto freudiano

¿Qué es el acto analítico?

no, el de fijación. Opone así el vacío a la fijación. Analiza por un lado la definición metapsicológica de la fijación freudiana pero también recoge algunos términos que Freud utiliza para referirse a ella, que se emparentan con el taoísmo: *atascamiento*, *obstrucción*, *quedar atrás*:

Fijación se opone aquí a crecimiento y a desarrollo: una pulsión o un elemento pulsional ya no sigue el desarrollo previsto como normal y, a causa de tal inhibición, hace que se persista en un estadio infantil. La fijación se presenta así como un 'quedar atrás' –*zurückbleiben*– que convierte en pasivo (Jullien, 2012: p. 95).

Adviértase que lo que interviene en este ejemplo a título de proceso es el desarrollo libidinal. Para el taoísmo el vacío es necesario al proceso. Lo contrario equivale a su obstrucción. Cada proceso requiere de cierta instancia de vacío para que su fluir pueda desplegarse:

No es tanto progresar hacia un ideal al cual se estaría apuntando, siguiendo la esperanza de algún día llegar a destino –acceder a la salvación– cuanto mantener todos los propios recursos vitales en desarrollo, y por ende sin que uno u otro, al bloquearse o inmovilizarse, al 'fijarse', pueda frenar impulso e inhibirlo (Jullien, 2012: p. 98-99).

La tarea del analista, en tanto que su acto es la causa del proceso, consiste en producir el vacío que resulta necesario para que el proceso pueda ocurrir. No azarosamente hallamos en el lugar de la causa del proceso al objeto *a*, objeto que es en sí mismo un vacío, una nada, y al deseo del analista, que opera también como un deseo vacío.

Descrito de esta manera, el análisis pareciera un proceso en el cual el analista no pone nada, donde su función se ciñe a quitar lo que obstruye. Es precisamente lo que estamos queriendo decir. Aun cuando el analista paga con palabras, paga con su persona en la transferencia, paga con su juico más íntimo, lo que está haciendo es fingir olvidar que su acto es la causa de ese proceso. Pero estrictamente hablando no está poniendo nada en ese proceso, que no sea instaurar sus condiciones de posibilidad, y quitar lo que se presente en calidad de obstrucción. El resto, el proceso mismo, es el trabajo analítico del paciente,

por ello lo llamó analizante, porque es a él a quien le toca hacer el trabajo. Freud advirtió esto en 1905 a partir de una metáfora artística, para diferenciar al psicoanálisis de la sugestión:

Es verdad, entre la técnica sugestiva y la técnica analítica hay la máxima oposición posible: aquella que el gran Leonardo da Vinci resumió, con relación a las artes, en las fórmulas *per via di porre* y *per via di levare*. La pintura, dice Leonardo, trabaja *per via di porre*; en efecto, sobre la tela en blanco deposita acumulaciones de colores donde antes no estaban; en cambio, la escultura procede *per via di levare*, pues quita de la piedra todo lo que recubre las formas de la estatua contenida en ella. De manera en un todo semejante, señores, la técnica sugestiva busca operar *per via di porre*; no hace caso del origen, de la fuerza y la significación de los síntomas patológicos, sino que deposita algo, la sugestión, que, según se espera, será suficientemente poderosa para impedir la exteriorización de la idea patógena. La terapia analítica en cambio, no quiere agregar ni introducir nada nuevo, sino restar, retirar, y con ese fin se preocupa por la génesis de los síntomas patológicos y la trama psíquica de la idea patógena (Freud, 1905: p. 250).

Ahora bien, habiendo hecho un rodeo por las categorías de proceso y de vacío del taoísmo debemos decir alguna palabra para diferenciar lo que significa el proceso analítico y el proceso de iniciación del alumno en el budismo zen. De otra manera nada garantizaría que el proceso analítico no dé a luz a un analista –como lo pensó Lacan a partir del fin de análisis y el pase– sino a un budista. Si nos hemos servido de estas dos categorías del taoísmo –proceso y vacío– para pensar el acto analítico eso no significa que las dos prácticas en cuestión mantengan entre sí una analogía o un parentesco masivo. Respecto del budismo zen no haremos ninguna referencia específica porque no es nuestro objeto de estudio. Pero respecto del psicoanálisis lo que debemos decir es que el analista ocupa para el analizante, el lugar de semblante del objeto *a* que causa su trabajo analítico. Lo que eso sostiene es el lazo analítico y el discurso psicoanalítico. Con todas las coordenadas de situaciones históricas y sociales que esto involucra, algunas de las cuales fueron estudiadas por Lacan en *Seminario 17* dedicado a los cuatro discursos. De allí

¿Qué es el acto analítico?

que los resultados y los efectos del análisis involucren marcas particulares.

Pero por otro lado, esto tampoco significa que el análisis da a luz sujetos “iniciados” en el psicoanálisis. Por el contrario, al partir del deseo como una función constitutiva del sujeto, y al montar el dispositivo analítico a partir de esa misma función, lo que el análisis hace es devolver al sujeto a la condición del deseo, cayendo al final tanto el analista como el análisis de su función, y siendo el análisis no un acto de iniciación sino un acto en falso, en la medida que apunta a otro acto, el del sujeto.

Deshollinar la chimenea

Como conclusión de los desarrollos tratados en este capítulo quisiéramos hacer dos observaciones. La primera, concerniente a la función del analista: *el analista ocupa en la transferencia un lugar, para dejarlo vacío*. No actúa el papel destinado a él en el fantasma del analizante. Más bien a la inversa, es el analista el que procura que el analizante actúe el papel destinado a él en el acto analítico: el trabajo analítico y el acto, a secas.

El analista no actúa, para que el proceso analítico pueda ocurrir, si nada lo obstruye. Y actúa, también para que el mismo proceso pueda ocurrir, si es que algo lo obstruye. Aún así, actuar y no-actuar no coinciden linealmente con hacer y no-hacer. Ambas posiciones –actuar y no-actuar– pueden significar en diferentes situaciones movimientos positivos y negativos, es decir, tanto hacer o decir algo, como no-hacer o guardar silencio. El efecto procurado sigue siendo el mismo: causar el proceso de análisis.

La segunda observación concierne no al analista sino al efecto que se produce por su acto. Inadvertidamente, a partir del tratamiento de la categoría de vacío y de obstrucción, nos hemos vuelto a encontrar con la segunda gran definición del psicoanálisis, referida en el *Capítulo 3*: deshollinar la chimenea. Esta definición, en principio metafórica, se vuelve una descripción literal de la situación que hemos descrito: se trata de deshollinar, desobstruir aquello que se requiere para que determinado proceso siga su curso.

Si la primera definición –cura por la palabra– se refiere explícitamente a la palabra, la segunda –deshollinar la chimenea–

se refiere metafóricamente a la fijación de la libido, para decirlo en términos freudianos, y la fijación del objeto en el fantasma, para decirlo en términos lacanianos.

**PARTE IV. DISCUSIONES
Y COMENTARIOS FINALES**

Capítulo 12. Cómo actuar con el propio ser

El acto dice algo, es de eso que hemos partido.

Lacan, *El acto psicoanalítico*

Discusiones y conclusiones

Hemos desarrollado hasta aquí diferentes aproximaciones al concepto de acto analítico en la obra freudiana y post-freudiana, y el concepto propio en la obra de Lacan. A lo largo de este capítulo y del capítulo siguiente ofreceremos los principales comentarios y conclusiones que se derivan del trabajo hecho. De manera específica, en este capítulo daremos lugar al tratamiento de algunas preguntas o discusiones en torno al tema del acto. Y en el capítulo siguiente nos enfocaremos en el tratamiento de las principales conclusiones y síntesis del trabajo.

Breve historia de la formalización del acto: actuar o no actuar

El acto analítico como tal, en tanto causa del análisis, ha estado presente como un fundamento de la práctica analítica desde el surgimiento mismo del psicoanálisis con Freud. Sin embargo su esclarecimiento o formalización en la teoría es algo que reconoce una historia de aproximaciones, discusiones y problemas que hacen a los fundamentos técnicos del psicoanálisis.

Freud partió de la palabra del paciente y la interpretación, para encontrarse con la transferencia en su doble valor de mo-

¿Qué es el acto analítico?

tor del análisis y de resistencia. Situó la práctica analítica en el eje de *la transferencia y la resistencia*, advirtiendo que el análisis no es sólo un arte de la interpretación, sino que el analista deberá *manejar la transferencia y dominar la contratransferencia*. El desarrollo de la neurosis de transferencia sitúa al analista en el lugar de un *objeto* del paciente, lugar privilegiado desde donde el analista actúa. Así, este lugar de objeto en la transferencia, la transferencia en su valor de motor del análisis y el manejo de la transferencia constituyen tres grandes aproximaciones freudianas al concepto de acto analítico.

La tradición post-freudiana desarrolló el concepto de *contratransferencia* introducido por Freud elevándolo a la calidad de eje de la cura, junto con la transferencia. Así, han explorado diferentes condiciones en las cuales el analista interviene como un *aparato receptor* y como un *aparato emisor*. Por esta vía han extremado dos posiciones, no presentes como tales en la técnica freudiana: 1. una concepción de la cura entendida como un arte de la interpretación, reduciendo el manejo de la transferencia y el acto del analista a una forma particular de interpretación; 2. una denostación del acto del analista, reducido a una manifestación de su contratransferencia. Aun así, existen excepciones en esta formulación que merecen destacarse. En particular hemos tratado sobre los desarrollos de Racker, y su doble observación, que remite a la cuestión del acto: *el paciente puede estar actuando al hablar; el analista puede actuar como una manera de interpretar*.

Al margen de este enfoque, y paralelamente a él, la misma tradición post-freudiana fue desarrollando otros conceptos que se aproximan al acto. Hemos tratado aquí dos de ellos a los cuales consideramos referentes importantes de esta historia: el concepto de *técnica activa* de Ferenczi y el concepto de *carácter* de Reich. Ambos autores situaron a partir de ellos, intentos de responder analíticamente a momentos donde el proceso analítico no puede iniciarse, se detiene o se vuelve interminable. Cabe incluir también aquí el concepto de *presencia del analista* de Nacht, desarrollado de manera paralela al propio concepto de Lacan.

Finalmente, debemos contar también entre estas aproximaciones al concepto de *juego* de Winnicott. Subrayando que es tal vez el único concepto psicoanalítico equiparable como tal al de acto. Partiendo de otro lenguaje, otro enfoque y otro sesgo, Winnicott sostuvo que el juego es el soporte del análisis, aque-

llo sin lo cual no existiría. El análisis depende así del juego, en una medida semejante a como en Lacan depende del acto. En razón de este parentesco cabe destacar que ambos autores desarrollaron su obra de manera contemporánea, contando entre sus principales contribuciones con la formalización de un objeto central respecto del juego y del acto, y crítico respecto de la teoría de la relación de objeto kleiniana: nos referimos al *objeto transicional* de Winnicott y al objeto *a* de Lacan, sobre el cual el mismo Lacan reconoció a lo largo de toda su obra su antecedente en el objeto de Winnicott.

La formalización del concepto en la obra de Lacan se nutre de múltiples perspectivas que van desde el estructuralismo en occidente hasta el taoísmo en oriente. Una de las marcas distintivas de su obra es tratar posiciones dualistas a partir de tríadas. Así, a partir de los tres registros *–real, simbólico, imaginario–* desarrolló una concepción del sujeto que no responde *a priori* al esquema dual de lo psíquico-somático, o de la representación-afecto (Murillo, 2017). De la misma manera, a partir de la tríada *acto-transferencia-interpretación* desplegó una relectura de todos los problemas que giran en torno a los ejes freudianos y post-freudianos que lo antecedieron: transferencia-resistencia, transferencia-contratransferencia, interpretar-actuar, hablar-sentir.

Esta tríada *–acto-transferencia-interpretación–* tiene esbozos tempranos en los antecedentes de la obra lacaniana, y es formalmente introducida en *La dirección de la cura y los principios de su poder*. Si bien allí no está desarrollado el concepto de acto analítico, ni siquiera el deseo del analista, hay ya un lugar preparado para tal formalización. De allí que hallemos en ese escrito una pregunta fundamental respecto del acto: *cómo actuar con el propio ser*.

Hablar o sentir

El estudio del acto nos llevó, no azarosamente, a problemas de técnica que podríamos calificar de cruciales para el psicoanálisis. Nos referiremos a ellos en calidad no de problemas resueltos sino abiertos. No creemos que se trate de asuntos cerrados y nuestra referencia aquí no tiene como propósito resolverlos sino precisar cuál es su lugar por referencia al acto.

¿Qué es el acto analítico?

El primero de ellos –*hablar o sentir*– podría plantearse de la siguiente manera: ¿es el psicoanálisis una cura de la palabra o una experiencia afectiva? En el análisis, ¿se trata de hablar o de sentir, ser afectado?

A partir de Freud podemos decir que la cura parte de la palabra del paciente, pero en algún momento se encuentra con la transferencia. El paciente deja de recordar para repetir o actuar un fragmento de su neurosis infantil. Es a través del manejo de la transferencia que el afecto es reconducido otra vez al terreno de la palabra. Y lo que Freud llama *reelaboración* supone un pasaje por ambas instancias: *recordar y repetir*.

La tradición post-freudiana continuó esta perspectiva, con diferentes acentos o matices. Así, Fenichel observó por ejemplo que no se trata de ningún extremo: *el análisis no puede transcurrir sólo por la vía de la palabra, ni sólo por la vía del afecto*. Incluso señaló que se trata de un movimiento que va desde la palabra al afecto, y del afecto a la palabra. Reich por su parte subrayó que no se trata de una cuestión escindida de la otra, sino de un *recordar con afecto*.

¿Cómo se inscribe esta cuestión en la obra de Lacan, y por referencia a su concepto de acto? Cosenza en su tratado lo expresa de esta manera, continuando la tradición de discusión freudiana y post-freudiana, en un apartado titulado *El análisis como estructura lógica o como experiencia afectiva*:

Ante todo, en la experiencia de Lacan, el análisis es una experiencia dotada de su propia lógica intrínseca, caracterizada en su proceso por pasajes estructurales que la definen. Esto caracteriza el enfoque estructuralista lacaniano en psicoanálisis, y es el núcleo de la acusación de ‘dogmatismo’ que se le dirige. En la lectura de Miller, resulta evidente que la perspectiva lógico-estructural de Lacan en psicoanálisis diverge en los fundamentos de la perspectiva actualmente dominante en el seno de la IPA, que encuentra en torno a la centralidad del concepto y del uso de la contratransferencia un punto de unificación de posiciones muy distantes entre ellas, si bien con diferentes sensibilidades. El análisis se pone aquí de relieve en primer lugar como experiencia afectivo-participativa, como relación intersubjetiva empática, y como intercambio emotivo profundo entre la subjetividad del analista y la del analizado (Cosenza, 2003: p. 106).

Es cierto que Lacan ha aportado un análisis lógico de la estructura que se pone en juego en la sesión analítica, y que su posición diverge en múltiples aspectos de otras escuelas psicoanalíticas. Entre otras razones porque no parte de concebir la relación analítica en términos de intersubjetividad, ni concibe a la contratransferencia ni la empatía como instrumentos analíticos. Esto arroja otra manera de pensar la dirección de la cura, otros sesgos, otros efectos. Sin embargo quisiéramos rescatar un término que no está ausente en la obra de Lacan y que se anuda siempre en la estructura: los *afectos*. Lo que queremos decir con esto es que acordamos parcialmente con esta perspectiva señalada por Cosenza, en la medida que separa, escinde y *opone la lógica al afecto, la estructura a la experiencia*.

Al respecto quisiéramos hacer dos observaciones que se derivan del enfoque que hemos dado a nuestro trabajo: 1. la estructura lógica no se separa ni opone a la experiencia afectiva; 2. en la obra de Lacan este problema no se distribuye de manera binaria sino ternaria, cuestión para la cual siempre parte de los tres registros. Así, podríamos decir que el análisis no es ni una cura por la palabra, donde se hacen a un lado los afectos; ni una cura por los afectos, donde se hace a un lado la palabra. Se trata de una práctica que involucra lo real, lo simbólico y lo imaginario. Esto quiere decir, según las diferentes estructuras con las que estemos operando: *el afecto, la palabra y el cuerpo; la pulsión, lo inconsciente y el cuerpo; el deseo, el goce y el cuerpo*, etc. Dicho de otra manera: siempre trabajamos con *nudos* de registros, y no con registros aislados.

Hablar o actuar

El segundo problema crucial con el que nos hemos encontrado *–hablar o actuar–* puede pensarse como correlativo del anterior. En efecto, si el psicoanálisis es una cura por la palabra, y si la palabra es el único medio con el que operamos, ¿es la técnica un arte de la interpretación? Pero aún debemos volver sobre los términos mismos de nuestra pregunta: si el análisis parte del acto y la transferencia, ¿es la palabra el único medio?

Se trata de un problema complejo. Si respondemos que sí, debemos analizar qué alcance o lugar tiene en el análisis el acto y la transferencia. Y deberemos dar un rodeo para fundamentar

¿Qué es el acto analítico?

que si bien la palabra es el único medio, el análisis no se reduce a un arte de la interpretación. Si respondemos que no, deberemos poder fundamentar en qué consisten o de qué se tratan los otros medios. ¿Son acaso el acto y la transferencia medios analíticos? Lacan dio al respecto una indicación muy precisa: la palabra es el medio y la transferencia es un resultado que por su despliegue se produce (Lacan, 1973-1974).

Creemos que este problema se articula con otro, que podríamos llamar *el problema de los medios analíticos*. Es de destacar que autores como Ferenczi, Racker, Reich, Nacht, Winnicott, e incluso Lacan mismo, al tratar algunos obstáculos en la dirección de la cura, y al explorar otros recursos que no son la interpretación han precisado que están recurriendo a medios que son *no-analíticos*, para que los medios analíticos puedan ponerse en marcha. Tanto Ferenczi a través de lo que llama la *técnica activa*, como Nacht a través de lo que llama la *presencia del analista*, por ejemplo, advierten que esa operación que están describiendo no coincide exactamente con la interpretación y por diversas razones no la llaman tampoco manejo de la transferencia. Lacan mismo, al referirse a la neutralidad precisó que una *vacilación calculada de la neutralidad* puede valer más que todas las interpretaciones.

A partir de esto creemos que la pregunta ¿es la palabra el único medio? podría sustituirse por otra, por donde puede continuarse la exploración del tema: ¿en qué medida los medios analíticos requieren, y en un sentido fundamental, de medios que son no-analíticos para operar? Planteado en términos de lo que hemos explorado con el concepto de acto, y dicho de manera afirmativa: *la palabra –del analizante– requiere del acto analítico para operar*. Lo cual quiere decir también que *no cualquier palabra, o no cualquier manera de hablar constituye un medio, en sentido psicoanalítico*.

Un sujeto pero dos cuerpos

Los dos pares de oposiciones que hemos tratado –hablar o sentir, hablar o actuar– nos conducen a analizar la manera como se entiende el sujeto y el cuerpo en el análisis. Lacan precisó que el análisis no es una experiencia intersubjetiva, sino que por re-

ferencia tanto a la palabra como a la transferencia, existe una disparidad fundamental en la relación analítica. Así precisó que en el análisis interviene *un solo sujeto, el analizante* (Lacan, 1960-1961). Sin perjuicio de esta idea, debemos precisar aquí: *en el análisis interviene un solo sujeto, pero no un solo cuerpo*.

Lacan se refirió a esta idea a lo largo de toda su enseñanza. En el *Seminario 1* calificó al análisis como “un concubinato” (Lacan, 1953: p. 394). En *La tercera*, “un lazo de a dos” (Lacan, 1974: p. 86). En el *Seminario 19*, “una confrontación de cuerpos”, refiriéndose a las entrevistas preliminares (Lacan, 1971-1972: p. 224). En el *Seminario 21*, una “co-vibración semiótica”, refiriéndose a la transferencia (Lacan, 1973-1974: clase 11/6/74). En el *Seminario 24*, “un autismo de a dos”, interrogándose por el lenguaje en psicoanálisis (Lacan, 1976-1977: clase 19/4/77).

Esta cuestión recibió una inscripción histórica en el psicoanálisis en lo que ha sido llamado la *one body psychology* y la *two body psychology*, esta última desarrollada por ideas de J. Rickman y M. Balint. *Psicología de un solo cuerpo* es la manera como se describe a la práctica freudiana y a las primeras teorizaciones post-freudianas, antes del desarrollo de la noción de contratransferencia en su carácter instrumental. De acuerdo a esto, si el análisis se organiza en torno a la transferencia y la resistencia, todo pareciera ocurrir desde el paciente hacia el analista, como si hubiera en juego un solo cuerpo o el cuerpo del analista *no contara*. La perspectiva de la *psicología de los dos cuerpos*, asentando el análisis sobre el eje transferencia-contratransferencia, incluso resistencias-contraresistencias, incluye no sólo al paciente sino al analista. Esto significa que lo que ocurre en el análisis no es algo que se mueve en una única dirección, desde el paciente hacia el analista, sino que también existen movimientos –más o menos neuróticos, más o menos analíticos– que se dan en un sentido contrario. Dicho de otra manera: *el cuerpo del analista también cuenta*, incluso acaso en un sentido fundamental respecto del acto.

Lacan critica la perspectiva de la *psicología de los dos cuerpos* en su primera enseñanza (Lacan, 1953-1954), de la mano de una crítica del enfoque intersubjetivista de la cura. Sin embargo debemos reconocer que participa parcialmente de este enfoque, precisamente porque entiende que el análisis no es en absoluto algo que ocurra en una única y misma dirección: del paciente al analista. Sólo que del otro lado lo que situó no fue a otro sujeto,

sino al deseo del analista, definido como un deseo vacío. Así, la transferencia no es algo que va desde el paciente al analista, sino algo que surge del encuentro del paciente con el deseo del analista.

Pero, nuevamente, esta es una cuestión que en la obra de Lacan debe tratarse a partir de los tres registros. Cuando Lacan critica la perspectiva intersubjetivista del análisis está situando la discusión sobre el registro imaginario. Cuando precisa que en el análisis se pone en juego un solo sujeto, se trata de una observación sobre el registro simbólico. Advuértase incluso aquí que el concepto de sujeto en Lacan es siempre relativo al Otro, lugar que el analista ocupa en la transferencia como oyente. ¿Qué ocurre a nivel de lo real? Lo real, a diferencia de lo imaginario y lo simbólico, es un registro que *no tiene alteridad*. Y es precisamente donde Lacan situó al analista como semblante –*en cuerpo*– del objeto *a*, causa del análisis. Se trata de un objeto que se sitúa *entre* el sujeto y el Otro. El analista ocupa entonces no solamente el lugar del oyente, sino el lugar del objeto causa, y del semblante.

Ahora bien, decir a partir de esto que hay dos cuerpos pareciera abusivo, dado que el objeto *a*, en lo que tiene de consistencia corporal, es aún un objeto parcial, y por lo tanto no constituye estrictamente hablando otro cuerpo, un segundo cuerpo. Por otro lado no se trata de un objeto del analista, sino que se sitúa entre analizante y analista, siendo en principio un objeto del analizante, del cual el analista se hace semblante. Tal vez sería más adecuado decir entonces que en el análisis se pone en juego *no-sólo un cuerpo, sino más de uno, pero no dos*.¹ Ese otro cuerpo, que no es el cuerpo del analizante, sino un cuerpo parcial que opera en el acto analítico como la causa de su trabajo, constituye una parte de cuerpo.

La chimenea analítica

Respecto de la relación de las dos definiciones del psicoanálisis –*cura por la palabra y deshollinar la chimenea*– hemos señalado a partir del taoísmo que el vacío es una condición inherente al

¹ Esto retoma la perspectiva que Lacan dio a la relación fálica en el lado hombre y mujer en sus fórmulas de la sexuación (Lacan, 1972-1973).

despliegue de un proceso o del fluir de algo. En términos de Lacan: es a partir del deseo –vacío– del analista y del objeto *a* en el lugar de la causa del deseo, que el proceso analítico puede desplegarse, constituyéndose además como un proceso de *horadación* de la neurosis, habilitando para el sujeto otra condición del deseo. De allí una fórmula que Lacan sugiere en el *Seminario 14: el acto es lo que hace agujero* (Lacan, 1966-1967: clase 24/5/67). Volviendo sobre las dos definiciones originales: *es la palabra aquello que deshollina, a la vez que la chimenea debe estar deshollinada para que la palabra pueda discurrir*. De manera que ambas definiciones se requieren mutuamente.

Para finalizar este capítulo de discusiones y comentarios, quisiéramos referirnos metafóricamente al tema, a partir de una anécdota que proviene del *Talmud*. Tomamos el siguiente registro, que citamos extensamente, del libro de Gloria Leff, *Juntos en la chimenea. La contratransferencia, las 'mujeres analistas' y Lacan*:

Después de hacer su tesis doctoral en lógica socrática y graduarse con todos los honores, un doctor en filosofía se presentó un día ante un rabino y le pidió que le explicara los pormenores del razonamiento talmúdico.

–Voy a ponerle una prueba para ver si tiene el espíritu adecuado para introducirse en los estudios judaicos. Le voy a plantear unas preguntas de lógica, ya que esta es su especialidad, respondió el rabino.

El doctor en filosofía está listo.

El rabino muestra dos dedos:

–Dos hombres bajan por una chimenea. Uno de ellos sale limpio, el otro sucio. ¿Quién va a lavarse la cara?

–¿Esta es la prueba de lógica? pregunta el doctor en filosofía, a punto de soltar una sonora carcajada.

–Por supuesto, le responde el rabino imperturbable.

–¡Ah! Pues, el que sale sucio va a lavarse.

–Falso, dice el rabino. El que sale limpio es quien va a lavarse. Es una pura lógica simple: el que sale sucio ve al otro limpio y piensa que él también está limpio, y entonces no va a lavarse. El que sale limpio ve al otro sucio y piensa que él también está sucio, y entonces el que sale limpio va a lavarse la cara.

–Está clarísimo, concluye el doctor en filosofía. Pasemos a la siguiente prueba.

El rabino le muestra nuevamente dos dedos:

–Dos hombres bajan por una chimenea. Uno de ellos

¿Qué es el acto analítico?

sale limpio, el otro sucio. ¿Quién va a lavarse la cara?

–Me acaba de dar la respuesta, Rabino, el que sale limpio es quien va a lavarse la cara.

–Falso. Los dos se lavan. Es lógico: el que sale limpio ve al otro sucio, piensa que él también está sucio, y entonces va a lavarse; pero el que sale sucio ve al que sale limpio ir a lavarse y concluye que, si va a lavarse, es porque lo ve sucio a él, y también va a lavarse. Entonces los dos se lavan la cara.

–La verdad, no reflexioné de esa manera, dice muy serio el doctor en filosofía. Póngame otra prueba, sí he comprendido bien el método.

El rabino le muestra sus dos dedos:

–Dos hombres bajan por una chimenea. Uno de ellos sale limpio, el otro sucio. ¿Quién va a lavarse la cara?

–Los dos, ¡acabamos de llegar a esta conclusión!

–¡Falso! Ninguno de los dos se lava la cara. Es lógico: el que sale sucio ve al que sale limpio y piensa que él también está limpio y entonces no se lava. El que sale limpio ve que el que sale sucio no se lava, piensa que, si no lo hace, es porque a él lo ve limpio y tampoco se lava. Entonces, ninguno de los dos se lava la cara.

El doctor en filosofía está absolutamente descorazonado.

–A pesar de todo, estoy seguro de haber comprendido. Permítame pasar la última prueba.

El rabino levanta los dos dedos fatídicos:

–Dos hombres bajan por una chimenea. Uno de ellos sale limpio, el otro sucio. ¿Quién va a lavarse la cara?

–Ninguno de los dos se lava, responde el doctor en filosofía, con una voz que apenas puede oírse.

–Falso. ¿Comprende ahora las limitaciones de la lógica socrática para resolver los problemas talmúdicos? La respuesta es que es una pregunta tonta: ¿cómo podrían dos hombres bajar por la misma chimenea y uno de ellos salir sucio y el otro limpio? Quien no comprenda esto no tiene el espíritu apropiado para la enseñanza del *Talmud* (Leff, 2011: p. 13-15).

Trasportando la metáfora a nuestro estudio del acto, podríamos decir: ¿cómo podría el analista volverse semblante del objeto a, causa del proceso analítico, dejando su cuerpo fuera de juego? Dicho de otra manera, y haciendo una paráfrasis de la pregunta lacaniana –cómo actuar con el propio ser–: ¿cómo podría el

analista actuar si no es actuando con su propio ser, a la vez que pagando con él? Se advierte por otro lado que la cuestión del acto analítico no es menos un asunto del estructuralismo, que del taoísmo o el Talmud. Sin ser tampoco en sí misma una noción del estructuralismo, del taoísmo o del Talmud. Sino un concepto psicoanalítico. Y un fundamento de su práctica.

Capítulo 13. Deseo, técnica y acto

El análisis es en efecto una situación que solo se apoya en la estructura, en cuyo interior no se enuncia nada como discurso del analista que no sea del orden de lo que la estructura gobierna.

Lacan, *De un Otro al otro*

Síntesis de las ideas principales

Para finalizar, ofreceremos en este capítulo una síntesis de las principales ideas desarrolladas, sobre el concepto de acto analítico y sus relaciones con otros conceptos de la obra de Lacan estrechamente articulados al mismo.

En términos formales, la principal conclusión que debemos subrayar es que todas las disociaciones, oposiciones o tratamientos binarios de los problemas relativos al acto que hemos tratado a lo largo del trabajo y en el capítulo anterior, se resuelven en Lacan de manera ternaria, razón por la cual daremos cuenta de ellas en los siguientes apartados, a través de tríadas conceptuales, o series de tres conceptos.

Ninguna de ellas está explícitamente o expresamente planteada por Lacan de esta manera, por lo tanto resulta una lectura realizada en el contexto de esta investigación. Sin embargo creemos que existen en la obra de Lacan razones para su planteamiento, que mencionaremos a continuación.

Como se verá, cada serie o tríada de conceptos indica una especificidad o coherencia interna de cada concepto, a la vez que una relación o coherencia externa con los otros conceptos de la misma serie.

Acto analítico, acto del analista, acto del sujeto

A lo largo de todo el trabajo nos hemos referido al acto en el sentido del acto analítico, dado que es nuestro objeto de estudio. Pero en el camino nos hemos encontrado con otros dos actos, que podríamos llamar el acto del analista y el acto del sujeto.

La hipótesis de la cual hemos partido, y que hemos podido constatar en todo el recorrido es que es posible extraer de la obra de Lacan estos tres sentidos del término acto. En un sentido estricto, el acto analítico es aquel del cual hemos dado cuenta en todo el trabajo: *la causa del análisis*. ¿En qué consisten los otros dos?

El acto del sujeto es otro concepto específico de Lacan que aparece en su obra simplemente nombrado como “acto”, y algunas veces como “acto a secas”. Es aquel acto al que apunta el acto analítico. Por eso Lacan define al acto analítico como un acto que se dirige a otro, y por esa razón como *un acto en falso*, toda vez que no constituye un fin en sí mismo sino un medio que apunta a otro acto. Cabe destacar también que a este último sentido del acto se refieren los conceptos de acto fallido, acto sintomático, *acting out*, y pasaje al acto.

Esta distinción –acto analítico y acto a secas– es importante de hacerse dado que para Lacan no se trata del mismo acto. Si bien ambos participan de una lógica o matriz de pensamiento común, su confusión equivale a confundir la tarea que en el análisis toca al analizante y aquella que toca al analista. Para sintetizar ambos conceptos, podemos recuperar una definición de Lacan: *el acto analítico es la conjunción de un acto –analista– y un hacer –analizante–, que a su vez se dirige a otro acto, el acto del sujeto como tal*. De manera que hay una relación específica del trabajo analítico que realiza el analizante, entre el hacer y el acto. Pero esto último no debe confundirse con el acto analítico. Si el acto analítico es la causa del análisis, el hacer y el acto del sujeto es un efecto *posibilitado* por el análisis.

¿En qué lugar se sitúa, finalmente, lo que hemos llamado el acto del analista? De alguna manera hemos establecido entonces una diferencia entre el acto analítico y el acto del analista. Hemos procurado hacer esta diferenciación porque la expresión “acto del analista” conduce a lo que podríamos llamar una *imaginización del acto analítico*, a saber: que el acto analítico es algo que hace el analista. Por esta vía, suelen diferenciarse tipos de

intervenciones, verbales y no-verbales. Siendo las intervenciones no-verbales más próximas al acto del analista y las verbales más próximas a la interpretación. Ejemplo de una intervención no-verbal podría ser el silencio del analista, el corte de la sesión, alguna maniobra sobre los honorarios del paciente, algún gesto corporal o facial, etc.

Esta perspectiva conduce no sólo a una imaginización del acto analítico sino también a una *imaginización de la interpretación*, dado que se la reduce solamente a formas de expresión verbalizadas. Sin embargo, cualquiera de los ejemplos anteriores que hemos dado puede producir en el análisis un efecto de interpretación, no siendo entonces actos sino interpretaciones, más allá de cuál sea el canal emisor por el cual se exterioricen.

Volveremos más abajo sobre la relación *acto analítico-transferecia-interpretación*, pero concluyamos aquí esta primera diferencia y precisión del concepto: el acto analítico no consiste en ningún acto, acción, movimiento o gesto del analista. No consiste en nada que haga el analista sino por el contrario en *no hacer nada*. La producción de un vacío y de una inmovilidad que resultan ser un motor del análisis. Nacht, al referirse a la presencia del analista, sugirió que se trata de la posición de *un motor inmóvil*, tomando esa forma de la causa en Aristóteles: *algo que mueve porque se queda quieto*. Tomando imágenes del taoísmo nos hemos referido a la actitud de *no hacer nada*, para que el discurrir de un proceso pueda darse sin obstrucción.

En razón de esto es que creemos que la expresión “acto del analista” aparece en la literatura analítica sólo a título metafórico, indicativo del acto analítico, y de una función que corresponde al analista, pero no debe confundir en el sentido de *imaginar* que el acto es algo que el analista hace. Antes bien, debemos obtener una orientación de la expresión *no hacer*.

Deseo del analista, acto analítico, discurso analítico

De todos los conceptos que hemos tratado, sin duda el concepto de deseo del analista es el más difícil de diferenciar del acto. Cabe preguntarse entonces si son conceptos equivalentes, o sinónimos. Y si no lo fueran, cómo se diferencian.

Todo lo que hemos desarrollado supone al concepto de acto analítico en una estructura lógicamente intermedia entre el de-

¿Qué es el acto analítico?

seo del analista y el discurso analítico. Esto significa que el acto analítico no podría tener lugar sin el deseo del analista. Dicho de otra manera: el analista no podría ocupar el lugar de semblante de objeto *a* que causa el análisis, sin el deseo del analista. *El deseo del analista, ofrecido como un deseo vacío en la transferencia es el lugar donde se aloja el objeto del acto.* Así, no podría tener lugar el análisis sin la presencia de este deseo, como tampoco la sola presencia de este deseo funciona por sí misma sin el acto. Para ofrecer una definición positiva de la cuestión podríamos decir que *el acto analítico es la puesta en juego o la puesta en función del deseo del analista.*

Por otro lado, el discurso analítico supone, incluye o contiene el acto analítico, lo cual se ve explícitamente en la escritura de la parte superior del discurso. A la vez que es el acto analítico lo que sostiene el discurso analítico. Pero el estudio del discurso nos sitúa en otro nivel de problemas, no reduciéndose a la cuestión del acto. Involucra no sólo los lugares del significante amo y del saber –la producción y la verdad– sino además una lógica de relación con otros discursos, donde el discurso analítico es el reverso del discurso del amo, o donde el discurso analítico se produce a partir de un giro del discurso de la historia, entre muchas otras cuestiones.

Lo que queremos decir con esto es que debemos preservar la especificidad de cada concepto, y estudiar sus relaciones con otros. El concepto de acto analítico, como algo no reducido al deseo del analista, ni subsumido en el discurso analítico, remite a un campo específico de problemas, fenómenos, herramientas, conceptos y discusiones, algunas de las cuales hemos intentado transmitir a lo largo de este trabajo.

Acto analítico, transferencia, interpretación

La serie *acto analítico-transferencia-interpretación* es sin duda a la que más nos hemos referido, dado que concierne más específicamente al concepto de acto analítico. En efecto: el acto analítico es la causa del análisis y a partir de ello el soporte tanto de la transferencia como de la interpretación. Pensar la transferencia y la interpretación como dos operaciones anudadas al acto es crucial para situar su alcance y función en el análisis.

En cualquiera de las formas que pensemos la interpretación,

desde la traducción de un sentido latente hasta la producción del efecto del significante de la castración, la interpretación no es nunca una sustancia dada *a priori*, sino un efecto que se produce, y por lo tanto siempre *a posteriori*. Por otro lado no es nunca algo que diga el analista, lo cual equivale a una imaginización del fenómeno. La interpretación como tal es *el efecto de un decir que ocurre en el acto analítico*. Ese decir que como tal no cae imaginariamente ni del lado del analista ni del lado del analizante. Se produce *entre* ellos, por efecto de lo que allí se dice.

Con respecto a la transferencia, el acto analítico es una función que interviene estructuralmente en su institución, despliegue, y destitución. Cualquier fenómeno de detención u obstáculo relativo a estos tres momentos, y a las dos grandes coyunturas en medio de ellos –la entrada en análisis y el fin del análisis– remite a la función del acto analítico como causa del proceso.

Por otro lado, debemos aclarar que ni la interpretación se dirige necesariamente –ni siempre– al significante, ni el manejo de la transferencia se dirige necesariamente –ni siempre– al objeto *a*. Por el contrario, todos los cruces a este respecto son posibles. Para decirlo fenomenológicamente: *cualquier cosa que el analista haga, no haga, diga o no diga, etc., puede recaer o bien sobre alguna función del significante o del objeto, como asimismo inscribirse o tener efecto, tanto a nivel de la interpretación como de la transferencia*.

Lo que arroja una visión parcial, reducida o distorsionada de estas funciones es tratar de manera escindida o separada la interpretación y la transferencia, como si se trataran de sustancias diferentes, y no de relaciones de una dialéctica. Tal como Clausewitz piensa dialécticamente la relación entre la táctica y la estrategia: no hay táctica sin estrategia, como así tampoco hay estrategia sin táctica. A su vez, no hay nada de esto sin la política que subyace a ambas.

De la misma manera, para Aristóteles y para Propp no hay función del actor sin la trama de la historia, ni trama histórica sin funciones. Y en un sentido que subyace a esta observación, para Lévi-Strauss no hay eficacia simbólica sin la dialéctica que se pone en juego entre el mito y las operaciones, las creencias y las acciones rituales.

Transportadas estas analogías a nuestro objeto de estudio, debemos observar que la interpretación no es nunca un función

¿Qué es el acto analítico?

desconectada de la transferencia, como así tampoco el manejo de la transferencia opera de manera desconectada de la interpretación. Y nada de esto ocurre sin el acto que lo sostiene.

Disociar estas dialécticas de la estructura del análisis lleva a reducir el acto o bien a un puro arte de la interpretación, o bien a una pura experiencia afectiva. Como conclusión en este aspecto podemos decir: *el análisis es una cura por la palabra y un arte de la interpretación, en la misma medida que es un arte del manejo de la transferencia y un arte del semblante del objeto a.*

Escena, significante, semblante

La tríada *escena-significante-semblante* concierne directa y específicamente al acto analítico. El acto supone la triple dimensión de una escena, del significante y los semblantes. Podría pensarse que cada uno de estos tres términos coinciden linealmente con lo real, lo simbólico y lo imaginario. Pero no es el sentido que queremos dar.

Si bien creemos que el pensamiento de Lacan, al partir de los tres registros, trata los conceptos por esquemas ternarios, esto no significa que cada concepto se alinea sustancialmente con un registro en particular. Por el contrario, tanto la escena analítica, como el significante, como el semblante están determinados en diferentes aspectos por lo real, lo simbólico y lo imaginario.

Hecha esta aclaración, lo que queremos decir es que el acto analítico involucra no sólo al significante, la palabra, la interpretación, sino también la dimensión de la escena y del semblante.

Con el término *escena* nos referimos tanto a la escena del fantasma y a la lógica del fantasma, que Lacan desarrolló en los *Seminarios 14 y 15*, como así también a la escena analítica y a la lógica del acto analítico. Esta dialéctica entre la escena del fantasma y la escena del acto analítico, creemos que es el verdadero campo de batalla al cual se refería Freud cuando hablaba de la transferencia, tomando metáforas bélicas. Sólo que no se trata de una batalla, de atacar o de defender. Naturalmente son metáforas. Pero conviene aquí recordar también otra, esta de Lacan: *es un campo en el que el analista se mueve cual rinoceronte adentro de una cristalería*. Orientado por una política, pero no sin táctica y estrategia.

Con el término semblante nos referimos a la relación de los cuerpos: las posturas, los gestos, las expresiones faciales, los tonos de voz, etc. No sólo el semblante del analizante sino aún más fundamentalmente el del analista. No casualmente Lacan situó al analista como aquel que hace semblante de un objeto, en el análisis. En algún sentido el semblante responde a algo que Heidegger llamó la *condición de arrojado* (Heidegger, 1927). Así como el sujeto humano, por referencia al mundo o la vida, está arrojado a la existencia, el analista, en el espacio analítico, está *arrojado al juego de los semblantes*. Lo que queremos decir con esto es que aun cuando no haga nada, no diga nada, procure un mínimo o nulo sentido de la exteriorización, ya está de lleno en la dimensión del semblante, como algo de lo cual no puede esconderse. No se trata entonces de ser precavido o cauto respecto del semblante, sino de considerar, en función de la transferencia, qué semblante conviene ocupar en cada caso, para ocupar el lugar de objeto causa de *ese* análisis.

Deseo, técnica y acto: actuar y no-actuar, para no hacer nada

Para concluir, finalmente, quisiéramos decir algunas palabras que articulen las discusiones y conclusiones que hemos desarrollado con la cuestión de la técnica.

Hemos dicho que no procurábamos responder la pregunta del deseo por la vía de la técnica, sino en un sentido inverso, plantear la pregunta de la técnica por la vía del deseo. Lo que ahora podemos decir respecto del acto analítico es que supone ambas dimensiones: 1. supone al deseo del analista sin el cual el acto no tendría ningún lugar, literalmente hablando; 2. supone el estudio de la técnica, del cual aquí nos hemos ocupado solamente del acto analítico. Pero que involucra un campo amplísimo de conceptos. De esta manera, el acto analítico supone al deseo y a la técnica, sin reducirse a ninguno de ellos. No es ni la pura experiencia de un deseo, ni el puro ejercicio de una técnica.

En sí mismo, el acto analítico supone que el analista debe actuar y no-actuar, según cada situación transferencial. Pero aun cuando actúe o no-actúe, este actuar o no-actuar consiste en un *hacer nada*, que causa o mueve el hacer del analizante, siendo así *un acto que se dirige a otro*.

Anexo. El concepto de fin de análisis y el problema de la puerta¹

Señor, la jaula se ha vuelto pájaro.

A. Pizarnik

¿Qué es el fin de análisis?

Tal como plantea Lacan el concepto de acto analítico, este acto no puede incluir el hecho de que el análisis sea interminable. Nos referiremos en lo que sigue al campo de fenómenos o situaciones del análisis que podríamos llamar: fin, final, finalización, finalidad, término, terminación del análisis, del tratamiento, o de la consulta con un analista. Para designar esto diremos genéricamente “fin de análisis”, tratando a esta expresión como un concepto psicoanalítico.

No haremos un desarrollo exhaustivo del concepto. En su lugar nos referiremos a un solo aspecto, a través del cual trataremos el problema.

El fin de análisis es un concepto espacial, y no temporal

El “fin de análisis” es en primer lugar un concepto, y como todo concepto en psicoanálisis, este debe servir como instrumento

¹ Una primera publicación de este capítulo fue hecha en la *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, vol. XVI, 2016, pp. 155-162. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires.

¿Qué es el acto analítico?

clínico, tanto en la orientación de la experiencia como en la formalización que se haga de ella. Recordamos para esto la indicación de Lacan: el concepto rige el modo de tratar al paciente, pero también, el modo de tratar al paciente rige al concepto (Lacan, 1964: p. 130). Queda claro que la pregunta clave es *cómo tratamos al paciente*².

Concepto de “fin de análisis” → *Tratar al paciente*

Concepto de “fin de análisis” ← *Tratar al paciente*

En lo que respecta al tratamiento del concepto aquí, digamos primero lo que el concepto no es. 1. En primer lugar “fin de análisis” no significa que hay un fin al cual llegar. No pre-existe a la consulta del paciente un fin al cual este deberá llegar si comienza un análisis, o incluso si ya lo comenzó. Porque si así fuera estaríamos poniendo a jugar un sentido teleológico a la transferencia, un fin definido *a priori*. Cuando compartimos experiencias con colegas y hablamos de pacientes tratados en Hospitales o en consultorios particulares, tratados hace mas años, o menos años, o pacientes que interrumpen la consulta, con alguna frecuencia distinguimos “fin de análisis” de “fin de tratamiento”. Indicando con esto que no siempre que se concluye un tratamiento se llegó al fin de análisis. Si bien se entiende la idea de fondo a la que esto podría referirse, creemos que a nivel conceptual de alguna manera nos re-introduce el problema del fin (definido *a priori*) al cual no se llegó. Y eso siempre obtura la escucha analítica. En este sentido pareciera ser más justo llamar fin de análisis, del modo más freudiano, al simple hecho de que el paciente deja de asistir a la consulta, sin que el analista pueda establecer ningún juicio respecto de cuán analizado quedó el paciente hasta ahí. 2. En segundo lugar, el fin de análisis no funda ningún sujeto nuevo. El atravesamiento de la

² En lo que sigue nos referiremos a veces al “paciente” y otras al “sujeto”. Cuando decimos paciente nos referiremos en sentido genérico a aquel que consulta y padece de algo. Cuando decimos “sujeto” nos referiremos al sentido analítico que le da Lacan a este concepto: el sujeto es un efecto de la estructura y se determina por una posición en el deseo.

experiencia analítica sin duda que produce efectos, pero no inicia al sujeto en ningún estatuto especial o particular. No existe finalizado el análisis ningún estatuto especial del inconsciente, del síntoma, del fantasma o de lo real. Existen efectos, sin duda, y muchos, y capaces de transformar en muchos aspectos la vida de alguien. Pero lo que debemos evitar es imaginarizar estos efectos construyendo teóricamente un nuevo estatuto del sujeto analizado que anula luego la experiencia del “caso por caso”.

Tanto si definimos un fin al cual llegar, como si definimos un nuevo sujeto que resulta fundado por esta llegada, lo que estamos haciendo es tratar al concepto como si fuera un concepto temporal. Como un sujeto que aún no llegó al fin, pero si lo alcanzara advendría transformado.

Creemos al contrario que el concepto de fin de análisis es un concepto espacial, y no temporal. No importa si son tiempos cronológicos o lógicos, pero el concepto como algo temporal deja al “fin” en una instancia trascendente o trascendental, en un tiempo que nunca es este, un tiempo que esta aun por venir. Esto recuerda a la experiencia religiosa, donde los milagros son siempre algo que ocurrió en el pasado, y el mesías es alguien que siempre va a venir en el futuro. Es decir, pareciera que los acontecimientos o bien ya sucedieron, o bien van a suceder más adelante.

¿Qué significa que un concepto sea temporal o espacial? Todo concepto implica una categoría o esquema lógico puro sobre el cual se comporta o se desarrolla. El concepto de “retroacción” freudiano por ejemplo es paradigmáticamente un concepto temporal, es decir, su comportamiento se desenvuelve en el tiempo, de hecho requiere dos tiempos, y el trauma por ejemplo funciona en dos tiempos.

¿Qué significa que el concepto de fin de análisis sea un concepto espacial? Significa que debemos orientarnos en la sesión analítica³ no en el tiempo, sino en el espacio. No en una relación diacrónica, cronológica, o lógica, sino en un espacio, un terre-

³ Vamos a usar la expresión “sesión analítica” para referirnos a esas dos personas que son el paciente y el analista hablando en análisis. No importa si uno habla más que otro, si ocupan diferentes posiciones respecto de un discurso, si el paciente está sentado o recostado en el diván, la sesión analítica involucra concretamente a esas dos personas ahí, en todos los sentidos en que sus cuerpos los sitúan en ese espacio.

no, una zona, un lugar. La repetición y lo real definidos como aquello que vuelve al mismo lugar, es un concepto que guarda una relación temporal, pero además una relación espacial. Refirieren a un lugar. Cuando estamos en un lugar, hay un punto muy sensible a atender que es la salida, incluso el fenómeno imaginario de una puerta, a través de la cual se puede salir de ese lugar. *La cuestión entonces es ver dónde está la salida, por dónde se puede salir.* Cuando estamos en algún lugar, y salimos de ese lugar a través de alguna puerta, automáticamente estamos en otro lugar. Es un fenómeno en primer lugar espacial, y en todo caso esa salida, salir por algún lado es algo que funda la serie temporal, la transferencia o la historia de un análisis. Porque si podemos decir “antes estaba allá”, “ahora estoy acá”, es porque primero se salió de un lugar para entrar en otro. En este sentido, primero Klein y luego Lacan, se refirieron al concepto de “posición subjetiva”, que es también un concepto espacial.

Pensando en la sesión analítica, vamos a suponer entonces en lugar de un tiempo trascendente, que no es este, un gran *espacio inmanente*, tan grande incluso que incluye la sesión siguiente, y todo el análisis de ese paciente.

Debemos tomar el concepto de fin de análisis y desprenderlo de la línea de tiempo, cronológica o lógica, para situarlo en el espacio, en un gran espacio inmanente, fuera del cual no hay nada o en el cual está todo lo que sucede. Si hacemos esto podremos advertir hasta qué punto el relato del paciente despliega toda una *geografía de fenómenos y situaciones*.

Por eso hablamos de “la dirección de la cura”, que es un concepto espacial también: por qué dirección conviene ir, como si esa conversación siguiera caminos. Por eso Freud escribió *Los caminos de la terapia psicoanalítica*. Algunos pacientes en la primera sesión dicen: “tengo muchas cosas para contar, no sé por dónde empezar...”. ¿Cuál es ese espacio que resulta designado por el adverbio de lugar “dónde”? El analista lo que responde, o lo que pone a jugar (sin importar lo que diga) es siempre: “empezá por donde quieras”. Pero nunca “empezá por el principio”, porque entonces estaría llevando un asunto que es espacial a una línea temporal, transforma una geografía de situaciones en una línea de acontecimientos. En todo caso si con algunos pacientes armamos en algunos momentos líneas de tiempo o historias eso tiene un sentido orientado en la dirección de la cura. Pero armar con el paciente una línea de tiempo

o una historia no significa necesariamente instaurar un tiempo trascendente del fin. Al contrario, armar una historia puede ser la producción de una salida.

Digamos como una definición muy general y vacía que todos los pacientes consultan por algún motivo, incluso si no disponen de los elementos para expresarlo, ese motivo está en juego y se articula con algún tipo de afección o padecimiento. Lo que el análisis produce respecto de esto es alguna salida.

¿Qué es una salida o qué significa salir? La palabra tiene muchas acepciones en nuestro lenguaje común. La salida es la parte de un lugar por donde se sale. Eso puede ser una puerta, aquello por donde se sale o se entra. Una puerta es una abertura. Si buscáramos antónimos a los efectos de nuestro problema aquí, un antónimo de “puerta” podría ser “muro”, y de “salida”, “encierro”. A través de una abertura algo puede pasar o no pasar, y a partir de una puerta, se puede permitir que algo pase, si está abierta, o no pase, si está cerrada.⁴ Pero “salida” significa también “ocurrencia”, cuando decimos por ejemplo “Juan tiene muchas salidas”, es decir, cuando habla dice cosas curiosas, se sale de los lugares comunes. El lenguaje tiene “lugares comunes” y a veces nos salimos de ellos.

Así entonces, algunos pacientes plantean algún conflicto que los afecta, y piden ayuda para poder salir de alguna manera de eso, porque solos no han podido. Y porque sus entornos sociales tampoco han oficiado de ayuda, e incluso la mayoría de las veces han colaborado con el encierro, en un sentido más histórico o actual, más social o familiar.

No encontrar, no producir una salida a eso en el análisis sería una estafa. Y no es redundante decirlo porque involucra una dimensión ética de la clínica muy sensible. En *Los caminos de la terapia psicoanalítica* Freud observa:

⁴ Recordamos aquí la experiencia de unos colegas a cargo de un Hogar, en el que algunos niños que querían irse, se escapaban saltando el muro, a riesgo de lastimarse. La intervención que resolvió esto fue dejar la puerta abierta, para que entonces pudieran salirse, pero sin riesgo de lastimarse por el salto. Nuestro lenguaje común entiende que aquello que no dejamos entrar por la puerta, termina entrando por la ventana, y que lo que no dejamos salir por la puerta, termina saliendo por otro lado. Freud también entendía que la libido cuando tiene una necesidad, busca los circuitos por donde salirse.

¿Qué es el acto analítico?

...por muy cruel que parezca, hemos de cuidar de que la dolencia del enfermo no alcance término prematuro. Al quedar mitigada por la descomposición y la desvalorización de los síntomas, tenemos, pues, que instituir otra nueva, sensible privación, pues si no corremos peligro de no alcanzar ya nunca más que alivios insignificantes y pasajeros (Freud, 1918: p. 2459).

Si tomamos la orientación que ofrece el grafo del deseo en Lacan, podríamos decir que esta tensión se encuentra entre el síntoma y el fantasma. Salirse de un síntoma y salirse de un fantasma son dos salidas muy distintas. Pero creer que salirse del fantasma es el fin de análisis, es también algo muy distinto.

Winnicott por ejemplo decía que evaluaba con cada paciente si lo que convenía hacer era psicoanálisis (en el sentido clásico), psicoterapia o incluso otra cosa, a inventar ahí con ese paciente. ¿No sería esto en el sentido más freudiano y lacaniano re-inventar el psicoanálisis con cada paciente? ¿Cómo saber antes entonces cuál es el fin?

Vemos entonces que no es una cuestión simple. Se requiere de una salida, pero no se trata de salir, sin más. El concepto de “neurosis de transferencia” freudiano implica que se sale de la neurosis corriente y se ingresa a un terreno donde el analista está involucrado en la neurosis del paciente. Incluso se llama a esto la entrada al análisis. Y a la salida de esta neurosis de transferencia, la salida del análisis. Muchos análisis discurren en este sentido muy general. Pero no todos. Aun así la cuestión clave es producir salidas.

Surge aquí otra confusión entre el fin de análisis y la terminación del análisis. A partir de esto podríamos dar una definición del análisis terminable y del análisis interminable. Que un análisis continúe, se prolongue en el tiempo, incluso que dure toda la vida de un paciente o de un analista, no significa que sea interminable. Incluso que nunca termine, que nunca haya terminado, no significa que haya sido interminable. Y a la inversa, que un análisis termine, no significa que haya llegado a su fin. Pero no porque no llegó al fin, sino porque no produjo salidas. *Un análisis que no produce salidas es siempre un análisis interminable*, sea que continúe o que se interrumpa.⁵ Un análisis

⁵ El reclamo respecto de la duración del análisis o de lo interminable

que produce salidas, en cambio, es siempre un análisis terminable, ya sea que continúe en proceso o que concluya en algún momento. Pero ese proceso no concluye cuando llega a un fin definido antes. Al contrario, cuando concluye, ese fue el fin de ese análisis. Ese fin, como casi todo en psicoanálisis, se define retroactivamente y caso por caso. El modo como cada paciente se sale de sus conflictos y del análisis, y los lugares a los que entra para poder salirse, son siempre algo a considerar caso por caso. Aun cuando podamos nombrar algo de esto genéricamente como inicio, neurosis de transferencia, fin, esto no nos dice nada respecto de cada caso.

Referencias al problema de la puerta y la salida

Llamamos “problema de la puerta” a la situación de padecimiento cualquiera de la cual alguien no puede salir. Quisiéramos tratar algunas referencias muy diversas para mostrar hasta qué punto el problema de la puerta es un problema psicoanalítico pero antes un problema práctico, un problema literario y un problema filosófico.

En el escrito *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada* (1945) Lacan plantea el problema de los tres prisioneros. Son tres prisioneros encerrados, uno de ellos va a ser liberado, hay cinco discos, tres blancos y dos negros, cada uno de los tres recibe uno de estos discos, sin saber cuál, y a través de la visión de los discos de sus compañeros, deberá inferir el color de su propio disco, y con ello, precipitarse a la puerta, dando las razones de cómo llegó a su conclusión, para poder salir. Aparece aquí entonces un lugar, una puerta, y una salida.

En el *Seminario 7*, dedicado a la ética del psicoanálisis, Lacan plantea los límites del análisis por referencia a una puerta:

...indico desde ya que la acción moral nos plantea problemas precisamente en tanto que, si el análisis nos prepara quizá para ella, a fin de cuentas, nos deja en su puerta [...] Diré de inmediato que los límites éticos del análisis coinciden con los límites de su praxis. Su pra-

del análisis surge en general de pacientes cuyos análisis no producen salidas. Al revés, los pacientes cuyos análisis producen salidas se sienten alegres tanto de concluir el tratamiento como de continuar en él.

¿Qué es el acto analítico?

xis no es más que un preludio a una acción moral como tal... (Lacan, 1959-1960: p. 32).

Si articuláramos esta referencia al concepto posterior de “separación” del *Seminario 11* o de “acto” del *Seminario 14* podríamos decir que el análisis lleva al sujeto a las puertas del acto, pero el que debe salir por allí es el sujeto, el que debe realizar la operación de separación es el sujeto al mutilarse del Otro.

En los textos dedicados el complejo de Edipo Freud se refiere al Edipo de muchas maneras, una de ellas, en términos de entradas y salidas a algo que se define con todas las características de un “terreno”: “la entrada al Edipo” y la “salida del Edipo”. A partir de la lectura que Lacan hace de este complejo freudiano, podríamos pensar que una de las grandes puertas de entrada al Edipo es el significante fálico, y una de las grandes puertas de salida es el objeto *a*.

En *Realidad y juego* (1971), y en general en toda su obra, Winnicott plantea que el análisis se mueve por un espacio transicional. Es decir, define en términos generales al análisis a partir de un espacio. El espacio transicional designa un espacio que no es el espacio interno o de las fantasías del sujeto, ni el espacio externo que podríamos llamar la realidad. Es un espacio común, compartido, intermedio, entre paciente y analista. No es del todo fantástico, pero tampoco del todo real. Este espacio definido como un espacio de juego implica entonces salirse del espacio de la realidad (interior y exterior), para ingresar a un espacio de juego. Solo en un espacio de juego podrá tener lugar el análisis. ¿Cuáles son en el relato de un paciente las puertas por las cuales poder salir de la realidad para entrar en una zona de juego? Esa es la pregunta que se hace Winnicott en cada caso. Porque entiende que el análisis no podrá ocurrir en el plano de un relato serio acerca de la realidad, ese relato serio acerca de la realidad es precisamente donde el paciente está encerrado.

Si bien es cierto que la situación de encierro involucra al paciente, desde el momento que está en la sesión analítica eso empieza a encerrar también al analista, y la sensación de encierro que siente el analista en la transferencia lo empuja a la búsqueda de una salida. Sus intervenciones, sus silencios, sus caras, todo su comportamiento indica al paciente las salidas que podrían sacarlos del encierro de esa estructura.

En el libro *Novela clínica psicoanalítica* (1995) Ulloa se refiere

a un término que llama “encerrona trágica” que designa precisamente una situación mortificante de encierro que se presenta como sin salida:

La encerrona trágica, por su frecuencia en muchos ámbitos de la cultura –y especialmente de la cultura institucional–, puede analogarse a una suerte de virus epidemiológico causante de la mortificación (Ulloa, 1995: p. 246).

Se refiere a una cultura de la mortificación en estos términos:

Le asigno el término ‘mortificación’, más que el obvio valor que lo liga a morir, el de mortecino, por falta de fuerza, apagado, sin viveza, en relación a un cuerpo agobiado por la astenia cercana al viejo cuadro clínico de la neurastenia, incluido el valor popular de este último término como malhumor (Ulloa, 1995: p. 239).

Entre otros efectos señala:

Existen algunos indicadores más o menos típicos de esta situación, tales como la desaparición de la valentía, que da lugar a la resignación acobardada; la merma de la inteligencia, e incluso el establecimiento de una suerte de idiotismo, en el sentido que el término tenía en la antigua Grecia, cuando aludía a aquel que al no tener ideas claras acerca de lo que le sucede en relación con lo que hace, tampoco puede dar cuenta pública o privadamente de su situación (Ulloa, 1995: p. 239-240).

La psicopatología en muchos casos enseña el problema de la puerta, pero tal vez paradigmáticamente en la fobia. La claustrofobia, el temor a los espacios cerrados, es menos un temor a espacios reducidos, que un temor a espacios de los cuales no queda claro que se pueda salir o cuál es la salida. La agorafobia, al contrario, definida como un temor a los espacios abiertos, plantea el problema inverso. No se trata del temor de no poder salir, sino de no poder entrar a ningún lugar donde refugiarse y quedar entonces expuesto, en la calle, en el colectivo, etc. Muchos pacientes salen de su casa y hasta que entran al consultorio deben atravesar por un lugar que es muy angustiante.

En el relato *Ante la ley*, Kafka cuenta la historia de un campesino que se acerca ante una puerta, la puerta de la ley. Allí le pide al guardián permiso para entrar. El guardián responde que “por ahora no se lo puede permitir”. Adviértase hasta qué punto este “por ahora no” instala un tiempo trascendental en el relato. El campesino pregunta si acaso no podrá entrar después, a lo cual el guardián responde “es posible, pero ahora no”. El campesino se sienta y aguarda, días y años junto a la puerta. Mira ininterrumpidamente al guardián, tanto que hasta le conoce los piojos que tiene en su cuello de piel y suplica entrar, no sólo al guardián sino a cada uno de estos piojos. Cercano a su muerte, le pregunta al guardián porqué durante todos esos años, nadie además de él se acercó hasta la puerta de la ley para querer entrar. El guardián le responde que nadie se acercaría ahí, porque esa puerta estaba dispuesta solamente para él, y ahora que está por morir, la van a cerrar. ¿Por qué quería entrar a las puertas de la ley? ¿Qué significa esto para esta persona? ¿por qué no lo dejan entrar? ¿por qué esperó tanto tiempo?

En el libro *Kafka. Para una literatura menor* (1975) Deleuze y Guattari analizan *La metamorfosis* de Kafka como un problema de salidas. Antes de extraer su comentario recordamos brevemente el relato de Kafka.

Gregorio Samsa, el protagonista del relato, trabaja como viajante de comercio, su trabajo lo agota, lo detesta, y quisiera tirar “al diablo” todo. Tiene fantasías donde lo echan. Si no fuera porque él es el sostén de la economía familiar, porque su padre no trabaja, y porque la familia está endeudada, renunciaría. Su programa es trabajar hasta reunir el monto de la deuda y luego ponerse “a salvo”. Un día en el que debía levantarse como era usual para ir al trabajo, se despierta convertido en un monstruoso insecto. Gregorio llama a esto “un impedimento”, “una fuerza misteriosa” que le impide salir de su cuarto. Esto tuvo varios efectos. En lo laboral y económico, Gregorio no fue a trabajar y permanece en su cuarto. Y en cambio el padre sacó una caja de ahorros que tenía guardada, comenzó a trabajar, y su hermana también. En lo familiar, la primera reacción fue de rechazo ante el insecto. La hermana sin embargo intentó acercarse al insecto y encontrar ahí a Gregorio. Comenzó a llevarle comida, pero comida adaptada a la dieta de un insecto, y en un momento del relato se le ocurre quitar los muebles del cuarto para que Gregorio pudiera moverse con mayor comodidad en

su nueva fisonomía. Gregorio que primero se había sentido en los tratos de la hermana nuevamente como un ser humano, sentía ahora que al quitar todos los muebles del cuarto, lo estaban des-humanizando. Cuando quedaban pocas cosas en el cuarto se precipitó hacia un retrato familiar, humano, que había colgado. Se abrazó a él impidiendo que la hermana se lo llevase. El conflicto de Gregorio por el cual no se sabe finalmente si quiere ser animal o humano desencadena hasta en la hermana un particular rechazo. Y la familia termina sacándose de encima. Al final del relato Gregorio muere, y la familia se reconstituye. El padre ahora trabaja y sostiene la familia.

Deleuze y Guattari observan a partir de este relato, que Gregorio al convertirse en insecto se ha inventado una salida:

...el problema no es el de la libertad, sino el de una salida. El problema con el padre no es cómo volverse libre en relación a él (problema edípico), sino cómo encontrar un camino donde él no lo encontró. La hipótesis de una inocencia común, de una angustia común al padre y al hijo es por lo tanto la peor de todas: el padre aparece en ella como el hombre que tuvo que renunciar a su propio deseo y a su propia fe, aunque no fuera sino para salir del 'gueto rural' donde nació, y que conmina al hijo a someterse sólo porque él mismo se sometió a un orden dominante en una situación que aparentemente no tenía salida (Deleuze y Guattari, 1975: p. 17-18).

No se trata de liberarse del padre, sino de hallar una salida allí donde el padre no pudo hallarla. Sin embargo –señalan los autores– por alguna razón Gregorio no se atrevió a llegar hasta las últimas consecuencias de su salida. La metamorfosis que sufrió es una historia ejemplar de re-edipización, todo lo que su transformación desencadenó como intento de salida no fue sino una gran re-organización del Edipo familiar. Incluso el modo como la historia termina con la desaparición de Gregorio.

Por eso decíamos antes que se trata de producir salidas, pero la cuestión no es sencilla, porque no se trata de salir, sin más, o hacia cualquiera lado. La clínica enseña todo el tiempo que hay algunas salidas que el paciente toma que lo que hacen en verdad es re-agravar toda la situación. Recordamos por ejemplo un paciente que agobiado por la mirada persecutoria de sus padres, encuentra en la intimidad de su cuarto un modo de

lastimarse, porque ya no tolera su situación. El efecto que esto tuvo es que los padres quitaron la puerta de su cuarto, coartando su salida y redoblando su desnudez. O la fobia de Juanito, por cuyo temor va corriendo a la cama de su madre en busca de protección.

En la película *The adjustment bureau* (2011), basada en el relato de Philip Dick *Adjustment team*, se narra la historia de una oficina, llena de burócratas, encargados de controlar que todos los ciudadanos realicen su destino, sin apartarse del camino trazado. Ellos entienden que en la historia de la humanidad, cada vez que se dejó en manos del hombre la organización de su propio destino, este provocó su auto-destrucción. Por ello la oficina interviene y los agentes del destino se encargan de regular los rumbos que siguen los hombres. El protagonista de la película, David, tiene como destino una importante carrera política como senador de los Estados Unidos. En plena campaña, por una contingencia, se cruza con una mujer, Elise, de la cual se enamora, al mismo tiempo que ella se enamora de él. Pero ocurre que Elise no está contenida en el programa de su destino. Intervienen entonces los agentes para impedir este encuentro. Vamos a saltar la secuencia de la película para ir al detalle que nos interesa marcar. Los agentes del destino llevan un sombrero que les permite a partir de cruzar cualquier puerta, acceder a otros espacios, que en verdad entablan una red de accesos por la cual pueden desplazarse por la ciudad entrando a un café y saliendo en una oficina, o saliendo por un baño y entrar al campo de un estadio de fútbol. En complicidad con uno de los agentes del destino, que le presta su sombrero, y al cual le pide “enséñame acerca de las puertas”, David se atreve a ir, junto con Elise, cruzando por varias puertas, hasta la oficina del Director de la agencia, aquel que escribe sobre el libro del destino, para solicitar que se lo rectifique.

Toda estructura⁶, a menos que esté cerrada, tiene puertas para entrar y puertas para salir. Se puede entrar al destino que ofrece una estructura, familiar o social, y se puede salir de ese destino, para entrar en otro, o incluso en otros esquemas de organiza-

⁶ Nos referimos a “estructura” no en el sentido de “estructuras clínicas” o “estructuras psicopatológicas” sino en un sentido más amplio a cualquier determinación o configuración a partir de la que se pueda situar el sujeto en el análisis o en su vida.

ción de la vida. Pero entrar o salir de las estructuras en las que nos organizamos siempre es un asunto delicado y debe llevarse a cabo con una mezcla de *valentía y prudencia*, porque nadie puede decir al paciente hacia qué estructura conviene salir, o qué estructura es mejor, mucho más cuando no hay ninguna estructura última hacia la cual se pueda salir. La “realidad” no es una estructura última, al contrario suele ser el lugar de más encierro por donde nos movemos.

En la película, conforme David y Elise se acercan, todo en sus vidas comienza a destruirse por efecto de los obstáculos que imponen los agentes, la cerrera política de David y la carrera artística de Elise. Pero por alguna razón David siente que eso que les está sucediendo no puede estar mal, le parece inconcebible que aquello que siente por Elise sea algo malo.

En una escena crucial, donde Elise está muy confundida, aturdida, y en la que los agentes los están por alcanzar, para borrarles su memoria, David le dice: “puedo salir por esta puerta solo, nunca volverás a verme, ni a la gente que nos persigue, o puedes venir conmigo, y no sé qué hay del otro lado, pero sé que estarás junto a mí, y eso es todo lo que quiero desde el momento que te conocí.”

La película, dentro de sus metáforas, enseña otro aspecto: salir de algún lado no significa linealmente estar ahora del lado de afuera, o en el cuarto contiguo. Salir de un lugar significa una verdadera transformación del espacio.⁷ Un poema de Alejandra Pizarnik lo ilustra con mucha claridad. Se llama *El despertar*, y está dedicado a León Ostrov. El verso que nos interesa dice “señor, la jaula se ha vuelto pájaro, qué haré con el miedo”. En este sentido, no se trata estar adentro de una jaula, y de salir, para estar afuera. Salir significa que la jaula se transforma en pájaro, allí donde había una jaula vacía. *Las salidas en el análisis significan siempre que las estructuras se transforman*: las estructuras de los conflictos, de la transferencia, de los síntomas, etc.

⁷ Tomamos esta idea del concepto de acto en Lacan. El concepto de acto supone un “cambio de estructura”, un “cambio de superficie” (Lacan, 1966-1967: clase 15/2/67).

Para concluir

Los siguientes puntos ofrecen una síntesis de las ideas desarrolladas:

- a) El fin de análisis es un concepto que debe orientaros para el tratamiento de los pacientes, no para finalizar los tratamientos, sino para conducirlos, desde la primera sesión, y por el tiempo que se extiendan.
- b) El fin de análisis no supone ningún fin al cual el paciente debe llegar.⁸
- c) El fin de análisis produce efectos pero no funda ningún sujeto nuevo.
- d) El fin de análisis no es un concepto temporal, no responde a ningún tipo de cronología o tiempo lógico.
- e) El fin de análisis es un concepto espacial, remite a un lugar, un terreno, un espacio, una estructura.
- f) “Fin de análisis” significa que el análisis produce salidas al padecimiento del paciente.
- g) Se trata de producir salidas, pero no de salir, sin más. En cada análisis se verifica caso por caso de qué tipo de estructuras se requiere salir, y a qué tipo de estructuras, transferenciales o no, se requiere entrar, para poder salirse.
- h) Un análisis interminable es por definición un análisis que no produce salidas, no importa cuánto dure, incluso si ya terminó.
- i) El análisis terminable, aun cuando nunca termine, es un análisis que produce salidas.
- j) El análisis colabora en la producción de salidas, pero no

⁸ Podría pensarse que “producir salidas” es en sí mismo un fin o una meta hacia la cual tendemos. Lacan en el *Seminario 16* señala que la palabra “fin”, incluso “causa final” no es una mala palabra: “El uso de esta palabra no debería despreciarse, porque nada que sea del campo de la estructura puede pensarse sin causa final. Lo único que merece desprecio en la concepción llamada finalista es que el fin tenga la menor utilidad.” (Lacan, 1968-1969: p. 316) Acordaremos entonces que “producir salidas” es un fin del análisis pero con tres salvedades: no se trata de un fin utilitarista, ese fin nunca es algo que está después o en otro tiempo que no es este, ese fin nunca es último, porque salirse es salirse a otro lado, y eso deja al sujeto la posibilidad de permanecer ahí o seguir moviéndose.

empuja al paciente a salir por ningún lado, simplemente porque no tiene ninguna idea acerca de hacia qué lugar sería mejor salir. En ese sentido quien sale hacia algún lugar es siempre el paciente.

k) El paciente entra por la puerta del consultorio, desde la realidad exterior, a la sesión analítica. Sería deseable que la sesión analítica no tenga un carácter de realidad tal como el de la realidad exterior. En este sentido conviene que el paciente se salga de la realidad e ingrese en un terreno de juego, para formularlo en términos de Winnicott. Si esto no sucede, es que el paciente no salió de la realidad, sigue afuera del consultorio, no entró aun.

l) El mundo en el que vivimos tiene en general una estructura mortificante y las realidades institucionales en las que convivimos adoptan una estructura de encierro que se presentan como sin salida.

m) Salirse de una estructura no quiere decir liberarse del padre, sino producir una salida allí donde este no la pudo producir. Es un problema familiar que se anuda con un problema social más amplio.

n) Salirse de una estructura requiere siempre una mezcla de valentía y de prudencia.

o) Cuando se sale por alguna puerta, no se pasa a otro lado, sino que todo el conjunto del espacio se transforma. Salirse de una estructura es transformarla.

Digamos entonces para concluir que el concepto de fin de análisis es un concepto espacial, que indica la producción de salidas en el análisis, aquellas por las cuales el paciente se sale de algunas estructuras e ingresa en otras, sin suponer por ello que existe una estructura última a la cual se puede salir.

En cada situación analítica, en cada sesión, donde lo que se presenta es por estructura una situación de encierro, lo que debe buscarse es la salida. Porque la salida es lo único que llevará al sujeto de ese análisis a otro lado, ya sea otro terreno por el que el análisis se continúa, o la calle, fuera del consultorio del analista.

Preguntas y objeciones

Hemos hablado del fin de análisis como la producción de salidas pero no hemos incluido en esta articulación ningún concepto de castración o de lo real como imposible. Y por lo tanto pareciera que de todo es posible salirse, que no existirían restos o saldos incurables.

Lacan por ejemplo figuró el recorrido del análisis a partir de la figura del toro, como las vueltas que la demanda da alrededor de un agujero central, el objeto *a*. Pero esto es una cuestión de perspectivas. Podemos pensar que el análisis contornea algo que no atrapa, que resta como lo incurable, la castración. O podemos pensar que ese agujero central es lo que permite las vueltas del análisis. Vale aplicar aquí la definición de lo real como aquello que está siempre en su lugar (Lacan, 1955-1956), y no como aquello que es imposible. Creemos que lo imposible tiene otro lugar en el análisis, el lugar de causa. Por ello Freud observó que “analizar es imposible”. En este contexto podríamos decir que analizar es imposible porque el analista, aunque quisiera, no podría analizar a nadie. Es el paciente el que realiza el análisis o no, y muchas veces verificamos que no lo hace y resulta un desafío y una demanda de mucha creatividad para el analista sostener lo imposible y su función de causa. Lo imposible del fin de análisis no es el saldo que no se puede analizar si llegáramos a un supuesto final, sino lo que debe instalarse como punto de partida que habilite la posibilidad del análisis. En el *Seminario 11* Lacan lo define como “la causa perdida”: “... esta causa ha de ser concebida intrínsecamente como una causa perdida. Es la única posibilidad que tenemos de ganarla.” (1964, p. 134) Por eso verificamos siempre un efecto de gran alivio en los pacientes cuando frente a alguna pregunta respondemos “no sé” o incluso “no sé si podré ayudarte con esto”. Paradójicamente esa posición se presenta como muy esperanzadora para el paciente, donde resolver lo imposible funcionaba como un imperativo superyoico.

Hemos hablado del fin de análisis pero no nos hemos referido a las resistencias u obstáculos del análisis, es decir, como si el análisis procediera sin resistencias. Esto no es así. Producir salidas y tomar salidas involucra todo el tiempo resistencias. Hay resistencias de todo tipo: del paciente, del analista, del entorno social del paciente, incluso del entorno social del analista.

El hecho mismo de la situación de encierro o de padecimiento del paciente da cuenta de la enorme cantidad de resistencias que están puestas en juego, porque de otro modo el paciente tomaría alguna salida. Los pacientes no son tontos ni tienen mala voluntad, hay situaciones que los atontan y los anulan como sujetos de deseo.

Pero si ponemos demasiado nuestra atención en las resistencias perdemos la orientación de la salida. Y cuanto más fuerza o esfuerzo se hace contra una resistencia cualquiera, más se solidifica esta.

Si una resistencia se interpone en el camino hacia cierta salida, entonces se trata nuevamente de buscar una salida a esa situación de resistencia. Pero una salida que no ofrezca resistencias. Es decir, de nuevo, de lo que se trata es de producir salidas.

Otro aspecto que no hemos tratado es cuando el paciente luego de haber finalizado el análisis, vuelve al análisis, ya sea al cabo de poco tiempo, o de muchos años, ya sea que vuelva con el mismo analista, o que comience otro análisis con otro analista. ¿Hubo fin de análisis si el paciente retorna al análisis luego de un tiempo? ¿Hubo fin de análisis si el paciente comienza su análisis con otro analista? Estas preguntas son engañosas porque re-introducen nuevamente los dos puntos que dijimos que el fin de análisis no es: no es llegar a ningún lado, no funda ningún sujeto nuevo. Si definimos al fin de análisis como la producción de salidas en un análisis, nada impide pensar que el paciente asista al analista una vez por semana, una vez por mes, que interrumpa y no vuelva mas, que vuelva al cabo de dos años, que cambie de analista... de lo que se trata en cualquiera de estos casos es de producir salidas. Salidas que ciertamente sacan al sujeto a otro lado, pero no hay ningún lugar último al cual salir.

Sin duda que las salidas que se puedan producir en un análisis no son ajenas a la escucha que pueda ofrecer cada analista y muchas veces un paciente encuentra que con "este" analista no está pudiendo salir, entonces cambia de analista y con "aquel otro" puede salir. O que en el primer análisis se produjeron algunas salidas, pero que de alguna manera dejaron al sujeto en algún lado detenido. Y entonces sería prudente salirse de ese análisis para re-lanzar el análisis.

Lo que queremos decir es que en cualquier caso resulta sos-

¿Qué es el acto analítico?

pechoso que en un análisis el sujeto quede detenido en un mismo lugar durante mucho tiempo, incluso años. Que el sujeto se halle en una meseta de la que no encuentra salida⁹. Habría que pensar ahí que tal vez ese analista, o ese dispositivo así configurado, o incluso el psicoanálisis mismo, no sería algo propicio para que este paciente salga de ese lugar. Y entonces habría que hacer algo con eso. Aun cuando sepamos que de algunos lugares no hay salida, y un analista puede simplemente acompañar a alguien en algún lugar durante un tiempo.

En cualquier caso, *el paciente, a lo largo de su vida, se va saliendo de algunos lugares para ingresar en otros, como si el deseo fuera algo más bien nómada que sedentario*. Es posible que un analista o más de uno acompañen, o no, al paciente en este recorrido que hace, además de familiares, amigos, partenaires.

⁹ Aunque también existen momentos necesarios de amesetamiento que el analista soporta y forman parte de un proceso más amplio del análisis, donde las jaulas se transforman en pájaros y los pájaros se pueden re-transformar en jaulas para volver a transformarse en otros pájaros.

Bibliografía

- AA. VV. (1994) *Los rostros de la transferencia*. Ed. Manantial. Buenos Aires, 1994.
- Agamben, G. (1978) *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. AH editora. Buenos Aires, 2007.
- Agamben, G. (2014) *¿Qué es un dispositivo?* Ed. AH. Buenos Aires, 2014.
- Alemán, J. y Ladriera, S. (1996) *Lacan:Heidegger*. Ed. Del cifrado. Buenos Aires, 1998.
- Alexander, F. y French, T. (1946) *Terapéutica psicoanalítica*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1965.
- Aramburu, J. (1988) *El acto psicoanalítico*. Ed. Tekné. Buenos Aires, 1988.
- Aramburu, J. (2000) *El deseo del psicoanalista*. Ed. Tres haches. Buenos Aires, 2000.
- Braunstein, N. (2011) *El inconsciente, la técnica y el discurso capitalista*. Ed. Siglo XXI. México, 2012.
- Brodsky, G. (2002) *El acto psicoanalítico y otros textos*. Ed. Nueva escuela lacaniana. Colombia, 2002.
- Charmorro, J. (1983) *La cura de Jacques Lacan o del proceso al acto*

¿Qué es el acto analítico?

- psicoanalítico*. En: 2do congreso metropolitano de psicología. Publicación de la asociación de psicólogos de Buenos Aires, 1983.
- Clausewitz, K. (1832) *De la guerra*. Ed. Tectos. Buenos Aires, 2010.
- Coderch, J. (2012) *La relación paciente-terapeuta. El campo del psicoanálisis y la psicoterapia psicoanalítica*. España, 2012.
- Cosenza, D. (2003) *Jacques Lacan y el problema de la técnica en psicoanálisis*. Ed. Gredos. España, 2008.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1975) *Kafka. Para una literatura menor*. Ed. Nacional. España, 2002.
- Deleuze, G y Guattari, F. (1991) *¿Qué es la filosofía?* Editora Nacional. Madrid, 2002.
- Etchegoyen, H. (1986) *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2014.
- Fenichel, O. (1941) *Problemas de técnica psicoanalítica*. Ed. Control. Rosario, 1973.
- Ferenczi, S. (1919a) *Dificultades técnicas en un análisis de histeria*. O. C., v. III. Espasa Calpe. Madrid, 1981.
- Ferenczi, S. (1919b) *La técnica psicoanalítica*. O. C., v. III. Espasa Calpe. Madrid, 1981.
- Ferenczi, S. (1919c) *La influencia ejercida sobre el paciente en el análisis*. O. C., v. III. Espasa Calpe. Madrid, 1981.
- Ferenczi, S. (1920) *Prolongaciones de la "técnica activa" en psicoanálisis*. O. C., v. III. Espasa Calpe. Madrid, 1981.
- Ferenczi, S. (1924a) *Perspectivas del psicoanálisis*. O. C., v. III. Espasa Calpe. Madrid, 1981.
- Ferenczi, S. (1924b) *Las fantasías provocadas*. O. C., v. III. Espasa Calpe. Madrid, 1981.
- Ferenczi, S. (1926) *Contraindicaciones de la técnica activa*. O. C., v. III. Espasa Calpe. Madrid, 1981.
- Ferenczi, S. (1928) *Elasticidad de la técnica psicoanalítica*. O. C., v. IV. Espasa Calpe. Madrid, 1981.
- Ferenczi, S. (1930) *Principios de relajación y neocatarsis*. O. C., v. IV. Espasa Calpe. Madrid, 1981.
- Ferenczi, S. (1931) *Análisis de niños con adultos*. O. C., v. IV. Espasa Calpe. Madrid, 1981.

- Ferenczi, S. (1932) *Diario clínico*. Ed. Conjetural. Buenos Aires, 1988.
- Ferenczi, S. (2009a) *Problemas y métodos del psicoanálisis* (compilación de escritos) Ed. Hormé. Buenos Aires, 2009.
- Ferenczi, S. (2009b) *Teoría y técnica del psicoanálisis* (compilación de escritos) Ed. Hormé. Buenos Aires, 2009.
- Foucault, M. (1975-1976) *Defender la sociedad*. Ed. FCE. Argentina, 2001.
- Foucault, M. (1988) *Una introducción a la vida no fascista*. En: Las redes del poder. Prometeo libros. Buenos Aires, 2014.
- Foucault, M. (1976) *Historia de la sexualidad*. Tomo 1: La voluntad de saber. Ed. Siglo XXI. Buenos Aires, 2008.
- Freud, S. (1890) *Tratamiento psíquico*. En: O. C. v. I. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1900) *La interpretación de los sueños*. En: O. C. v. 2. Ed. Biblioteca Nueva. España, 2006.
- Freud, S. (1905a) *Fragmentos de análisis de un caso de histeria*. En: O. C. v. VII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1905b) *Sobre psicoterapia*. En: O. C. v. VII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1908) *El carácter y el erotismo anal*. En: O. C. v. IX. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1909a) *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*. En: O. C., v. XI. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1909b) *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*. En: O. C., v. X. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1910) *Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica*. En: O. C., v. XI. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1912a) *Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico*. En: O. C. v 5. Biblioteca Nueva. España, 1996.
- Freud, S. (1912b) *Consejos al médicos sobre el tratamiento psicoanalítico*. En: O. C. v. XII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1912c) *Sobre la dinámica de la transferencia*. En: O. C. v. XII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1913a) *Sobre la iniciación del tratamiento*. En: O. C. v. XII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.

¿Qué es el acto analítico?

- Freud, S. (1913b) *Tótem y tabú*. En: O. C. v. XIII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1914) *Recordar, repetir y reelaborar*. En: O. C. v. XII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1915) *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia*. En: O. C. v. XII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1917a) *Conferencia 27: La transferencia*. En: O. C. v. XVI. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1917b) *Conferencia 28: La terapia analítica*. En: O. C. v. XVI. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1918) *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica*. En: O. C. v. XVII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1919) *Los caminos de la terapia psicoanalítica*. En: O. C. v. 7. Biblioteca Nueva. España, 1996.
- Freud, S. (1920) *Más allá del principio del placer*. En: O. C., v. XVI-II. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1923) *Dos artículos de enciclopedia: "Psicoanálisis" y "Teoría de la libido"*. En: O. C. v. XVIII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1933a) *Diseción de la personalidad psíquica*. En: O. C. v. 8. Biblioteca Nueva. España, 1996.
- Freud, S. (1933b) *Sándor Ferenczi*. En: O. C. v. XXII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1937) *Análisis terminable e interminable*. En: O. C. v. XXIII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1938a) *Esquema del psicoanálisis. Capítulo IV: La técnica psicoanalítica*. En: O. C. v. XXIII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. (1938b) *La escisión del yo en el proceso defensivo*. En: O. C. v. XXIII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. y Breuer, J. (1893) *Estudios sobre la histeria*. En: O. C. v. II. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2007.
- Freud, S. y Ferenczi, S. (1908-1919) *Correspondencia completa*. Vol. I y II. Ed. Síntesis. España, 2001.
- Freud, S. y Ferenczi, S. (1920-1933) *The correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi*. Volume 3. The Belknap Press of Harvard University Press. Inglaterra, 2000.

- Gallego, C. P. (1982). *Introducción a Polémica Lévi-Strauss & Propp*. En: Polémica Lévi-Strauss & Propp. Editorial Fundamentos, España.
- Glasman, C. (1993) *El juego del psicoanálisis*. En: Revista Psicoanálisis y el hospital n° 2. Ed. Del seminario. Buenos Aires, 1993.
- Greenacre, P. (1993) *Problemas generales del "acting out"*. En: Infortunios del acto analítico. Prólogo. Ed. Atuel. Buenos Aires, 1993.
- Greenson, R. (1967) *Técnica y práctica del psicoanálisis*. Ed. Siglo XXI. México, 1978.
- Han, B-C. (2002) *Filosofía del budismo Zen*. Ed. Herder. Buenos Aires, 2015.
- Han, B-C. (2014) *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Ed. Herder. Buenos Aires, 2015.
- Harari, R. (2000) *¿Qué sucede en el acto analítico? La experiencia del psicoanálisis*. Ed. Lugar. Buenos Aires, 2000.
- Heidegger, M. (1927) *Ser y tiempo*. Ed. Trotta. España, 2009.
- Heidegger, M. (1953) *La pregunta por la técnica*. En: Conferencias y artículo. Ed. del Serbal. Barcelona, 1994.
- Heinrich, H. (1996) *Cuando la neurosis no es de transferencia*. Homo sapiens ediciones. Rosario, 1996.
- Jullien, F. (1996) *Tratado de la eficacia*. Ed. Perfil. Buenos Aires, 1999.
- Jullien, F. (2006) *Conferencia sobre la eficacia*. Ed. Katz. Buenos Aires, 2006.
- Jullien, F. (2012) *Cinco conceptos propuestos al psicoanálisis*. Ed. Cuenco de plata. Buenos Aires, 2013.
- Jung, C. G. (1934) *Sobre los arquetipos de lo inconsciente colectivo*. En: Arquetipos e inconsciente colectivo. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2013.
- Lacan, J. (1936) *Más allá del "principio de realidad"*. En: Escritos 1. Ed. Siglo XXI. Buenos Aires, 2005.
- Lacan, J. (1945) *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada*. En: Escritos 1. Ed. Siglo XXI. Buenos Aires, 2005.
- Lacan, J. (1951) *Intervención sobre la transferencia*. En: Escritos 1. Ed. Siglo XXI. Buenos Aires, 2005.

¿Qué es el acto analítico?

- Lacan, J. (1953a) *El mito individual del neurótico*. En: *Intervenciones y textos 1*. Ed. Manantial. Buenos Aires, 2006.
- Lacan, J. (1953b) *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. En: *Escritos 1*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2005.
- Lacan, J. (1953-1954) *Seminario 1: Los escritos técnicos de Freud*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2004.
- Lacan, J. (1954-1955) *Seminario 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Paidós. Buenos Aires, 2006.
- Lacan, J. (1955) *Variantes de la cura tipo*. En: *Escritos 1*. Ed. Siglo XXI. Buenos Aires, 2005.
- Lacan, J. (1955-1956) *Seminario 3: Las psicosis*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2005.
- Lacan, J. (1957) *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. En: *Escritos 1*. Siglo XXI. Buenos Aires, 2005.
- Lacan, J. (1959-1960) *Seminario 7: La ética del psicoanálisis*. Paidós. Buenos Aires, 2007.
- Lacan, J. (1960-1961) *Seminario 8: La transferencia*. Paidós. Buenos Aires, 2008.
- Lacan, J. (1962-1963) *Seminario 10: La angustia*. Paidós. Buenos Aires, 2008.
- Lacan, J. (1964) *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2007.
- Lacan, J. (1964-1965) *Seminario 12: Problemas cruciales del psicoanálisis*. Inédito.
- Lacan, J. (1965-1966) *Seminario 13: El objeto del psicoanálisis*. Inédito.
- Lacan, J. (1966-1967) *Seminario 14: La lógica del fantasma*. Inédito.
- Lacan, J. (1967) *Proposición de octubre de 1967*. En: *Otros escritos*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2012.
- Lacan, J. (1967-1968) *Seminario 15: El acto analítico*. Inédito.
- Lacan, J. (1968-1969) *Seminario 16: De un Otro al otro*. Paidós. Buenos Aires, 2001.
- Lacan, J. (1969) *El acto psicoanalítico*. En: *Reseñas de enseñanza*. Ed. Manantial. Buenos Aires, 1984.

- Lacan, J. (1969-1970) *Seminario 17: El reverso del psicoanálisis*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2008.
- Lacan, J. (1971) *Seminario 18: de un discurso que no fuera del semblante*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2009.
- Lacan, J. (1971-1972) *Seminario 19: Ou pire*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2012.
- Lacan, J. (1972) *El atolondradicho*. En: Escansión nº1. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1984.
- Lacan, J. (1972-1973) *Seminario 20: Aún*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2006.
- Lacan, J. (1973-1974) *Seminario 21: Los no incautos yerran*. Inédito.
- Lacan, J. (1974) *La tercera*. En: Intervenciones y textos 2. Ed. Manantial. Buenos Aires, 2001.
- Lacan, J. (1974-1975) *Seminario 22: R. S. I*. Inédito.
- Lacan, J. (1975-1976) *Seminario 23: El sinthome*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2007.
- Lacan, J. (1976-1977) *Seminario 24: L'insu que sait de l'une-beuve s'aile 'a mourre*. Inédito.
- Lacan, J. (1977-1978) *Seminario 25: El momento de concluir*. Inédito.
- Lacan, J. (1958) *La dirección de la cura y los principios de su poder*. En: Escritos 2. Ed. Siglo XXI. Buenos Aires, 2005.
- Lao Tse. (s/f) *Tao te ching*. Ed. Orbis. Argentina, 1983.
- Laurent, E. (2006) *Principios directores del acto psicoanalítico*. En: Ornicar? Digital. Revue électronique multilingue de psychanalyse publiée a Paris. N° 293, 28 de Julio 2006.
- Leff, G. (2011) *Juntos en la chimenea. La contratransferencia, las "mujeres analistas" y Lacan*. Ed. Pe Ele. México, 2011.
- Lévi-Strauss, C. (2006). *La estructura y la forma*. En: Antropología estructural II. Siglo XXI editores, México.
- Lombardi, G. (1990) *La clínica del psicoanálisis 1. Ética y clínica*. Ed. Atuel. Buenos Aires, 1993.
- Lombardi, G. (1991) *La clínica del psicoanálisis 2. El síntoma y el acto*. Ed. Atuel. Buenos Aires, 1993.
- Lombardi, G. (1993) *El acto analítico considerado a la luz de sus infortunios*. En: Infortunios del acto analítico. Ed. Atuel.

¿Qué es el acto analítico?

Buenos Aires, 1993.

- López, H. (s/f) *Sándor Ferenczi está de vuelta*. Disponible en www.indepsi.cl/ferenczi.
- Maeso, G. (1983). *Del acto psicoanalítico al discurso del psicoanalista*. En: Los fundamentos de la práctica psicoanalítica. Ed. Simposio del campo freudiano. Buenos Aires, 1983.
- Marrone, C. (2005) *El juego, una deuda del psicoanálisis*. Ed. Lazos. 2005.
- Meltzer, D. (1967) *El proceso psicoanalítico*. Ed. Horme. Buenos Aires, 1987.
- Miari, A. (2010) *El manejo de la transferencia: de Freud a Lacan*. En: Memorias del II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires.
- Migueluez, L. (2003) *Jugar la palabra. Presencias de la transferencia*. Ed. Letra viva. Buenos Aires, 2003.
- Migueluez, L. (2014) *Herramientas psicoanalíticas*. Ed. Letra viva. Buenos Aires, 2014.
- Miller, J.A. (1998-99) *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Ed. Paidós, Bs. As., 2003
- Miller, J-A. (1984) *Acto e inconsciente*. En: Acto e interpretación. Ed. Manantial. Buenos Aires, 1993.
- Miller, J-A. (1987) *Introducción al método psicoanalítico*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2006.
- Miller, J-A. (1993) *Jacques Lacan: observaciones sobre su concepto de pasaje al acto*. En: Infortunios del acto analítico. Prólogo. Ed. Atuel. Buenos Aires, 1993.
- Miller, J-A. (1999) *El acto entre intención y consecuencia*. En Política lacaniana.
- Miller, J-A. (2003) *Contratransferencia e intersubjetividad*. En: Revista freudiana n° 38. Catalunya, 2003.
- Miller, J-A. (2011) *El acto analítico*. En: Donc. La lógica de la cura. Ed. Paidos. Buenos Aires, 2011.
- Murillo, M. (2015a) *¿Qué es el acto analítico?* En: Anuario de investigaciones de la Facultad de psicología. Anuario XXII. Argentina, 2016.

- Murillo, M. (2015b) *¿Qué es lo que no debe decirse del acto analítico?* En: Revista Investigaciones en psicología. Año 20. Vol. 2. Argentina, 2015.
- Murillo, M. (2015c) *¿El acto analítico es un concepto?* En: Memorias del VII Congreso internacional de investigación y práctica profesional en psicología. Buenos Aires, 2015.
- Murillo, M. (2015d) *El acto analítico y el juego.* En: Memorias del VII Congreso internacional de investigación y práctica profesional en psicología. Buenos Aires, 2015.
- Murillo, M. (2017) *¿Qué son los tres registros? Genealogía de una hipótesis de J. Lacan.* Ed. Brueghel. Buenos Aires, 2017.
- Nacht, S. (1957a) *Causas y mecanismos de las deformaciones neuróticas del yo.* En: La presencia del psicoanalista (1963). Ed. Proteo. Buenos Aires, 1967.
- Nacht, S. (1957b) *Sobre las variantes técnicas.* En: La presencia del psicoanalista (1963). Ed. Proteo. Buenos Aires, 1967.
- Nacht, S. (1958) *La neurosis de transferencia y su manejo técnico.* En: La presencia del psicoanalista (1963). Ed. Proteo. Buenos Aires, 1967.
- Nacht, S. (1958a) *El psicoanálisis, hoy.* Tomo 1. Ed. Luis Miracle. Barcelona, 1959.
- Nacht, S. (1958b) *El psicoanálisis, hoy.* Tomo 2. Ed. Luis Miracle. Barcelona, 1959.
- Nacht, S. (1959) *El mundo preobjetual en la relación de transferencia.* En: La presencia del psicoanalista (1963). Ed. Proteo. Buenos Aires, 1967.
- Nacht, S. (1963a) *Los criterios de la finalización del tratamiento psicoanalítico.* En: La presencia del psicoanalista (1963). Ed. Proteo. Buenos Aires, 1967.
- Nacht, S. (1963b) *Cómo terminar el tratamiento analítico.* En: La presencia del psicoanalista (1963). Ed. Proteo. Buenos Aires, 1967.
- Nacht, S. (1963c) *Los factores de curación en el tratamiento psicoanalítico.* En: La presencia del psicoanalista (1963). Ed. Proteo. Buenos Aires, 1967.
- Nacht, S. (1963d) *La relación no verbal en el tratamiento psicoanalítico.*

¿Qué es el acto analítico?

- tico. En: La presencia del psicoanalista (1963). Ed. Proteo. Buenos Aires, 1967.
- Nocera, C. (2004) *Freud y la eficacia del análisis. Desacuerdos entre Ferenczi y Freud*. En: Memorias de las XI Jornadas de investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2004.
- Ortega y Gasset, J. (1933) *Meditación sobre la técnica*. En: O. C. v. V. Ed. Taurus-Santillana. España, 2006.
- Platón. (s/f) *La república*. Ed. Gredos. España, 2000.
- Propp, Vladimir. (1982). *Estructura e historia en el estado de los cuentos*. En: Polémica Lévi-Strauss & Propp. Editorial Fundamentos, España.
- Propp, Vladimir. (2001). *Morfología del cuento*. Akal ediciones, Madrid.
- Quinet, A. (1991) *Las cuatro condiciones del análisis*. Ed. Atuel. Argentina, 1996.
- Rabinovich, D. (1983) *La teoría del yo en la obra de Jacques Lacan*. Ed. Manantial. Buenos Aires, 2007.
- Rabinovich, D. (1985) *Una clínica de la pulsión: las impulsiones*. Ed. Manantial. Buenos Aires, 2003.
- Rabinovich, D. (1994) *El deseo del psicoanalista: una propuesta ética*. En: Los rostros de la transferencia. Ed. Manantial. Buenos Aires, 1994.
- Rabinovich, D. (2014) *El acto psicoanalítico*. Seminario de post-grado. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. Inédito.
- Rabinovich, D. (2015) *El acto psicoanalítico*. Seminario de post-grado. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. Inédito.
- Rabinovich, D. e Indart, J. C. (1984) *Acto e interpretación*. Ed. Manantial. Buenos Aires, 1993.
- Racker, H. (1960) *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1960.
- Ramírez, M. E. (2014) *Lacan, maestro Zen. Relaciones de Lacan con el Zen y las repercusiones en su enseñanza*. Disponible en: <http://marioelkin.com>
- Reich, W. (1929) *Materialismo dialéctico y psicoanálisis*. Ed. Acan-

- tilado. Barcelona, 2011.
- Reich, W. (1949) *Análisis del carácter*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2010.
- Ritvo, J. B. y Kuri, C. (1997) *Ensayo de las razones. Acto y argumentación en psicoanálisis*. Ed. Letra viva. Buenos Aires, 1997.
- Rubinstein, A. (1996) *Contratransferencia e interpretación*. En: El tiempo de interpretar. Ed. Eol. Buenos Aires, 1996.
- Ruiz, C. (2010) *Acto e interpretación*. Jornadas Acto e interpretación. Escuela freudiana de Buenos Aires, 1/10/2010. Biblioteca de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Safouan, M. (1997) *El acto analítico*. Ed. Homo sapiens. Buenos Aires, 1997.
- San Miguel, T. (2007) *Amor y transferencia*. En: Memorias de XIV Jornadas de investigación. Facultad de psicología. Universidad de Buenos Aires.
- San Miguel, T. (2009) *El concepto de transferencia en la última época de la enseñanza de Lacan*. En: Memorias del I Congreso internacional de investigación y práctica profesional en psicología. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires.
- San Miguel, T. (2010) *A la luz de la poesía*. En: Memorias del II Congreso internacional de investigación y práctica profesional de psicología. Facultad de psicología. Universidad de Buenos Aires.
- San Miguel, T. (2013a) *La clínica psicoanalítica: un oficio*. En: Psicopatología: clínica y ética. De la psiquiatría al psicoanálisis. Compilador: F. Schejtman. Ed. Grama. Buenos Aires, 2013.
- San Miguel, T. (2013b) *Padre: Amor o sombrío aburrimiento*. En: Memorias del V Congreso internacional de investigación y práctica profesional de psicología. Facultad de psicología. Universidad de Buenos Aires.
- San Miguel, T. (2014) *Encuentro, cuerpo, ¿experiencia?* En: Revista Torbellino n° 1. Buenos Aires, 2014.
- San Miguel, T. (2015) *Escritura, cuerpo, transferencia*. En: Memorias del VII Congreso internacional de investigación y práctica profesional de psicología. Facultad de psico-

- logía. Universidad de Buenos Aires.
- Schejtman, F. (2004) *La trama del síntoma y el inconsciente*. Ed. Serie del bucle. Buenos Aires, 2006.
- Schejtman, F. (2013) *El sinthomanalista y el analista-síntoma*. En: Memorias del V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Schejtman, F. (2014) *Ensayos de clínica psicoanalítica nodal*. Ed. Grama. Buenos Aires, 2014.
- Schejtman, F. y Godoy, C. (2009) *La neurosis obsesiva en el último período de la enseñanza de J. Lacan*. En: Anuario de investigación, v. 16. Buenos Aires, 2009.
- Simondon, G. (1983) *Salvar el objeto técnico*. En: Sobre la técnica. Ed. Cactus. Buenos Aires, 2007.
- Smalinsky, E., Tajman, P. y Argento, A. (2014) *¿Cómo pensar la deuda, señalada por Winnicott, que el psicoanálisis tiene con el jugar?* Premio Anual "Miguel Ángel Rubinstein". Mejor trabajo sobre el pensamiento de D.W. Winnicott. Asociación psicoanalítica argentina. Premios 2014.
- Soler, C. (1988) *Los fines propios del acto analítico*. En: Finales de análisis. Ed. Manantial. Buenos Aires, 1988. Ed. Diva. Buenos Aires, 1999.
- Soler, C. (2004) *El anticapitalismo del acto analítico*. En: ¿Qué se espera del psicoanálisis y del psicoanalista? Conferencias y seminarios en argentina. Ed. Letra viva. Buenos Aires, 2012.
- Soler, C. y col. (1984) *Standards no standards*. En: ¿Cómo se analiza hoy? Ed. Manantial. Buenos Aires, 1984.
- Tausk, J. (2015) *Un análisis en tres movimientos*. En: Memorias del VII Congreso internacional de investigación y práctica profesional en psicología. Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2015.
- Thomson, S. (2014) *La categoría lacaniana de semblante*. En: Memorias del VI Congreso internacional de investigación y práctica profesional en psicología. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. 2014.
- Ulloa, F. (2011a) *Novela clínica psicoanalítica. Historial de una prác-*

- tica*. Libros del zorzal. Buenos Aires, 2012.
- Ulloa, F. (2011b) *Salud elemental. Con toda la mar detrás*. Libros del zorzal. Buenos Aires, 2012.
- Vainer, A. (2001) *Al rescate de la técnica psicoanalítica*. En: Revista Topía N° V. Buenos Aires, 2001.
- Vainer, A. (2010) *Contratransferencia y subjetividad del analista. Cien años después*. En: Revista Topía. Buenos Aires, 2010.
- Vegh, I. (1980) *La ética y el acto analítico*. En: La clínica freudiana. Ed. Lugar. Buenos Aires, 1984.
- Vegh, I. (1993) *Los tiempos del acto analítico*. Curso inédito de la Escuela freudiana de Buenos Aires. Biblioteca de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Volnovich, J. C. (2003) *Contratransferencia a lo largo de la historia*. En: Revista Topía. Buenos Aires, 2003.
- Winnicott, D. (1954) *Aspectos metapsicológicos y clínicos de la regresión dentro del marco psicoanalítico*. Escrito leído ante la Sociedad Psicoanalítica Británica, el 17 de marzo de 1954, Int. J. Psycho-Anal., vol. XXXVI, 1955.
- Winnicott, D. (1954) *El juego en la situación analítica*. En: Exploraciones psicoanalíticas I. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2009.
- Winnicott, D. (1962) *Los fines del tratamiento psicoanalítico*. En: Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2011.
- Winnicott, D. (1968) *El jugar y la cultura*. En: Exploraciones psicoanalíticas I. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2009.
- Winnicott, D. (1971) *Realidad y juego*. Ed. Gedisa. Argentina, 2011.
- Winnicott, D. (s/f) *Notas sobre el juego*. En: Exploraciones psicoanalíticas I. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2009.
- Zack, O. (2005) *El acto analítico*. En: Efectos de la experiencia analítica. Ed. Grama. Buenos Aires, 2005.

Este libro se terminó de imprimir en *Semilla Creativa*,
www.semillacreativa.com.ar, en Buenos Aires,
Argentina, en el mes de septiembre de 2018.

El *acto analítico* es un concepto fundamental del psicoanálisis, que Jacques Lacan sitúa como soporte de la transferencia y la interpretación, como también del inicio y fin de análisis. Aun así, el maestro francés no deja de señalar que el psicoanalista lo *reprime*; y en cuanto a su estudio, confina con la *magia*.

En esta investigación el autor analiza la especificidad del concepto en la obra de Lacan, sus antecedentes en Freud y en el psicoanálisis post-freudiano. Por otro lado, la cuestión de la técnica en psicoanálisis, la historia del estructuralismo, el Talmud y la técnica Zen.

Como resultado, el trabajo ofrece algunas respuestas y nuevas preguntas: ¿Por qué el psicoanálisis es una *cura por la palabra*? ¿Cómo se articula el acto con aquella otra definición que Anna O. diera a Freud y Breuer: *deshollinar la chimenea*?

